

MARÍA GOYRI

LA JUVENTUD
DE LOPE DE VEGA
Amor y literatura

(Originales inéditos, c. 1935-1953)

y

OTROS ESTUDIOS LOPIANOS

Edición preparada en la Fundación Ramón Menéndez Pidal
por J. Antonio Cid y Sara Catalán

2024

Renuevos del Olivar de Chamartín

COMUNIDAD DE MADRID

PRESIDENTA DE LA COMUNIDAD DE MADRID

Isabel Díaz Ayuso

CONSEJERO DE CULTURA TURISMO Y DEPORTES

Mariano de Paco Serrano

**DIRECTOR GENERAL DE PATRIMONIO Y OFICINA
DEL ESPAÑOL**

Bartolomé González Giménez

SUBDIRECTORA GENERAL DEL LIBRO

Isabel Moyano Andrés.

FUNDACIÓN RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL

PRESIDENTE DE LA FUNDACIÓN

Jesús Antonio Cid

VICEPRESIDENTA DE LA FUNDACIÓN

Sara Catalán

Editan:

Comunidad de Madrid

Fundación Ramón Menéndez Pidal

Edición preparada por:

Sara Catalán

Jesús Antonio Cid

Diseño y maquetación:

Marcelo Falciani | Estudio del Plata

Impresión:

Truyol Digital.

@ de la edición:

Comunidad de Madrid

Fundación Ramón Menéndez Pidal

@de los textos:

Los autores

@de las imágenes:

Los autores, Fundación Ramón Menéndez Pidal

DL: M-23069-2024

ISBN: 978-84-451-4144-1

Impreso en España – *Printed in Spain*

En las últimas décadas, las fundaciones culturales en la Comunidad de Madrid han experimentado un enorme crecimiento. Como actores principales en el tejido social, se han convertido en referentes enriquecedores del panorama cultural que promueven la educación, la preservación del patrimonio y la difusión del conocimiento.

Su importante crecimiento ha llevado a establecer líneas de colaboración entre las administraciones públicas y estas instituciones en la búsqueda de un entorno más rico y diverso para el desarrollo cultural. Por ello, la Comunidad de Madrid fomenta su relación con estas instituciones culturales, en el convencimiento de que la colaboración con estas entidades es esencial para el dinamismo cultural de nuestra región.

En el marco de la conmemoración, en el año 2023, de los 150 años del nacimiento de María Goyri, la Comunidad de Madrid, fiel a este compromiso, y la Fundación Ramón Menéndez Pidal, garante de la memoria de María Goyri, han firmado un Protocolo de Colaboración que se materializa en diferentes proyectos.

Uno de ellos ha sido el compromiso para la publicación de la presente obra: una edición cuidadosamente preparada en la Fundación Ramón Menéndez Pidal por J. Antonio Cid y Sara Catalán, bajo el título de *La Juventud de Lope de Vega. Amor y literatura (Originales inéditos c.1935-1953) y Otros estudios Lopianos*.

En ella, además de reeditar el citado libro de María Goyri, se recogen buena parte de los estudios de la autora sobre Lope que aún permanecían inéditos, enriqueciendo notablemente el conocimiento de la figura del Fénix de los Ingenios con las aportaciones de quien fue, muy probablemente, una de las mayores conocedoras de su obra.

La Comunidad de Madrid agradece a la Fundación Ramón Menéndez Pidal su labor de recuperación y transmisión del conocimiento de nuestra cultura y la oportunidad de participar en el reconocimiento de una figura tan destacada de nuestras letras, quien, tanto a través de la colaboración con su marido, Ramón Menéndez Pidal, con quien trabajó durante toda la vida en la recuperación del Romancero, como a través de sus propias investigaciones se convirtió en referente internacional para los estudios filológicos.

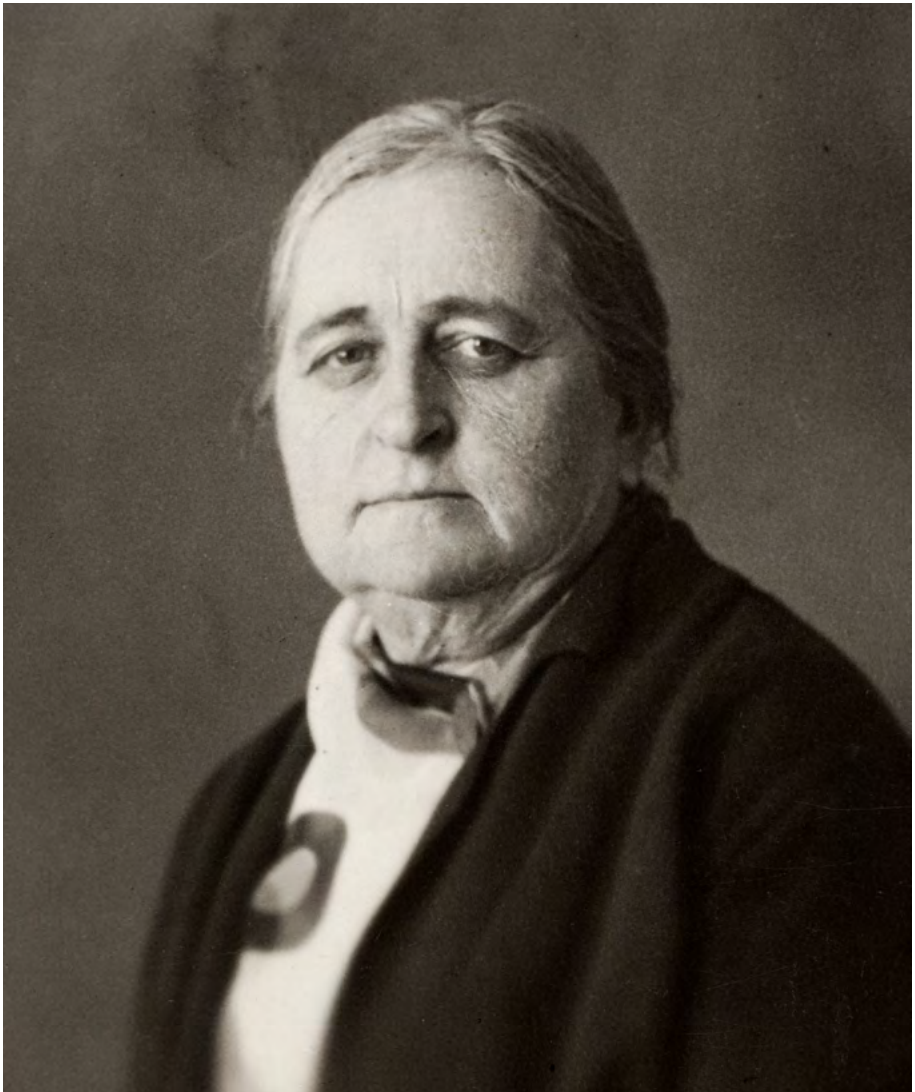
Mariano de Paco Serrano

Consejero de Cultura, Turismo y Deporte de la Comunidad de Madrid

Índice

Presentación	II
Introducción	15
María Goyri ante Lope de Vega	16
Panorama de unos estudios sobre Lope	20
Vida y literatura en el joven Lope de Vega	41
I. La juventud de Lope de Vega. Amor y literatura (c. 1935-1953)	55
II. De Lope de Vega y del Romancero	109
El Amor niño en el Romancero	110
Un romance pastoril de Lope de Vega	125
Con motivo del reajuste de unas fechas.	
La muerte de doña Isabel de Urbina	132
La Celia de Lope de Vega	143
El Duque de Alba en el <i>Romancero</i> de Lope de Vega	205
Los romances de Gazul	223
III. Otros trabajos sobre Lope de Vega	243
Para el Romancero de Lope de Vega [«Sobre unas tajadas rocas»]	244
Leones domésticos	248
Poesía y teatro	
Dos sonetos de Lope de Vega	256
Sobre <i>El acero de Madrid</i>	259
Reseñas	
Lucile K. Delano, <i>The Relation of Lope de Vega's Separate Sonnets to those in his Comedias</i>	261

<i>Fénix. Revista del Tricentenario de Lope de Vega, 1635-1935, núm. 1</i> <i>(Madrid, febrero 1935)</i>	262
J. M. Viqueira, <i>El lusitanismo de Lope de Vega</i> <i>y su comedia El Brasil restituido</i>	265
<i>Dos notas críticas</i>	
Mentirillas de Lope (L. Astrana Marín)	267
El último amor de Lope (R. Gómez de la Serna)	267
IV. Lope de Vega y el <i>Romancero General</i> de 1600. Materiales inéditos	271
V. Correspondencia entre María Goyri y José Manuel Blecua	289



María Goyri, 1947.

©Archivo fotográfico Fundación Ramón Menéndez Pidal

Presentación

En 2023, con motivo de la conmemoración del 150 aniversario del nacimiento de María Goyri, se proyectaron diversas obras que recuperasen sus escritos inéditos o dispersos. Como resultado de ello, se han publicado ya los artículos de juventud que abordan la situación de la mujer en España (*El feminismo regeneracionista*), y próximamente saldrá, muy ampliada, la colección de sus escritos bio- y autobiográficos, completada con una selección de los estudios sobre historia literaria y lengua española (*María Goyri. Mujer y Pedagogía ~ Filología*). Muy directamente incide en la vida y obra de María Goyri la correspondencia epistolar cruzada entre Carolina Michaëlis y Ramón Menéndez Pidal, *Entrelazados ibéricos*, igualmente en curso de publicación.

El presente volumen recoge todo lo publicado y lo más sustancial de lo que se conserva inédito de los estudios de María Goyri dedicados a Lope de Vega, una pasión —o casi obsesión— que la acompañó durante toda su vida de investigadora.

Además de reeditar el pequeño libro dedicado a *La juventud de Lope de Vega. Amor y literatura*, que dejó en manuscrito y, tras avatares varios, pudo finalmente aparecer en 2016, recogemos ahora los artículos que doña María escribió sobre Lope y el Romancero Nuevo y se publicaron compilados muy al final de su vida, en 1953. Añadimos varios otros trabajos y notas más breves pero de no menor interés, junto con otra documentación inédita. Se trata, en este último caso, de ofrecer una muestra amplia de la labor investigadora desconocida de doña María en uno de sus campos de trabajo favoritos.

Aunque la bibliografía sobre Lope se ha acrecentado de modo casi exponencial desde 1954, en los trabajos de María Goyri se encuentra, como indicamos más adelante, algo de lo que no van muy sobrados ni el actual lopismo ni el hispanismo aurisecular; es decir: una perspectiva omnicomprendiva y no atomizada, sensibilidad y entusiasmo no acrítico, discreción, buen sentido, sobriedad y claridad expositiva. En suma,

PRESENTACIÓN

erudición útil, sin exhibicionismos innecesarios, y que en verdad ayude a leer y a apreciar a un autor genial y a comprender su personalidad fascinante como ser humano.

Esta publicación ha sido posible gracias a la generosa cooperación de la Consejería de Cultura (Subdirección General del Libro) de la Comunidad de Madrid, a la que la Fundación. Ramón Menéndez Pidal manifiesta su gratitud. Para el apartado *La juventud de Lope de Vega*, que se reedita con algunas correcciones, contamos en su día con la ayuda de María Díez Yanes. La selección y edición de las ilustraciones ha estado a cargo de Sara Catalán.



María Goyri, 1896.

©Archivo fotográfico Fundación Ramón Menéndez Pidal

Doña María, lectora y anotadora infatigable de la literatura clásica. La obra de Lope es especialmente rica en recuerdos y usos del Romancero, y fue leída, y papeleteada, con especial atención.

Introducción

María Goyri ante Lope de Vega

Al margen de sus intereses, juveniles y mantenidos toda su vida, por el feminismo, la pedagogía, la enseñanza de la gramática, las fábulas y la cuentística medieval y del Siglo de Oro..., María Goyri centró su actividad de filóloga e investigadora en el Romancero y en la obra de Lope de Vega. El Romancero fue un objeto de estudio compartido con Ramón Menéndez Pidal, pero el estudio de la vida y obra de Lope se convirtió en tarea propia y exclusiva de María Goyri, por más que su marido dirigiera también su atención más de una vez al gran poeta y autor dramático.

Aunque la primera publicación de doña María sobre el Fénix es de 1928, consta que desde años antes Lope era uno de sus campos de trabajo preferidos. Tanto en un ciclo de conferencias sobre Lope que Menéndez Pidal impartió en Buenos Aires en 1914, como en las también bonaerenses lecciones sobre la vida y obra de Menéndez Pelayo (una de ellas dedicada íntegra a los estudios de don Marcelino sobre Lope), María Goyri, colaboró activamente, y no sólo como amanuense, en acopiar materiales y en la redacción del texto base, como evidencian los originales manuscritos de las conferencias.

María Goyri llegó a Lope a través del Romancero. Doña María fue lectora y anotadora infatigable de la literatura clásica, y posterior, española, a la caza de citas y ecos de romances, que incorporó al archivo de la poesía oral narrativa hispánica que desde el principio del siglo XX crearon ella y Ramón Menéndez Pidal. La obra de Lope es especialmente rica en recuerdos y usos del Romancero, y fue leída, y papeleteada, con especial atención. Pero Lope, claro está, no era un simple depósito de citas romancísticas, y muy pronto el estudio de su obra se convirtió en objetivo autónomo, primero, y después en pasión duradera.

En unas anotaciones inéditas María Goyri reflejó con exactitud su tránsito desde el Romancero a Lope:

INTRODUCCIÓN

Varias veces había hojeado el *Romancero General* de 1600 merced a la espléndida reproducción de Mr. Huntington, y nunca había encontrado interés en su lectura; pero últimamente, para identificar un romance, repasé de nuevo sus folios y entre ellos vi destacarse la abundante inspiración de Lope que aquí, como en el teatro, se presenta avasalladora. Reconocí a Elena Osorio con sus ojos verdes y cejas negras y sus cabellos rubios (según creo enrubiados). Con despierto interés recorrí las nueve partes del *Romancero*, y cada día hallaba nuevos personajes que prestaban realce al cuadro de época que se iba descubriendo a mi vista. Los amores de Lope y de Elena cruzan a través de todo el *Romancero*, cantados unas veces en romances moriscos, otras en pastoriles, ya delicadamente tiernos, ya vehementemente apasionados, ora burlescos o difamatorios, según el estado de ánimo del poeta. Pero en las páginas del *Romancero* encontraremos otros amores del hombre que más amó en el mundo, y trabaremos conocimiento con la Marfisa de la *Dorotea* [...] Asistiremos también al rapto de Doña Isabel de Urbina [...] Todos estos amores se desarrollan en forma más dramática que lírica. Lope se encargará de que dialoguen en los romances todos los personajes que en ellos intervienen y escribirá no sólo sus sentimientos sino los de sus amadas y los de sus rivales.

La fusión de vida y literatura que se opera en el *Romancero Nuevo*, y su trascendencia para acceder a los estratos más profundos de la biografía y la creatividad de Lope se imponían como evidencias:

La biografía de la juventud de Lope tiene como principal fuente *La Dorotea*, obra que si tuvo siempre mucha importancia la ha adquirido mayor a la luz del proceso [por los libelos contra Elena Osorio y su familia, dado a conocer en 1901].

El romancero tiene para la biografía de Lope mayor valor, más realidad que *La Dorotea*. Esta última fue redactada definitivamente al declinar la vida del poeta, es un recuerdo que se va tiñendo con todos los matices de la existencia tumultuosa de su autor, y doña Marta Nevares prestó mucho de sus rasgos a Elena Osorio. Así los dos amores más duraderos de Lope se entremezclan y es difícil desenlazarlos. En cambio, los romances los iba escribiendo Lope al día y dejaba en ellos la impresión indeleble del estado de su ánimo.

María Goyri se impuso una triple tarea. En primer lugar, identificar los romances que debían atribuirse al Fénix y las circunstancias biográficas

en que se originaron, objetivo «tentador», pero nada sencillo:

Difícil es de la ingente masa del *Romancero* de 1600 ir apartando algunas obras para darles nombre de autor; pero es trabajo tentador porque sabemos que allí están expósitos los primeros frutos literarios de ingenios cuyos nombres (Cervantes, Góngora, Lope de Vega, por no citar más que los principales) bastan para dar subido interés a cualquier escrito que de por sí no lo tenga. Pero además muchos de esos romances tienen por sí verdadero valor artístico, y aunque para algunos la tradición popular o el estudio literario les han sido favorables, otros muchos yacen indiferenciados en la masa anónima y descuidada; anonimia y abandono característicos de nuestro *Romancero*.

Una vez identificados los romances que pertenecían a Lope, María Goyri se proponía hacer la edición completa de su *Romancero*, a partir de todas las versiones, publicadas y manuscritas. Reunió gran cantidad de materiales (todos los disponibles en su momento); cotejó los textos, depuró erratas, y estableció el aparato crítico de variantes; organizó el corpus en su cronología más plausible de acuerdo con la biografía del poeta; y procedió al estudio literario de los romances de mayor interés biográfico o valor artístico.

Por último, María Goyri acometió una biografía de la juventud de Lope de Vega, entre sus 17 y 33 años, desde 1579 hasta 1595, entendida no como mera biografía «externa» sino como explicación solidaria de una vida y la literaturización de esa vida. Entiéndase bien que al centrar su interés en ese periodo la estudiosa no prescindía en modo alguno de las muchas lecturas y saberes que había acumulado sobre la obra de madurez y ancianidad de Lope. En la medida en que la memoria recreadora del autor iluminaba, ocultaba o distorsionaba, las vivencias del joven Lope, la investigadora tuvo muy en cuenta las superposiciones de los varios y proteicos Lopes de Vega.

A ese triple y ambicioso proyecto dedicó María Goyri muchos años de trabajo, con los forzados paréntesis de la Guerra Civil y la inmediata

postguerra, un periodo que le fue extremadamente desfavorable. De 1935 databa una primera redacción de la biografía, y algunos trabajos menores que la muestran ya inmersa en la tarea. Entre 1943 y 1953, publicó varios otros artículos que pueden considerarse anticipos de sus proyectos de edición del romancero y de la biografía. Al reunir en un libro aparecido en el mismo 1953, *De Lope de Vega y el Romancero*, sus estudios de mayor entidad, doña María volvió a revisar su obra de conjunto dedicada a la juventud de Lope. Muy mermada ya en su salud, no tuvo tiempo de dar término a la tarea. En una letra muy temblorosa anota todavía correcciones y añadidos, o hace drásticas podas en su original, sin alcanzar un estado definitivo o que le resultara satisfactorio.

A su muerte, en 1954, quedaba también arrumbada su edición plenaria del Romancero de Lope, que corrió peor suerte, si cabe, que la biografía. Todavía en los 1980 me fue posible, igual que a cualquier interesado que visitara la casa de los Menéndez Pidal, examinar unos materiales perfectamente ordenados, con todo el corpus romancístico lopiano reunido por María Goyri, junto con varios ficheros, carpetas con abundantes notas, listas, referencias bibliográficas, trabajos en diverso estado de elaboración, esbozos de introducciones o estudios de determinados romances, etc. Desconozco cuándo y por qué razones el resultado de una labor tan prolongada y eficaz, fue desmembrado y, en buena parte, se vio dispersado o desaparecido. No procede aquí conjeturar o desvelar quién fuese responsable o mayor beneficiario de un expolio que proporcionara a alguien un campo de trabajo que le había sido del todo ajeno. Lo que para María Goyri era una unidad presidida por la creación poética de Lope de Vega se convirtió en simple cantera de materiales segregables. Los romances «moriscos» fueron integrados, con criterio muy discutible, en el Archivo del Romancero Tradicional; pero no así los «pastoriles» y los de otros subgéneros, actualmente ilocalizables. De los ficheros de primeros versos que identifican los romances, con todas las referencias a sus ediciones o textos manuscritos, se

conserva el correspondiente a las letras E-Z, pero no el de las letras A-D..., sin hablar de otras sustanciales mermas.

A pesar de la poco halagüeña situación en que hemos encontrado el *Nachlaß* lopiano de María Goyri, es, sin embargo, mucho lo que puede recuperarse de ese legado, y hemos creído necesario intentarlo.

Después de la edición del inédito libro de conjunto sobre *La juventud de Lope de Vega*, ya realizada en 2016, se publican ahora en colección todos los trabajos sobre Lope que publicó en vida doña María, en versión revisada a partir de sus originales, junto con varios inéditos. Reiteramos algo ya apuntado: a pesar del tiempo transcurrido desde que se escribieron estos estudios, y pese a lo mucho que se ha avanzado en el conocimiento de la vida y obra de Lope de Vega, en los desvelos de María Goyri por «su» Lope encontramos algo de lo que no van tan sobrados el lopismo y el hispanismo aurisecular; es decir una perspectiva omnicomprendiva y no atomizada, sensibilidad y entusiasmo no acrítico, discreción, buen sentido, sobriedad y claridad expositiva. En suma, erudición útil, sin exhibicionismos innecesarios, y que en verdad ayude a leer y a apreciar a un autor genial y comprender su personalidad fascinante como ser humano.

Panorama de unos estudios sobre Lope

Cuando María Goyri inicia su interés por el estudio de Lope las referencias insoslayables eran, para la vida del autor, la *Nueva biografía* de La Barrera, aparecida en 1890, y la no muy posterior *The Life of Lope de Vega* de H. A. Rennert, de 1904. Esta última obra pudo beneficiarse ya del *Proceso de Lope de Vega por libelos contra unos cómicos*, publicado por A. Tomillo y C. Pérez Pastor en 1901, que tantos nuevos datos, y de tanto interés, ofrecía sobre la juventud de Lope y sobre un episodio que condicionó decisivamente la vida y obra del poeta. La biografía de Rennert tuvo nueva edición, completada con adiciones sustanciales de Américo Castro, en 1919: *Vida de Lope de Vega (1562-1635)*.

En cuanto a la edición de la obra de Lope, poco se había avanzado desde los 21 volúmenes de la benemérita *Colección de las obras sueltas así en prosa como en verso* (1776-1779). Las obras teatrales habían sido publicadas en edición plenaria, y muy poco satisfactoria en el terreno textual, por la Academia Española a cargo de M. Menéndez Pelayo (15 volúmenes, entre 1890 y 1915), y posteriormente por E. Cotarelo y otros colaboradores (13 volúmenes entre 1916 y 1930), que María Goyri papeleteó y anotó de forma sistemática. Doña María manejaba también asiduamente la *Chronology of Lope de Vega's Comedias* de Morley y Bruerton en su primera versión inglesa de 1940, y todas las ediciones solventes y menos solventes de obras individuales, dramáticas y poéticas, de Lope que habían aparecido desde el siglo XIX. En su excepcional biblioteca reunió prácticamente todo lo que se había publicado sobre Lope, incluyendo separatas de publicaciones recónditas, artículos de periódico, ilustraciones gráficas, etc.

Para el estudio del romancero de Lope y, en general, de toda la obra lírica del Fénix María Goyri recurrió en primer lugar a los manuscritos de la Biblioteca Nacional y la de Palacio. Son varios cientos las copias a mano que realizó de romances de Lope o a él atribuidos, y de otros autores, con anotaciones, cotejo de variantes, observaciones léxicas, identificación de alias poéticos, pastoriles o moriscos, y circunstancias biográficas contenidas en los romances. Su expurgo del *Romancero General* de 1600 a través del facsímil de Huntington (1904) lo completó con la revisión de las ediciones de 1604 y 1605, y aprovechó las anotaciones de un lector coetáneo en el ejemplar célebre de la ed. de 1604 (BNE, R/2171), que proporcionan valiosa información sobre la autoría y disfraces poéticos de varias composiciones. Doña María no alcanzó a conocer las reediciones y estudios bibliográficos de *Las fuentes del Romancero General de 1600* de A. Rodríguez Moñino (Madrid: RAE, 1957-1971); sin embargo, consultó en sus originales varias de las ediciones de las *Flores* que le fueron accesibles y llegó a conclusiones válidas o hipótesis razonadas sobre



Catálogo del fondo Lope de Vega de la Biblioteca de la FRMP.

la transmisión textual del Romancero Nuevo y sus variantes y atribuciones, cuestiones soslayadas casi enteramente por el ilustre bibliógrafo extremeño.

En suma, María Goyri no fue una lopista ocasional, ni mucho menos una estudiosa «aficionada» o diletante. Sin embargo, sus puntos de vista divergentes sobre la cronología lopiana en algunas obras conflictivas, sus atribuciones a Lope de varios romances anónimos y sus hipótesis sobre las circunstancias vitales que los inspiraron, y, sobre todo, su tesis sobre la personalidad de la enigmática «Celia», suscitaron escepticismo, y hasta cierta hostilidad, en el ámbito de lo que pudiera llamarse lopismo «canónico» del siglo XX.

S. G. Morley, C. Bruerton y José F. Montesinos manifestaron sus reservas o abiertas discrepancias ante los trabajos de María Goyri. Es cierto que la tratan con respeto, por ser mujer de Menéndez Pidal, y, sin duda, por ser mujer; pero también con una condescendencia que a doña María hubo de ofenderle. Ella no era profesora en ninguna universidad, pero se consideraba con toda justicia en pie de igualdad, como investigadora, con sus colegas en el campo de la historia literaria, y, sobre todo, no cedía a nadie en conocimiento y dedicación a la obra del Fénix. No parece, ciertamente, muy elegante que Morley y Bruerton enviaran a Menéndez Pidal separata de su réplica a la «Celia» de doña María con una dedicatoria «al gran maestro de todos don Ramón», obviando toda referencia a la autora del trabajo que era objeto de la réplica.

En carta a Amado Alonso, quien en su *Nueva Revista de Filología Hispánica* de México había publicado el polémico trabajo, María Goyri, defiende sus ideas frente a Morley y Bruerton; y pone objeciones de principio a la «teoría», de los lopistas norteamericanos, a la vez que reivindica el espíritu deportivo y el «juego limpio» que debía presidir el intercambio de puntos de vista entre estudiosos:

Siento que «la Celia» le haya hecho perder su precioso tiempo en templar los nervios de Morley. Al escribir el artículo no pensé en convencerle, pues su temperamento crítico cerrado lo conocía de antiguo. Lo que no acierto [a comprender] es que haya yo podido molestarle. Cuando en la pág. [347] cito su *Chronology* lo hago con todo el respeto que merece obra que supone trabajo cuidadoso de muchos años, y aunque tengo anotados muchos fallos de su teoría nunca los he expuesto, pues creo que sus autores pueden decir con Pedro Crespo: «¿Y qué importa errar lo menos / si se ha acertado lo más?»

No hacen ellos el mismo aprecio de la obra de Otto Jörder sobre los sonetos¹, tan semejante en el procedimiento a su *Chronology*.

Sobre todo, tengo la idea de que estas obras de investigación literaria sirven de recreo al que las realiza; hay que llevar a ellas un espíritu deportivo; realizar un juego limpio, y, si se pierde, no enfurruñarse. Además, ante la obra ingente del Fénix, ¿qué supone que introdujera la décima en una comedia del año 93, o del 96 o del 99? ¿Qué importa que en una comedia del año 93 intro- [...]»².

¹ [JÖRDER, Otto, *Die Formen des Sonetts bei Lope de Vega* (Halle-Saale: M. Niemeyer, 1936; Beihefte z. ZRPh, 86)].

² El borrador de la carta, incompleto, esta fechado el 20 de mayo de 1952. El principio es: «Sr. D. Amado Alonso

Querido amigo: Su carta nos entristeció. El leer con tanta frecuencia en las Revistas contribuciones tuyas, y una grata noticia que desgraciadamente resultó falsa, nos hizo creer que se había reintegrado a sus actividades. Deseamos vivamente que pronto sea esa la realidad».

En anotación posterior: «Recién enviaba esta carta llega noticia de su muerte» [Amado Alonso murió en Arlington el 26 de mayo de 1952].

Un año antes, en carta a Gonzalo Menéndez Pidal, Amado Alonso revela que el artículo sobre la «Celia», había despertado cierta expectación polémica desde el momento de su salida:

«Ya ha salido el IV, 4 de la NRFH, con el art. de D^a María [...] Ya ha comenzado por aquí el comentario de la Celia. No he podido hablar aún con Bruerton (que sin duda quedará, el buenazo, halagadísimo con el trato que D^a María le da), pero el famoso autor dramático y novelista Thornton Wilder (*El puente de San Luis*; *Our Town*) ardoroso lopista, se muestra escéptico a adelantar la fecha de 1599 para Camila, pero es antes de haber leído el artículo, solo por mi conversación. Hoy se lo he dado a leer; veremos» (carta del 8-V-1951; FRMP).

Al aparecer su libro de 1953, *De Lope de Vega y el Romancero*, María Goyri se lo remitió a Mercedes Gaibrois, junto con una carta en donde abunda en las mismas ideas y en su perplejidad ante la reacción de Morley y Bruerton:

Envío a V. esos refritos, servidos en un solo plato. Por urgencia del editor van reimpresos sin modificarlos. Únicamente en ligeras notas contesto a algunas de las observaciones que los sres. Morley y Bruerton hicieron al artículo «La Celia de Lope de Vega». No he querido meterme en detalles porque sentí mucho que, según me escribió el bondadoso Amado Alonso, mi artículo desazonó de tal modo a los dos autores de la *Chronology* que contestaron tan enojados que hubo de devolverles la réplica para que atenuasen el estilo. Yo considero estos escarceos críticos como un juego al que hay que acudir con espíritu deportivo; jugar limpio y no perturbar la amistad de los cooperadores³.

El motivo de la «desazón» de los estudiosos norteamericanos es claro. Si doña María estaba en lo cierto, y Celia era Micaela Luján, había que anticipar la relación amorosa de Lope con Micaela a 1593 en lugar de 1599. Una diferencia de cinco o seis años puede parecer cuestión secundaria, pero no lo era en absoluto para el método de la *Chronology* de Morley y Bruerton, que partían de 1599 como término seguro *a quo* para la fechación de las comedias donde «Lucinda» está presente. Cuestionar esa cronología afectaba a las tablas métricas tan trabajosamente construidas y al conjunto de su teoría. La réplica de Morley y Bruerton no se hizo esperar⁴, y creo que de su lectura cabe aventurar que no actuaron con entera probidad intelectual o que, a veces, salen del paso como pueden, por ejemplo desembarazándose alegremente de la argumentación de doña María sobre la fecha de una comedia, *Los Comendadores de Córdoba*, que contenía unos sonetos que evidenciarían la pasión de Lope por «Lucinda» ya en 1593; o sobre la imposibilidad de que los cinco primeros hijos de

³ Borrador de carta [FRMP].

⁴ MORLEY, S. G. & C. BRUERTON, «Lope de Vega, Celia y *Los Comendadores de Córdoba*», *NRFH*, VI (1952), 57-68.

Lope y Micaela hubieran nacido todos entre 1600 y 1603: «Muy fecunda era Micaela, pero no tanto». Al hacerse eco de las críticas de Morley y Bruerton, María Goyri, cuando reimprime su trabajo en 1953, replica a su vez con cierta sorna:

Como muestra del esmero con que comentan M.B. mi estudio señalaré el párrafo que dedican a esclarecer esta duda mía, echando cuentas de que hubo bastantes meses para la posibilidad de que pareciesen esos cinco hijos. Quedo convencida, pero me atrevo a hacer otras sugerencias muy posibles: alguno de esos niños podría ser sietemesino con lo que ganaríamos un par de meses, y aún más si había gemelos. Y no habría así necesidad para mantener la fecha tope de 1599, suponer que en enero de ese año ya estaba totalmente entregada la bella. Yo había espaciado los años para aliviar un poco de trabajos a la pobre Micaela⁵.

Del «espíritu deportivo» que María Goyri postulaba para las discusiones entre eruditos hay otra buena muestra en una réplica inmediatamente anterior:

Claro está que M.B. niegan que toda M. antepuesta a las firmas de Lope en comedias fechadas antes de 1599 se refiera a Micaela, sino a cualquiera que tuviera esa inicial en su nombre y sacan a relucir a Marcela Trillo de Armenta. Hay tantos nombres de mujer que empiezan por M. que pueda referirse... Pero si admitimos una duda en las comedias fechadas antes de 1599, podríamos dudar que esa inicial descubierta en las obras a partir de esa fecha se refiera siempre a Micaela y no a Marfisa, Marta, María o a cualquiera otra enamorada de turno. Puestos a dudar hay que decir con Fray Antonio de Guevara: «No haga hincapié en historias gentiles y profanas, pues no tenemos más certinidad que digan verdad unos que otros»⁶.

O bien:

Nuevo tropiezo involuntario con la *Chronology*. También aquí,

⁵ Goyri, 1953, pp. 168-169.

⁶ Goyri, 1953, p. 168.

sirviéndome de base los esquemas estróficos en que se apoyan los autores para la fechación de las comedias, osé anticipar esas cuatro décimas de los *Comendadores* (con carácter de glosa), tres años antes en esa fecha que también en tres años rebajaban la de 1599 aceptada anteriormente. Fue un abuso por no tener en cuenta que la comedia tenía *sus propias convenciones* y que Lope las tendría muy presentes para no extralimitarse en introducir un metro antes de que le llegase su turno. ¡Vaya Vd. a poner diques al mar! Sin embargo en este punto de las décimas si digo que las prodigaba en la *Arcadia* no hay contradicción con lo que dicen M.B.: que no las emplea sino escasamente en sus comedias antes de 1604. Una y otra afirmación pueden ser ciertas, pues bien escasas son cuatro décimas⁷.

Ya antes, al remitir su artículo a Amado Alonso, María Goyri había relativizado la «certinidad» de sus convicciones, y de las ajenas:

Remito a V. el artículo ofrecido que, como le anuncié, resulta un poco largo. Si por este motivo o algún otro no le conviene publicarlos no tenga empacho en devolvérmelo enseguida. Creo que tiene cierta unidad, que pone de manifiesto el sentimiento erótico de Lope en un periodo importante de su vida. Las enmiendas a lopistas anteriores las hago con discreción, pero claro es que los apegados a sus conclusiones no las admitirán, y tendrán razón. Yo no disputo; expongo datos⁸.

Del «temperamento crítico cerrado» de Morley decía María Goyri que tenía ya evidencias previas. En efecto, en 1946 le había remitido, a través de Amado Alonso, una breve nota a propósito de la comedia *El acero de Madrid* y la costumbre de sanar la «opilación» bebiendo agua ferruginosa («tomar el acero»), aduciendo recuerdos personales del Madrid de fines del XIX. La respuesta de Morley (a Menéndez Pidal y no directamente a ella) era poco menos que despectiva, y doña María anotó en su original:

⁷ Goyri, 1953, p. 141.

⁸ Borrador de carta [Fundación Ramón Menéndez Pidal].

Entrambasaguas, lopista oficial de la España de los años cuarenta en adelante. Al reeditar, muerta ya doña María, algunos trabajos anteriores, Entrambasaguas introduce añadidos descalificadores para los trabajos de María Goyri. Aludiendo a la «Celia» y al trabajo a ella dedicado, dictamina Entrambasaguas:

Reuniendo datos conocidos y haciendo algunas inestables deducciones, pretende identificar, una vez más, a la desconocida Celia con Micaela Luján. Las razones expuestas, con escasa claridad y sin comprobantes, ni apenas referencias bibliográficas, en medio de numerosas disquisiciones sobre cuestiones harto tratadas, distan mucho de ser convincentes¹¹.

Sorprende la ligereza del crítico cuando afirma que la identificación de Celia con la Luján la reiteraba María Goyri «una vez más». No hay tal. Ni en las biografías de La Barrera y Rennert-Castro, que ni siquiera tratan de «Celia», ni en ningún estudio anterior o posterior se proponía esa identificación¹². No es mayor la exactitud al decir que el trabajo censurado (un trabajo con 140 notas) no tenía «comprobantes, ni apenas referencias bibliográficas», o que repetía «cuestiones harto tratadas». La tesis y

¹¹ ENTRAMBASAGUAS, Joaquín de, «Poesías nuevas de Lope de Vega, en parte autobiográficas», en *Estudios sobre Lope de Vega*, III (Madrid: CSIC, 1958), 217-375 [págs. 269-270]. Otras alusiones desfavorables a María Goyri en págs. 38, 306, y 338.

¹² MILLÉ Y GIMÉNEZ dice, genéricamente, «¿Quién era esta incógnita Celia? [...] Hay quien trata de identificarla con Lucinda», sin mayores precisiones, en «Un soneto interesante para las biografías de Lope y Quevedo», *Helios*, B. Aires, I (agosto 1918), núm. 2, pp. 92-110 [106]. Entrambasaguas reprocha a María Goyri desconocer este artículo, en el que Millé aducía una cita del *Quijote* de Avellaneda, donde se mencionan distintas amadas celebradas por Lope de Vega (Filis, Celia, Lucinda), para descartar la identificación de Celia con Lucinda. La realidad es que María Goyri poseía en su biblioteca (21-c.4) el artículo de Millé, desglosado de la revista, y que ya había anotado, independientemente, la cita de Avellaneda. Para ella la cita no era relevante, puesto que Lope en otras ocasiones había aplicado distintos nombres poéticos a una misma dama; y él mismo había escrito: «Son latines para el vulgo / que quién es Celia no sabe».

«Contestó en Noviembre diciendo que sigue sin haber datos de que esas aguas de Madrid se recetasen a las opiladas. No se ha enterado de que la clorosis es análoga a la opilación. Como buen yanqui no ve más allá de su especialización, que consiste en tener por guía de la cronología de las comedias la estadística métrica».

Con los lopistas españoles no tuvo María Goyri mejor fortuna. Escasas, y escuetas, son las referencias a ella que hace tan notable estudioso y conocedor de Lope y el Romancero nuevo como José F. Montesinos, y casi siempre para cuestionar o negar las atribuciones a Lope que María Goyri había propuesto para diversos romances y otros poemas. Montesinos desarrolló un creciente escepticismo respecto a la posibilidad de atribuir de forma segura a Lope composiciones que se habían transmitido anónimas. Al reeditar sus estudios lopianos en 1952, hizo autocrítica de sus propias atribuciones al mismo tiempo que criticaba las ajenas, e incluyó unas «adiciones y enmiendas» de las que una de las más extensas, la última, es una llamada de atención contra «la adscripción a Lope de avalanchas de romances y sonetos por Entrambasaguas, Millé y tutti quanti —sin que yo me excluya a mí mismo»; pero ejemplifica sólo con dos atribuciones concretas que se debían a María Goyri, y que desestima⁹. Los *Estudios sobre Lope* tuvieron una nueva edición, en 1967; Montesinos hace una nueva *addenda* a sus adiciones, y en este caso para dejar constancia de su lectura de artículos que en parte desconocía incluidos en el libro de María Goyri de 1953. Su juicio final es el siguiente: «El simpático celo de la autora le hace a veces extremar las conjeturas, pero hay mucho material utilizable en este libro y nada debe rechazarse sin maduro examen»¹⁰. En conclusión, un amable y animoso palmetazo, más propio para dirigido a un alumno que promete, antes que a una colega fallecida más de diez años antes.

Capítulo aparte, y extenso, merecería la hostilidad de Joaquín de

⁹ MONTESINOS, José F., *Estudios sobre Lope* (México: El Colegio de México, 1951), pág. 325.

¹⁰ MONTESINOS, José F., *Estudios sobre Lope* (Salamanca: Anaya, 1967), pág. 290.

INTRODUCCIÓN

Yo no disputo; expongo datos.
 He suprimido algunas notas largas q.
 pueden formar informes ~~si se~~ indepen-
 dientes y aún podrían omitirse algunas
 más; pero piensa q. en la letra me-
 nuda usada en las notas, ocupan
 poco espacio. En último término
 haga V. lo q. le parezca.

Hace tiempo q. ^{nos llega} no recibamos la
 N. R. F. H. El último ^{no} recibido es el
 III - 2. A punto de completar la
 enquadernación de la Rev. ~~recuerdo~~
 me asalta la duda de si tengo
 todos los n^{os} q. salieron en el
 tránsito de R. F. H. a N. R. F. H.
 Incluyo a V. la lista de los
 cuadernos.

Mis recuerdos a J. y gracias
 de V. afma ~~af~~ vrega amiga

Borradores de cartas de María Goyri a Amado Alonso. Archivo FRMP.

INTRODUCCIÓN

Cuanto muere a Marta

CENTRAL:
SERRANO, 112
TELS. 25-53-95 Y 26-13 01

—
GENERAL ORAA, 13
TELÉFONO 25-81-15

—
SERRANO, 149
TELÉFONO 33-36-61

García

Repostería y Fiambreros

ANTIGÜES Y LICOSES

Madrid, 15 de 3 de 1940

Sr. D. Guendeliz Vidal

COCA Y BIORCA, S. A.

Día	Pesetas	Cts.
Sm. D. <u>Amado Alonso</u> 2^a año Remito a V. el artículo ofrecido, q^{ue} a le aminorie resulta un poco largo. Si por este motivo o por algun otro no le conviniese publicarlo no tenga empacho en devolverlo enseguida. Como tiene cierta amistad y q^{ue} para de manifiesto el sentimiento existio de Lope en un periodo importante de su vida. Las enmiendas a la portada		

el estudio de María Goyri podrían ser arriesgados, pero eran sin duda novedosos. En cuanto a la «escasa claridad», Entrambasaguas confunde deliberadamente la densidad, que existe, con la oscuridad, que ningún lector atento percibirá.

Para ataques tan desaforados la explicación única es el resentimiento personal de quien ya en 1938 había convertido, a la Institución Libre de Enseñanza, al Instituto Escuela, al Centro de Estudios Históricos y a Menéndez Pidal en responsables de la «Antihispanidad» y la «Antiuniversidad»¹³. Las fobias de Entrambasaguas contra Menéndez Pidal y su familia se plasmaron en un cuento publicado en 1952, «Entre el padre y el hijo», donde transparentemente los protagonistas eran don Ramón, su hijo Gonzalo y su nieto Diego Catalán: Menéndez Pidal (Radegundo Martínez Barbón) anula con su inmerecida fama y su egoísmo la personalidad de su hijo; cuando, con la muerte del padre, el hijo cree que va a conquistar su propio espacio, ve con amargura que el nieto, su propio hijo, despunta, por lo que seguirá condenado a ser una nulidad¹⁴. El

¹³ ENTRAMBASAGUAS, Joaquín de, *Pérdida de la Universidad Española* (Bilbao: Ediciones Libertad, 1938). Todo ello sin perjuicio de que pocos años antes Entrambasaguas le enviara dedicado su *Lope de Vega y los preceptistas aristotélicos* (1932), «Para D. Ramón Menéndez Pidal, con cariño y devoción, su discípulo»; y lo mismo su edición de la *Elegía de Lope de Vega a la muerte de Don Diego de Toledo* (1933), «A Don Ramón Menéndez Pidal, con recuerdo cariñoso». Entrambasaguas no siempre estuvo tan distante del Centro de Estudios Históricos como después quiso dar a entender. Al menos, Américo Castro lo tuvo en cuenta, aunque fuera sólo para descartarlo, en una exploración de candidatos posibles que planteaba a Menéndez Pidal en carta desde Berlín en noviembre de 1930: «Lamento la ida de [Pedro] Salinas. España se despuebla. Y para su literatura no veo otro hombre sino a D. Dámaso Alonso, que hará unos gestos de desagrado y dirá que no. No se me ocurre nadie. García Gómez está en Granada, y no querría tampoco. Los catedráticos de literatura están en provincias y además no servirían. ¿Ese Entrambasaguas, auxiliar de Hurtado? No creo tenga talla para algo más que mera burocracia» [Archivo epistolar. Fundación Ramón Menéndez Pidal].

¹⁴ ENTRAMBASAGUAS, Joaquín de, «Entre el padre y el hijo», *RLit*, 1, 1952, núm. 2, pp. 411-418.

cuento, al margen de suscitar una amplia campaña de reprobación para su autor, tuvo entre otras consecuencias la elaboración de una reseña crítica de las publicaciones de Entrambasaguas que redactó Diego Catalán, con la colaboración «bibliográfica» de Dámaso Alonso y Antonio Rodríguez Moñino, y que llevó al reseñado a solicitar la expulsión de Catalán de la Universidad de Madrid. Además de señalar varios «cómicos desatinos» (los ya famosos ‘atauijos’, entendidos como ‘labor de ataujía, obra de arte hecha por los moros’, por los ‘atavíos’ de Jorge Manrique, o los ‘aristelicos de las cremas’, explicado *ad ephesios* como ‘diminutivo de arista’, sumado a ‘cremas’ = quemas, los autos de fe inquisitoriales, por ‘aristotélicos teoremas’, entre otros) en las ediciones de textos clásicos debidas a Entrambasaguas¹⁵, la reseña hacía hincapié en el fiasco del presunto descubrimiento de «Un amor de Lope de Vega desconocido», en un trabajo publicado y reimpresso en 1935, donde el descubridor confundía a Lope con un Lope de Vega Portocarrero que nada tenía que ver con el Fénix¹⁶. Igualmente se señalaban los abundantes errores de Entrambasaguas en la edición de poemas de Lope, y para ello Catalán se sirvió de los cotejos que María Goyri había realizado varios años antes.

En fin, Entrambasaguas había sido profesor del Instituto Escuela, de donde fue expulsado por conducta inmoral, y no olvidaba el papel

¹⁵ CATALÁN, Diego, *El Archivo del Romancero, patrimonio de la humanidad. Historia documentada de un siglo de Historia* (Madrid: Fund. Ramón Menéndez Pidal, 2001), I, pp. 323-324.

¹⁶ ENTRAMBASAGUAS, Joaquín de, «Un amor de Lope de Vega desconocido. La ‘Marfisa’ de *La Dorotea*», *Fénix*, I (1935), págs. 455-499; y *Discurso de apertura del año académico de 1935 a 1936. Universidad de Murcia* (Murcia, 1935). En su ejemplar, María Goyri anotó «Toda la identificación se vino abajo». En efecto, Francisco Vindel había desvelado en 1941 (*Carlos III y Paradell*, Madrid, 1941, p. 10) la verdadera identidad de las presuntas amante e hija de Lope de Vega. Entrambasaguas, aun reconociendo su error, publicó una violenta réplica en *RFE*, XXV (1941), págs. 103-108, a la que a su vez respondió Vindel: *Por el honor de Lope de Vega y Portocarrero (apuntes sobre un error literario)* (Madrid: Impr. Góngora, 1941).

que María Goyri había desempeñado en aquel centro. Y no estará de más recordar lo que para el nuevo régimen, al que de forma tan militante se había adherido Entrambasaguas, representaba la figura de María Goyri:

Menéndez Pidal, señora de: Persona de gran talento, de gran cultura, de una energía extraordinaria, que ha pervertido a su marido y a sus hijos. Muy persuasiva y de las personas más peligrosas de España. Es sin duda una de las raíces más robustas de la revolución¹⁷.

María Goyri, fallecida en 1954, pocos meses después de aparecer su único libro publicado sobre Lope, y muy mermada en su salud en sus últimos años de vida, no tuvo ya ocasión de defender sus opiniones, como no la tuvo para terminar su edición del *Romancero de Lope* ni para concluir su biografía de la juventud del poeta¹⁸. Se conservan, sin embargo, anotaciones en que manifestaba su disconformidad con lo que sobre sus trabajos habían escrito Morley y Bruerton o Montesinos, o donde señalaba la escasa fiabilidad de los textos publicados por Entrambasaguas, o su chabacano estilo.

En cualquier caso, ha prevalecido la opinión «publicada», y en la crítica posterior sobre Lope y su obra parece existir una estimativa que hace de María Goyri una especie de «outsider» en el campo, y cuyos

¹⁷ Enrique Súñer, Presidente de la Comisión de Cultura y Enseñanza del Gobierno de Burgos, acusación dirigida al Servicio de Información Militar, *ap.* D. Catalán, *El Archivo del romancero, patrimonio de la humanidad: historia documentada de un siglo de historia* (Madrid: Fundación Ramón Menéndez Pidal, 2001), p. 216.

¹⁸ El libro *De Lope de Vega y el Romancero* de doña María, por otra parte, había sido publicado en una colección nueva de una editorial de provincias, por iniciativa de José Manuel Blecua, con presentación tipográfica no muy esmerada, y en muy corta tirada: 300 ejemplares. La distribución dejó mucho que desear (todavía en torno al año 2000 era fácil encontrarlo de saldo en librerías; y lo sigue siendo hoy [2024]), y, hasta donde sé, dio lugar a solamente una reseña, y en una revista no española: la muy breve publicada por M. Alvar, elogiosa pero simplemente protocolaria, en *Romanische Forschungen*, LXVII (1955), págs. 188-189.

trabajos y tesis, si es que se mencionan, no merecen ser tenidas en cuenta. Morley y Bruerton en la edición española de la *Chronology*, aparecida en 1968¹⁹, incluyen un índice de materias y onomástico donde María Goyri figura como «Menéndez Pidal, María Goyri de», y las cuatro referencias que consignan son desaprobatorias o irrelevantes; pero se obvia toda alusión a las cuestiones centrales y disputadas de «Celia» y «Lucinda» y su cronología, o las fundadas dudas sobre la fecha que M. y B. atribuyen a *Los Comendadores de Córdoba*, y sus consecuencias. El silencio es, sin duda, la mejor forma de no conceder beligerancia a un contradictor.

En 1982 Donald McGrady publicaba un breve estudio con el título «La Celia de Lope de Vega ¿Un misterio resuelto?»²⁰. McGrady estima que Morley y Bruerton habían rebatido definitivamente los argumentos de María Goyri, y concuerda con Millé y con el «distinguido lopista» J. de Entrambasaguas en que «Celia» debe identificarse con Antonia Trillo, de quien consta su relación con Lope de Vega en un proceso contra ambos por amancebamiento en 1596, hipótesis que María Goyri conocía y había desechado y que McGrady retoma ahora: una censura en el manuscrito de la comedia *La bella malmaridada*, compuesta en 1596 pero censurada en 1601, obligaba a sustituir el nombre de «Celia» por el de «Fabia». La explicación para McGrady es que Antonia Trillo se había casado en 1601, y desearía impedir que se aireasen sus amoríos anteriores... Bien pudiera ser, pero ello no deja de ser otra muy insegura y no probada hipótesis, y caben muy otras y distintas interpretaciones.

¹⁹ MORLEY, S. G. & C. BRUERTON, *Cronología de las comedias de Lope de Vega, Con un examen de las atribuciones dudosas, basado todo ello en un estudio de su versificación estrófica* (Madrid: Gredos, 1968).

²⁰ *NRFH*, XXXI (1982), pp. 91-96. En la edición, casi simultánea, del mismo artículo en España desaparece la interrogación: «La Celia de Lope de Vega: Un misterio resuelto», *Lope de Vega y los orígenes del teatro español* (Madrid: Edi-6, 1981), pp. 625-629.

Estudios sobre Lope de Vega por Montesinos

p. 318 El soneto "Yo no quiero más bien q̄ solo
amores". 2ª versión la dedicada a Ant^o Fulle
"hecha con premura" pues el 2º verso no consta.

El soneto "No tiene tanta miel..." imitado de
Marullo, varios se han ocupado de él. p. 319

Las atribuciones de los romances hechas por
el anotador del ejemplar del 17º de 1634 no son
siempre exactas - p. 320

Sobre el estilo: muy blanda... p. 320

Contra Astrana Marín - p. 321.

Gree q̄ el sistema de fechar por la métrica no
puede invalidar otros indicios, p. 321,

El Romancero de Barcelona anterior al de 1600. p. 321

Sobre "dejo un tesoro escondido" en desacuerdo
conmigo, p. 322 y 325.

Sobre el nom^o por la tarde solió Inés" p. 323

Estudios sobre Lope de Vega por Montesinos. Colegio de...

Admite la fecha
de las decas encim...

Montesinos cita
para las misis
en el año 35.

Da noticia
un ms. de la P.
Hill Poesías Var-
ingenios Bloom
University Stu
portante, p. 2º Lope

y 324
La canción "En e
publicada p. Enva
había aparecido m
q̄ se refiere a Fi
ausencia de la o

Alberto Zaurro
resume todo lo publ
no crea q̄ existió u
bra, pero de segú

de Vega por J. F. Montesinos
México, 1951.

a q. doy p. el nom. Cuau
a p. 314

constantemente a Bal
cas. Se vé q. se ha quedado

de la publicación de
Bibl. Nac, ni por John M
las y recreación de bueno
ington 1923 (Indiana
dies XI) Parece muy in
e, tiene los libros p. 316.

sta "larga ausencia" fue
embasaguas después de q.
mpresa ya tres veces. Cree
lita mi atribución a la
madra del Duque, p. 316
Amarilis Indiana Lima 194

licado s/ese asunto Montesinos
q. la epístola parece obra de Lope
no nos los da Lope p. 318

Estudios sobre Lope de Vega por J. F. Montesinos - Colegio de México 1951.

No crea q. el galán escarmentado sea de
Lope, p. 314, nota a la pág 113.

La pasión que palpa en los romances
de Lope es lo q. los salva p. 132

Dificultad de identificar los romances
Lope "vara vez" relleno una escena con materiales

que ya tenía a mano p. 221.

La fecha de la publicación de las Rimas
no presupone como crea Montesinos q.
las composiciones q. incluyen sean de fe-
cha poco anterior pág 222

Romances q. cita Montesinos.

Al humilde Manzanares, p. 238 y 320

Segunda vez desterrado. " 320

Sentado en la seca hierba p. 241

Mirando el corriente río p. 249

Otras veces me habéis visto p. 250 y 320

Puestos en Lormes los ojos, p. 252-253

El sol que al dorado foro " 253

Ardiendose estaba Enaya p. 254

A las lamerosa voces " 254

Ou quito de amor, traidores " 256

Perros del Lago deshochar p. 256

A los huesos de una rafa,

Buen síntoma de la escasa consideración que María Goyri merecía en el lopismo académico son las «Adiciones» de F. Lázaro Carreter a la reedición de la *Vida de Lope de Vega* de Rennert y Castro, en 1969. Ciertamente, desde la primera edición española de la *Vida*, 1919, los estudios sobre Lope habían progresado abismalmente, y se imponía una actualización bibliográfica. Es lo que Lázaro intenta hacer, sin que haya por su parte ninguna investigación biográfica propia. Al introducir las novedades bibliográficas, Lázaro califica frecuentemente con loores o reticencias lo que extracta, y aprueba o desaprueba, en general con sanos criterios, la «calidad» de las distintas aportaciones. Pero hay también criterios de oportunidad, o de afinidades personales, fácilmente detectables. Frente a la aprobación explícita que Lázaro otorga a varios críticos con adjetivaciones como «importante», «capital», «fundamental», «admirable», «útil», «famoso libro», «plausible», «precisas puntualizaciones», «la más bella exposición», etc., es claro que María Goyri no cotizaba muy alto en la bolsa de valores lopianos de Lázaro. Se hacen varias menciones meramente informativas de sus trabajos a propósito de cuestiones biográficas, romances, etc., sin ninguna de las valoraciones entusiastas como las que prodiga a Montesinos, Dámaso Alonso, Morley y Bruerton, Bataillon, Menéndez Pidal...²¹, o, en algún caso, todo lo contrario.

Lázaro, en un libro de 1966, había dado como segura la identificación de «Celia» y «Lucinda» propuesta por doña María²². Ahora, en 1969, se suma a Morley y Bruerton, «que rebaten las opiniones de la señora de Menéndez Pidal» (y es significativo que esa sea, una vez más, la «identidad» de la investigadora), y consigna que María Goyri «contestó a Morley y

²¹ LÁZARO CARRETER, Fernando, «Adiciones», en CASTRO, Américo, & Hugh Albert RENNERT, *Vida de Lope de Vega (1562-1635)* (Salamanca: Anaya, 1968).

²² LÁZARO CARRETER, Fernando, *Lope de Vega, Introducción a su vida y su obra* (Salamanca, Anaya, 1966), p. 39.

Bruerton, pero sin rebatir eficazmente sus razonamientos»²³. Más bien, podría objetarse, fueron Morley y Bruerton quienes no habían respondido «eficazmente» a los argumentos de Goyri, o lo habían hecho sólo con otras «opiniones». Más sorprendente aún es que Lázaro imagine «refutaciones» donde no existen. Así a propósito de la Amarilis, poetisa indiana que habría intercambiado poemas con Lope, Lázaro registra correctamente que frente a quienes negaban la realidad de Amarilis, María Goyri en cambio, «cree que no hay por qué poner en duda la existencia de esta escritora». Ahora bien —continúa Lázaro—, S. G. Morley «discute las opiniones de la señora Goyri, e insiste en que Amarilis es pura creación de Lope»²⁴. Quien se tome la molestia de leer el trabajo de Morley aludido²⁵, verá que Morley menciona a otros defensores de la autenticidad de la poetisa, pero no se refiere en ningún momento a María Goyri, por lo que difícilmente podía discutir ahí «sus» opiniones.

Entiéndase bien que no deseamos hacer aquí una reivindicación apologetica y retrospectiva de las hipótesis y opiniones de María Goyri, cosa que estaría fuera de lugar, y fuera de tiempo. Es posible que su identificación de «Celia» con «Lucinda» y la nueva cronología que proponía no fueran tan seguras como era su convicción, que no hubiera logrado probarlas suficientemente, o que fueran erróneas; y ella misma estaba dispuesta, «deportivamente», a admitirlo. Pero sería poco «científico»,

²³ LÁZARO CARRETER, Fernando, «Adiciones» (1968), p. 528.

²⁴ LÁZARO CARRETER, Fernando, «Adiciones» (1968), p. 517.

²⁵ MORLEY, S. Griswold, «The Pseudonyms and Literary Disguises of Lope de Vega», *University of California Publications in Modern Philology*, XXXIII (1947-1951), núm. 5 (1951), pp. 421-484. A propósito de la Amarilis indiana (a quien, por cierto, una mayoría de la crítica actual considera auténtica), Morley se refiere a las opiniones afirmativas de Menéndez Pelayo, Irving A. Leonard y Alberto Tauro, sin mencionar a María Goyri (pp. 427-428). Extraño lapsus el de Lázaro, al escribir que era precisamente ella, y sólo ella, el objeto de la «refutación» de Morley. Donde sí aluden Morley y Bruerton, muy de pasada, a la opinión de María Goyri sobre Amarilis es en *NRFH*, VI (1952), p. 59.

INTRODUCCIÓN



María Goyri, 1896.

©Archivo fotográfico Fundación Ramón Menéndez Pidal

“Para juzgar a los grandes poetas e internarse en su pensamiento se necesita aquel ardor de fantasía, aquella conmoción del espíritu misma que necesitó el autor original. A sangre fría, sin ese incendio de la mente, no apreciamos la mayor parte de las bellezas que nos dejaron los grandes poetas”.

María Goyri

retrospectivamente también, dar por sentado que sus contradictores hayan probado lo contrario, y mucho menos en todo y por todo. Igual que sería notoriamente injusto limitar a la cuestión de la «Celia» las aportaciones de María Goyri al estudio de Lope de Vega²⁶.

Vida y literatura en el joven Lope de Vega

Abrimos este volumen con la edición del estudio a que más años dedicó su autora (c. 1935-1953), y que permaneció inédito hasta 2016.

Desde fecha antigua se había mencionado varias veces un libro inédito de María Goyri sobre Lope de Vega. En un artículo necrológico, en 1955, José Caso González, que había trabajado en la casa de Menéndez Pidal y María Goyri en la edición del Romancero hispánico, afirmaba:

La obra más importante de María Goyri, empezada en la juventud y elaborada constantemente hasta los últimos momentos, permanece aún inédita. Es una extensa biografía de la juventud del poeta, fundada en los datos que suministran sus propias obras. El cariño que Doña María puso en esta obra nos hace desear una rápida edición de ella, para que llegue a todos muy pronto²⁷

²⁶ Una síntesis aún reciente de la biografía y obra de Lope de Vega es el libro de Felipe B. Pedraza, *Lope de Vega. Pasiones, obra y fortuna del «monstruo de naturaleza»* Madrid, EDAF, 2009), segunda reedición de una obra anterior (1990). En una sección final de «Orientaciones bibliográficas», con abundancia de juicios admirativos, se hace una útil reseña de «Estudios selectos» donde ni se menciona a María Goyri en los apartados dedicados a la biografía y a la obra lírica, aunque sí como estudiosa de «algunos aspectos concretos del romancero» (p. 270), cuando realmente es también la mejor expositora de sus aspectos «generales». En cuanto a la controvertida «Celia», Pedraza se suma a la opinión de que la cronología —1593— del inicio los amores de Lope con Micaela Luján propuesta por María Goyri, «parece demasiado temprana y Américo Castro la retrasa hasta 1599» (p. 38). Más exacto sería decir que es María Goyri quien modifica (en 1935, o después), adelantándola, la anterior cronología propuesta por Castro (en 1918).

²⁷ Caso González, 1955, p. 207.

Mercedes Gaibrois de Ballesteros, en su conferencia-homenaje a María Goyri, también de 1955, proporciona información similar:

Entre sus manuscritos inéditos ha quedado una biografía de la juventud de Lope de Vega, desde sus diez y siete años hasta los treinta y tres, tomados los datos en su mayor parte, de la propia obra del poeta. Esperemos que tan atrayente e interesante obra salga a luz en breve plazo.

La misma Mercedes Gaibrois recoge unas afirmaciones de Jimena Menéndez-Pidal: los estudios dedicados a Lope de Vega por María Goyri «serán la sorpresa que ha de dar después de muerta»²⁸.

En una entrevista publicada en 1960, Jimena Menéndez-Pidal, se refiere también a los estudios de su madre, «la mayoría de ellos dedicados al Romancero y a la obra de Lope de Vega, de cuya juventud escribió una biografía todavía inédita». Según la propia Jimena, María Goyri «tenía tal preocupación por lograr obras realmente acabadas que nunca las juzgaba a punto de darlas a la imprenta» (C. Vázquez-Vigo, 1960).

La biografía de la juventud de Lope escrita por María Goyri, sin embargo, no llegó a publicarse a pesar de que tanto Caso como Mercedes Gaibrois y Jimena Menéndez-Pidal daban por sobreentendido, además de la importancia de la obra, que el libro estaba concluido. Puede sorprendernos que ni Ramón Menéndez Pidal, en los varios años que sobrevivió a su mujer, ni Jimena, ni Diego Catalán, que consagraron al legado familiar una dedicación constante, llevasen a término la edición de la obra póstuma de María Goyri.

Creo seguro que al margen del perfeccionismo, del que existen varias otras evidencias, de doña María en los trabajos que emprendió, el hecho de que no publicara en vida una obra a la que dedicó tanto esfuerzo, ni

²⁸ M. Gaibrois de Ballesteros, *Homenaje a la memoria de Doña María Goyri de Menéndez Pidal* (Madrid, Dirección General de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores, 1956), pp. 29-30.

lo hicieran sus herederos intelectuales, tiene razones «internas», sobre las que discurriremos más adelante.

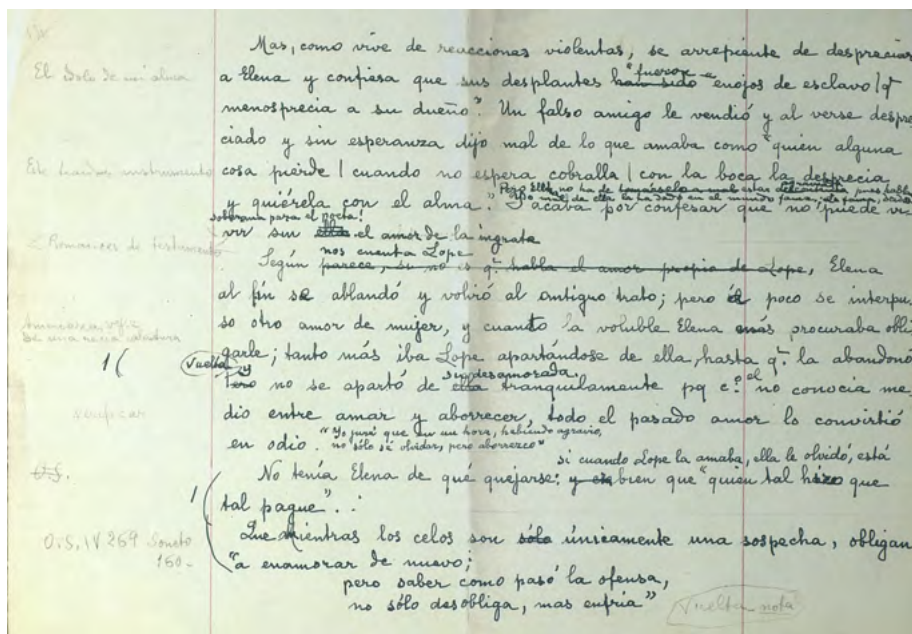
Para mayor perplejidad, el original del libro no se encontraba entre la copiosa documentación de María Goyri conservada en la Fundación Ramón Menéndez Pidal, y así lo hice constar en una primera versión de la bibliografía de María Goyri publicada en 2014. Estábamos, al parecer, ante un libro definitivamente perdido.

Por fortuna, tuve noticia gracias a Javier Sainz Moreno de que él mismo había localizado el manuscrito original del libro de María Goyri, en los años en que colaboró con Diego Catalán en la organización de los archivos de la Fundación Ramón Menéndez Pidal. Lo entregó a Diego Catalán, e hizo antes unas copias que facilitó a diversas personas, conservando una de ellas.

Después del fallecimiento de Diego Catalán, no era accesible el original, retenido de forma indebida, pero gracias a la generosidad de Javier Sainz y Elena Gallego pudimos contar con dos de las copias, y a partir de ellas preparar la edición de una obra que, ciertamente, marcaba época en los estudios sobre Lope de Vega, y la habría marcado en mayor medida si se hubiera dado a conocer en su momento histórico.

Tengo la convicción de que ninguno de los estudiosos de Lope de Vega contemporáneos de María Goyri conocía mejor y había leído de forma más atenta y perceptiva la obra de juventud del Fénix. Pero en su libro hay mucho más que excelente y sana erudición. Ella misma dice en algún momento: «Calle por esta vez la erudición y hable la sensibilidad», y, en efecto, no es fácil encontrar en las infinitas resmas de papel impreso suscitadas por la obra de Lope una mayor y más vivencial identificación de un autor con su objeto, y sujeto, de estudio. Para María Goyri, «la apreciación estética depende no sólo del contenido de la obra, sino de la sensibilidad del contemplador», y «lo esencial es que al leer una producción del poeta estemos lo más posible identificados con los sentimientos que a él le embargaban al darla vida».

INTRODUCCIÓN



Versión primera (c.1936) de *La juventud de Lope de Vega*. Archivo FRMP.

Doña María había confesado, bromeando, a Mercedes Gaibrois: «La última conquista de Lope he sido yo»²⁹, y supo cumplir lo que postulaba: escribir una obra donde la erudición y la inteligencia se subordinan al entusiasmo por la figura humana de Lope, y a la sensibilidad de una excepcional lectora, y en donde erudición y sensibilidad se complementan y potencian mutuamente.

Podemos dar por seguro que María Goyri inició la redacción de su libro sobre el joven Lope en torno a 1930, y que en 1936 existía ya una pri-

²⁹ M. Gaibrois de Ballesteros, *Homenaje...*, cit., p. 29.

que esas peripecias y vivencias dieron lugar. Relacionar vida y literatura en Lope de Vega no era en sí mismo ninguna novedad; lo propio habían hecho antes La Barrera, Rennert-Castro, Américo Castro en solitario, Rodríguez Marín, Montesinos, Millé..., y en realidad todos quienes se habían ocupado de la obra del Fénix. María Goyri introduce, sin embargo, matices importantes. En primer lugar, y como ya veíamos al principio, al considerar que el autobiografismo de Lope es mucho más fiable y directo en su *Romancero* que en *La Dorotea*, que era la referencia obligada en la crítica anterior. *La Dorotea*, con la distancia propia de una obra de senectud, recrea, sublima y falsea por igual la biografía amorosa del autor en sus años mozos (ese es el «rememorar tiernamente sus mocedades» al que se refiere Montesinos), mientras que los romances representan un a modo de diario y crónica donde la reelaboración literaria no anula la autenticidad e inmediatez en el reflejo de experiencias realmente vividas. Además del *Romancero* nuevo, María Goyri prestó especial atención a los sonetos y canciones de las *Rimas* y a varios pasajes reveladores de *La Arcadia*, *La Angélica* o *La Philomena*. Por otra parte, las obras teatrales del primer Lope fueron sometidas a un sagaz escrutinio que desvelaba por primera vez abundantes y evidentes referencias del autor a su vida amorosa. El resultado era presentarnos a nueva luz, y de forma orgánica y completa, y con una cronología mucho más precisa, la autobiografía pasional de Lope, con todos sus altibajos y contradicciones.

A María Goyri le interesaba, y mucho, el hombre Lope de Vega; pero admiraba aún más al poeta y creador, y, sobre todo, su capacidad para transmutar vida en arte y extraer zafiros de lo que, objetivamente, podría haber sido para otros simple barro. Mostrar, precisamente, la metamorfosis artística de la materia bruta de los sucesos, a veces nada extraordinarios ni nobles, es el deber crítico que María Goyri se impuso. Y el crítico no debía permanecer distante ni «neutral» ante la obra que analiza. A la zaga de Montani (y de Alexander Pope, De Sanctis, Menéndez Pelayo y Croce), María Goyri participa de la idea de que:

Para juzgar a los grandes poetas e internarse en su pensamiento se necesita aquel ardor de fantasía, aquella conmoción del espíritu misma que necesitó el autor original. A sangre fría, sin ese incendio de la mente, no apreciamos la mayor parte de las bellezas que nos dejaron los grandes poetas. Pues para penetrar en lo más íntimo de una obra artística y llegar a sus mismas entrañas es preciso volver a pensar y sentir vivamente lo que el autor pensó y sintió al comunicarse con su público coetáneo; es preciso que la fantasía del crítico se caldeé en el mismo entusiasmo creador que conmovió al artista juzgado, en suma, que repita en sí la inspiración de este y logre la expresión acertada de la misma, dándole la nueva forma que el juicio necesita.

El párrafo pertenece a una obra en la que María Goyri había colaborado muy activamente, es decir una biografía intelectual y análisis del pensamiento crítico de Menéndez Pelayo que Ramón Menéndez Pidal trazó en 1914 en un libro que ha permanecido inédito. Y en el mismo libro se decía:

Los defectos de una obra, por superior que esta sea, resultan muy fáciles de descubrir; cualquier inteligencia, por pobre que sea, puede descender hasta ellos; no así las cualidades y las bellezas hasta las cuales es preciso ascender para contemplarlas, y aun más, es preciso para apreciarlas y exponerlas un momento creador semejante al de la producción de la obra artística. Es preciso volver a pensar y sentir vivamente lo que el autor pensó y sintió al comunicarse con su público coetáneo.

Esa empatía del crítico con su objeto de estudio acaso nos parezca hoy «idealista», poco «científica», obsoleta, y hasta peligrosa. Ello no resta nada a la evidencia de que la mejor y más útil crítica, frente a sociologismos, historicismos y otros *ismos*, ideologemas y metodologías presuntamente «científicas» que muchas veces envejecen demasiado pronto, suele ser aquella en la que el estudioso renuncia a la arrogancia de creerse por encima o voluntariamente «extrañado» de lo que estudia, y simpatiza con el autor estudiado. En cualquier caso, ya leíamos antes lo que aplicado a

un caso específico escribe María Goyri: «Calle por esta vez la erudición y hable la sensibilidad», afirmación que podría generalizarse a toda su labor como lopista. Y ello no significa que la erudición sea cuestión secundaria para ella o que no la practicase con rigor extremo.

La aproximación «vital» de María Goyri a la obra literaria se plasmó, también, en la labor pedagógica a la que dedicó muchos años de vida profesional. Entre las abundantes anotaciones conservadas en su archivo que incluyen reflexiones sobre la enseñanza de la literatura recogemos la siguiente:

Primero: Comprensión material. En el estudio de una composición ante un grupo escolar es necesario poner de relieve todos los matices que a su pensamiento ha querido dar el escritor o los que a nosotros nos sugiere su lectura. Es necesario hacer gozar con la obra, no hacer su crítica. Tampoco ha de hacerse admirar lo que no merezca la pena, pero sí sentir la obra, buscar su aspecto atrayente. Es como todo lo que se hace en la vida: si no tiene su aroma, su gota de miel, se hace sin ilusión y por tanto con mayor trabajo.

En cuanto a la cuestión de las posibles razones de que un libro tan largamente preparado y corregido permaneciera inédito, ya aludíamos a declaraciones inequívocas de que era de esperar su «rápida edición» (Caso González), que la obra saliera a luz «en breve plazo» (Mercedes Gaibrois), o que el libro habría de ser «la sorpresa» *post mortem* de la autora (Jimena Menéndez-Pidal). Es claro que era Ramón Menéndez Pidal el primer albacea intelectual de María Goyri, como lo fueron después su hija Jimena y su nieto Diego Catalán. Ninguno de ellos decidió dar los pasos para publicar el libro, y sólo cabe hacer conjeturas sobre ese extraño «desvío» familiar. Conjeturemos, pues. A Menéndez Pidal, según testimonios próximos, no le complacía la fascinación que María Goyri sentía por Lope de Vega. Aunque don Ramón era también convicto lopista, la dedicación a Lope de Vega se había convertido para su cónyuge en una esfera privativa de trabajo, un campo propio y no compartido, como sí lo eran el Romancero tradicional y, antes, la cuentística. Una anécdota, tal vez apócrifa, refiere que en una sobremesa doña María habría dicho algo semejante a: «Puedes estar

seguro, Ramón, de que nunca podría haberte sido infiel... salvo con Lope de Vega». La humorada se corresponde con la confidencia a Mercedes Gai-brois que ya hemos mencionado: «La última conquista de Lope he sido yo».

A Menéndez Pidal tampoco hubieron de agradecerle las diferencias surgidas entre doña María y S. G. Morley, con quien él mantenía desde antiguo excelentes relaciones; o con un colaborador tan estrecho en el antiguo Centro de Estudios Históricos como José F. Montesinos. Montesinos fue posteriormente amigo y valedor de Diego Catalán en Berkeley, en años próximos a la muerte de María Goyri, y Catalán conocía bien las discrepancias entre ambos. Es significativo que en una semblanza humana y científica de María Goyri que Catalán dejó incompleta e inédita se escriba:

Dos fueron sus pasiones durante toda su vida: El Romancero con su infinita variedad de contenido estético y emocional, con su infinita profusión de problemas literarios y filológicos, y Lope de Vega, el hombre no el escritor, «monstruo» y milagro de Dios por su humanidad desbordante, polifacética, apasionada.

Su labor de lopista va desde... [*inconcluso*].

Al margen de que no creo muy ajustada la separación radical que se establece entre el «hombre» y el «escritor» en las preferencias de doña María, lo revelador es el blanco que se deja tras enunciarse la reseña de los trabajos sobre Lope, para pasar directamente al Romancero. A Catalán le resultaba incómodo ocuparse de «la labor de lopista» de su abuela, labor que lógicamente había de concluir refiriéndose a su libro inédito; y en algún sentido habría tenido que pronunciarse sobre la oportunidad o más bien inoportunidad de dar a conocer unos trabajos donde abundaban ideas y tesis que no contaban con las bendiciones del lopismo académico.

Creo, sin embargo, que, sin desdeñar explicaciones en clave intrafamiliar, el libro sobre la juventud de Lope parecía condenado a permanecer inédito por razones intrínsecas al propio libro. Recordemos que se trata de un original concluido en 1936. Ahora bien, al hilo del propio libro, a María Goyri le habían surgido ampliaciones a sus aspectos más novedosos. Así, a propósito de la etapa del destierro de Lope en Alba de Tormes y Valencia y la obra literaria compuesta en esos años, había publicado

varios artículos entre 1943 y 1951 que enriquecían considerablemente lo tratado en su original inédito. Así, las escasas cinco páginas que dedicaba a la «Celia» se habían convertido en un artículo de casi cincuenta en letra apretada y repletas de citas y notas. Si se tiene en cuenta que casi todos esos trabajos se habían reunido en colección y publicado en versión revisada en *De Lope de Vega y el Romancero* en 1953, es evidente que el libro inédito había quedado en buena medida superado por los propios trabajos más recientes de la autora. Es muy probable que Ramón Menéndez Pidal y Diego Catalán, mejor informados que Caso González, Mercedes Gaibrois y la propia Jimena Menéndez-Pidal, así lo vieran.

Sin embargo, María Goyri no había renunciado a seguir puliendo su libro de conjunto sobre la juventud de Lope, ni a publicarlo. Antes que intentar una refundición absoluta que incorporase de forma orgánica la nueva información contenida en los trabajos posteriores, consideró preferible, una vez que esos artículos ya habían sido reunidos, mantener su libro como una síntesis de rápida y fácil lectura para un público no necesariamente especializado. La perspectiva pedagógica siempre fue importante para la autora, y un libro accesible y breve sobre el primer Lope mantenía su validez. Los testimonios de Caso, Gaibrois y Jimena Menéndez-Pidal sobre la vigencia del libro y el interés de María Goyri en darlo a conocer no son, pues, desdeñables.

En una segunda sección recogemos seis artículos que además del más extenso y polémico, el dedicado a «La Celia de Lope de Vega», tienen en

INTRODUCCIÓN



Ramón Menéndez Pidal y María Goyri, 1899.
©Archivo fotográfico Fundación Ramón Menéndez Pidal

común tratar de romances nuevos de Lope, formando a veces ciclos temáticos («El amor niño...», «El duque de Alba...»), reflejan momentos significativos y críticos de la vida de Lope («Un romance pastoril...»), o rectifican la fecha de la muerte de su primera esposa, Isabel de Urbina («Con motivo del reajuste...»). Son estudios que obedecen al mismo propósito que su libro de conjunto sobre la juventud del poeta

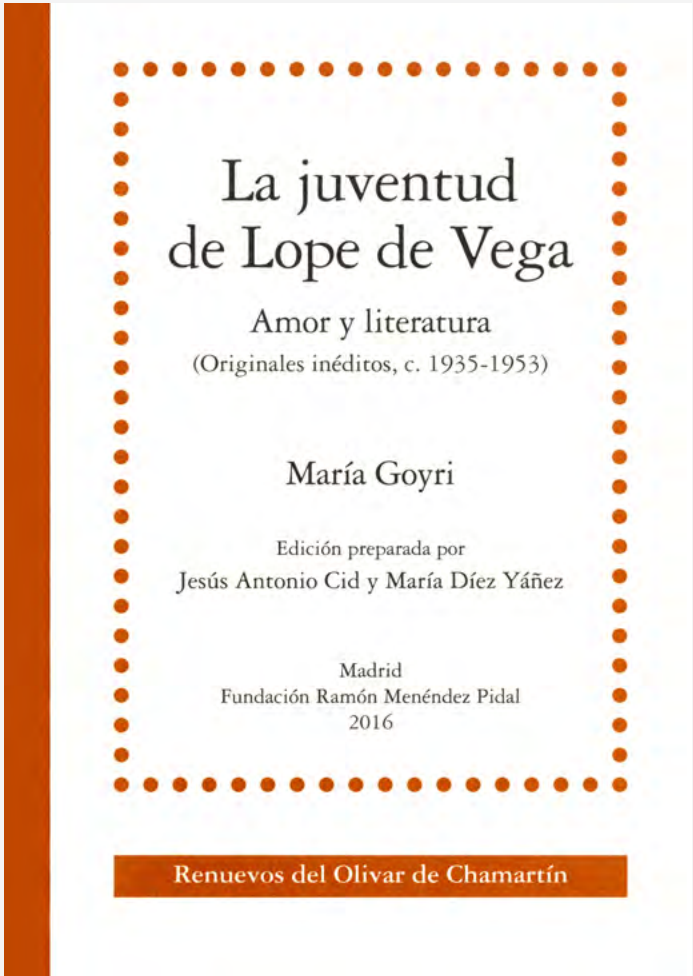
A la iniciativa de José Manuel Blecua se debió la publicación, en 1953, del único libro que María Goyri llegó a ver impreso de sus trabajos sobre Lope de Vega. Blecua creó en Zaragoza una colección, la «Biblioteca del hispanista», que inauguró con la reedición de los trabajos que hemos incluido en esta sección, con la excepción del dedicado a «La difunta pleiteada», en realidad ajeno a Lope. «Los romances de Gazul», es un artículo publicado en revista el mismo año que aparecía el libro, sí responde al mismo patrón y consecuentemente lo incluimos como cierre de esta serie de estudios.

Hemos cotejado la publicación de 1953 con las ediciones originales de los trabajos, lo que ha permitido subsanar buen número de erratas. Reflejamos también todas las modificaciones y añadidos que ocasionalmente se introdujeron en la reedición, especialmente en el dedicado a «La Celia».

Una nueva sección, tercera, recoge las demás contribuciones de María Goyri a los estudios sobre Lope. Se trata de notas inéditas, reseñas, o trabajos menores que no tienen relación directa con el Romancero nuevo, hilo conductor del libro de 1953.

Finalizamos esta compilación, que no aspira a ser *summa lopiana* de los desvelos de doña María por su poeta, con una selección de sus notas sobre Lope y el *Romancero General*, y de una edición de la correspondencia que mantuvo con José Manuel Blecua, promotor del libro de 1953.

INTRODUCCIÓN



La juventud de Lope de Vega

Amor y literatura
(Originales inéditos, c. 1935-1953)

María Goyri

Edición preparada por
Jesús Antonio Cid y María Díez Yáñez

Madrid
Fundación Ramón Menéndez Pidal
2016

Renuevos del Olivar de Chamartín

Primera edición, póstuma, de la obra *La juventud de Lope de Vega* de María Goyri, 2016.

La juventud de Lope de Vega.
Amor y literatura (c. 1935-1953)

Biografía y creación literaria

La vida real de Lope de Vega se halla tan presente en su obra poética que nada hay en aquella que pueda ser indiferente para apreciar ésta.

En las obras de juventud de Lope más que nunca la vida y el arte forman un todo único, parece que el poeta se mueve dentro de la realidad concreta que le envuelve y que no sabe desasirse de ella. Únicamente la riqueza de visión que siempre tuvo le podía permitir recrear de tan diversos modos una misma realidad y presentarla en formas tan variadas.

Sus primeros amores fueron para él no un vago tema poético, sino que los vertió en sus obras con detalles propios de un libro de memorias y con ellos modeló comedias pastoriles y de costumbres, romances amorosos, moriscos y satíricos, sonetos, canciones y letrillas; sin repetirse nunca en la forma y dejando en esos versos las incesantes vibraciones de su espíritu. En aquellas obras de juventud hay una frescura, una realidad espontánea que nos hace participar en la vida impaciente del poeta e interesarnos en las pasiones que inspiraron tantas escenas y tantos versos y seguirlos paso a paso observando cómo reacciona su autor en cada momento.

Claro que nadie puede pensar que la obra del artista se limite a la expresión de la realidad; pero el conocimiento de ésta no sólo no perjudica sino que coadyuva a saborear mejor la obra poética. ¡Cuánto ganan por ejemplo los romances moriscos del *Romancero General* cuando contemplamos en ellos algo más que un alarde poético y vemos agitarse en ellos las contiendas de Lope, de Liñán, de Vargas, de Góngora y de otros conocidos nuestros!

Como la apreciación estética depende no sólo del contenido de la obra, sino de la sensibilidad del contemplador, lo esencial es que al leer una producción del poeta estemos lo más posible identificados con los sentimientos que a él le embargaban al darla vida. Esto es tanto más importante cuando se trata de un temperamento como el de Lope, y pues él quiso ofrendarse en sus versos, aprovechémoslos para vibrar al unísono con él.

No voy a exprimir las poesías para extraer datos autobiográficos, sino que voy a dejar que de ellas fluya la juventud del poeta, si no como fue, tal como a él le plugo dárnosla a conocer. Cuando la vida de Lope encuadra su obra, ésta queda realizada y adquiere para nosotros matices que habrían



EUGENIO CAJÉS: *Retrato de Lope de Vega* (ca. 1627). Museo Lázaro Galdiano.

pasado inadvertidos. ¿Literatura? ¿Vida? Da lo mismo; como alguien ha dicho: es la verdad que el arte impone a la vida.

Sólo me propongo revisar la juventud del poeta comprendida entre los 17 y los 33 años. Antes de esa fecha apenas nos quedan algunas huellas de su vida inciertas, pues que los datos que nos suministra Montalbán ya no nos merecen crédito después de haber comprobado tantas veces los errores en que incurrió. Casi todas las obras dramáticas que se creían escritas en años casi infantiles, pertenecen a esta época juvenil.

Lope dejó la Universidad o Colegio de Alcalá al morir su padre (1578) y vuelto a Madrid, «la ociosidad, cuchillo de la virtud, y noche del entendimiento»ⁱ le apartó de sus primeros estudios y empezó la preocupación amorosa que habría de llenar toda su vida.

Fue el primer sujeto de su amor Amaranta (así la llama en la comedia primera que conocemos de estos amores, y así la llamaremos)ⁱ. Tenía Lope a la sazón 17 años y ella poco menos; eran los dos vecinos y la frecuente vista encendió la primera centella del amor adolescente que se inclinó a la primera mujer que halló propicia. No tenía grandes atractivos; ojos suaves, cachigordita, más bien basta, sin «más gracias, que el desearlas»ⁱⁱ, y en cuanto a carácter algo bobalicona, pronta a creer todo lo que su novio le dijese y no le escatimó. Miradas furtivas los días festivos durante la misa, suspiros, cartitas de amor correspondido, conversaciones nocturnas a la reja, interrumpidas por el sobresalto de la doncella al oír que alguien se acercaba, algún favorcillo de listones o cabellos, proyectos de matrimonio, todo con gran recato, y a veces desmayo o cansancio, «que el bien de amor dilatado suele causar descontento»ⁱⁱⁱ.

Así pasaron tres años con algunas nubes de celos, con fundamento por parte de ella, que la inquietud del poeta no dejó de dar pie para ellos; mas sus versos disipaban fácilmente el nublado.

De venial calificó Lope este su primer amor, que por su «cortesía y poca malicia no dio fuego»^{iv}.

ⁱ M. Goyri escribió primero, aquí y más adelante, Marfisa, nombre que recibe el primer amor de Lope en *La Dorotea*. La comedia aludida, donde la amada recibe el nombre de Amaranta, es *El verdadero amante* (AcadV).

Llegó el año 1583 y en él se dispuso apresuradamente la expedición a la Terceira para someter definitivamente a los portugueses, contrarios al dominio de Felipe II, los cuales, apoyados por Francia, mantenían la rebelión en aquella isla. La juventud hizo caso de honra servir a la nación y a su rey, alistándose en la armada al mando del marqués de Santa Cruz, y allá fue Lope acompañando a Tomás Perrenot, sobrino del egregio Cardenal Granvela.

Embarcó en Lisboa el 23 de junio y fue testigo de la decisiva victoria sobre los enemigos. A relatarla consagró un detallado romance que, embutido en la representación de una comedia^v, sirvió de noticiario al pueblo, inaugurando la cátedra de información histórico-patriótica que durante medio siglo había de desempeñar Lope, misión más alta que la del cargo de Cronista de la Corte que no logró obtener y que constituyó para él una constante ambición fallida.

Vuelto de la expedición encuentra a Amaranta a punto de casarse. La familia había aprovechado la ausencia del galán para que, roto el encanto en que la tenía el poeta, admitiese el enlace con un hombre rico aunque no joven.

Lope sufre el primer desengaño amoroso y algo le consuela la idea de que Amaranta haya sido forzada por su familia y que la culpa es de su pobreza, no de sus merecimientos: «pero venció la riqueza a tres años de amistades»^{vi}, y «le deja su dama ingrata porque se suena que es pobre».

Pero él ha de hacer valer su superioridad, y dice a la novia tornadiza:

Dejas un pobre muy rico,
y un rico muy pobre escoges,
pues las riquezas del cuerpo
a las del alma antepones^{vii}.

Salvo la herida en su amor propio, no sintió mucho el abandono de Amaranta, que «como no fue amor de peso, púdolo el viento llevar»^{viii}.

No estuvo mucho tiempo casada Amaranta: el viejo marido se olvidó de sus años y sólo se acordó de la mocedad de la esposa, que consumió su vida en breve tiempo^{ix}.

Libre ella, sin hacer gran duelo porque casó a disgusto y faltó luego tiempo para que el trato engendrara cariño, volvió a su casa con esperanza de reanudar el antiguo amor.

Hasta aquí los primeros ensayos amorosos de Lope, inocentes, como él se complació en pintarlos insistentemente una y otra vez. Sin embargo en *La Dorotea* incurriendo en contradicción, en medio de estos amores pálidamente declara como al descuido el nacimiento de un hijo clandestino abandonado; es una especie de confesión que se escapa de la pluma del autor al recordar en la vejez sus mocedades².

A pesar de que el poeta cuelga este hijo a su primera novia, yo veo aquí una fusión de dos mujeres: la que fue objeto de sus relaciones lánguidas y desvaídas y la que se dejó burlar. Amalgamas de estas se encuentran más de una vez en la obra del Fénix. De otro modo no había para que insistir tanto en la condición inocente de aquel noviazgo que presenta todas las características de un amor adolescente y que no realza el contenido de la obra, ni deja en situación muy airosa la prestancia del galán enamorado.

Filis

Al enviudar Amaranta se hallaba ya Lope enredado en lazos más fuertes y avasalladores. La nueva amada era Elena Osorio, hija del representante Jerónimo Velázquez, casada, pero con el marido ausente, libre y muy solicitada.

² Seguía, tachado en el original: «El Sr. Entrambasaguas ha hallado recientemente la comprobación documental de ese fruto de una aventura juvenil de Lope». M. Goyri alude a un hallazgo de Entrambasaguas que resultó fallido: «Un amor de Lope de Vega desconocido. La «Marfisa» de *La Dorotea*», *Fénix*, I (1935), 455-490: id. en *Discurso de apertura del año académico de 1935 a 1936* (Murcia, 1935). Entrambasaguas confundió al Fénix con un parcial homónimo, según probó F. Vindel, *Por el honor de Lope de Vega y Portocarrero (apuntes sobre un error literario)* (Madrid: Impr. Góngora, 1941). En su ejemplar del trabajo de Entrambasaguas, M. Goyri anotó: «Toda la identificación se vino abajo». Así lo reconoció el propio autor en una agresiva palinodia: J. de Entrambasaguas, «Sobre un amor de Lope de Vega desconocido» [Rectificación], *RFE*, XXV (1941), 103-108].

El amante, apasionado desde que la conoció, nos la ha retratado con delectación amorosa. Linda moza, de pelo rubio abundante y crespo, ojos verdes y pintados, esto es con pintas, (ojos de malaquita, no esmeraldinos como andando los años contará de Amarilis, su último amor), ojos algo desvergonzados, que antes que los enviden, quieren; cejas en arco y negras como las pestañas; la boca graciosa y risueña aunque no le den causa, la tez trigueña clara, el talle esbelto y la mano larga³. Acaso Elena no era tan bella como la pinta y hemos de afeár el retrato con las tachas que le pondrá cuando llegue el tiempo del desengaño y nos diga que el cabello era enrubiado, que la tez de la cara era de un moreno subido y que su elevada estatura y delgadez la asemejaban a una lanza o a una caña de azúcar^x.

Pero dejando a un lado estos desahogos, es lo cierto que durante un decenio, acaso hasta que se apasionó de Lucinda, Lope tomó de aquella figura real, o ensalzada, de Elena los rasgos para pintar toda belleza femenina, lo mismo si se trataba de la perfección con que salió Eva de manos de su Creador, que cuando quiso describir la humanal belleza de María Virgen^{xi}.

Se ha dicho que el retrato físico de Elena se confunde con el de doña Marta de Nevaes y se supone que en esta última se inspiró Lope al escribir el soneto incluido en el auto de *El nombre de Jesús*; pero el poeta nos pintó a esas dos mujeres, que fueron su primera y su última pasión, con rasgos peculiares inconfundibles, como tomados que estaban del natural. Aparte del matiz diverso de los ojos, doña Marta era de tez «de nácar y perlas», no tenía el cabello rubio, pues nunca lo comparó al oro ni a los rayos del sol; no era alta, ni tenía la mano larga, condición esta última que señala expresamente; mientras de Elena dice: «mano hermosa... larga en cuanto a ser perfeta»^{xii}, de doña Marta escribe: «no fue la mano larga»^{xiii}. Y como rasgo diferencial tenemos el desenfado de la una, patente en la risa retozona y mirar provocativo, y el recato de la otra con su honesta risa y su grave ceño.

Donde Lope recarga las alabanzas de Elena es en las dotes del espíritu: la gracia con que al hablar ceceaba ligeramente, el brío, la gala de su donaire, el despejo desenfadado, el cantar con amorosa voz, el danzar y

³ Era el tipo de mujer que estaba entonces de moda. Faria y Sousa en sus *Rimas de Camões* en la descripción que hace del ideal de la belleza de la mujer señala el pelo dorado y crespo, las cejas «en no siendo negras, fáltales la perfección», la mano ha de ser larga, etc.

su facilidad para tocar el harpa y otros instrumentos. Y para completar el modelo la supone dotada del don inapreciable de hacer versos, enamorada de conceptos, y tan imbuida de la importancia de las ciencias que consentía a su enamorado que robase el tiempo a sus apasionados coloquios para que fuese él a estudiar matemáticas y astrología⁴. Aquí también habrá de rebajarse lo que haya de hiperbólico, ya que muchas de estas cualidades serán las mismas que atribuirá andando el tiempo a doña Marta de Nevares, que le permitirán comparar a una y a otra con las damas del Renacimiento italiano Laura Terracina y Vitoria Colonna. Pero siempre nos quedarán los rasgos vigorosos de una Elena graciosa, desenfadada, de ojos provocativos, capaz de apreciar el talento y saborear los versos del poeta, y sobre todo muy apropiada para trastornarle el juicio.

Lope, con la plasticidad que modela a su antojo, caracterizó el amor de sus dos primeras amadas en estas redondillas:

Era de un árbol mi amor;
Amaranta para sí
cortó una imagen de mí,
tosca y de poco primor^{xiv}.

Llegué a tu mano divina,
y artífice sin igual,
perfeccionas, de metal,
en mí, labor peregrina^{xv}.

Maravillosamente queda grabada la diferencia entre el primer amor informe hacia la mujer todavía indiferenciada y los rasgos precisos e hirientes de la pasión que le infundió Elena, maestra en moldear corazones.

Aventajaba en edad a Lope, que aunque a éste no le naciese el primer bozo «con el enamorado anhelito de los suspiros»^{xvi} de Elena, es cierto que apenas había traspasado la adolescencia. Era ella muy ducha en las artes galantes y ejerció una influencia decisiva en la formación erótica de aquel

⁴ [En el original se señala una adición, escrita a la «vuelta» de la página, no conservada en el texto de que disponemos].

jovenzuelo, y quién sabe la culpa que cabe a esta mujer en el desorden pasional a que él se entregó. La huella que le dejó fue tan profunda que el recuerdo de esta amada acompañó a nuestro poeta a lo largo de toda su vida; olvidó pronto a Amaranta y a doña Isabel y hasta dejó de citar a Micaela; pero donde quiera que hizo recuento de sus amores, allí está Elena. Setenta años tenía cuando publicó *La Dorotea*, musa la más querida, paladeando con fruición deleitosa aquellos goces y penas de amor, y todavía en las *Rimas divinas y humanas* de 1634 hay un recuerdo de Elena.

Cuando trabó amistad Lope con Elena, daba ésta la preferencia entre la turba de adoradores que andaba a su alrededor a un jovencito forastero de ilustre sangre, rico y generoso.

Alusiones en los romances compuestos en aquella época nos permiten reconocer a este rico favorecido primero por Elena y al que luego desbancó Lope, en la destacada personalidad de don Luis de Vargas Manrique, hijo de don Diego de Vargas, ilustre secretario de Estado de Carlos V y de Felipe II. Don Luis desde muy niño mostró inclinación a las letras. Luis Hurtado de Toledo en *Las Trecientas* que dirigió a doña Ana Manrique, mujer de don Diego, elogia al primogénito de este matrimonio, que de pocos años (antes de los diez en que quedó huérfano de padre) recitó «con voz sonora y dulcísima retórica» una muy elocuente oración en defensa de las ilustres mujeres⁵.

A la muerte de su padre (1576) residió don Luis con su madre y con su hermana, la futura condesa de Siruela, en Toledo, en el soberbio palacio alabado encomiásticamente por Góngora^{xvii} y otros contemporáneos.

Ya mozo sus versos fueron solicitados por notables escritores para los preliminares de sus obras más famosas^{xviii}. Cervantes en el *Canto de Caliope* (1585) le elogia como «maduro ingenio en verdes pocos años».

Cuando, hacia 1582, irrumpió en la corte, sus dotes poéticas y su

⁵ Gallardo, *Ensayo*, III, col. 249. [María Goyri añade una nota al margen indicando la necesidad de fechar un soneto de Hurtado contenido en los preliminares de esta obra: «El soneto de don Luis al frente de *Las Trecientas*. ¿Cuándo se publicaron?». En realidad, *Las Trecientas* no se publicaron. Lo que Gallardo describía es un ms., con sólo la portada y un folio impreso. Según Gallardo, Rodríguez Moñino y S. López Poza la compilación es de 1582. Habría, pues que revisar la datación temprana].

riqueza debieron de deslumbrar al cenáculo de escritores jóvenes, y muy especialmente a Lope de Vega, que tuvo que reconocer en aquel forastero la precocidad y la facilidad en el versificar delicados *concetos*, dotes de que él se preciaba, y envidiaría sobre todo aquella posición brillante que le permitía componer comedias, no para lucrarse con ellas, sino para su entretenimiento, condición en que Lope aspiraba a igualarle, según se desprende de lo que repetidamente dijo en el célebre proceso de 1588^{xix}. Ninguna de esas comedias nos es hoy conocidas; por lo menos no llevan el nombre de Vargas.

En 1589 publicó un libro de poesías religiosas que tituló *Cristiados*. Pero donde alcanzó más fama fue como autor de romances. Lástima que la anonimidad en que se hallan las obras en el *Romancero General* de 1600 haga difícil el destacar muchos de los romances que le pertenecen.

Usó de preferencia el nombre poético de Lisardo, y formando trinca con Belardo (= Lope de Vega) y Riselo (= Liñán de Rianza) se cita varias veces en el mundo romancista; Pedro Flores, entre otros, los alude al publicar la *Sexta Parte de Romances nuevos* (1594), donde dice:

Junté en nombre de Riselo,
de Lisardo y de Belardo
mil vocablos pastoriles.

El mismo Liñán de Rianza en un romance que se conserva en un manuscrito de fines del siglo XVI de la Biblioteca de Palacio junta a su propio nombre poético el de otros contemporáneos y entre ellos:

Lisardo en sus sotos mira
como sus manadas pacen,...
Belardo, aunque canta penas,
de alegres principios nacen,
sólo Riselo no tiene
memoria en que deleitarse^{xx}.

El nombre de Lisardo ofrece variantes en el romancero, ya porque los poetas lo modificaban para velar las alusiones, ya porque la transmisión

de los romances no reparaba en conservar fielmente los nombres.

Con el de Liseo alude a don Luis de Vargas un autor que conocía la trinidad romancista de que aquel formaba parte, y que estaba enterado de las amadas a quienes dirigían sus versos:

Quiso Riselo a Narcisa
y Liseo quiso a Lisis,
que después por otro nombre
Belardo la llamó Filis.
Aquestos tres de la fama
que tantos versos escriben ...⁶

Aquí se nos revela que don Luis precedió a Lope en servir a Elena Osorio⁷.

Encontramos otras alusiones a la rivalidad de los dos poetas, aunque más veladas, en unos romances moriscos publicados en la *Primera Flor* (1588). En uno, Zaida (=Amaranta) celosa de Celinda (=Elena) comienza así una imprecación contra su antiguo amado Gazul (=Lope):

Ruego a Alá que de esta empresa
presto recibas la paga
y que en medio del camino,
cuando tú a Sidonia vayas,

⁶ «Quien puede contar sus males», *Romancero general de 1600*, IX parte, f. 353r. Respecto a la identidad del nombre Liseo con Lisardo para designar poéticamente a un Luis, sirva lo que Lope decía en una carta al duque de Sessa citada por Anibal en un detenido estudio que hace sobre estos nombres poéticos [C. E. Anibal (ed.), Mira de Amescua. I *El Arpa de David, Introduction and Critical Text*; II Lisardo, *His Pseudonym*. vol. II, Sep. 30, 1925, núm. 6 (Columbus: The Ohio State University, 1925), p. 131: «Embío a V. ex^a los dos romances [...] No fue possible llamar Lisardo al tal pastor, porque no cabía en los versos, y era necesario desbaratar los pensamientos: llaméle Lisio, que es lo mismo, y que se aplica al nombre de Luis...»].

⁷ *Seguía, en el original, tachado*: y en otro romance encontramos cómo andando el tiempo aludirá a esta circunstancia el de Vargas, dirigiendo quejas a su amada Lisenia,

encuentres, aunque sea solo,
a Garcipérez de Vargas^{xxi}.

En otro romance se supone a Gazul muerto a manos del mismo Garcipérez de Vargas. Este personaje histórico que se nombra incidentalmente en un ciclo de romances en que nada tiene que ver, indica un juego de nombres muy dentro de la técnica de Lope.

La rivalidad de los dos jóvenes no fue tan sañuda como nos la pinta *La Dorotea*; no hubo ocasión de sacar las espadas ni clavar la daga; sus manifestaciones quedaron reducidas a enriquecer el romancero con unas cuantas composiciones de quejas amorosas y desafíos moriscos. Don Luis de Vargas, que no debía de estar muy amartelado, se alejó de la corte para tomar parte en una de tantas expediciones bélicas que se ofrecían por aquellos años de 1584.

Como poeta y soldado le elogia Lope en un romance de despedida en que emplea el tono humilde que acostumbra ante un grande⁸.

Cuando se ausentó el de Vargas, quedó Lope «señor pacífico de tan rica posesión»^{xxii} y comenzó aquel amor furioso y loco; todo para él reflejaba el cariño de la amada: de día contemplaba como la festejaba la naturaleza:

⁸ Volvemos a encontrar a don Luis de Vargas en relación con Lope de Vega con motivo del proceso contra el último en 1588; por cierto que la atribución que hizo de los libelos por exclusión de los que pudieron haberlos escrito, y que refirió en su declaración un testigo, fue una de las graves pruebas contra Lope.

Poco después Don Luis se embarcó en la Armada contra Inglaterra en el mismo galeón que Lope y como él regresó a España. Un par de años más tarde pereció ahogado en el mar Tirreno y «en breve años malogró grandes esperanzas» al decir del curioso anotador del ejemplar del *Romancero General* de 1604 de la Biblioteca Nacional (R. 2171, f. 105).

Lope recordó varias veces esta circunstancia de la muerte; la primera vez es en un romance publicado a poco de ese suceso, pues se halla incluido en la tercera parte de las *Flores* de 1591 y el tono que emplea es más irónico que elegíaco; «Lisardo, aquel ahogado, como Narciso en el pozo». En otro romance compuesto hacia ese mismo tiempo habla también de Lisardo muerto en el mar y le compara con Leandro. En el elogio que más tarde le dedica en el *Laurel de Apolo* vuelve a comparar su muerte con la del amante de Hero habiendo sido el amor causa de la desgracia.

De yerbas los altos montes,
de mieses los campos llanos,
para ti se visten, Filis,
y se desnudan cada año^{xxiii}.

Y también: «Para festejar a Filis se adornó la primavera»^{xxiv}. De noche sueña que duerme entre sus brazos. Es el tiempo de los juramentos de amor: «antes muerta que mudable» y amor más duradero que la muerte. El enamorado servía a la amada «con amores; con caricias, con idolatrías, con versos amorosos, con amanecer a su puerta, con celos y con lágrimas»^{xxv}.

La presencia de Amaranta viuda despierta los celos de Elena; pero no le han de faltar a Lope razones para aquietarla, maldiciendo los tres años que estuvo sirviendo a la que luego le dejó por otro. Sin embargo él se complació en amartelar a las dos mujeres y durante algún tiempo Amaranta estuvo en reserva para suplir desengaños de Elena.

En medio de esta orgía amorosa, tenía Lope un torcedor: su pobreza. Sólo contaba con los gajes que por sus servicios le concediese el Marqués de las Navas, y esos los perdió por no querer abandonar Madrid cuando su señor partió para Alcántara. Sus obras dramáticas le producirían poco, que ya lograría Jerónimo Velázquez aprovecharse del enamoramiento del poeta. Así en el célebre proceso de 1588 los testigos declararon que Lope de Vega no tenía comodidad (es decir, acomodo, empleo) ni oficio, ni trato ninguno de que sustentarse; y él afirmó que escribía comedias por su entretenimiento, a ratos ociosos, sin hacer trato de ellas.

A pesar de esta fanfarronería, en las obras de aquellos años aparece obsesionante el contraste del rico poderoso y el pobre desdeñado.

Sustenta a amor el regalo;
éste es pobre, luego es malo
pues que no sustenta a amor...^{xxvi}

En cambio al rico le basta su riqueza para que no haya en él falta ninguna. «El dar engendra amistad en los hombres» y en la mujer voluntad «¡Oh interés! Las piedras gasta»^{xxvii}. ¿Qué no se conquista cuando «el gene-

ral es de diamantes y los soldados de oro»?^{xxviii}

Sabía el sacrificio que por él hacía Elena al darle la preferencia estando solicitada y regalada por unos y por otros. ¿Duraría mucho aquella firmeza?

Procura Lope mantener su prestigio diciendo a la amada:

Ya sabes tú que es preferida el alma,
digo, sus bienes a los de fortuna,
y que no tiene el mundo más castigo
que por el interés vender el gusto^{xxix}.

Pero la situación se hacía insostenible. Elena que había sido «muy blanda en el primer concierto»^{xxx}, se arrepintió pronto, siendo parte para este cambio las instancias de su madre que llevaba muy a mal ver a Elena empleada en un pobre mancebo que sólo podía regalarla con un soneto o un romance. Un falso amigo acabó de desamorar a Elena, haciéndola ver que el poeta se alababa en público de los favores que ella le concedía. Aquellos amores eran ya la comidilla de la juventud literaria de la corte, que «las damas de los poetas serán celebradas, pero no secretas»^{xxxi} y si antes la desvanecieron los versos en que se veía alabada, ahora ya la cansaban y deseaba que el poeta enmudeciese. Eligió él unas mordazas por emblema o unos mudos peces, lo más contrario a su condición; pero torcida al fin la voluntad de Elena, un día comunicó a su amante que todo había acabado entre ellos.

Mucho atractivo tendría Lope para las mujeres, pero ya es la segunda vez que se ve desdeñado por la amada; y si antes se consoló fácilmente del desengaño de Amaranta, ahora que había gustado en abundancia de los frutos del amor loco, no tiene límite su desesperación. Lloró su breve gloria pasada, semejante «al flaco sol del invierno»^{xxxii} que se pone a poco de haber salido. La Naturaleza toda tomará parte en su pena como la había hecho participar en su alegría, y los romances serán una vez más intérpretes vivos de su tribulación. Un almendro, que plantó en conmemoración del primer favor que le concedió Elena, le causa envidia, que aunque los hielos le ofenden, tiene esperanza de que llegue la primavera, mientras que ya para él todo es invierno^{xxxiii}.

Decide Lope huir al Andalucía como remedio para olvidar a Elena; pero como no tuviese el dinero necesario para ausentarse, solicita de Amaranta que se lo dé, fingiendo que la justicia le persigue; y ella, siempre crédula, se lo proporciona. Situación que hoy nos parece poco airosa; pero que él se complació en consignarla más de una vez^{xxxiv}.

En el Betis, en uno de aquellos «barcos con los tendales de ramos de naranjos en que pasan a Triana y al Remedio»^{xxxv} encontró una ninfa de negros ojos, que por un momento pareció que había de distraerle de la otra morena de quien iba huyendo por

Sospechas esquivas
penas encubiertas,
con memorias vivas
de mil glorias muertas^{xxxvi}.

Pero aunque a esta andaluza no le faltase hermosura ni entendimiento, no fue capaz de borrar el amor de Elena. Años después recordará esta inútil huida:

Fuime, ausénteme, no ligero y suelto,
que la cadena y grillos arrastrando,
por dondequiera de su lazo envuelto,
mis fugitivos pies iban mostrando^{xxxvii}.

Parte Lope de Sevilla hacia el mar y entre las muchas locuras de fino enamorado que hace, nos contará como enterró en la orilla el retrato de su ingrata dama para vengarse y apartar de él su imagen^{xxxviii}.

Vuelve impaciente a Madrid y halla a Elena entregada a un nuevo amor. El amante favorecido es don Francisco Perrenot, sobrino del poderoso cardenal Granvela⁹. Es hombre de más edad que Lope, rico, de linda

⁹ Aunque creo bastante dilucidado que el Perrenot Granvela rival de Lope no era don Tomás, añadiré que la supuesta riqueza de éste como heredero de su tío, se invalida con la noticia de Cabrera de Córdoba (Cabrera de Córdoba, *Felipe II*, t. 3, p. 201) que dice: «el Cardenal Granvela falleció en Madrid... con bien poca hacienda».

presencia, alegre de ojos, muy entendido y de natural despejo, aficionado a la música y no ignorante en la poesía. El retrato que concuerda con los datos que la historia nos suministra está hecho por el mismo Lope, que no caerá en la pobre venganza de decir que los ricos son necios. «¡Como si no hicie[ra] Dios ricos con entendimiento!»^{xxxix}. Acaso escribió esto en aquella época en que no le convenía enemistarse abiertamente con don Francisco. Ya en su vejez hablará de muy distinto modo de un acaudalado rival: «sabio entre necio, lindo entre grosero; mas pienso que decir rico bastaba»^{xl}.

Sería conocido de Lope quizá desde la expedición a la Tercera y en Madrid tendrían ocasión de tratarse por pertenecer don Francisco a la inquieta juventud cortesana, entre la que llevó vida poco edificante, hasta el punto de que su tío el Cardenal le desheredó por los disgustos que le ocasionaba con su conducta.

No fue impedimento la ocupación de Perrenot para que los antiguos amantes reanudasen su interrumpido concierto amoroso. Aquí encajaba bien el símil tantas veces repetido: «Celoso yo, como en su fin la vela, vuelvo en mi fuego muerto a alzar la llama»^{xli}; y el poeta gozaba de noche a hurto los favores que el acaudalado galán saboreaba a la luz del día. Disimulaba el amante furtivo con su rival y hasta escribía romances, como los de Azarque, almoradí de Baza, en que a vuelta de los amores de Perrenot mezclaba su propia pasión.

Creemos ver una alusión a estos hechos en el romance «Desde San-sueña a París», escrito poco después (1588) por Góngora, en el que se enmascaran sucesos escandalosos de la corte y entre otros el siguiente:

Raimundo con sus tres pajes
mil músicas dio a la puerta
de una dama, que lo oía
abrazada de un poeta;
y el socarrón otro día
les enviaba una letra
escondiendo el dulce caso
entre almalafas de seda^{xlii}.

Pero los celos corroían a Lope, aunque no le consumían en secre-

to, sino que, como todo en su vida, le incitaban a producir sin descanso. Muchos son los romances inspirados en los celos, ya desesperados, ya con esperanza de recobrar el mermado amor; entre ellos tuvo repercusión en el mundo literario el de las tórtolas. A orillas del Tajo contempla un álamo blanco a cuya sombra gozó en otro tiempo su gloria. En lo alto de las ramas ve un nido en que dos tórtolas con ronco arrullo juntan sus picos en amoroso beso. El celoso, con envidia, coge una piedra y desbarata el nido, diciendo «que no ha de haber compañía donde está mi soledad». Y contra la fama tradicional de la fidelidad de la viuda tortolica, el poeta se conduce sólo del macho, porque la hembra pronto tendrá otro cuyo como le tiene Elena. Pero busca donde huyeron las aves y descubre que siguen el interrumpido idilio en un pino cercano. Entonces abre su corazón de nuevo a la esperanza que

Voluntades que avasalla
amor con su fuerza y arte,
¿quién habrá que las aparte?,
que apartallas es juntallas^{xliii}.

Él quiere convencerse de que Elena está sin gusto entregada a Perrenot; ella, si aquel extraño la deja libre y no la engaña con sus riquezas, volverá a su antiguo dueño, y la ruega que despierte de su «interesable sueño».

Y no bebáis del agua del olvido,

la suplica,

Aquí está vuestra vega, monte y selva;
yo soy vuestro pastor, y vos mi dueño,
vos mi ganado, y yo vuestro perdido^{xliv}.

Antítesis esta última que prodigó en las composiciones de su juventud. Sin embargo la espera de que Elena vuelva a darle la preferencia va

prolongándose demasiado¹⁰. Lope no puede sufrir más tan desairada situación en su agravio. Todos dicen que su tristeza proviene de envidia o de celos, y es que siente ambas cosas pues que la vida de un celoso «en dicha ajena empieza y acaba en agravio propio»^{xlv}. Y cansado de quejas y de súplicas, se yergue arrogante y da curso al despecho. Maldice el tiempo en que sus ojos miraban a Elena, quien no merecía «tanto bien, siendo tan mala»^{xlvi} y se siente «corrido de haber mirado / mujer de tan poco precio»^{xlvii}.

Mas como vive de reacciones violentas, se arrepiente enseguida de despreciar a Elena y confiesa que sus desplantes «fueron enojos de esclavo que menosprecia a su dueño»^{xlviii}. Un falso amigo le vendió, y al verse despreciado y sin esperanza, dijo mal de lo que amaba como

quien alguna cosa pierde,
cuando no espera cobralla,
con la boca la desprecia
y quiérela con el alma^{xlix}.

Pero Elena no ha de estar agraviada, pues hablando mal de ella la ha dado en el mundo fama. ¡La fama, deidad soberana para el poeta! Y acaba por confesar que no puede vivir sin el amor de la ingrata.

Según nos cuenta luego, Elena al fin se ablandó y volvió al antiguo trato; pero a poco se interpuso otro amor de mujer, y cuanto la voluble Osorio más procuraba obligarle, tanto más iba él apartándose, hasta que la abandonó. Esta declaración no parece muy exacta y tiene todas las trazas de ser una concesión que hacía Lope a su amor propio. Lo cierto es que el despecho del amante agraviado aumenta progresivamente, y no se apartó de su desamorada tranquilamente porque como él no conocía término medio entre amar y aborrecer, todo el pasado amor lo convirtió en odio:

Yo juré que en una hora, habiendo agravio,
no sólo sé olvidar, pero aborrezco^l.

¹⁰ [En el original se señala una adición, escrita a la «vuelta» de la página, no conservada en el texto de que disponemos].

Que mientras los celos son únicamente una sospecha, obligan a enamorar de nuevo:

pero saber como pasó la ofensa,
no sólo desobliga, mas enfriá^{li}.

Sin embargo, no tenía Elena motivo de quejarse: si cuando él la amaba, ella le olvidó, está bien que «quien tal hizo que tal pague»^{lii}.

Ya en el terreno del desafecto, vendrá a declarar que los favores que ella le hizo, como había de compartirlos con muchos, no le aprovechaban. Pésale de tener que descubrir faltas ajenas; pero hablan en él la razón, la cólera y los celos.

La ira le ciega y dirige al amante que le ha suplantado un romance en que le descubre las flaquezas de Elena y lo mucho que le favoreció en bochornosas intimidades. Y añade:

Yo no pensaba en mi vida
de lo que digo alabarme
pero cuando le desprecian
bien puede un hombre alabarse^{liii}.

¡Qué sabrosos comentarios se harían entre los amigos de Lope en el corral de las comedias y en la casa de trucos cuando leyese estos picantes versos alusivos a personas y a pasiones de todos conocidas! Y a Lope se le calentó la boca y acabó por escribir unas procaces sátiras no ya sólo contra Elena, sino contra toda su parentela. Denunciadas a la justicia, Lope fue preso el 29 de diciembre de 1587 durante una representación en el teatro de la Cruz.

Por desdicha para su autor se han encontrado esos libelos. Su tono escandaloso era conocido desde que Pérez Pastor halló copia del proceso a que dieron margen, y al conocerlos ahora íntegros, nos asombra que tales expresiones saliesen de la pluma del Fénix; que si se ha dicho que a un poeta no se le ha de pedir cuenta de sus acciones, sino de sus versos, hay que convenir que los que escribió esta vez no son literatura, sino cólera.

Lope nos tiene acostumbrados a verle tratar los asuntos más viles con elevación poética: los graciosos, las cortesanas, los rufianes de sus co-

medias se mueven a ras del suelo sin que lleguen a encenagarse; pero en cambio cuando se siente lastimado en su amor propio, no sabe contener su pluma y manan de ella las palabras más soeces que pueden proferirse. El mismo lenguaje usará años adelante contra sus impugnadores literarios. Desde luego el caso de Lope no era insólito, pues Cervantes escribe: «Es propio y natural de los poetas desdeñados y no admitidos de sus damas fingidas, o fingidas en efeto de aquellos, a quien ellos escogieron por señoras de sus pensamientos, vengarse con sátiras y libelos; venganza por cierto indigna de pechos generosos» (*Quijote*, 2^a parte, cap. I). En la fecha (1615) en que esto se publicaba habían pasado demasiados años (diecinueve) para que el tiro fuese contra el Fénix¹¹.

Al llegar a este punto los acontecimientos se atropellan en la vida del poeta; el año 1588 fue para él de una actividad abrumadora. Durante el mes de enero mientras estaba en la cárcel continuó escribiendo apasionadamente. Algunos romances iban encaminados a ablandar con humildades la crueldad de Elena; pero debieron ser más los escritos de maldecir, porque, ante nuevas reclamaciones de los Velázquez, se le duplicó el tiempo a que en primera vista se le había condenado a destierro de la corte, y se le conminó, si entraba en ella, con la pena de ir a remar en galeras.

En definitiva, el 7 de febrero fue sentenciado por las injurias a la familia Velázquez a dos años de destierro del reino (entiéndase del reino de Castilla) y otros ocho años alejado a cinco leguas de la corte. Hoy nos parece excesiva la condena; pero la justicia de aquella época se nos muestra a la vez que severa, equitativa, y por escándalo sabemos que sufrieron por entonces destierro muchas personas, aún algunas de alta representación social; díganlo entre otros en Sevilla el que luego fue gran duque de Osuna y en Madrid por veleidades amorosas el quinto duque de Alba, y unos años atrás su antecesor don Fadrique de Toledo castigado a servir en Orán. Precisamente el mismo año de 1587 trató Felipe II de reformar las costumbres de los caballeros de su corte que vivían muy ociosos y fue causa de que desterrasen al conde de Paredes y a los marqueses de Peñafiel y de Cogolludo^{liv}. Y si todavía algún incrédulo de la rectitud de la justicia se ex-

¹¹ En el original *segula*, tachado: ... contra el Fénix], pero todo puede ser.

trañase de que unos representantes obtuvieran tal satisfacción de su honor, acójase a las palabras de Cervantes quien por boca de Sancho aconsejaba no tomarse con farsantes, «que como son gentes alegres y de placer, todos los favorecen, todos los amparan, ayudan y estiman»^{lv}.

Belisa

En el tiempo en que Lope andaba despechado de su trato con Elena dirigió sus galanteos a una muchachita de muy distinta condición que su engañosa dama. Era doña Isabel de Urbina y Alderete, doncella criada con recato en el hogar de una familia honesta y acomodada. Su hermano don Diego era rey de armas de Felipe II; el padre era pintor y natural de la Montaña, acaso tuvo trato por la profesión y por el solar con Félix de Vega, padre de Lope. No nos dejó Lope un retrato de la que fue su mujer que nos la represente con la precisión que conocemos a las amadas Elena, Micaela o Marta. De tez blanca y cejas negras, si hemos de creer lo que dice el romance «Hortelano era Belardo». La nota específica nos la dan aquí, como en otros casos, los ojos: claros, ni esmeraldas ni zafiros, ojos risueños, dulces, atractivos, *ladrones*, a los que cantó el poeta más cuando dejaron de brillar que mientras los contempló vivos.

La dulzura fue la nota saliente de su carácter y aunque sea juicio de Montalbán no cuadran mal las palabras que dedicó a pintarnos a doña Isabel con la idea que de ella nos formamos: «hermosa sin artificio, discreta sin bachillería y virtuosa sin afectación»^{lvi}. Rebajando hipérboles nos quedamos con la imagen de una muchachita buena, sencilla, sin ningún rasgo notable: el reverso de Elena Osorio.

En el romancero podemos rastrear el proceso que siguieron estos amores de nuestro poeta. Primero el asedio que puso a la fortaleza de doña Isabel, de quien no podría decir, como de Elena «que fue muy blanda en el primer concierto». Ante todo ha de convencerla de que a sus verdes años, no llegaba a los 17¹², más le conviene un galán humilde que se precie de ser suyo y que

¹² [*Tachado en el original*: La edad se deduce de la comedia *Laura perseguida*, escrita en Alba en 1594, donde se dice que entonces la mujer de Belardo tenía 23 años (AcadN VII, p. 132).

se le rinda como esclavo, que uno de esos bravos que a la dama solicitan, pensando que la compran con sus ducados y a dos días que la gozan se van a buscar nuevo gusto^{lvii}. Continúa Lope obsesionado por su posición modesta.

Doña Isabel iba dejándose ganar por la voz de sirena del enamorado; pero a sus cándidos oídos llegó lo que se comentaba por la corte de sus vehementes y escandalosos amores con Elena y Lope pierde el terreno ganado; es preciso acallar los celos de la doncellita

Si Filis te ha dado celos
el tiempo te desengaña,
que como ella quiere a otro
puedo por otra dejalla^{lviii}.

Es razón convincente, ya que no apasionada. Lope no se ha desasido por completo de los brazos de Elena, ni doña Isabel se ha entregado en los suyos¹³.

Sin embargo el odio hacia Elena sigue ganando terreno. Considera que es dichoso el pastor que alcanza no poner en mujer su confianza, necesita hallar una compensación en el nuevo amor: y cuando llegue a lograrlo dirá: «dichoso el pastor que alcanza / tan regalado fin de su esperanza». Con este paralelismo en sendos romances nos dará a entender la transformación de sus amorosos sentimientos, lo que él ingenuamente creía la extinción de una hoguera y el traslado a nueva luz:

¹³ [Seguía, tachado en el original: Hay dos romances con versos y conceptos comunes («De aquella ciudad famosa», «Por las riberas famosas», *Romancero general de 1600*, VII parte, f. 216, y parte I, f. 13v-14r). Uno de desesperación por la ingratitud de Elena y otro de logro de sus deseos que al fin va a casarse con la mujer amada. En el estribillo tienen los dos el primer verso común: «Dichoso el pastor que alcanza». El segundo verso, que en el primer caso dice «no poner en mujer su confianza», se trueca en el romance de alegría por este otro: «tan regalado fin de su esperanza». Se da también aquí un ejemplo de la compleja técnica de Lope: ese trastocar los nombres cantando a Elena como Belisa, y a doña Isabel como Filis. Así conseguía: «Que lo que de griegos digo, lo entienden por los troyanos». [MG abrevia y resume a continuación lo tachado].

Yo la dejé del todo, y fuíme a aquella
que fue para salvar mi nave, estrella^{lix}.

El desengaño es entonces su tema favorito:

Al desengaño santo
consagro altares y alabanzas canto^{lx}.

Contento de verse libre del fiero yugo, acudirá cual náufrago salvado a presentar al templo el voto y la cadena^{lxi}.

Noble desengaño
gracias doy al cielo
que rompiste el lazo
que me tenía preso^{lxii}.

Sobreviene luego el proceso: para alcanzar a doña Isabel tiene que estrechar el cerco; la familia se ha enterado del escándalo y se opone a que sigan aquellas relaciones. Lope sale de la cárcel en febrero, se refugia en Toledo, acaso gestiona inútilmente que la pena le sea disminuida, tiene que alejarse, ha convencido a la inexperta doncella de que su amor no sufre demora y en un acto de audacia y desafiando la justicia, entra en Madrid en compañía de su fiel amigo Claudio Conde, de un esbirro y una tercera, y atropellando por todo rapta a doña Isabel.

Apremiante se muestra Lope en los versos que la dedicó durante el tiempo que media entre la salida de la cárcel y el rapto:

Belisa, señora mía,
regalo y bien de mi alma,
si sientes lo que yo siento...
¿cómo tu venida tarda?
que el plazo que señalaste
para verme en mi cabaña,
ya se acabó y no viniste;
ya mi paciencia se acaba...

Y si quieres hacer prueba
de mis sinceras entrañas
y ver mis horas cumplidas,
ven a cumplir tu palabra^{lxiii}.

La familia Urbina siente la vergüenza de la afrenta (así habría de sentirla Lope con igual motivo al término de su vida), se querella contra el raptor; pero al fin se busca la solución más admitida en esos casos: que la iglesia sancione con sus bendiciones lo irremediable:

Desde su balcón
me vio una doncella
con el pecho blanco
y la ceja negra.
Dejose burlar,
caseme con ella;
que es bien que se paguen
tan honrosas deudas^{lxiv}.

Así recordaba el suceso un año más tarde el poeta. Efectivamente, Lope que a veces sentía la responsabilidad de sus acciones, dio poder a su cuñado Rosicler, y en Madrid a 10 de mayo quedó indisolublemente unido con aquella víctima incauta, que pagaría con desmesura su ligereza.

Celebró Lope su boda, como todos los sucesos de su vida con romances y escenas dramáticas en que hace constar con particular empeño que al fin «después de tantas desgracias» el padre había accedido a la unión^{lxv}. ¿Y qué remedio le quedaba?¹⁴

Antes de acabar de comer el pan de la boda Lope se alistó en la Armada preparada contra Inglaterra, que por ironía de la tradición se ha dado en llamar la Invencible. ¿Qué le movió a ello? Las varias explicaciones que se han dado son insatisfactorias; bien pudo ser porque habiendo incu-

¹⁴ Lope en el pronóstico de *La Dorotea* nos dice que casará con una doncella con poco gusto de sus deudos. [En el original se señala que la nota continuaba en la «vuelta» de la página; no conservada en el texto de que disponemos].

rrido en la pena de ir a galeras con que se le amenazaba en la sentencia si entraba en la corte, buscaría el medio de librarse de ese castigo alistándose voluntario en servicio de alguno de sus amigos que como aventureros acudieron al llamamiento de la patria. El hecho es que el 29 de mayo zarpó de Lisboa con rumbo a los mares del Norte en el galeón San Juan. Si descontamos de esa fecha las jornadas que suponía entonces de viaje para llegar desde Toledo hasta la desembocadura del Tajo, y, si como es de suponer, los expedicionarios no embarcaron enseguida de llegar al puerto, no tuvo mucho tiempo doña Isabel de gozar de los brazos de su amado, y pasó por la pena de verle partir, quedando con la amargura de la ausencia y con la zozobra de una bélica expedición naval, tan llena de peligros, en que la fatal realidad excedió a cuanto se pudo imaginar. No sabemos dónde quedó la solitaria recién casada; podríamos suponerla en Toledo viviendo con su cuñada y tocaya, la que dejó fama de santa. Allí iría recibiendo con sobresalto las noticias del desastre de la armada.

Veamos cómo reaccionó Lope ante la ausencia. Él, que con sus versos dedicados a ese tema podría dar margen a una especial antología, se contenta por esta vez con escribir una estrofa un tanto retórica que forma parte de una canción ¹⁵, y un romance en que presenta el dolor de la mujer al verle partir y busca para ello inspiración en el clásico tema de la desesperación de la abandonada reina de Cartago. Experimenta la complacencia de sentirse amado, pero no hay en él expresión de dolor por el apartamiento, sintiendo más alta su misión, como el pío Eneas.

Pasados más de cinco lustros (hacia 1616) en una carta dirigida a su señor el duque de Sessa, tan amigo de saber intimidades sensuales de su secretario, recordará una grosera aventura con una mujerzuela de Lisboa. No ofende tanto el que pecase contra la fidelidad debida a la esposa ausente, desquitándose por anticipado de la abstinencia que le esperaba a bordo, como que le dejase un recuerdo tan imborrable.

Si hemos de creer a Lope, durante la expedición compuso *La hermosura de Angélica* «entre las jarcias del galeón San Juan y las banderas del rey Ca-

¹⁵ La canción «Sola esta vez quisiera» a que pertenece esa estrofa fue puesta en música por Palomares y se hizo famosa. Todavía Jacinto Polo hacia 1650 repetirá «lo de quedarse y partirse, versos de Lope de Vega».

tólico»^{lxvi}. Como este poema no se publicó hasta 1602 y salió muy retocado, es difícil separar lo que corresponde a 1588¹⁶.

En esta obra encontramos la expresión más tierna de su cariño hacia doña Isabel; recuerda aquí con efusión el bálsamo sedante del amor de la dulce esposa:

Bendiga el cielo aquel sereno día,
y en los que el mundo venturoso llama
le escriba y le celebre, ¡oh claros ojos,
que trocastes en paz tantos enojos!^{lxvii}

Ella le sacó del Argel en que le tenía cautivo Elena.

El poeta nos dirá que los papeles y versos de la Osorio volaron al aire empleados en tacos del arcabuz; pero no quiere esto decir que olvidara el antiguo amor y se lamentará que

... ninguna desventura alcanza
tan justa queja como el bien perdido:
que a quien le pierde, a un tiempo dan los cielos
desdén, mudanza, ausencia, olvido y celos^{lxviii}.

Recuerda demasiadas veces a Elena para ser una pasión del todo extinguida¹⁷. Al partir la Armada había encarecido el fuego de su amor y los suspiros de su pecho, capaces de mover las velas^{lxix}. Vientos más contrarios combatieron aquellas naves; pero agradezcamos a la Providencia que des-

¹⁶ [Al margen MG anota: «En bibliografía la equivocación de la Vida de Lope». Sin duda se refiere a la *Vida de Lope de Vega* de Rennert y Castro (Madrid, 1919), en donde se afirmaba: «Tres fases se perciben en *La Angélica*: una anterior a 1589, cuando aún no reinaba Felipe III...». MG corrigió en su ejemplar, con razón: «1598. Empieza a reinar Felipe III»].

¹⁷ [Seguía, tachado en el original: Durante la navegación, entre armas y humo, no olvida los bellos ojos de Elena; pero en el frío mar del Norte no canta la sirena del amor. «Voy por la mar, donde a morir me envía / la envidia de mi bien, que pudo tanto» (*La Angélica*, canto XIV. O.S., II, p. 217). En un romance escrito en Valencia en que recuerda la venganza de Elena repetirá la misma idea: «Y juzgando a poco el quemar las prendas / echóme a la mar por extrañas tierras» («Hortelano era Belardo», versión ms.).

pués de correr terribles peligros el galeón San Juan arribó a la Coruña a fines de septiembre devolviendo a España el poeta que había de darle una gloria más invencible que la que se esperó de aquella armada.

Dirigióse Lope a Toledo a unirse con su mujer, para desde allí salir a cumplir los dos años de destierro del reino^{lxx}. Si la expedición contra Inglaterra hubiese vuelto victoriosa, acaso Lope hubiera visto premiados sus servicios con el indulto; pero no estaban los tiempos para escuchar peticiones.

El desterrado eligió para establecerse Valencia, ciudad entonces de importante actividad literaria, especialmente en los dos géneros en que más sobresalía Lope: la comedia y el romancero. Recordemos a Tárrega, Virués, Aguilar, y los jóvenes Guillén de Castro y Boyl, entre otros. Por aquel año el librero Andrés de Villalta, siguiendo la tradición de Timonedá (otro librero valenciano, coleccionista e imitador de romances viejos), andaba recogiendo los romances nuevos para publicar la primera *Flor*, librito que nos había de conservar tantas composiciones lopescas.

Dura, sin embargo, debió de ser la temporada de Valencia, y tiempo después recordará Lope la solicitud y consuelo que debió a su mujer en aquellos momentos de tribulación.

Y ¿quién pudiera imaginar que hallara,
volviendo de la guerra, dulce esposa?;
dulce por amorosa
y por trabajos cara^{lxxi}.

Del trabajo a que se veía obligado Lope nos da idea la declaración que Gaspar de Porres, autor de comedias, prestó en 1595 en que dice que por los años de 1588 a 89 enviaba cada dos meses a Valencia a recoger la producción dramática de nuestro poeta, y otro testigo nos informa de que también a otros autores proveía de comedias. No se conserva noticia expresa de cuales fueron esas obras; pero podemos asegurar que no es exagerada la afirmación respecto al ritmo con que se producían: se conservan felizmente, fechadas en Alba en 1593-1594, cuatro comedias cuya composición dista una de otra precisamente dos meses. Sin duda era esa la tarea de obra dramática que Lope se había impuesto durante el destierro. Claro que luego fue siendo más intensa la producción.

En varias de aquellas comedias escritas en esos años gustaba el poeta ponerse con su mujer en un rincón del cuadro. Ya en el *Ganso de oro* (1588-1595 según Morley-Bruerton), que puede ser de 1589, había sacado a escena sus amores con doña Isabel y los celos de Elena. En *La infanta desesperada* aparece la boda de Belardo y Belisa, a los que acompaña el padre satisfecho de las cualidades de tal yerno. En *El hijo venturoso* nos habla de un mal parto de Belisa; y aunque es rasgo que se halla en el cuento italiano que sirvió de fuente a la comedia, lo relacionaría con el fruto del primer amor a que se alude en el romance de la despedida al embarcar en Lisboa. De este esperado hijo se habla también en una canción, escrita en Valencia, que años después insertó en la *Arcadia* en ella nos descubre los celos de doña Isabel al sentirse abandonada, ella «ejemplo de mujeres», y llora angustias mortales, mientras él está en otros brazos. Para acabar su vida y matar la prenda que lleva en sus entrañas, está a punto de arrojarla al mar. Y ahora el poeta se burla del femenino arrojado: la esposa desesperada ve salir un delfín bramando, entonces vuelve las espaldas a la muerte y dice: «Si es tan fea, que viva o muera quien mi mal desea»^{lxvii}.

En situación análoga se había reído de Elena presentándola desesperada, dispuesta a pasarse con el cuchillo de su estuche; pero como por casualidad se pinchase con un alfiler, se alborota al ver salir la sangre. El poeta no admitía que la mujer tenga valor para llegar a tal extremo de desesperación.

Lope en Valencia no puede olvidar a Elena; no es que las poesías inspiradas en el antiguo amor sean un tópico poético como se ha afirmado; habla en ellas la pasión que no se ha extinguido porque la mujer propia, a pesar de su dulzura (un ángel, un serafín como Lope la llamará cien veces) no ha sabido conquistar por entero aquel corazón nunca saciado porque le hielan, y no le enciende. Doña Isabel para suplantar a Elena en el alma de Lope era muy poca mujer. ¡Ni aun supo darle celos!¹⁸

En las poesías de esta época valenciana la imagen de Elena se funde frecuentemente con la de Isabel, pero luego se va esfumando ésta para

¹⁸ [En el original se señala de nuevo una adición, escrita a la «vuelta» de la página, no conservada en el texto de que disponemos].

quedar con trazos claros y vigorosos la de la antigua pasión. Lope seguirá preciándose de que no hay fuerza en el tiempo para su firmeza^{lxxiii}.

Cuando visita Sagunto parangonará su suerte a la de la ciudad destruida, y se quejará de los malos amigos y de los yerros de su propio dueño que le han puesto en «agradable prisión»^{lxxiv}.

Él, que al sentirse, o mejor, creerse libre del yugo amoroso de Elena había aclamado al desengaño, echará de menos el dulce engaño:

¡Oh siempre aborrecido desengaño,
amado al procurarte, odioso al verte,
que en lugar de sanar, abres la herida!
Pluguiera a Dios duraras, dulce engaño,
que si ha de dar un desengaño muerte,
mejor es un engaño que da vida^{lxxv}.

Y otra vez insiste:

¡Oh quién nunca pensase en desengaños,
o se desengañase de tenellos!^{lxxvi}

Sin embargo, él querría olvidar, pero la memoria le hace torcer de su firme propósito^{lxxvii}. Ha hecho todo lo posible por aplacar su amor: cruzó el mar, creyendo templar su fuego, se mudó a otro reino y sólo halló «incierto el bien y cierto el desengaño». Se esfuerza por dominar su pasión pero es inútil, y lo más grave, es que no puede callar:

El mismo amor me abrasa y atormenta,
y de razón y libertad me priva;
¿por qué os quejáis del alma que lo cuenta?
¿Qué no escriba decís, o que no viva?
Haced vos con mi amor que yo no sienta,
que yo haré con mi pluma que no escriba^{lxxviii}.

Para Lope eran inseparables *sentir, cantar, vivir*. Es la batalla que se riñe en el alma del poeta. Lope es sincero en todo momento lo mismo

cuando ama, que cuando odia, y a él mejor que a otro alguno podría aplicarse el dicho de Juan Rufo al oír cantar algunos romances de poetas enamorados: «locos están estos hombres pues se confiesan a gritos»^{lxxix}.

Durante su estancia en Valencia no dejaba Lope de buscar medios para obtener el perdón de los Velázquez y con este fin escribe una epístola al Presidente de Indias don Fernando de Vega y Fonseca para que interponga su influencia. Confiesa que esa tierra en que vive es fértil y risueña, habitada de ingenios raros y de santos varones, pero él contempla todo con helado gusto y sus males no tienen alivio. No siente aquel amor tirano que le hacía apartar celoso a las blancas tortolillas, sino el conyugal amor que, según dice: «me tiene con mil hierros que en cuello y manos y en los pies me pesan»^{lxxx}. Extraña esta declaración hecha en tales circunstancias.

Todas las gestiones resultaron inútiles y fue necesario esperar a que se cumpliesen los dos años de destierro del reino. A mediados del año 1590 pudo Lope trasladarse a Toledo donde entró al servicio de don Francisco de Ribera, que fue más tarde Marqués de Malpica. En aquella ciudad vivió un año con doña Isabel, y acaso para que la hiciese compañía, tomó a su servicio al niño de ocho años Francisco, hijo de Luisa de Vega, quizá hermana suya.

A orillas del Tajo recordó las dulzuras allí pasadas en otro tiempo, entonó quejas a la ingrata que le persigue el alma después de desterrarle el cuerpo; denostó al amor, coreado por sus antiguos amigos Liñán, Laínez y Cervantes (?). Volverá a decir de Elena que está vieja (recuérdese que es una de las ofensas que figuran en el proceso) y la hará defensora del Amor porque gracias a él tiene oro de sobra^{lxxxi}.

Algunas escapadas furtivas harían en aquella época a la corte, que a pesar de que tantas veces la había denostado al tenerla que abandonar, tornar a ella era siempre su mayor anhelo («Cuándo cesarán las iras». En Madrid vuelve a contemplar la casa de Elena y se declarará humildemente vencido, para ablandar a la que, pudiendo, no le perdona^{lxxii}.

La situación en Toledo seguía siendo precaria sufriendo persecuciones (Jerónimo Velázquez estaba en Toledo en esa fecha, y con él Rodrigo de Saavedra, el falso amigo que había contribuido a su destierro), hasta que le brindó protección el quinto duque de Alba. Era éste don Antonio

Álvarez de Toledo nacido en 1568 en Lerín, Navarra, hijo del Condestable de aquel reino, don Diego. Huérfano de padre don Antonio a los 15 años y abocado a heredar el ducado de Alba por la prematura muerte del hijo único del cuarto duque, le envió su madre a la corte bajo la tutela de su tío don Hernando Álvarez de Toledo, Prior de San Juan, hijo natural del gran duque de Alba don Fernando. Encontráronse frente a frente un jovencito, suave de condición y tímido, y un anciano que había heredado, con el nombre, el carácter férreo de su padre. El maridaje tenía que ser fatal para la formación del muchacho. Éste se halló enseguida muy a gusto entre la turbulenta juventud madrileña y empezó a dar quebraderos de cabeza al áspero tutor, quien por su parte se afanaba por enderezar al que ya era duque desde 1585. Para contribuir a ello pensó en la conveniencia de casarlo; diose a buscarle una novia adecuada a su categoría, que al par de nobleza tuviese caudal, y al fin eligió a la sevillana doña Catalina Enríquez de Ribera, hija del anciano duque de Alcalá, la cual había de aportar al matrimonio cuatrocientos mil ducados de dote. Por su parte el siempre desacertado Almirante de Aragón, don Francisco de Mendoza, proponía el casamiento del Duque con su sobrina doña Mencía, hija tercera del duque del Infantado. A ésta conoció el de Alba en Toledo en 1587, con motivo de las fiestas de la translación del cuerpo de santa Leocadia, y no sintió gran atracción hacia ella, por lo que el del Infantado rogó a su hermano que no siguiese el negocio adelante. Probablemente don Antonio andaba entretenido en otros amores.

En 1588 cuando la juventud acudió a alistarse en la Armada contra Inglaterra estuvo el duque de Alba a punto de embarcarse; pero no pasó de Lisboa. Al año siguiente fue con su tío el Prior al socorro de La Coruña en cuya ocasión mostró «principio de imitación del abuelo y tío valerosos» al decir de Cabrera de Córdoba^{lxiii}.

El Prior don Hernando cada vez más obstinado en llevar a cabo el enlace con la sevillana, insistía con su sobrino para que aceptase, y éste, que sentía «miedo reverencial» hacia su tío, otorgó un poder en 8 de mayo de 1589 para casarse en Sevilla con doña Catalina. Pero era tal la aversión que le inspiraba, que en 5 de diciembre revocó el poder a escondidas de don Hernando. Conocedor éste de tal rebeldía, amenazó al sobrino con hacerlo desterrar de la corte y obligarle a recluirse en Alba, lo que constituía para

“Cuando la vida de Lope encuadra su obra, ésta queda realzada y adquiere para nosotros matices que habrían pasado inadvertidos. ¿Literatura? ¿Vida? Da lo mismo; como alguien ha dicho: es la verdad que el arte impone a la vida.”

María Goyri

©Archivo fotográfico Fundación Ramón
Menéndez Pidal



LA JUVENTUD DE LOPE DE VEGA



el joven el mayor castigo por estar muy encariñado con la vida madrileña; y ante la amenaza otorgó al mes siguiente nuevo poder, el cual no se envió a Sevilla hasta el 9 de julio (1590) porque anduvieron en la plática de otras proposiciones matrimoniales. Al fin el día 18 de dicho mes se celebró el casamiento con toda solemnidad, casándose el Asistente de Sevilla en nombre del Duque con doña Catalina, que a la sazón contaba 17 años.

Entretanto don Antonio había andado diciendo que prefería irse a Flandes a que le diesen un arcabuzazo o se tiraría a un pozo antes que unirse a doña Catalina. Aprovechó el Almirante para su propia desgracia semejante estado de ánimo del Duque y le inclinó a que aceptase el casamiento con su sobrina. Para ello el de Alba revocó otra vez el poder que había dado al Asistente de Sevilla, el mismo día 18 de julio en que se casaba con doña Catalina y el día 23 celebraba en Guadalajara los esponsales con doña Mencía de Mendoza (y consumaban el matrimonio).

El escándalo fue mayúsculo, la ira del Prior no tuvo límites, el Duque de orden del rey fue enviado preso a la Mota de Medina y presos también quedaron el Almirante¹⁹, el duque del Infantado y cuantos habían intervenido en aquella boda. La desairada novia de Sevilla promovió un pleito que duró hasta mayo de 1593 en cuya fecha se falló a favor del de Alba. En ese año casó doña Catalina con don Pedro Téllez Girón, tercer duque de Osuna, y como ya había muerto el Prior don Hernando, los ánimos se aquietaron del todo.

Tal era el señor a cuyo servicio «entró» Lope el año 1591, con el cargo de gentilhombre en el que continuaba en 1594. El de secretario lo desempeñaba Jerónimo de Arceo según lo acreditan el proceso anteriormente citado, donde figura como tal secretario, e igualmente figura en la Elegía a la muerte de don Diego de Toledo, el malogrado hermano natural del Duque.^{lxxxiv} En *La Arcadia* (novela) lo introdujo Lope con el nombre de Alcino y lo calificó como «el más amigo pastor y el fiel secretario, y por más deudo y obligación de cuantos en todo el valle comunicaba Anfriso» (= Duque don Antonio)^{lxxxv}. Más tarde quizá al final de su estancia

¹⁹ Tal prisión, que fue muy prolongada, le costó al Almirante perder la hacienda y la salud.

en Alba debió Lope de ejercer de secretario, pues con tal título y el de gentilhombre lo designa Pacheco en la introducción del retrato del autor que va al frente de *La Jerusalén*.

En Alba tenían el Duque y su hermano una especie de corte literaria, ejerciendo un mecenazgo tradicional en aquella casa, en donde se reunieron músicos y poetas famosos de la época, unos de pasada, como Góngora y Liñán, y otros de asiento, como Blas de Castro, don Antonio de Mendoza, Diego de Mendoza, Pedro de Medina Medinilla y nuestro Lope.

Los accidentados amores del Duque eran tema muy sugestivo para inspirar a nuestro poeta, tanto más que encontraba ciertas analogías con su propia situación de desterrado por culpa de una mujer despechada. Lope cantó al Duque en relación con sus dos mujeres en el romancero, en comedias pastoriles, en una égloga en un poema descriptivo, y por último en la novela pastoril *La Arcadia*, donde, según nos dice «a vuelta de los ajenos [amores] he llorado los míos». Por esta similitud pudo terminar la obra con la canción que para sí propio había compuesto en 1588 («La verde primavera...»)^{lxxxvi}.

Los años pasados en Alba fueron de una actividad literaria incansable. Citadas quedan las cuatro comedias en esa villa fechadas a intervalos de dos meses, lo que hace presumible que otras muchas se escribirían allí. Además de los innumerables versos escritos a devoción del Duque, compuso multitud de romances, sonetos y canciones en que como de costumbre vacía sus sentimientos íntimos. Todavía aquí sigue recordando a Elena a quien, según dice en varias composiciones, lleva diez años amando (1583-1593) y ha consumido su florida primavera.

A orillas del Tormes como antes a orillas del Tajo y del Turia seguirá cantando a la hermosa causa de su «dulce destierro», «querido agravio, sinrazón dichosa» y volverá a disculparse de su maldecir como cinco años antes:

Lo escrito y mal hablado
no es mucho, ingrata Filis, que te asombre,
si como condenado
blasfemo algunas veces de tu nombre^{lxxxvii}.

Si ya la pasión se había extinguido no se comprende como un inge-

nio tan fértil no cambiaba de objeto. Acaso estos versos se dirigían a Elena para ablandarla y obtener el ansiado perdón de su destierro. Lo cierto es que continuó invocando a Filis hasta que aparece un nuevo sujeto amoroso que inspira sus poesías²⁰.

Celia

En uno de los frecuentes viajes que, acompañando al Duque, hacía Lope, un día víspera de la Asunción, acaso en Toledo, conoció a Celia, la cual había entregado su libertad a otro hombre. Comenzó el poeta por desempeñar papel de tercero cerca de Celia, siendo el archivo de sus secretos; pero enamorado de ella comenzó una lucha: si él se descubría, la dama enojada le privaría de tratarla y aún de verla, y si callaba tenía que presenciar que otro obtuviese la victoria. Declárase al fin; Celia le manifiesta que es inútil que se esfuerce en apartar dos voluntades unidas²¹. Él, por su parte, también pertenece a otra mujer que merece pecho de mayores prendas; pero el tiempo todo lo gasta. Al fin Celia se rindió y su nombre se incorporó a la producción poética de Lope hacia 1594, ya en forma de inciso extraño en las comedias, ya en sonetos, canciones y romances dedicados a cantar su belleza.

El nuevo amor comenzó a invadirle con ímpetu avasallador y aquella pasión adquirió enseguida plenitud sensual. El poeta nos confiesa que no hay nada para él mejor que amar la hermosura de Celia; es ella su único bien y en quererla ocupa todo el sentido. No hay premio para sus penas como aquellos ojos celestiales, la alegre boca con la voz de ángel, y la frente de nieve, y aquellos cabellos rizos que le tienen prisionero. No faltan envidiosos de su perdición que le amenazan, con lo que encienden más su amor. Así nos lo declara en *La Arcadia* y al acabar esta novela pastoril incluyó un soneto de Celia a Belardo^{lxxxviii}.

²⁰ Coincide con el momento definitivo de execración de Elena y sus parientes, «perjura, infame rama del linaje Osorio» (*El dómine Lucas*, AcadN, XII, p. 78, comedia escrita en Alba h. 1593).

²¹ Ver en el Apéndice los romances Celia-Belardo [*Este «Apéndice», igual que la «Bibliografía», aludida en otras notas, no se conserva, aunque es seguro que fue redactado*].



Firmas de Lope de Vega.

Una canción llena de férvidos deseos, escrita en Alba en 1595, nos revela que la bella Celia está a orillas del Manzanares, mientras el apasionado amante está junto al Tormes «sin alma el cuerpo y sin razón el seso. No querría pasar allí el invierno:

Los tuyos celestiales,
¡Celia, mi bien!, mis tristes ojos vean
primero que el noviembre
coja estas flores y su escarcha siembre.
La nieve de tus pechos
es el invierno que sufrir deseo^{lxxxix}.

Quédese el Duque a vivir en aquellas ásperas montañas obsequiando a su esposa en espera del nacimiento de su heredero²², que él estando con su prenda cara, será feliz aún en la estéril Libia²³.

Varias son las conjeturas que se han hecho acerca de quién podía ser esta Celia, buscando la mujer real que ese nombre representa. Desde luego era persona que pasaba inadvertida, pues, según nos dice un romance, los versos que cantaba Lope ensalzándola en público y en secreto

Son latines para el vulgo
que quien es Celia no sabe^{xc}.

¿Es la misma Lucinda, o sea Micaela Luján? En un pasaje de la *Jerusalem* en que se cuenta el comienzo de las relaciones de Lope con esa hermosa hembra, se habla de la tercería que él ejerció hasta que logró suplantar al que se hallaba disfrutando aquel amor; situación análoga a la que reflejan los romances de Celia. También el retrato de ésta en *La Arcadia* coincide, aunque más pálido, con bastante exactitud con el apasionado que de Lucinda hizo Lope en la *Angélica*; los mismos ojos azules como el cielo, la boca envuelta en risa, la blancura de nieve y el cabello dulce prisión de sus sentidos.

Contra la identidad de Celia y Micaela se alegan varias consideraciones. Una cita del falso *Quijote* dice que Lope cantó a Celia y a Lucinda y de ahí deducen que se trata de dos mujeres distintas; pero acaso ello no significa sino que esos dos nombres se registran en sus poesías amorosas, sin que

²² Nació en agosto de 1595.

²³ El comienzo de esta canción encuentra su correspondencia en el soneto 45 de las *Rimas* [«Tened piedad de mí, que muero ausente». O.S. IV, p. 211].

impliquen distinto sujeto. También cantó a Elena con nombre de Celinda, Zaida, Filis y hasta de Belisa, y más tarde a doña Marta llamó Amarilis y Marcia Leonarda.

De los estudios hechos hasta ahora sobre los amores de Lope con Micaela Lujan parece que no hay apoyo para suponerlos anteriores a 1598. Pero los cinco hijos fruto de esos amores en enero de 1604, a poco de morir el marido de Micaela y la presentación en el pasaje arriba citado de la *Jerusalem* de tres niñas y dos niños, además de que Lope repetidas veces dice que le costó bastante tiempo vencer la resistencia de esta amada, puede llevarnos para la iniciación de esos amores a una fecha aproximada a ésta de las composiciones en loor de Celia.

Como niebla perturbadora en el esclarecimiento de este enigma está el proceso contra Lope en 1596 por amancebamiento con doña Antonia Trillo, viuda de Luis Puche, suceso que por la fecha había de interrumpir el embelesamiento de Lope ante los ojos de zafir de Celia-Lucinda y la prisión de sus cabellos de oro. Sin embargo como la viuda no parece que ocupó mucho tiempo la atención del Fénix, podríamos suponer el suceso una aventura pasajera; quizá fue Lope víctima de alguna de aquellas encerronas que se reflejan en crónicas, comedias y novelas de la época y que terminaban con la intervención de los esbirros²⁴.

Por último, si tan amartelado estaba Lope con Micaela desde 1594 y seguía estándolo por lo menos once años más tarde ¿cómo se explica que en 1598 se casase con doña Juana de Guardo? Pero si sabemos que Lope soltero, casado, viudo y sacerdote simultaneó siempre, con lo que podríamos llamar su amor legal, el disfrute de alguna honda pasión arrebatadora, no tenemos de qué extrañarnos. No fue sólo «monstruo de naturaleza» en su producción literaria, sino en todos los aspectos de su vida.

Podemos afianzar la suposición de la identidad de Celia con Micaela en algunos textos de aquella época. En una impresión de *La Arcadia* hecha

²⁴ A esta doña Antonia Trillo se le viene agregando indebidamente como segundo apellido el de Armenta por confusión con Marcela de Armenta que alguna vez aparece apellidada Trillo de Armenta. ¿Qué relación existió entre estas dos mujeres? No insisto en este problema que cae fuera de la época a que he propuesto ceñirme; pero convendría repasar los datos que a Doña Antonia se refieren, que han llegado a ser un «dice que dijeron».

en Valencia en 1602 se inserta un soneto dirigido a Lope por su amigo valenciano don Carlos Boyl en el que habla del rigor que Celia, «de beldad dechado», había tenido con Belardo, su enamorado pastor sabio y apuesto²⁵. Como en esa fecha Micaela presidía la vida amorosa de Lope, no es creíble que el soneto del amigo se incluyese en la obra de haberse referido a otra amada.

Finalmente, la poetisa huanuqueña que dirigió a Lope una epístola entusiasta, allá lejos, en el retiro del claustro tenía noticia, aunque retrasada, de los amores del poeta y sabía que la Celia de *La Arcadia* y la Lucinda de la *Angélica* eran la misma.

Celia no se desdène
por ver que en esto mi valor se empeñe...
No seremos por esto dos rivales,
que trópicos y zonas nos dividen,
sin dejarnos asir de los cabellos..
Cuando enredado te hallaste en ellos
bien supiste estimallos,
y en ese mundo y éste celebrallos,
y en persona de Angélica pintaste
cuanto de su lindeza contemplaste^{xci}.

Al contestar Lope a esta epístola, cuando ya era sacerdote y da un resumen de su vida, no cuenta para nada Micaela, y se desentiende de la alusión de su admiradora peruana con estos versos:

Celias de solo el cielo me entretienen;
no las temáis, que Celias de la tierra
a ser infiernos de las almas vienen^{xcii}.

Acaso los informes de Amarilis procederían del dominico Padre Hojeda, autor de *La Cristiada*, quien desde su residencia peruana mantenía relación con Lope de Vega, como lo prueban los versos laudatorios que éste le dedicó cuando se publicó el divino poema (Sevilla 1611). Aquel poeta,

²⁵ «Si fuiste por tu Celia, Lope amigo» [MG lo publica completo en «La Celia de Lope de Vega», p. 273].



Primera edición de *La Dorotea* de Lope de Vega.

fraile ilustre en el claustro por su ciencia y su virtud, víctima de la envidia de los de su orden, sufrió persecución y estuvo recluido en Huánuco, donde acabó su vida en 1615. Indudablemente el Padre Hojeda y la monja en aquel remoto valle, en frontera de bárbaros, tendrían ocasión de tratar de sus comunes aficiones literarias y hablarían del mayor poeta español.

Muerte de Belisa. Final del destierro y regreso a Madrid

¿Qué parte cupo a doña Isabel en la inspiración de Lope durante la estancia en Alba? Poco rastro ha quedado de la dulce esposa en las obras escritas a orillas del Tormes, y acaso el hastío del matrimonio fue la cuerda que vibró más aguda en la lírica de estos años. Ya dice nuestro poeta en La Dorotea que de casado a cansado «no va más de una letra»^{xciii} y ahora lo proclama a voces como todas sus sensaciones. Unas veces generaliza y razona:

que nadie estima lo que tiene y goza:
es la propia mujer prenda segura,
y amor con miedo de perderse dura^{xciv}.

Considera como un mal el conyugal lazo que le ahoga cuando puede ser obstáculo para alcanzar a otra mujer:

¡Oh, siempre de los males fuente y llave,
puerta de los pecados más enormes!^{xcv}

No había nacido Lope para atarse con lazos indisolubles, si bien dio pruebas de ser constante en sus pasiones amorosas (Elena, Micaela, Marta) y no abandonó a sus mujeres legítimas más o menos apreciadas, pero a veces el cansancio del tiempo que «sin lima gasta cadenas y que fuertes edificios sin hierro pone por tierra», le aparta de aquella que «jamás le hizo ofensa» y que «merece pecho de mayores prendas»^{xcvi}.

Y llega al desvarío en el deseo de verse libre cuando se desahoga con su amigo don Luis de Vargas, y le dice:

Si espera fin, ninguna pena es pena.

¡Ay del que tiene por su mal consejo
el remedio imposible de su vida
en la esperanza de la muerte ajena!²⁶

En otra ocasión recordando la servidumbre de Jacob parafrasea el célebre soneto de Camões de cuyo final, henchido de amor, se aparta para quejarse:

¡Ay de aquel alma a padecer dispuesta
que espera su Raquel en la otra vida
y tiene a Lía para siempre en ésta!^{xcvii}

No creo que aquí Lía representa a doña Isabel, y no sabemos quién sería esa Raquel imposible ya de alcanzar en esta vida. Acaso este soneto tan comentado no refleje la pasión que se ha supuesto.

Mucho hay en todo esto de literatura, que (como dice el autor) los versos no se inspiran en la tranquilidad del amor hogareño, sino en las violentas pasiones. Pero de todos modos el hastío no es aquí fingido, aunque esté magnificado.

A pesar de tanto desdago hay un momento en que Lope reconocerá la perfección del matrimonio; cuando doña Isabel por el año 1593 dio a luz su primera hija. Él, ansioso de hijos, siente un placer infinito y entonces define amorosamente lo que constituye la esencia de la vida de los casados:

Gozarse dos en dulce casamiento
seguro lecho de amistad durable,
ser propio el mal y el bien comunicable,
beberse el alma con un mismo aliento;
partir con los trabajos el sustento,
hacer el trato lo insufrible amable,
no ser la voluntad interesable,
ni esconderse a la vista el pensamiento...

Y aunque reconoce todo esto, aún le parece que es un «trato incierto»

²⁶ «Cuando la madre antigua reverdece», *Rimas humanas*. Soneto XI. O.S. IV, p. 194. [Al margen, MG anota, en letra posterior: «Esto pudiera decirlo por el marido de Micaela, Diego Díaz»; e indica su intención de suprimir este párrafo y los dos siguientes].

y un «gusto sin efeto»;

mas cuando con los hijos se confirma,
es entre los casados cierto el trato,
la paz segura y el amor perfeto^{xviii}.

Es acaso ésta la primera poesía en que desborda el amor paternal que tan dulces versos había de inspirarle.

En la comedia de *Los amores de Albano y Ismenia* escrita en Alba a devoción de su señor, solemniza Lope el bautizo de su hija, que se llamó Antonia del nombre de su padrino el Duque.

Doña Isabel enfermó poco después, acaso nunca tuvo mucha fortaleza. A fines del verano de 1594 vuelve a sentirse embarazada y en la primavera del año siguiente muere al dar a luz otra niña. Buscáronla el nombre de Teodora por ser el santo del día que nació (22 de mayo) según declaración del padre en el epitafio latino que escribió para su sepulcro cuando sobrevino la muerte de la niña al cumplir un año²⁷.

Los últimos días de la malograda esposa nos los pinta Lope en un delicado romance pastoril, que se destaca por su vibrante emoción entre todo el fárrago y convencionalismo de los de su clase que ocupan gran parte de las *Flores de romances*. Es el que empieza «Descolorida zagala». El comienzo vale por un retrato de la delicada mujer: aquel su color de rosa se ha trocado en palidez; aquellos ojos, risueños en otro tiempo, ahora están muertos de tristeza; ya se niega a gozar de lo que antes le alegraba: el repique del pandero suena en sus oídos a campana de entierro; no va con las mozas al allover a comer tiernas almendras (y aquí no podemos menos de asociar la alusión que a las almendras hará Pedro de Medina en la elegía a la muerte de doña Isabel). Nada apetece en su abandono sino estar en un aposento oscuro en profundo silencio. No puede presentarse más triste cuadro de la

²⁷ [Al margen del párrafo, MG anota en letra posterior: «Fechas equivocadas. V. documentos». Se refiere a los publicados por María de la Concepción Salazar, en *RFE*, XXC (1941), que obligaban a anticipar la muerte de Isabel de Urbina a septiembre de 1594, en lugar de mayo de 1595. MG dedicó un trabajo específico, «Con motivo del reajuste de unas fechas», al estudio de esta alteración en la cronología de Lope].

pobre desdichada en trance de ser madre, minada por la enfermedad hasta el punto de haber perdido ya el ánimo para luchar por conservar la vida.

Y ahora viene la sincera confesión del poeta. Su suegro le maldice y la aldea toda murmura que la zagala llegó a tal extremo por males del alma, más que del cuerpo, y culpan a él de haber sido causa de tanta tristeza, por buscar su gusto en otra parte y dar ocasión a tan dislacerantes celos. Y añadirán:

y que tan poco os conozco
porque tan poco os merezco²⁸.

Pero él desmentirá esa fama: para el día que ella ponga el pie en el suelo le prepara lindos atavíos; y aquí con su clara visión de lo rústico, enumera las verdes servillas, el sayuelo de grana blanca y los zarcillos de vidrio: ellos quebradizos, pero sus palabras firmes.

Sin embargo, muy temeroso está el poeta de que su dulce compañera no recobre la salud, y termina ofreciendo la suya en holocausto.

En ninguna parte, que yo sepa, se atribuye este romance al Fénix²⁹, pero repase la composición el que esté empapado en la lectura de las obras lopescas y no podrá menos de percibir en ella esa fragancia sensitiva que caracteriza las obras de nuestro poeta cuando da rienda suelta a la emoción del momento. No hay en esa poesía el menor artificio retórico; todo es de una visualidad sangrante. Al contemplar con angustia que se extingue aquella vida que le había sido consagrada, siente el remordimiento acusador, no busca una palabra de disculpa y la ternura llena de congoja desborda.

Si escuchó doña Isabel la recitación de este romance, sentiría todo su ser inundado por un bálsamo consolador y sonreiría quizá por última vez.

Al lado de este romance palidecen lo mismo el que escribió al volver a Alba en el invierno siguiente, que el muy conocido de la primavera de 1596 en

²⁸ [«Descolorida zagala» *Romancero general de 1600*, VIII parte, f. 284v]. En otra ocasión repetirá Lope la misma idea para sincerarse. «El [bien] que yo tenía perdí, más porque no le merecía gozar que porque no le supe conocer» (Final de *La Arcadia*).

²⁹ [MG había escrito en párrafo luego tachado: «Calle por esta vez la erudición y hable la sensibilidad. Ya sé que es muy fácil equivocarse ¿pero repase...»].

el aniversario de la muerte de doña Isabel. Ocupa en este último demasiado espacio la delicada descripción de la primavera. Pero hay que reconocer que la ternura que sintió por doña Isabel adquirió vibración poética en la muerte, seguramente movido por un profundo arrepentimiento. Buena prueba es otro romance en que el sueño le representa a la prenda muerta y Lope con nombre de Albano ensalza la dulzura de aquellos ojos claros, «ni esmeraldas, ni zafiros», siempre mansos y afables con él, y no puede menos de atribuir a sus ofensas, sus culpas, sus desatinos, el haber perdido tanto bien.

El año 1595 marca nuevo rumbo a la vida de Lope. Con la muerte de doña Isabel coincide el ser perdonado por Jerónimo Velázquez y puede dar por terminado el destierro cuando todavía faltaban tres años para extinguir la condena. Ese mismo año quedó también viuda Elena y acaso Velázquez abrigó la esperanza de que el ya muy famoso autor se casase con su hija. Si esto que se sugiere en *La Dorotea* fue verdad, robustecería nuestra idea de que el amor de Lope a Elena no se acabó a raíz del proceso, sino que se prolongó durante el destierro, y dio pie para que ella acariciase el designio de reavivar la llama no del todo extinguida.

Lope vuelve a Madrid y el público recibe con entusiasmo a su poeta que desde el destierro le ha regocijado con aquellas creaciones en que pueblo y poeta se identifican, y él se decide a abandonar el retiro de Alba para no apartarse ya de ésta que califica más de una vez de Babilonia, pero por la que había estado suspirando siete largos años. No creo que haya que buscar recónditas razones que justifiquen esta conducta.

Inició La Barrera la sospecha, que actualmente va tomando cuerpo, de que el apartamiento del servicio del Duque fue provocado por algún disgusto con su señor y se aducen como pruebas un párrafo (mal interpretado)^{xcix} del final de *La Arcadia* y una carta dirigida años después al duque de Sessa en que se duele Lope de los años pasados al servicio del de Alba que mejor empleados hubiesen estado en su actual mecenas; pero esta declaración no pasa de ser un agasajo al de Sessa en el tono servil con que están escritas esas epístolas en las que Lope parece dispuesto a sacrificar en aras de su señor no sólo su vida, sino sus hijos y hasta su alma. Por otra parte hay que advertir que el de Sessa no gustaba de que su secretario mostrase inclinación a otros señores.

LA JUVENTUD DE LOPE DE VEGA



“Yo fui la última conquista de Lope”.

María Goyri

©Archivo fotográfico Fundación Ramón Menéndez Pidal

Lope que entre sus virtudes tenía la del agradecimiento^c prodigó a través de toda su producción literaria elogios entusiastas a la casa de Alba y a las bodas del que fue sexto Duque dedicó en [blanco] una [blanco]. Si no hubo ulterior trato de don Antonio de Toledo con el poeta pudo muy bien ser porque el Duque, a pesar de su corte literaria de las orillas del Tormes, fue andando el tiempo, según nos dirá el Venerable don Juan de Palafox, «señor de grande prudencia y punto, aunque sin alguna literatura»^{ci}.

De aquí en adelante va a comenzar la carrera triunfal del Fénix: se alzará con la monarquía cómica, al servicio del que luego fue conde de Lemos será el poeta obligado de las fiestas cortesanas; empezará la publicación de las obras no dramáticas en que cifraba su mayor orgullo. En su vida amorosa había encontrado una mujer capaz de saciar el ímpetu viril de su temperamento sensual, y para complemento buscó una fiel compañera que le proporcionaba un remanso hogareño.

En el pórtico de esta apoteosis y cuando cumplía los 33 años, damos por terminada la juventud del poeta y con ella nuestra aportación a su estudio.

Referencias

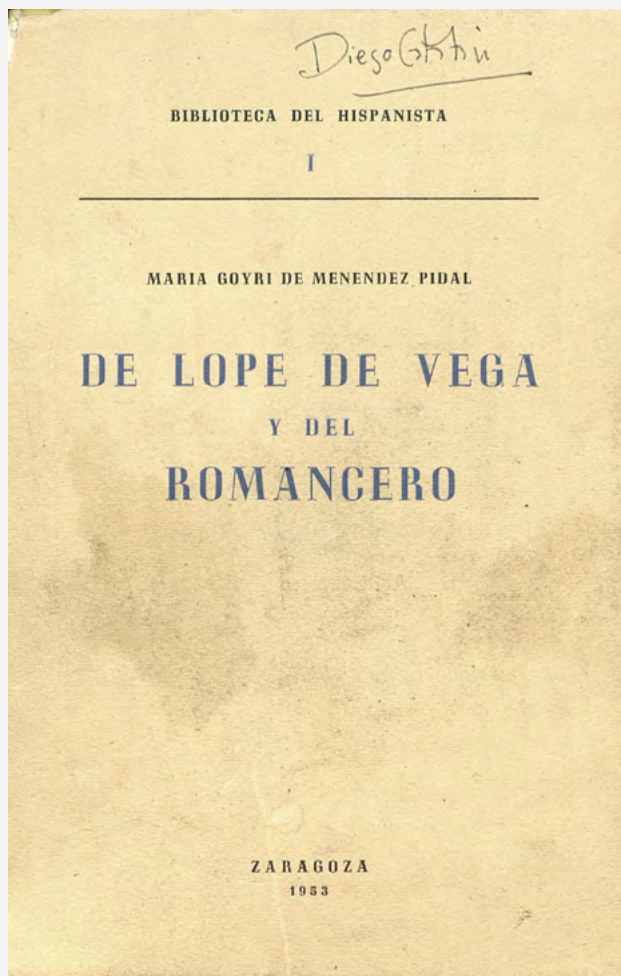
- ⁱ *La Dorotea*, Acto IV. O.S., VII, p. 270.
- ⁱⁱ *La Dorotea*, Acto II. O.S., VII, p. 93.
- ⁱⁱⁱ *El galán escarmentado*, *AcadN*, I (1916), p. 132.
- ^{iv} *La Dorotea*, Acto IV. O.S., VII, p. 270.
- ^v *El galán escarmentado*, *AcadN*, I (1916), pp. 118-119.
- ^{vi} «Limpiame la jazerina», *Romancero general de 1600*, VI parte, f. 204v.
- ^{vii} «Sale la estrella de Venus», *Romancero general de 1600*, I parte, f. 3r.
- ^{viii} *El verdadero amante*, *Acad*, V (1895), p. 606.
- ^{ix} *La Dorotea*, Acto IV. O.S., VII, p. 271 [«El negro esposo se olvidó de la edad, y se acordó de la hermosura, y ayudando su flaqueza con artificio, perdió la vida en la empresa como buen caballero»].
- ^x «Cuando ya peno de veras», *Romancero general de 1600*, IV parte, ff. 87-88.
- ^{xi} Soneto «Poco más que mediana de estatura», en el auto *El nombre de Jesús* (*Acad*, II (1892), p. 162).
- ^{xii} «De rodillas en el suelo», *Romancero general de 1600*, I parte, f. 14r [161].
- ^{xiii} «Amarylis. Égloga», O. S., X, p. 164.
- ^{xiv} Análoga imagen se halla en *El hijo venturoso* (*AcadN*, IV, p. 201): «Soy figura de escultor / desbastada solamente / en quien se ve boca y frente / manos y pies sin [primor].»
- ^{xv} *El verdadero amante*, *Acad*, V (1895), p. 606.
- ^{xvi} *La Dorotea*, Acto V. O.S., VII, p. 411 (*mis suspiros*).
- ^{xvii} Soneto que empieza: «Tú, cuyo ilustre, entre una y otra almena...», *Obras poéticas de D. Luis de Góngora*, ed. R. Foulché-Delbosc, I (N. York: The Hispanic Society, 1921), p. 105.
- ^{xviii} *La Austriada* de Juan Rufo (1584), *La Galatea* de Cervantes (1585), el *Cancionero* de López Maldonado (1586), la Primera parte de *Cortés valeroso* y *Mexicana* de Gabriel Lasso de la Vega (1588) contienen composiciones de don Luis de Vargas.
- ^{xix} Pérez Pastor, *Proceso*, pp. 47 y 49.
- ^{xx} Ms. de la Biblioteca Real 2-H-4, cartapacio de 1590-1600.
- ^{xxi} «La bella Zayda Zegrí», *Romancero general de 1600*, I parte, f. 3v.
- ^{xxii} *La Dorotea*, Acto III. O.S., VII, p. 248.
- ^{xxiii} «De yerba los altos montes», *Romancero general de 1600*, VII parte, f. 248r.
- ^{xxiv} «Para festejar a Fili», ed. de López de Sedano en *Parnaso español*, VIII (1784), pp. 189-190 (atribuido a F. López de Zárate).
- ^{xxv} *La Dorotea*, Acto II. O.S., VII, p. 89.
- ^{xxvi} *Belardo el furioso*, *Acad*, V (1895), p. 673.
- ^{xxvii} *Belardo el furioso*, *ibid*.
- ^{xxviii} *La Dorotea*, Acto III. O.S., VII, p. 181.

- ^{xxix} *Belardo el furioso*, *Acad*, V (1895), p. 685.
- ^{xxx} *La Dorotea*, Acto IV. O.S., VII, p. 276; y «Sentado en la seca yerba», *Romancero general de 1600*, I parte, f. 14v.
- ^{xxxi} *La Dorotea*, Acto IV. O.S., VII, p. 280 («Las damas, que siéndolo de Poetas, serán celebradas...»).
- ^{xxxii} «Sentado en la seca yerba», *Romancero general de 1600*, I parte, f. 14v.
- ^{xxxiii} «Sobre la florida yerba», *Romancero general de 1600*, VIII parte, f. 305.
- ^{xxxiv} *La Dorotea*, Acto I. O.S., VII, *Belardo el furioso*, *Acad*, V (1895), p. 676.
- ^{xxxv} *La Dorotea*, Acto II. O.S., VII, p. 83.
- ^{xxxvi} «Belardo, aquel que otro tiempo», B. N. Ms. 17556, con el estribillo: «Ya dejé, morena, tu sierra / por otra morena. // Tu sierra morena / que un tiempo gocé».
- ^{xxxvii} *La Angélica*, canto XIX. O.S., II, p. 322.
- ^{xxxviii} *La Dorotea*, Acto IV. O.S., VII, p. 280. *Belardo el furioso*, *Acad*, V (1895), p. 678; *La Angélica*, canto XIX. O.S., II, p. 322.
- ^{xxxix} *Belardo el furioso*, *Acad*, V (1895), p. 687.
- ^{xl} *Amaryllis*. O.S., X, p. 174. En una primera redacción M. Goyri incluía este párrafo en nota, y lo redactaba de esta forma: ¿Sería un retrato hecho en aquella época, cuando no le convenía enemistarse con D. Franciscisco, o era sincero? De todos modos es digno de observar que sólo un año después de publicar *La Dorotea*, en la égloga *Amarilis* (1633) calificaba a su rival de «sabio entre necio...», etc.
- ^{xli} *La Angélica*, O.S., X, p. 323.
- ^{xlii} *Obras poéticas de D. Luis de Góngora*, ed. R. Foulché-Delbosc, I (N. York: The Hispanic Society, 1921), p. 114.
- ^{xliii} «El tronco de ovas vestido», *Romancero general de 1600*, II parte, ff. 31b-32a.
- ^{xliv} «Querido manso mío, que venistes», *Rimas humanas*. Soneto CLXXXIX. O.S. IV, p. 284.
- ^{xlv} «Tan triste vivo en mi aldea», *Cancionero musical y poético del siglo XVII recogido por Claudio de la Sablonara*, ed. J. Aroca (Madrid: Rev. de Archivos, 1916), pp. 305-306.
- ^{xlvi} «Apártaste, ingrata Filis», *Romancero general de 1600*, IV parte, ff. 96v-97r.
- ^{xlvii} «Si preguntaren por mí», *Romancero general de 1604*, X parte, f. 367r.
- ^{xlviii} «El ídolo de mi alma», *Romancero general de 1600*, VI parte, f. 195v.
- ^{xlix} «Este traidor instrumento», *Romancero general de 1600*, III parte, f. 44v.
- ^l «Contendiendo el amor y el tiempo un día», *Rimas humanas*. Soneto XCVIII. O.S. IV, p. 238.
- ^{li} «Esto de imaginar si está en su casa», *Rimas humanas*. Soneto CLX. O.S. IV, p. 269. [En una cuartilla conservada de la primera redacción, se añadía, en nota: Al fin de su vida («Égloga a Amarilis, O.S. IX, p. 175) escribe: «Miente quien dice que la ofensa larga / puede durar sin verla el ofendido; / la breve puede ser, mas si se alarga / o no sabe de honor o bebe olvido»].

- lii «Al pie de un roble escarchado», *Romancero general de 1600*, VI parte, f. 154rv («Quien tal hace...»)
- liii Romance de Zaida y Celio, B. N. M., ms. 2700, f. 161.
- liv Cabrera de Córdoba, *Felipe II*, T.3, p. 206.
- lv Quijote, 2ª parte, cap. XI.
- lvi *Fama póstuma a la vida y muerte del doctor Frey Lope Feliz de Vega Carpio*. O.S., XX, p. 31.
- lvii «No tengas, dulce Belisa», *Romancero general de 1604*, X parte, f. 422.
- lviii «Amada pastora mía», *Romancero general de 1600*, I parte, f. 13v.
- lix *La Angélica*, canto XIX. O.S., II, p. 324.
- lx *La Arcadia*. O.S., VI, p. 452.
- lxi «Ya vengo con el voto y la cadena», *Rimas humanas*. Soneto CLXII. O.S. IV, p. 270.
- lxii «Noble desengaño», *Romancero general de 1600*, II parte, f. 39 [El romancillo es obra indudable de Góngora; MG no lo atribuye a Lope, sino que cita estos versos por coincidir en el mismo motivo, el voto y la cadena, con el soneto de las *Rimas humanas*].
- lxiii «Oh dura y terrible ausencia», *Romancero general de 1600*, III parte, f. 67v.
- lxiv «Hortelano era Belardo», *Romancero general de 1600*, VI parte, f. 154r.
- lxv «Por las riberas famosas», *Romancero general de 1600*, I parte, f. 13v-14r; *La Infanta deseperada* (¿año 1589?), AcadN I, p. 239.
- lxvi Prólogo de *La Angélica*. O.S. II, p. xiii.
- lxvii *La Angélica*, canto III. O.S. II., p. 34.
- lxviii *La Angélica*, canto I. O.S. II., p. 13.
- lxix «Famosa armada de estandartes llena», *Rimas humanas*. Soneto XLVI. O.S. IV, p. 212. [Al margen MG anota: «En bibliografía la discusión de la fecha de este soneto. Cf. «Hortelano era Belardo»].
- lxx *La Philomena*. O.S. II, p. 454.
- lxxi «Epístola a Claudio Conde» (Égloga a Claudio). O.S. IX, p. 357.
- lxxii *La Arcadia*. O.S., VI, pp. 50-51.
- lxxiii «Hortelano era Belardo», *Romancero general de 1600*, VI parte, f. 154r.
- lxxiv «Mirando está las cenizas», *Romancero general de 1600*, IV parte, f. 106r.
- lxxv «Cayó la torre, que en el viento hacían», *Rimas humanas*. Soneto CI. O.S. IV, p. 239.
- lxxvi «Pruebo a engañar mi loco pensamiento», *Rimas humanas*. Soneto XXIII. O.S. IV, p. 200.
- lxxvii «Dejadme un rato, pensamientos tristes», *Rimas humanas*. Soneto XLII. O.S. IV, p. 210.
- lxxviii «Pasé la mar, cuando creyó mi engaño», *Rimas humanas*. Soneto LXXXII. O.S. IV, p. 230.
- lxxix Juan Rufo, *Las seiscientas apotegmas*, ed. A. G. de Amezúa (Madrid: Soc. de bibliófilos Españoles, 1922), pp. 17-18.
- lxxx *Fénix. Revista del centenario de Lope de Vega 1635-1935*, núm. 1, p. 102.

- ^{lxxx} «Una estatua de Cupido», *Romancero general de 1604*, XII parte, ff. 429v-430r.
- ^{lxxxii} «Cuándo cesarán las iras», *Romancero general de 1600*, VII parte, f. 228. [Al margen, en letra de fecha muy posterior, MG anota: «Comedia fechada en Madrid en 1590», *aludiendo a la evidencia de una de esas «escapadas furtivas»*].
- ^{lxxxiii} Cabrera de Córdoba, *Felipe II*, t. 3, p. 346.
- ^{lxxxiv} «Elegía de Lope de Vega a la muerte de Don Diego de Toledo», ed. J. de Entrambasaguas, RBAM, X (1933), núm. 39, pp. 377-417; y núm. 40, pp. 439-470; octava 50 [p. 66 en el sobretiro de MG].
- ^{lxxxv} *La Arcadia*. O.S., VI, p. 7.
- ^{lxxxv} *La Arcadia*, prólogo. O.S., VI, p. xxx, y pp. 451-452.
- ^{lxxxvii} «En el campo florido», *Tonos castellanos*, ap. Gallardo, Ensayo, I, col. 1201.
- ^{lxxxviii} «Belardo a la higa de cristal de la hermosa Celia», *La Arcadia*. O.S., VI, pp. 273-276; soneto «Quien llora con ajenas desventuras» (Celia a Belardo), *ibid.*, p. 454.
- ^{lxxxix} Pedro de Espinosa, *Primera parte de las Flores de poetas ilustres* (1605), ed. J. Quirós de los Ríos y F. Rodríguez Marín (Sevilla, 1896), 154-156; id. «Liras amorosas» («Sentado en esta peña»), O.S., XVII, pp. 321-323.
- ^{xc} Ms. de la Biblioteca Real 2-H-4, cartapacio de 1590-1600.
- ^{xci} «Amarylis a Belardo. Epístola XV». O.S., I, p. 464.
- ^{xcii} «Amarylis a Belardo a Amarylis. Epístola XVI». O.S., I, p. 476.
- ^{xciii} *La Dorotea*, Acto I. O.S., VII, p. 52.
- ^{xciv} *La Angélica*, canto VI. O.S., II, p. 97.
- ^{xcv} *La Angélica*, canto XI. O.S., II, p. 168.
- ^{xcvi} «Oh si pudiese, pastora», *Romancero general de 1600*, VIII parte, f. 303v.
- ^{xcvii} «Sirvió Jacob los siete largos años», *Rimas humanas*. Soneto V. O.S. IV, p. 191.
- ^{xcviii} *La mocedad de Roldán*, en *Acad*, XIII, p. 211a.
- ^{xcix} Cfr. con el romance a Belisa enferma.
- ^c A su primer protector, el obispo Manrique, lo recordó toda su vida y hasta en su testamento dejó una manda para que le dijese misas. Siempre agradeció al Conde de Lemos los favores recibidos.
- ^{ci} Juan de Palafox y Mendoza, *Diario del viaje a Alemania*, ed. Xristina de Arteaga (Madrid: Blass, 1935), p. 76.

LA JUVENTUD DE LOPE DE VEGA



A instancias de José Manuel Blecua, María Goyri reunió sus trabajos dispersos sobre Lope de Vega, publicados antes en revistas de difícil acceso.

II

De Lope de Vega y del Romancero

El Amor niño en el Romancero de Lope de Vega¹

Al leer el *Romancero General* de 1600, sabiendo que en sus folios se hallan esparcidas obras de tan preclaros poetas como Cervantes, Lope de Vega, Góngora, entre otros, no podemos sustraernos a la tentación de asignar autor a algunas de aquellas composiciones, aunque la anonimia sea rasgo característico de esos romances.

Cierto que investigar la paternidad es aquí peligroso, sujeto a muchas equivocaciones; pero estando los romances en la categoría de bienes nullius, no pecamos gravemente en atribuírselos al autor que posee títulos para ello. Si luego otro investigador encuentra algún poeta con mejor derecho, nada se habrá perdido, que es una propiedad que no prescribe.

La primera parte del *Romancero General* de 1600, equivalente a la primera Flor de varios romances (1588), está formada por composiciones, en su mayoría, de Lope de Vega. Algunas se le han restituido ya; ahora voy a destacar unos cuantos romances que, unidos a otros inéditos, forman un pequeño ciclo que tiene por protagonista al Amor niño.

Muchos escribieron festivamente de Cupido; más nadie, sino el Fénix, lo representó como un verdadero niño, con toda la gracia y frescura de la infancia; carácter que conservó a través de toda la obra de Lope, hasta en alguna de su edad madura:

Cupido acaso por la selva andaba,
cansado de cazar armados grillos,
tirando a los pintados pajarillos

se lee en *El Laurel de Apolo*² (1630).

¹ Fénix. *Revista del Tricentenario de Lope de Vega 1635-1935*, núm. 6 (27 diciembre 1935), pp. 665-679. [Al remitir a J. M. Blecua, para la reedición de 1953, el único ejemplar de que disponía, MG señalaba: «Es necesario copiarlo, y devolver este número, porque por disgustos editoriales no se puso a la venta ni se dieron separatas». Reed., con correcciones, en *De Lope de Vega y del Romancero* (1953), 61-77].

² *Obras sueltas*, ed. Sancha, I, pág. 98.

Con idénticas aficiones se recordaba Lope a sí propio en su infancia:

A los cantores grillos,
cogidos en los trigos,
cárceles fabricaba ...
y cuándo a los pintados colorines
con los nuevos amigos
la liga cautelosa les ponía...³

En *La Arcadia* (h. 1593) aparece también el Amor como niño juguetero:

Ya no es Amor el atrevido arquero ...
ya ni los cuerpos ni las almas daña,
más juega como niño, burla y mira
y mata pajarillos con su flecha.⁴

ROMANCE 1º. *Sacó Venus de mantillas*⁵.

La diosa manda a su niño a la escuela con cartilla nueva y el almuerzo y la merienda en un cestillo. El cuadrito escolar es delicioso: el maestro con la correa en la mano aplicando el viejo aforismo de «la letra con sangre entra»; Cupido, asustado al ver azotar a un muchacho, busca modo de librarse del castigo, y pide licencia para ir al campo, como cualquier chico de una escuela rural de no hace muchos años. Luego penetramos con el rapacilla en la *miga*, y vemos toda la variedad de labores que hacen las niñas, desde el fácil punto de lomillo hasta las complicadas randas. ¿Quién si no el autor del *Isidro* podría escribir de estas cosas menudas y cotidianas con esa graciosa plasticidad? Allí Cupido se embelesa ante una niña rubia, y como viese la maestra que empezaba a burlar con ella, le echa la puerta afuera. Llegó el niño a casa y pide a su madre que no le mande a la escuela, sino a labrar con las niñas.

³ *La Filomena*, OS, II, pág. 451.

⁴ *Obras sueltas*, VI, pág. 232.

⁵ *Romancero General* de 1600, fol. 16 c. Las variantes que ofrecen los manuscritos no mejoran el texto. En el *Romancero*, de Durán, lleva el número 1.405.

*ROMANCE 2º. Después que el rapaz Cupido*⁶.

Enlaza con el anterior, que había terminado con ponerle Venus a Cupido una venda apretada en los ojos para evitar que se enamore. Por inédito lo transcribimos a continuación, pues aunque uno de los más flojos romances de la serie, es de un gracioso humorismo:

Después que al rapaz Cupido
su madre le ató la venda
con aquel tan ciego nudo
que a todos anuda y ciega
como suelen a otros niños
cuando pequeños ponerla
porque si acaso cayeren
no se hieran la cabeza⁷
y viéndose despedido
de casa de la maestra
donde comenzó a rendir
con lisonjas niñas tiernas,
(no como las de este tiempo
tan tiernas, que antes que venga
a ponerles fuego amor,
se están perdigadas ellas),
fuese el rapaz aburrido
por calles y callejuelas,
sin llevar diestro delante,
que él por más diestro se adiestra,
y con peregrino antojo
metióse por una puerta
donde estaban chirleando

⁶ Manuscrito de fines del siglo XVI de la Biblioteca Nacional, núm. 3.168, fol 139.

⁷ En los pueblos se observa aún la costumbre de atar un pañuelo doblado alrededor de la cabeza de los niños para defender la frente en las caídas, como más tarde se usaron las chichoneras [nota añadida en la ed. de 1953].

muchas monjas a una reja.
Paróse un poco a escuchar,
preguntáronle quién era,
respondió el vendado niño:
—Un ceguecito que reza.—
Y respondiera mejor;
un ciego de quien se reza,
pues no hay calendario alguno
donde no tenga su fiesta.
Ellas, como son amigas
de ser siempre noveleras,
para sólo preguntarle
mil cosillas de acá afuera,
metiéronle por el torno,
con seguridad, entre ellas,
que Amor en traje de niño
entra seguro doquiera;
bien entrara por la red,
pues por red con redes entra,
que aunque de más fino acero
las hiciera Amor de cera.
Viéndose el niño allá dentro,
desde su aljaba secreta
hizo de sus pechos blancos
blanco de flechar saetas⁸.

ROMANCE 3^o. *Puso Venus a Cupido*⁹.

La madre pone al niño un rótulo con las señas por si se pierde¹⁰.

⁸ Los juegos de palabras que abundan en esta composición eran una moda de la que hay muchos ejemplos en el *Romancero General*.

⁹ *Romancero General*, 1.600, fol. 17 a. *Romancero* de Durán, número 1.406.

¹⁰ Hubo un tiempo en que se usaba poner un rótulo en las espaldas a los niños pequeños con las señas del domicilio por si se perdían. Castillo Solórzano en *El Marqués del Cigarral* (Bibl. AA. EE. t. 45, pág. 310 c.) hace decir al gracioso que supone se perdió en el pueblo: «para otra vez / ha menester, como a niño / traer puesto en las espaldas / rótulo de perga-

Va Cupido a la escuela, donde le azota el maestro por no saber la lección. Escuela y azotes eran términos inseparables. Enojado el niño¹¹ en lugar de irse a casa se va de pesca con otros rapacillos. Llega la noche, y cuando la madre le ve volver, intenta castigarle; pero él la disuade a cambio de este sabio consejo: que si quiere pescar almas, ponga dinero por cebo.

ROMANCE 4º. *Por los jardines de Chipre*¹².

Donosa interpretación del Amor picado, oda XL de Anacreonte, tema glosado por varios de nuestros poetas de los siglos XVI y XVII. Lope de Vega lo parafraseó en su comedia *Adonis y Venus*¹³; en *El testimonio vengado*¹⁴ lo trata en dos redondillas; en *Pobreza no es vileza*¹⁵ hay otra paráfrasis, y en *El galán de la Membrilla*¹⁶ comienza un baile con los cuatro primeros versos del romance, y desarrolla luego el tema en un romance exasílabo de igual asonante y con estribillo.

Los alegres juegos de los chiquillos en los jardines dan amable animación a la escena del romance, y encuadran oportunamente la travesura castigada de Cupido. Aquí se nos viene a la memoria otro cuadrilo campestre infantil que años después escribió Lope en *La Jerusalén*, donde nos presenta a los hijos suyos y de Micaela Luján travesando en un prado.

A la composición del *Romancero General*, y, por lo tanto, a la de Durán, le faltan los cuatro últimos versos siguientes, que nos proporcionan las otras versiones y que completan el romance:

mino». Lope observa más que inventa los pequeños detalles [nota añadida en la ed. de 1953].

¹¹ Ya dijo el mismo Lope: «Yerran en esta cautela / los que a Amor niño alborotan; / que a donde una vez le azotan / no vuelve más a la escuela.» *Quien ama no haga fieros*. N. ed. Académica, XIII, 423 [nota añadida en la ed. de 1953].

¹² *Romancero General* 1600, fol. 17c Durán, núm. 1407. Se hallan más versiones en la primera parte del *Jardín de Amadores*, de 1.679, y en dos manuscritos de hacia 1.580, uno de la Bibl. de Palacio y otro de la Bibl. Nacional.

¹³ Ed. Academia Española, VI, 21.

¹⁴ L. c. VII, 610.

¹⁵ L. c. XII, 511.

¹⁶ IX, 102.

Que siendo niño pequeño,
desarmado y cieguecillo,
dejas al pecho que allegas
ponzoña de basilisco.

ROMANCE 5º. *Llegó a una venta Cupido*¹⁷.

El niño Amor maltrecho llega a una venta, donde no le dan posada, siendo objeto de las burlas del ventero, quien hace menosprecio de los que la antigüedad clásica tuvo por modelo de amadores, pues que ya sólo reina el interés. Una vez más el Amor vencido por el interés.

ROMANCE 6º. *Amedrentado Cupido*¹⁸.

Huido de la escuela por temor al castigo, despedido de la maestra, a punto de ser azotado por su madre cuando se escapó a pescar, picado de las abejas y sin encontrar posada a causa de su pobreza, determina buscar oficio, y se hace barquillero. El interés juega con él, le deja pelado y se queda triunfante con los despojos.

ROMANCE 7º. *La diosa a quien sacrifica*.

Venus va buscando al niño Amor ido y no halla quien le proporcione noticias por las señas que da, pues ya nadie conoce al amor, sino sólo al interés. Al fin vino a encontrarle calentándose a las llamas que brotan del pecho de Belardo, «sólo verdadero amante».

Copiaré este romance por creerlo inédito y ser de capital importancia para el estudio de nuestro ciclo:

La diosa a quien sacrifica
Samo y Chipre en mil altares

¹⁷ *Romancero General*, fol. 17d. Durán, m. 1.408. Un ms. de la Biblioteca Nacional agrega algunos versos que no mejoran el romance.

¹⁸ *Romancero General*, fol. 18a. Durán, núm. 1.409.

va buscando, peregrina,
del mundo las cuatro partes
por hallar al niño Amor,
que ha días que de él no sabe,
que se le huyó de su esfera,
temiendo que le azotase
porque probando unas flechas,
que le dio en ferias su padre,
hirió su pecho divino
de amor y prendas mortales.
Como mujer en efecto,
más rendida a sus combates,
búscalo entre las mujeres
donde más sus llamas arden.
—¿Quién ha visto un niño -dice-
perdido desde ayer tarde,
con unos cabellos de oro
al mismo sol semejante?
Y, aunque cubiertos de un velo,
ojos garzos y suaves,
con unas flechas al hombro,
lo demás del cuerpo en carnes.
Tiene muy buenas palabras,
aunque malas obras hace;
regala en la casa que entra,
pero mata cuando sale.
Cómese los corazones
porque es amigo de carne,
y de la caza que mata
es la parte que le cabe.
Donde le riñen, se allega;
no quiere que le regalen;
aborrecido, es de cera,
y querido, de diamante...
Las mujeres le responden
que niño de prendas tales

nunca le han visto, ni creen
que se perdiese tan grande,
y que ellas sólo conocen
un niño que las abate,
que se llama el interés,
más hombre y de peor talle,
nacido en las minas de oro,
criado en ricas ciudades
muy perezoso de pies
y de manos liberales;
no en carnes como el Amor,
que es un poco frío y grave;
ropas de martas se viste,
guarnecidas de alamares.
Desesperada la diosa,
para los hombres se parte:
todos dicen que ese niño
ha muchos días que es fraile,
y que ellos nunca pudieron,
por más que de él se preciasen,
alcanzar sin interés
favor que una hora durase.
Viendo aquesto Venus, fuese
por una sierra adelante,
donde, cubierta de nieve,
vió una choza de zagales.
Entró dentro y vio a Cupido
temblando de frío y de hambre,
calentándose las manos
en unas llamas que salen
del pecho de un pastorcillo
que sobre unas pieles yace,
cuyo nombre era Belardo,
sólo verdadero amante¹⁹.

¹⁹ Cartapacio de Jacinto López, músico de Su Magestad (1.620); manuscrito de la Biblio-

ROMANCE 8º. *Después del suceso triste.*

Venus decide meterse monja; rasgo humorístico al que Cupido, con picante gracejo, replica con el estribillo: «Cuando yo fuere fraile, madre, cuando yo fuere fraile». Lope pone este mismo dicho en boca de Gerarda en *La Dorotea*²⁰. Era éste un proverbio que puede verse en la misma forma de metro eneasílabo en el *Diccionario de Sbarbi*²¹, y con variante en el *Vocabulario de Correas*²²: «Cuando vos fuéredes monja, madre, seré yo fraile».

Después del suceso triste
de Adonis el desdichado,
la diosa Venus sintiendo
su fin tan acelerado,
contra su hijo querido
se vuelve con rostro airado,
diciendo : —Falso enemigo,
principio y fin de mi daño,
pues heristes a tu madre
con golpe fiero y pesado,
no guardando aquel respeto
a que estabas obligado,
por apartarme de tí
y de aqueste mundo malo,
determino de ser monja,
que es el más perfecto estado,
y metida en religión
daré de mano al cuidado
y cesarán los amores
de todo el tiempo pasado.
Disimulando la risa,

teca Nacional, núm. 3.915 [f. 126d]. Otra versión con algunas variantes en la Biblioteca de Palacio, ms. 2-H-4.

²⁰ Acto II, esc. 4ª.

²¹ Publicado por M. J. García, t. I, pág. 389 a.

²² Ed. 1924, p. 14º b.

con el rostro demudado,
Cupido le respondió
todo en malicia fundado:
—*Cuando yo fuere fraile, madre;*
madre, cuando yo fuere fraile.
Para monja sois muy dama
y es vieja vuestra costumbre
de calentaros sin lumbre
y no dormir sola en cama,
y en el mundo tenéis fama
que os enamorais del aire;
cuando yo fuere fraile, madre.
Tenéis ya muchas malicias
para monja, si no es
que entréis a probar un mes
por maesa de novicias.
Yo os prometo por albricias
cuando aquesa vida os cuadre
que también sea fraile, madre.
No puede mucho durar
tan honesto pensamiento
porque es torre sin cimiento
y edificio sobre el mar,
y sé que me habeis de dar.
primero más de otro padre:
cuando yo fuere fraile, madre.
Vuestra gala y bizarría
no la encerredes, señora,
porque querréis cada hora
mudar nueva compañía
y buscaréis a porfía
hasta hallar uno que os cuadre;
cuando yo sea fraile, madre,
*madre, cuando yo sea fraile*²³.

²³ Para este romance he tenido en cuenta tres manuscritos: el 2-B-9, de la Biblioteca de

Todos estos romances tienen, desde luego, estrecho parentesco, y como dijo Menéndez Pelayo y luego J. Millé al tratar de los que ellos conocían, hay que convenir que al autor que se asigne uno de ellos hay que atribuir los demás.

El romance 7º. lleva la auténtica de Lope con la firma de Belardo y el calificativo de «sólo verdadero amante», que él gustó de apropiarse en «la verde primavera de sus floridos años».

El romance 4º según el manuscrito 3.168 de la Biblioteca Nacional, es de Belardo.

Las alusiones que hace el romance 6º al 1º, 3º, 4º y 5º indican que todos ellos forman una unidad y han de ser de la misma pluma, aparte de la identidad del estilo, fácil de apreciar en este caso.

Gustó el Fénix en su juventud de llevar a la escena asuntos ya tratados por él en romances, letrillas y canciones. En la comedia *Adonis y Venus*²⁴ intercala el romance «Por los jardines de Chipre», que pone en boca de Cupido, pero a la narración había precedido la acción: el niño Amor y otros rapacillos andaban entregados a infantiles juegos cuando descubrieron la colmena. El fondo del cuadro es el mismo del romance. En la comedia, además, se alude a las situaciones de otros varios romances del ciclo: Venus amenaza a Cupido con enviarle a la escuela como castigo; también quiere ponerle un letrado en las espaldas para que si se pierde pueda ser conocido que, «como reina el interés, no saben quien es amor». Y, por último, la comedia termina con la veleidad de Venus, que pretende meterse monja y Cupido se burla de ella, haciendo suyo el estribillo del romance 8º, y un interlocutor hace la observación de que «para monja sois muy dama», verso del mismo romance. En resumen, la comedia tuvo en cuenta los romances 1º, 3º, 4º y 8º.

Claro es que pudo Lope inspirarse en los mismos romances, siendo de otro autor; pero no es fácil que aprovechase tan de cerca todo el ciclo, siendo ajeno, y que coincidiese tan exactamente con su estilo.

De no ser suyos estos romances podríamos suponerlos de Góngora o de Lasso de la Vega, que cultivaron también festivamente el tema del Amor

Palacio; el 3.168 y el 3.924, de la Biblioteca Nacional. Este último ofrece un comienzo distinto.

²⁴ Ed. Academia Española, VI, p. 21.

Niño. Basta leer de este último romancista «Tras largo acompañamiento»²⁵ o «Topó el ciego virotero»²⁶, para comprobar cuánto dista el avechuelo de que se burla el arriero, del gracioso rapacillo de nuestros romances. A Góngora se ha atribuido tardíamente el romance 5º; pero si se examinan sus letrillas «Mandadero era el arquero» o «Ciego que apuntas y atinas», se verá que su Cupido picaresco y zumbón nada tiene de común con el chicuelo revoltoso e ingenuo con tanto mimo tratado por Lope. Compárese también la burla que en este romance se hace de los enamorados prototipos en la literatura clásica y la que hace Góngora en composiciones suyas, como «Arrojóse el mancebito» y se reconocerá que responde a distinto estilo.

Algunos de los ocho romances citados tuvieron resonancia en la literatura y en la tradición. Los cuatro versos del romance 1º

«y si acaso el oro falta
un cabello suyo enhebra,
que del oro a sus cabellos
no hay conocer diferencia»

fueron citados por Gracián en *Agudeza y arte de ingenio*²⁷, y pasaron a formar parte de varios romances tradicionales, unos del tema de la «Soledad de la Virgen» y otros del «Amor ausente», que con ligeras o profundas variantes se cantan desde Burgos y Huesca hasta Esmirna²⁸.

²⁵ *Manojuelo de Romances*, ed. Restori, p. 12, y *Romancero General* de 1604, fol. 495.

²⁶ *Romancero General* de 1604, fol. 441.

²⁷ Pág. 209 de la ed. de 1664.

²⁸ [Entre los materiales conservados junto a su original ms., MG incluye la siguiente anotación]: Cf. versión de Burgos de «Soledad de la Virgen-¿Cómo no cantáis la bella? [a lo divino]». Los dos primeros versos se hallan en versiones de Rascafría (Madrid):

La fina seda se acababa,
Los cabellos enhebraba.

Villamedianilla (Burgos):

Como la seda faltaba
con sus cabellos la enhebra.

En la versión de Castrojeriz (Burgos) se hallan con mayor fidelidad los cuatro versos:

De que el oro le faltaba
con sus cabellos enhebra,

También Gracián²⁹ copia del romance 4º el diálogo de Cupido y Venus al tratar del emblema de Alciato, que se refiere al mismo asunto.

Quevedo, con motivo de la anacreóntica del Amor picado, escribe: «Esta Oda está traducida en un romance castellano, compostura de que España es inventora, como de otras cosas, que en materia de letras dan envidia a los extranjeros, que a fuerza de sudor y trabajo apenas alcanzan a entenderlas». Tal concepto le merece el romance, cuyos dos primeros versos copia. En esta cita se apoya Astrana Marín³⁰ para rechazar la atribución a Lope de este romance, porque siendo tan amigo suyo Quevedo no hubiera callado el nombre del autor. Pero no tenía por qué saber la filiación de esos romances que se habían publicado anónimos con otros muchos de la juventud de Lope, sin que su autor recabara su paternidad.

El romance 7º mereció los honores de ser vuelto a lo divino por Alonso de Ledesma³¹ y como romance del Niño Dios perdido se conserva actualmente en la tradición oral: y, caso curioso, algunas de estas versiones tradicionales contienen versos más próximos al original profano que la imitación sagrada literaria. Esto nos lleva a suponer que también se popularizó el romance de Lope, quizá antes de que lo imitase Ledesma.

Si quisiéramos sincronizar estos romances con la vida del Fénix, los supondríamos escritos entre 1583 y 1587, época en que sintió como nunca

que del oro a sus cabellos
iba poca diferencia.

En el romance de «El amor ausente» (¿Cómo no cantáis, la bella?), versión de Castillazuelo (Barbastro, Huesca) se hallan estos cuatro versos:

Y si seda le faltaba
de sus cabellos pusiera
sus cabellos con el oro
va poca la diferencia.

La idea, pero no la forma, aparece en una versión de este mismo romance de Esmirna:

Si le manca de la sirma,
de sus cabellos ayustaba;
si le manca de la perla,
de sus lágrimas metía.

²⁹ L. c., pág. 60.

³⁰ *Obras completas* de Quevedo, I, 705.

³¹ *Conceptos espirituales*, ed. de 1660, pág. 67.

que su pobreza le privaba del amor, primero de la novia de su adolescencia, y luego, de la mujer que le había hecho saborear los placeres y dolores de una intensa pasión. El amor vencido por el interés es una idea fija que se infiltra en comedias, canciones y romances escritos por Lope en esos años juveniles.

Otros varios romances del *Romancero General* y de manuscritos contemporáneos podrían agregarse a los anteriores con sospecha, menos fundada, de que fuesen de Lope, tal el que empieza: «Licencia pide Cupido»³² en que hay alusión a los nidos que buscaba el niño Amor; y con más probabilidad, el muy conocido «Topáronse en una venta». Este, como el otro del ventero (núm. 5) se ha atribuido a Góngora, pero no sé de cuándo data la atribución. Desde luego, no se halla en el Manuscrito Chacón, ni está en *Delicias del Parnaso* (1634), que se precia de contener «todos los romances ...» de D. Luis de Góngora; tampoco figura en la edición de D. Gonzalo de Hoces de todas las obras del Cordobés (1654). Gracián³³, a propósito del emblema de Alciato, fuente de este romance, copia como anónimos los cuatro últimos versos, y hay que tener en cuenta que en *Agudeza y arte de ingenio* nombra a Góngora siempre que alude a una obra suya.

El asunto está tratado con el humorismo jovial de los otros romances de Lope; la escena de la venta está vivida y nos recuerda la otra venta de D. Quijote; como aquélla carece de cama; el travieso Cupido no puede tener la risa al ver a la Muerte tan fea; el ventero tiene que apaciguar la pelea que se sigue, metiéndose por medio con un lanzón; dan a guardar las armas a la moza que servía a los huéspedes, Marina, tocaya de la moza a quien Marra- maquiz robará la carne.

Lope trató el mismo tema en serio, siguiendo más de cerca a Alciato en su comedia *Castelvines y Monteses*³⁴ y en *El Laurel de Apolo*³⁵.

Los ocho romances examinados anteriormente pueden ostentar con dignidad el nombre de Lope de Vega, que, si no son joyas del Parnaso, que aumenten su caudal poético, no puede negarse que son unos deliciosos jugetes.

³² *Romancero General*, fol. 96 b.

³³ L. C., p. 209.

³⁴ Ed. Academia, XV, 349 a.

³⁵ *Obras sueltas*, I, 118.



Sobreteiro del artículo sobre el romance pastoril «Descolorida zagala».

Un romance pastoril de Lope de Vega³⁶

El romancero de Lope de Vega está todavía sin publicar. Algunos romances están estudiados y discutidos, pero hay otros muchos en las páginas de *Flores* y de los *Romanceros Generales* y en los folios de los cartapacios manuscritos de fines del siglo XVI y principios del XVII, que esperan a un lopista que los colecciona y organice. De entre los varios que tengo copiados voy a sacar, de la anonimia en que yace, uno, al que puedo con seguridad asignar el nombre del autor, la fecha precisa y el lugar y el ambiente en que se compuso.

A mediados del año 1591, el desterrado Lope de Vega fue generosamente acogido en Alba por el quinto Duque D. Antonio Álvarez de Toledo y Beaumont, en cuyo palacio se reunía una especie de corte artística de poetas y músicos, siguiendo costumbre de los anteriores duques.

La fecundidad literaria de Lope durante los cuatro años que allí pasó fue intensa, como lo atestiguan cuatro comedias autógrafas que se conservan fechadas en Alba con intervalo de dos meses una de otra, coincidiendo con el plazo de entrega a que se había comprometido con Gaspar de Porras. Otras varias comedias de fecha ya conocida y otras en que hay alusiones a Lerín, cuna del Duque, y a personas ligadas a las ilustres casas de Beaumont y de Toledo fueron seguramente escritas en la misma villa. En esos mismos años compuso casi toda *La Arcadia* (novela), parte de *La Hermosura de Angélica* y poemas menores, como la *Égloga a Albanio*, la *Descripción de la Abadía* y la *Elegía a la trágica muerte de D. Diego de Toledo*, hermano del Duque. Asimismo a orillas del Tormes, no a su paso por Salamanca, como alguno dice, sino donde corre en lecho de pizarras y entre islas de arena, compuso varias epístolas, canciones y numerosos romances: unos a devoción de su señor, otros para llorar o maldecir memorias de la ingrata Filis, y algunos dedicados a Belisa.

Para D^a Isabel de Urbina constituyó Alba un tranquilo remanso tras la agitada y precaria vida que había sufrido durante tres años, desde que

³⁶ «Para el Romancero de Lope de Vega», *Mediterráneo*. Revista de la Universidad Literaria de Valencia, II (1944), núms. 7-8, pp. 209-215. Reed., con correcciones, en *De Lope de Vega y del Romancero* (1953), pp. 79-87.

en mayo de 1588 se había dejado raptar. En aquella entre corte <y aldea, con la ración asegurada, respetada y querida de todos por su bondad, se sintió fortalecida de alma y cuerpo, y logró ver cuajarse por primera vez el fruto de su matrimonio. En 1593 nació una niña a quien llamaron Antonia en obsequio al Duque, que se dignaría ser padrino, o a la hermana de éste de igual nombre.

Lope sentía con intensidad el amor de padre como lo demostró a lo largo de su vida dentro de la familia y en la literatura. Al nacer Antonia escribió un soneto (que luego intercaló en la comedia *La mocedad de Roldán*), acaso los primeros versos, aunque no los mejores, de emoción paternal. Hablando del goce y comunicación de los casados, termina con este terceto:

Mas cuando con los hijos se confirma
es entre los casados cierto el trato,
la paz segura y el amor perfeto.

No le duró mucho el bienestar a D^a Isabel. Hubo de perder pronto a su hija, y al presentarse síntomas de nueva maternidad, su salud, siempre frágil, decayó rápidamente. Tampoco la felicidad conyugal era perfecta.

El Duque D. Antonio estaba también cumpliendo destierro en castigo a la insensatez que había cometido casándose simultáneamente con dos mujeres, y no por ímpetu amoroso, sino por abulia. Por imposición de su tío y tutor el inflexible prior D. Fernando de Toledo, hacia el cual sentía «miedo reverencial», casó por poderes en Sevilla con la hija del viejo Duque de Alcalá, y revocado el poder el mis día, cinco más tarde se desposaba en Guadalajara con D. Mencía de Mendoza, hija del Duque del Infantado, y esta vez lo realizaba siguiendo el consejo del almirante D. Francisco de Mendoza.

El Duque desde Alba hacía frecuentes escapadas, algunas para visitar a D^a Mencía y le acompañaba Lope en calidad de gentilhombre, no de secretario, pues a la sazón desempeñaba ese cargo el grave Gerónimo de Arceo, el Alcino de *La Arcadia*.

En uno de estos viajes quedó el corazón de nuestro poeta enredado en los cabellos rizos de Micaela Luján. Tengo datos suficientes para retro-

traer, por lo menos, hasta 1594, el comienzo de la pasión vehemente que despertó en Lope aquella hermosa hembra, aunque ella tardó bastante en rendirse.

No por tener amor a otra mujer abandonaba Lope a la suya propia, y durante toda su vida apeteció tener un hogar acogedor de descanso.

Entre tanto la enfermedad de D^a Isabel se agravaba al acercarse el parto, y un día el marido la contempla compasivo, y lleno de emoción escribe un romance pastoril que descuella por su fragancia sensitiva entre el fárrago y convencionalismo de los de su clase que ocupan buena parte de las *Flores de romances*. Es el que empieza: «Descolorida zagala».

¡Descolorida! ¿A qué otra pastora se habrá saludado con semejantes palabras? Se nos representa la palidez mate de aquel rostro exangüe. Y continúa: Está siempre con los ojos tristes; aquellos ojos que él tantas veces había cantado, única pincelada de relieve en los desvaídos retratos que nos ha dejado de D^a Isabel. Ojos «ladrones», ojos «claros», «alegres», «ni esmeraldas ni zafiros», pero en los que «de contento ríe el cielo». Retirada en un oscuro aposento, no acude a las fiestas del lugar porque el repique del pandero le suena al doblar de la campana. Otro romance inédito está dedicado a la tristeza que causa la ausencia de los divinos ojos de Belisa en la fiesta de la villa. Tampoco va, como solía, con las otras mozas al allozar a coger tiernas almendras. Y este pormenor concuerda con los versos en que Pedro de Medina Medinilla representa a Elisa (D^a Isabel), partiendo albas almendras en la Égloga que dedicó a la muerte de esta mujer de Lope.

Pero tan gran melancolía no proviene sólo de enfermedad del cuerpo, sino de amargura del alma. Y ahora encontramos una de esas confesiones a voces en que suele prorrumpir Lope, movido de sincero arrepentimiento. El culpable de los celos es él, y su suegro le mira mal (no sería la primera vez) y la aldea le maldice porque piensan que va en busca de ajenos gustos, desconociendo el bien que tiene y que no lo merece. Al final de La Arcadia baraja las mismas ideas: «El bien que tenía perdí, más porque no lo merecía, que porque no lo supe conocer.» Pero todo cambiará, y para cuando la zagala se levante, le prepara ofrenda de galas aldeanas, que él bien conoce: las verdes servillas, la saya de blanca grana y los zarcillos de vidrio; ellos quebradizos, mas no sus palabras. Y acaba ofreciendo en holocausto su propia salud, para que ella recobre la suya.

Al oír estos versos D^a Isabel nos imaginamos que sentiría como si un bálsamo amoroso inundase todo su ser, y perdonaría al amado, envolviéndole en una de esas miradas profundas que llegan desde el borde de la eternidad.

Poco después, el 16 o el 19 de septiembre de 1594³⁷ moría D^a Isabel al dar vida a una niña a quien se puso el nombre de Teodora, por ser el santo del día.

El hogar acogedor de Alba quedaba deshecho. Como poco después Lope fue perdonado por Jerónimo Velázquez, quedaba terminado su destierro y se dirigió a la corte, donde le esperaba el público deseoso de ver a su poeta, quien durante la ausencia le había regocijado con tantas comedias.

No creo que haya que buscar, como algunos opinan, motivos de disgusto con el Duque para que Lope se apartase de su servicio. Para tal sospecha se aducen unas palabras mal interpretadas al final de *La Arcadia* y un párrafo de una carta dirigida al Duque de Sesa, que no pasa de ser uno de tantos halagos del servilismo del poeta dispuesto a sacrificar hasta su propia alma en aras de su señor.

Lo cierto es que Lope no tenía ya nada que hacer en Alba, ni por qué permanecer alejado de Madrid, la Babilonia que tanto añoraba.

El Duque, fallado en su favor el largo pleito a que dieron ocasión sus bodas, pudo unirse a D.^a Mencía, y no necesitaba de la compañía del poeta para sus viajes, ni de sus versos para cantar sus cuitas. La especie de corte literaria que en aquel palacio había, se disolvió, a lo que contribuiría la desdichada muerte de D. Diego de Toledo, que acaso era el de aficiones poéticas, ya que su hermano el Duque, según dirá tiempo adelante el Venerable D. Juan de Palafox, «era señor de grande prudencia y punto, aunque sin alguna literatura». También nos enteramos por *La Arcadia* de que el secretario Arceo era «poco aficionado a escuchar poesías». Lope, por su parte, se mostró siempre agradecido al Duque, y a través de su producción literaria no escatimó los elogios a la casa de Alba.

³⁷ [En la primera edición: «el 22 de mayo de 1595»; en una separata de uso personal MG corregía: «en el otoño de 1594». La corrección definitiva de la edición de 1953 hubo de hacerse sobre pruebas de imprenta].

A Belisa muerta dedicó Lope varias composiciones, alguna todavía inédita, llenas de férvido cariño. Al volver poco después³⁸ a Alba, muerta ya también la niña Teodora, compuso el romance que empieza: «Cuando las secas encinas». Una buena parte está dedicada a cantar el renacer de la naturaleza en la primavera con sus «lechales cabritillos», las «fecundas abejuelas» y las «laboriosas hormigas». Aunque es de todos los de la serie el de forma más perfecta, no tiene la vibrante intimidad del que hemos comentado.

Nuestro romance se publicó en la octava parte del *Romancero General* de 1600, supongo que tomado de las *Flores del Parnaso* de 1597³⁹.

D. Agustín Durán lo incluyó, dejándolo anónimo, en *el Romancero General* de la Biblioteca de Autores Españoles, y aunque ese libro está al alcance de cualquiera, incluyo aquí el romance para comodidad y recreo de los lectores.

Romance pastoril de Lope de Vega dedicado a su mujer D.^a Isabel de Urbina.-Alba de Tormes, 1594

Descolorida zagala
a quien tristezas hicieron
perder el color de rosa
en el abril de su tiempo.
Toda la aldea murmura
tan melancólico extremo,
y dicen que tanto mal
es del alma y no del cuerpo.

³⁸ [En la primera edición: «un año después»].

³⁹ [En la primera edición se añadía: «extremo este que no puedo ahora comprobar, porque el único ejemplar de esa octava parte de las *Flores* de que tengo noticia pertenece a la Biblioteca del Museo Británico». En efecto, «Descolorida zagala» se publicó en las *Flores del Parnaso. Octava parte* (Toledo: Pedro Rodríguez, 1596), ff. 76r-78r, reeditada en Alcalá de Henares en 1597. MG no alcanzó a conocer la reedición facsimilar del ejemplar único, realizada por A. Rodríguez Moñino en 1957. Restituimos, en cursiva, las lecturas de las *Flores del Parnaso* de 1596, preferibles a las del *Romancero General*, como sin duda lo habría hecho MG].

Siendo vuestra condición
y vuestros ojos risueños
que mataban de alegría,
están de tristeza muertos.
Si ya no salís al baile,
y el repique del pandero
decís que tañe a difunto
y que es campana de entierro,
si cuando todas las mozas
van al campo a coger berros
y a despojar de su fruta
a los tempranos almendros,
os estáis en vuestra choza
en un oscuro aposento,
que aunque el sol está con vos
está de nubes cubierto,
¿quién ha de haber que no diga
que os quejáis del lado izquierdo,
y que *tan poco* os conozco
porque *tan poco* os merezco;
que os dejo y busco mi gusto
en partes que no le tengo,
y que por ratos hurtados
seguras noches desprecio,
y que trato mal vuestra alma
y vos peor vuestro cuerpo,
pues por purgarle de amor
le dais jarabes de celos?
Despertad, zagala mía,
de ese profundo silencio,
que la aldea me maldice
y me mira mal mi suegro.
Para el día que pongáis
la bella planta en el suelo,
os tengo verdes servillas
y mi propia boca os tengo;

sayuelo de grana blanca
ha de cubrir vuestro cuerpo,
que más de cuatro os envidien,
y aun a mí que le poseo;
tendréis zarcillos de vidrio,
y no los quebréis os ruego,
que son palabras de *oído*,
y las que doy no las quiebro.
Y si no pensáis cobrar
salud, por quien yo la pierdo,
dadme el mal, señora mía,
o partámosle por medio,
que si enferma habéis de estar,
mejor es que esté yo enfermo,
no vos, que sois alma mía;
yo sí, que soy cuerpo vuestro.

Con motivo del reajuste de unas fechas.
La muerte de doña Isabel de Urbina⁴⁰

Datos literarios. — Al publicar Lope de Vega en 1632 *La Dorotea*, compuesta gran parte de ella en su juventud, introdujo muchas adiciones y entre ellas un pronóstico de su vida que, como escrito *a posteriori*, contiene hechos históricos comprobados. Según el astrólogo César, don Fernando (= Lope) sería perseguido por Dorotea (= Elena Osorio), reducido a prisión y condenado a destierro, poco después de casado con una doncella (doña Isabel de Urbina) la cual «morirá a siete años de este suceso»⁴¹, es decir, del destierro.

Al publicarse el proceso⁴² que se le siguió a Lope de Vega con motivo de los libelos compuestos contra Elena Osorio y su familia, se supo que en febrero de 1588 fue condenado a dos años de destierro del reino y ocho de la corte; así dedujo fácilmente H. A. Rennert⁴³ que doña Isabel murió en 1595 en Alba, donde se hallaba su marido al servicio del quinto duque don Antonio de Toledo. El año parecía incontestable.

Luego, un romance publicado en el *Romancero General de 1604*⁴⁴ que comienza «Cuando las secas encinas» y en que tras una descripción de la primavera leemos:

Hoy se cumple justo un año
que de tu temprana muerte
gusté aquel potaje amargo

indujo a fijar la muerte de doña Isabel en la primavera. Y apurando un poco más, al leer el epitafio latino que Lope dedica a sus hijas⁴⁵, vemos que la niña, causa inocente de la desdichada muerte de la madre, se llamó Teo-

⁴⁰ Nueva Revista de Filología Hispánica, III (1949), pp. 378-385. Reed. en *De Lope de Vega y del Romancero* (1953), pp. 89-101.

⁴¹ *La Dorotea*, ed. 1913, pág. 289.

⁴² A. Tomillo y C. Pérez Pastor, *Proceso de Lope de Vega*, pág. 79.

⁴³ *The Life of Lope de Vega*, pág. 105.

⁴⁴ Fol. 386 d.

⁴⁵ Publicado en 1602 en las *Rimas*. Se halla en la ed. de Sancha, *Obras sueltas de Lope de Vega*, vol. IV, pág. 279.



María Goyri y su amiga María Gallardo, 1896.

©Archivo fotográfico Fundación Ramón Menéndez Pidal

“Es necesario hacer gozar con la obra, no hacer su crítica”. María Goyri

dora por el santo del día en que nació, y pareció obvio que el 20 de mayo en que la Iglesia celebra al mártir San Teodoro era el día en que murió de parto doña Isabel. Quedaba pues establecida la fecha 20 de mayo de 1595⁴⁶.

Los documentos. — Unos documentos muy interesantes hallados en Salamanca y publicados por María de la Concepción Salazar⁴⁷ nos obligan a rectificar el día, mes y año de esa fecha que parecía tan segura.

⁴⁶ Cuantos hasta hoy han hablado de la muerte de doña Isabel vienen aceptando esa fecha sin tomar en cuenta los documentos. Yo misma me dejé llevar de esa repetida afirmación al publicar el romance «Descolorida zagala» (*Mediterráneo*, II, 1944).

⁴⁷ M^a de la C. Salazar, «Nuevos documentos sobre Lope de Vega», *RFE*, XXV (1941), 478-506.

Al quedarse Lope viudo sintió más vivo el deseo, tantas veces expresado, de volver a Madrid. La corte artística de la casa ducal había ya sido abandonada por algunos de los artistas amigos de Lope, y al morir trágicamente en 1593 don Diego de Toledo, hermanastro del Duque, quedó disuelta aquella reunión selecta de músicos y poetas de que había sido principal animador el desaparecido joven. Ese mismo año, el duque don Antonio, libre ya del proceso que hacía tres años se le seguía por su casamiento dúplice, pudo establecerse tranquilamente en sus estados de Alba con su mujer doña Mencía de Mendoza. El gentilhombre (no secretario)⁴⁸ Lope, que había poetizado en innumerables versos los amores contrariados de su señor y que le había acompañado en sus frecuentes viajes, quedaba sin aquellas ocupaciones y no sentía aliciente de permanecer allí. Por estas razones y acaso por otra más acuciante de carácter pasional, decidió dejar las orillas del Tormes lo más pronto posible.

Lo que necesitaba ante todo para volver a la corte, sin cumplir el tiempo que le faltaba de su destierro, era obtener el perdón de Jerónimo Velázquez, padre de Elena, a cuya instancia se le había procesado. Mientras espera el indulto, hace los preparativos para su traslado; a 25 de febrero de 1595 empieza la almoneda pública de sus bienes «y de los que quedaron por fin y muerte de doña Isabel de Urbina, su mujer». El documento en que esto se consigna es irrecusable y repite hasta cuatro veces, en letra, la fecha, febrero de 1595, en que se da por muerta a doña Isabel.

Este inventario, con su fría enumeración de objetos en almoneda, no deja de causarnos cierta emoción. En él se valoran desde los chapines valencianos nuevos y viejos de doña Isabel, el manguito y el sombrero, hasta el rosario de coral y oro. También se ponen en venta cuatro mantillas de cordellate, cinco pañales de lienzo, y por fin unas camisas pequeñas de niño, lo cual indica que eran prendas inútiles por estar ya muerta en esa fecha la niña Teodora, que era el consuelo del padre; éste, dirigiéndose a la muerta esposa, se lamenta de la pérdida de la niña:

Pero duróme tan poco,

⁴⁸ A la sazón era secretario de Jerónimo de Alceo, retratado por Lope en la *Arcadia* bajo el nombre de Alcino, hombre sesudo y muy adicto a la casa ducal.

que el cielo por mis pecados
quiso que también siguiese
muerta tus divinos pasos⁴⁹.

A principios del año 1595 estaba ya Lope viudo y sin hijos. Lloró su hogar deshecho, pues, aunque parezca extraño en tal aventurero de amor, gustó él siempre tener un rincón acogedor de descanso; su casa familiar, sobre todo si estaba acompañado de hijos, le era muy atractiva. Por ello no abandonó a doña Isabel ni a doña Juana, y ya viejo reunió en su casa de la calle de Francos aquella abigarrada familia de hijos de tan diversas procedencias. Cuando el único varón muere en una alocada empresa y de las tres hijas una se casa, otra se mete monja y la última se fuga, la vida del poeta se agota inmediatamente en aquella soledad.

Terminada la almoneda, para que nada le detenga, otorga en 8 de marzo de 1595 un poder a favor de un vecino de Alba⁵⁰ para que cobre los salarios que le adeudase el Duque y cualquiera cantidad que le sea debida. Entre éstas se encontraba lo producido por la almoneda, algunas de cuyas partidas eran pagaderas para Nuestra Señora de Agosto.

Al fin, en 18 de marzo, Jerónimo Velázquez firmó un apartamento de la querella para que el desterrado obtuviese el indulto. Sobre el móvil que tuvo el padre de la Osorio para otorgar esa gracia a Lope se ha fantaseado un tanto, suponiendo que abrigaba la esperanza de que se casasen los antiguos amantes. Y esto se conjeturaba cuando se creía que aún vivía doña Isabel y se sabía que el marido de Elena, Cristóbal Calderón, no había muerto todavía⁵¹. Lo más probable es que el interés del empresario Velázquez estuviese en conseguir acrecer su repertorio con las obras del que se estaba alzando con «la monarquía cómica»; del mismo modo que se había visto privado de ellas cuando se enemistaron.

Otros dos de los documentos salmantinos publicados⁵² nos permiten precisar algo más la fecha de la muerte de doña Isabel. Son dos poderes

⁴⁹ *Romancero General* de 1604, fol. 386d.

⁵⁰ Cf. *RFE*, XXV, 1941, pág. 504.

⁵¹ Murió en 30 de marzo del mismo año.

⁵² Cf. *RFE*, *loc. cit.*, pág. 491.

que ella otorgó para ser representada en el reparto de los bienes heredados de sus padres. El primero lleva fecha de 25 de agosto de 1594; está hecho a favor de dos vecinos de Madrid y por él sabemos que el padre de doña Isabel, el pintor Diego de Urbina⁵³, había ya muerto⁵⁴. En el segundo poder, de 8 de septiembre, amplía el número de apoderados con la designación de su marido, de Luis de Rosider y de Gaspar de Porres, estos dos cuñado y amigo íntimo respectivamente del mismo Lope. Sin duda quiso éste tener mayoría en las discrepancias que había suscitado Ana María de Urbina, hermana de doña Isabel, coaccionando a su hermano Pedro, que era «mentecato de nacimiento», para que renunciase a favor de ella la parte de su herencia. Al saberse en Alba esta cesión hecha el 24 de agosto, Lope induciría a su mujer a ampliar el poder anterior; pero Ana María no se dio por vencida y, muerta doña Isabel, volvió Pedro a hacerle donación de la herencia paterna, acrecida ahora (9 de agosto de 1595) con la parte que le había correspondido por morir doña Isabel abintestato. Al fin tuvo que tomar cartas en el asunto el otro hermano, el regidor don Diego.

A través de todos estos documentos asistimos a una de esas disensiones familiares tan frecuentes en el reparto de herencia. Nunca tuvo Lope arte para lucrarse en esa clase de asuntos de dinero⁵⁵.

La observación atenta de las firmas de los dos poderes nos sugiere algún comentario: la de Lope de agosto lleva entrelazada con su inicial la Y del nombre de su mujer. La firma de doña Isabel en ese primer documento está trazada con los rasgos seguros característicos suyos y poco usuales en la mujer. Once días después la letra aparece deformada, escrita con pulso

⁵³ Fue Diego de Urbina pintor excelente según testimonio de sus contemporáneos. Lope de Vega le elogia en varias de sus obras. Pintó retablos para las iglesias de Pozuelo de Aravaca, Colmenar Viejo, Torrelaguna, Ocaña y algunos en Madrid y Segovia. Tuvo título de pintor de cámara de Felipe II y recibió encargo de pintar varios cuadros para el palacio ducal de Alba de Tormes.

⁵⁴ N. Alonso Cortés, que tantas noticias documentales interesantes nos ha proporcionado de la familia Urbina, dice que Diego murió el año 1595, sin duda por un error de pluma, pues del contexto del mismo estudio se deduce la fecha 1594. Cf. N. Alonso Cortés, «Doña Isabel de Urbina, primera mujer de Lope de Vega», *BRAE*, XIV (1927,) 674-678.

⁵⁵ No hizo testar a doña Isabel, y más tarde no consiguió cobrar la dote de su segunda mujer, ni aun a favor de la hija Felicianita.

inseguro. Podríamos achacarlo a que la enfermedad la tenía muy al cabo.

Otra vez los datos literarios. — Volviendo ahora al epitafio latino, conjeturamos que doña Isabel murió el 15 o el 20 de septiembre, días de San Teodoro.

El año de la muerte que se deduce de *La Dorotea*, ¿será un caso más de las inexactitudes en que incurre Lope la mayor parte de las veces que maneja cifras? En esta ocasión no es él culpable de error, sino acaso de anfibología. «A siete años de este suceso» (es decir, del destierro) morirá la esposa; no afirma que llegaran a cumplirse siete años de matrimonio sino que murió dentro del séptimo año. Esto hace que el dato autobiográfico coincida con el año 1594 de los documentos.

Otro problema referente a la estación del año nos plantea el romance «Cuando las secas encinas», por el que parece que doña Isabel murió en primavera. Aquí no se ha reparado en que hay dos romances que se han soldado por ser del mismo asonante y referirse a los mismos protagonistas, adherencia muy frecuente en la tradición oral y no rara en la transmisión escrita. El romance empieza por describir el alborear de la primavera, que se presenta a la delicada percepción del poeta en mil detalles que expone con delectación morosa: los árboles que visten de hojas verdes sus secos ramillos, los frutales cubiertos de blancas flores, los prados matizados de mil colores. Y al tiempo de la renovación de las plantas, el multiplicarse los animales: los lechales cabritillos, los baladores corderos, las, laboriosas hormigas, las abejas que liban los romeros y tomillos y sus hijuelos que salen palpitando de los preñados huevos del panal. Es de notar el juego de diminutivos con que impregna de ternura la descripción. Y toda esta alegría de la naturaleza contrastando con su pena; ese crecer de la amargura que todos hemos sentido cuando nuestro íntimo dolor se ve rodeado de regocijo extraño. Lope lo expresa con el estribillo

Todo se alegra, mi Belisa, ahora,
sólo tu Albanio se entristece y llora.

El segundo romance, que se ha adherido al anterior, es una invocación a Belisa ante su sepulcro cuando se cumple el primer aniversario del

fallecimiento. En los versos recuerda la larga enfermedad y termina con la muerte de la niña, retrato de la madre.

El editor que publicó como uno solo esos dos romances no se detuvo en procurar que la soldadura fuera algo disimulada; hizo una mezcla incongruente con los versos finales del primero y los iniciales del segundo y terminó con el estribillo, que resulta entonces fuera de lugar.

Doña Isabel, tanto gravemente enferma como después de muerta, inspiró a Lope varios romances henchidos de cariño. El más sentido y espontáneo es el pastoril que empieza «Descolorida zagala»⁵⁶, en el cual, al contemplar la vida de aquella mujer que se extingue, agotada por la tuberculosis y a punto de ser madre, se acusa él de haberla agravado dándole ocasión de sentir celos. Es una confesión pública y un arrepentimiento sincero, sincero sin duda alguna en aquel momento, aunque fugaz.

Puede emparejarse con éste, otro romance contenido en el *Cancionero musical* del siglo XVII de C. de la Sablonara⁵⁷ en que se menciona la fiesta del lugar en el día de San Juan que se celebra con tristeza por estar ausente Belisa. Mezcla en el texto unas endechas con estribillo dedicadas a los ojos de la amada, endechas que realzan el valor lírico de la composición.

Posterior, a raíz de la muerte de doña Isabel, tenemos varios romances. Uno de ellos, que permanece inédito y que empieza «El sueño, fácil engaño», supone la aparición de la muerta amada durante el sueño, recuerda aquellos ojos claros, ni «esmeraldas ni zafiros», y se acusa una vez más de no haber correspondido al bien de gozarlos,

y cuando miro que fuiste
mansos y amables conmigo,
a mis culpas atribuyo
mi daño y vuestro castigo.

Entona una vez más el «yo pecador». Lleva el romance el melancólico estribillo

⁵⁶ Cf. nuestro estudio anterior.

⁵⁷ Ed. Madrid, 1918, pág. 296.

¡Ay dulces ojos míos!
que me matáis el alma estando frios⁵⁸.

A poco de quedarse viudo Lope hizo un viaje a Toledo, acaso para solicitar de Jerónimo Velázquez su perdón, y a este viaje corresponde el romance que empieza «Otras veces me habéis visto» y en el que al divisar Madrid desde los altos montes recuerda que allí otras veces entonó alegres cantares y ahora tristes endechas. La causa se resume en el estribillo

Mas ¿cómo cantará con tanta pena
quien se deja su bien en tierra ajena?

Este romance ha llegado a nosotros en varias ediciones, lo que nos prueba su difusión⁵⁹. Unos versos que dicen

Dejo un tesoro escondido
cubierto con cinco letras
a donde descansa el Tormes
de haberse quebrado en peñas

hicieron dudar a José F. Montesinos⁶⁰ que se refieran al sepulcro de doña Isabel, porque no sabemos interpretar esas letras, cuyo número cinco puede ser arbitrario. En vista de ello sospecha que Lope habla aquí en nombre del duque don Antonio; pero éste no podía llamar su patria a Madrid, ni sentirse extranjero en Alba, ni tenía ningún tesoro allí enterrado.

En cambia la delicada canción «Aquí donde se viste / de dos albas el sol en noche oscura»⁶¹ no está dedicada a Belisa muerta, como supuso

⁵⁸ Ms. de fines del siglo XVI que existe en la Biblioteca de Palacio, fol. 183 vº.

⁵⁹ *Dozena Parte de Romances*, fol. 80; *Romancero General* de 1604, fol. 403 b; *Romancero de Barcelona* publicado en *RHi.*, XXIX, 1913, pág. 169 b; *Romancero musical de Turín*, núm. 40.

⁶⁰ *RFE*, XIII, 1926, pág. 149; en *RFE*, XIX, 1932, pág. 82, Montesinos deja de atribuir este romance a Lope en vista de una cita de Salas Barbadillo, que precisamente afirma la paternidad de Lope (cf. *HR*, XIII, 1945, pág. 35).

⁶¹ Segunda parte del *Romancero General* de 1605, fol. 215. Otra versión con una estrofa más al principio se halla en el Ms. de Matías Duque de Estrada; publicada por E. Mele

Entrambasaguas,⁶² sino a la amada del duque de Alba de la que se halla ausente y desterrado, mas con esperanzas de que será un día el alba que corone aquellos montes.

Otro romance al emprender el retorno a Alba desde Toledo, que empieza «Ya vuelvo querido Tormes»⁶³, es parejo del anterior, con alusión asimismo al sepulcro de Belisa considerando enemiga a su tierra y como propia la que cubre los despojos de la esposa. Su profunda pena se condensa aquí también en el estribillo

¡Ay claro Tormes, si llegase el día
que su muerte llorase con la mía!

Obsérvese en estos romances de expresión de dolor el uso constante del estribillo. Acaso eran versos para los que Blas de Castro componía tonos.

Los dos romances de la breve ausencia, a juzgar por el paisaje que se trasluce en el segundo, debieron escribirse en el invierno de 1594.

Tras estos romances escribió el de la primavera y por último el del aniversario de la muerte de Belisa, última ofrenda de cariño a la esposa abnegada.

El 12 de octubre de 1594 suscribe Lope en Alba la comedia *Laura perseguida*⁶⁴, en que interviene incidentalmente la pareja de labradores Belardo-Belisa. Ella manifiesta que no está para ir a fiestas, que prefiere quedarse en casa; desgana igual a la que se refleja en el romance «Descolorida zagala». La fecha no impide suponer que estuviese escrita anteriormente parte de la comedia, que no todas «en horas veinte y cuatro / pasaron de las musas al teatro». Algo puede hacer sospechar que el nombre de Belisa aparezca en el reparto inicial de personajes y en el texto diga sólo «una mujer».

¿Hasta cuándo se prolongó la estancia de Lope en Alba?

Los documentos hasta ahora conocidos no van más allá del 22 de abril

en *BHi*, III, 1901, pág. 361.

⁶² *Fénix*, Revista del Tricentenario, pág. 106; cf. *RFE*, XXII, 1935, pág. 198.

⁶³ Segunda Parte del *Romancero General* de 1605, fol. 35. J. de Entrambasaguas lo publicó en *Fénix*, I, pág. 90, y ya lo atribuyó a Lope.

⁶⁴ *Acad.N.*, VII, pág. 110.

de 1595, fecha en que un testigo declara en la revisión del proceso de Lope que éste continuaba al servicio del Duque de Alba⁶⁵. Y tenemos de nuevo que acudir a los versos por los que sabemos que Lope celebra en Alba el aniversario de la muerte de doña Isabel. Por lo visto, a pesar de su impaciencia por correr a la corte, los asuntos jurídicos no iban tan de prisa.

Poseemos una vehemente canción compuesta todavía en Alba, llena de vibrante sensualismo. Escrita en liras, comienza «Sentado en esta peña», y fue publicada en 1605 por Pedro Espinosa⁶⁶. A orillas del Tormes, con soleadas de su Celia bella, se siente allí cautivo «sin alma el cuerpo y sin razón el seso». No quisiera que le cogiera en aquel destierro el noviembre:

La nieve de tus pechos
es el invierno que sufrir deseo.

Viva en aquellas ásperas montañas el rico Albano (el Duque) llevando por la mano al dueño de sus glorias y sus penas y celebre el nacimiento del esperado hijo (nació el primogénito en agosto de 1595), mientras él anhela pisar en breve su patrio suelo para

que goce de mi Celia los abrazos,
le Celia, más hermosa
que jazmín blanco y encarnada rosa.

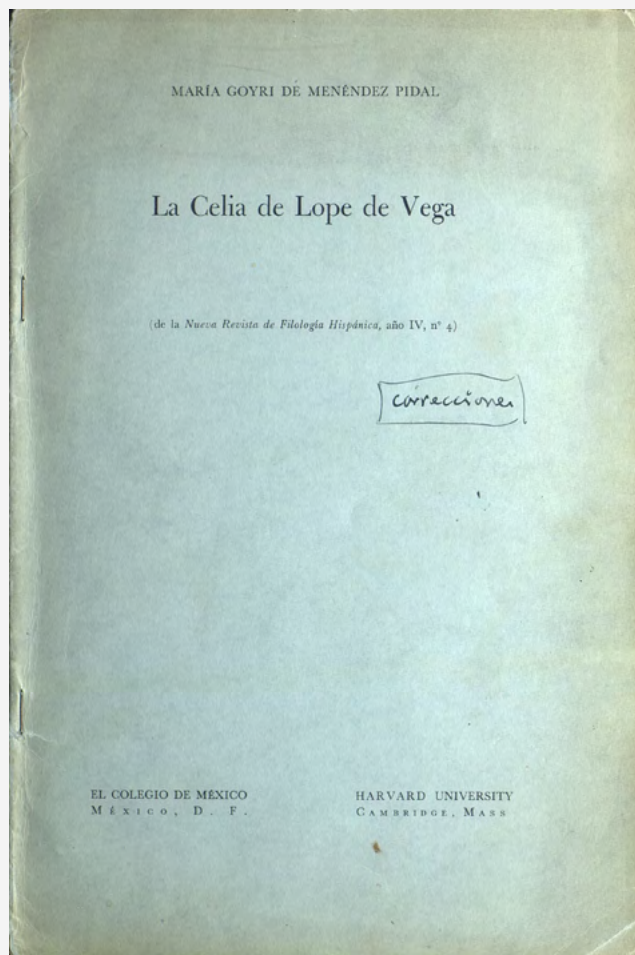
Este amor, que había nacido ya hacía tiempo, no le impidió llorar con sincero dolor la muerte de la esposa. Lope era así: una pasión no excluía otro cariño. Y después de todo, ¿no conocemos hombres de todos los tiempos que no han respetado la monogamia? El que se censure más a Lope estriba en que confiesa sus culpas a voces.

Es de suponer que Lope de Vega se estableciese en Madrid en el invierno de 1595.

Quién era la Celia que le traía tan embelesado, será en breve objeto de un especial estudio.

⁶⁵ Pérez Pastor, *PROCESO*, pág. 196.

⁶⁶ *Flores de poetas ilustres*, ed. de 1896, pág. 154.



Ejemplar que procede de la Biblioteca de la FRMP, en el cual publica María Goyri su controvertido estudio *La Celia de Lope de Vega*.

La Celia de Lope de Vega⁶⁷

Cuando después de cuatro años de relaciones estrechamente íntimas con Elena Osorio, se ve Lope de Vega despedido, recibe una herida profunda en su corazón y en su amor propio. Muchos atractivos tendría el apuesto mozo, pero es lo cierto que era la segunda mujer que, cuando la creía conquistada, le abandona por otro. De la primera no hizo gran duelo; se trataba de una afición venial, que según él, «como no fue amor de peso, púdolo el viento llevar» y además encontró pronta y crecida compensación con Elena. Ahora el caso variaba mucho: había llegado a los brazos de la Osorio, si no antes de apuntarle el bozo, lo bastante tierno para que esa mujer modelara su sensibilidad erótica a su antojo.

En una comedia escrita hacia 1588 reconoce el mal influjo que había recibido cuando hace decir a Belardo, quien se precia de no guardar fe amorosa:

Aquesto y más aprendí,
de aquella que yo adoré.
¡Buen discípulo quedé!
¡Bien puedo matar por mí!⁶⁸

Elena, de más edad que él, ducha en las artes de la seducción, le hizo recorrer todos los grados de la pasión amorosa: dulce cariño, amor desorbitado, raptos de locura, celos dilacerantes, reconciliación, odio incontenible, persecución y, por último, abandono. Furioso Lope ante la traición de la amada se dedica a escribir versos de maldecir en los que llega a describir

⁶⁷ [Nueva Revista de Filología Hispánica, IV (1950), pp. 347-390. Reed. en *De Lope de Vega y del Romancero* (1953), pp. 103-174].

⁶⁸ Ursón y Valentin (Acad. vol. XIII, pág. 500 a). Atribuyo a esta comedia la fecha más baja que señalan Morely y Bruerton (1588-1595) en *The Chronology of Lope de Vega's Comedias* (obra capital a que con frecuencia tendré que referirme, y que para abreviar lo haré con la sigla MB). Acaso fuese la obra dramática algo anterior a la ruptura final con Elena, porque el deslizar furtivamente el nombre de Belisa no es forzoso que ya estuviese casado con ella.

intimidades bochornosas y explica:

Yo no pensaba en mi vida
de lo que digo alabarme;
pero, cuando le desprecian,
bien puede un hombre alabarse⁶⁹.

El despecho va en aumento y, ya desbocado, escribe las desvergonzadas sátiras⁷⁰ contra Elena y sus parientes, las cuales pronto corrieron de mano en mano. Demandado por los Velázquez, el padre y el tío de la Osorio, fue Lope condenado a destierro de dos años del reino de Castilla y a ocho de alejamiento a cinco leguas de la corte (febrero de 1588)⁷¹.

Esta condena por infamación acaso nos parezca hoy excesiva; pero la justicia de aquella época se nos presenta, a la vez que severa, equitativa, y por escándalo sabemos que en aquellos años sufrieron destierro y prisión personas de alta representación social⁷². Díganlo, por citar los más significativos, el que había de ser gran duque de Osuna, entonces mozalbete jaranero, desterrado de Sevilla, y el 5.º Duque de Alba, castigado por una veleidad amorosa⁷³. ¿Por qué se había de tratar con más benignidad a un

⁶⁹ Romance inédito que se encuentra en el ms. 2700 de la Bibl. Nac., fol. 161r.

⁷⁰ Cervantes escribía en la 2ª parte del *Quijote*: «Es propio y natural de los poetas desdeñados y no admitidos de sus damas, o fingidas en efeto de aquellos a quien ellos eligieron por señoras de sus pensamientos, vengarse con sátiras y libelos; venganza por cierto indigna de pechos generosos». Muchos años habían pasado desde la venganza de Lope para que el tiro fuese contra él; pero tantos le asestó Cervantes que acaso esto lo escribió recordando lo pasado, y tampoco sabemos cuándo lo escribiría.

⁷¹ Pérez Pastor y Tomillo publicaron el proceso. Luego Joaquín de Entrambasaguas encontró los libelos para desdicha de su autor, porque además del lenguaje soez, hay que convenir en que los versos son muy malos. Lope nos tiene acostumbrados a tratar en sus comedias los asuntos más viles con dignidad poética; los rufianes y cortesanas de sus comedias se mueven a ras del suelo, sin encenagarse; pero en estas sátiras habla la cólera sin el freno del arte.

⁷² Precisamente el año 1587 trató Felipe II de reformar las costumbres de los caballeros de su corte que vivían muy ociosos, marqueses de Peñafiel y Cogolludo. (Véase Cabrera de Córdoba, *FELIPE II*, vol. III, pág. 206).

⁷³ Pocos años antes el 4º duque de Alba don Fadrique de Toledo fue encarcelado y perseguido con ensañamiento por el monarca con motivo de una supuesta promesa hecha a

joven poeta sin «comodidad» (acomodo, empleo), ni oficio, ni trato ninguno de que sustentarse?⁷⁴ Más extraño es que tuviesen tanto poder unos representantes para que se atendiese a reparar su deshonra; pero Cervantes aconseja por boca de Sancho «no tomarse con farsantes... que como son gentes alegres y de placer, todos les amparan, ayudan y estiman»⁷⁵. Sin duda sería de decisivo apoyo la categoría del rival de Lope en el servicio de Elena, don Francisco Perrenot, sobrino del eminente Cardenal Granvela⁷⁶.

El año 1588 fue en la vida de Lope de abrumadora intensidad en acontecimientos. Condenado en el mes de febrero, estaba obligado a salir inmediatamente de la corte desde la cárcel, y a los quince días fuera del reino. Cuando andaba despechado de Elena, para despicarse, amarteló a doña Isabel de Urbina. Era ésta una doncellita, a la sazón de 17 años, criada en un hogar honesto, de familia acomodada (la antítesis de la desenvuelta Osorio), y se dejó seducir por la voz de sirena del poeta. Su oscura existencia la rastreamos en los versos de Lope, quien al convertir toda su vida en literatura, las personas que le rodean llegan a ser propiamente entes dramáticos a los que presta voz, y él, en medio de todos, representa el primer papel. No queremos decir que se pueda extraer de esa obra literaria unas biografías históricas, que es difícil discernir el límite entre la realidad y la fantasía, pero obtendremos una representación de lo que el autor quiso que se supiese, y ello no es poco. Sobre todo conocemos sus reacciones ante los sucesos de su vida manifestadas en sus obras.

Cuando más se apartaba Elena, más apremiantes eran los versos que dirigía Lope a doña Isabel para que se rindiese. Trata de persuadirla de que no tiene por qué temer que él se acuerde más de Elena.

una dama de la corte, sin que se atendiese ni a sus propios servicios en las guerras, ni a las súplicas de su padre el gran duque don Fernando.

⁷⁴ Declaración de un testigo, *Proceso*, pág. 59.

⁷⁵ *Quijote*, II, cap. xii.

⁷⁶ Creo que no haya que insistir ya en que don Francisco y no don Tomás fue quien suplantó a Lope en el amor de la Osorio. Además de una lectura más exacta de las notas manuscritas en el ejemplar del *Romancero* de 1604 que se encuentra en la Bibl. Nac. (R. 2171) coincide con el dato de ser de más edad que Lope, y también sabemos que por su conducta, hartó libre, ocasionó disgustos al Cardenal y fue motivo de que le desheredase.

Si Filis te ha dado celos
el tiempo te desengaña,
que como ella quiere a otro,
puedo por otra dejarla⁷⁷.

Cierto que era expresión no muy amorosa, mas pudiera ser convincente.

Era natural que la familia Urbina no aprobara aquellos amores siendo por entonces Lope «la fábula de la corte»; pero el alocado galán en el punto que se ve obligado a apartarse de Madrid, con un golpe de audacia, rapta o hace raptar a doña Isabel. Se querella el padre, pero el asunto no tiene más componenda que el subsiguiente matrimonio y Lope en 10 de mayo se casa por poder con aquella víctima propiciatoria, que había de pagar su impremeditada decisión con una vida de corta duración, pero abundante en sacrificios.

En un romance muy conocido, escrito en Valencia, acaso en el mismo año 1588, conmemora Lope el suceso: cuando él, Belardo, paseaba por la corte muy engalanado

desde su balcón
me vio una doncella
con el pecho blanco
y la ceja negra;
dejose burlar,
caseme con ella,
que es bien que se paguen
tan honrosas deudas⁷⁸.

⁷⁷ El romance empieza «Amada pastora mía». Se publicó en la *Primera Flor de Romances* con licencia de 1588 y se encuentra también en el *Cancionero Clasense*, ms. de 1589. Existen de él unas cuantas versiones y el mismo Lope copió unos versos en su comedia *La Arcadia* (*Acad.*, vol. V, pág. 735 a).

⁷⁸ El romance que empieza «Hortelano era Belardo» se difundió rápidamente, pues el *Cancionero Clasense* de 1589 (publicado por A. Restori, pág. 174) insertó ya una versión. Tenemos otra, atribuida certeramente a Lope en el cartapacio de Pedro de Penagos de h. 1593 (ms. de la Bibl. de Palacio). Está también incluido en la 6.^a parte del *Romancero General* de 1600. Su autor lo recuerda años después en dos comedias: *Las paces de los reyes* de h.

No citaremos aquí todos los romances que Lope dedicó a doña Isabel por reservarlos para el romancero del Fénix, y sólo aludiremos a los que ilustren el período que estudiamos. La pareja Belardo-Belisa animó el romancero nuevo pastoril, y el morisco con muy variados nombres, más difíciles de identificar.

Apenas habían acabado de comer los picos de la rosca de la boda, cuando el recién casado abandona a la esposa para alistarse en la gran Armada contra Inglaterra, y el 20 de mayo embarca en Lisboa. Mucho se ha discutido sobre el móvil que le impulsó a esta decisión⁷⁹ y hay quien supone que no llegó a navegar porque en su obra, tan llena de impresiones personales, no hay rastro del desastre de semejante expedición, que de haber arrostrado las desdichas que en ella ocurrieron, no le faltaron ocasiones de haberlas aludido para honra suya. Él nos ha dicho que se embarcó en Lisboa, y aunque no tengamos comprobantes documentales, no hay motivo para no creerle.

Lope habla en algunas obras de la malhadada expedición, pero sólo de los preparativos, acaso con el deliberado intento de no recordar el descalabro. Hay en *La Dragonteá* (año 1598) una alusión, que como hecha de pasada y sin comentario, nos prueba ser verdad que se embarcó en la Armada. Hablando de que según decían Francisco Draque tenía un familiar en un anillo, añade:

Soldados de la nave en que yo iba
a Inglaterra, aquí me lo han contado,
que en ocho años de prisión esquivá

1610 (*Acad.*, vol. VIII, p. 390 b) y *Al pasar el arroyo* de 1616 (*Acad.*, vol. XI, págs. 268 a y 367 b). asimismo se canta en *Más vale salto de mata*, comedia mal atribuida a Lope (*AcadN*, vol VII, pág. 390 b). Salas Barbadillo cita dos versos en *La ingeniosa Elena* de 1612. Todavía en 1630 Polo de Medina (*Obras completas*, pág. 90) copia los cuatro primeros modificando el tercero con otro también muy conocido de Lope: «porque un consonante obliga».

⁷⁹ El motivo de alistarse pudo ser para eludir el castigo en que había incurrido de ir a remar en galeras por haber entrado en la corte estando desterrado. Acaso se quedó en la Coruña con las naves que allí arribaron obligadas por la primera tempestad que las combatió a poco de hacerse a la mar.

que en la corte de Londres han pasado
oyeron estas cosas que refiero⁸⁰.

Al partir Lope de Toledo para Lisboa escribe unas lirás despidiéndose amargamente de la patria. A la abandonada esposa dedica la estrofa final, algo alambicada si la comparamos con otros muchos versos emocionados que dedicó a otras ausencias.

Dulce señora mía,
ya de nuestro llorado apartamiento
llegó el amargo día;
las velas y esperanzas doy al viento;
de vos me aparto y quedo,
si con dejar el alma partir puedo⁸¹.

Esta canción, que comienza «Sola esta vez quisiera», se encuentra impresa por primera vez en la *Tercera parte de Flores de Romances*⁸², donde consta de sólo cuatro lirás y termina con la despedida a la «señora». Al pasar al *Romancero General* de 1600 se intercaló una estrofa más alusiva a los enemigos envidiosos. Algunos años después la incluyó su autor en la novela *Arcadia* apropiada a Anfriso (el 5º duque de Alba) y hace constar que fue compuesta por un pastor del Tajo (Lope) y puesta en música por otro del Betis (Palomares)⁸³. Esta nueva versión añade 12 estrofas dedicadas a insistir en las quejas contra los envidiosos perseguidores y la ingratitud de la patria, sentimientos muy repetidos por el Fénix en diversas obras. La canción dilatada hasta 17 lirás perdió la emocionada intimidad de la

⁸⁰ OS, vol. III, pág. 341. Con esta sigla designaré la *Colección de las obras sueltas de Lope de Vega* editada por Antonio de Sancha, (1776-79). Para otras alusiones véase J. Millé y Giménez, *ESTUDIOS DE LITERATURA ESPAÑOLA* (La Plata, 1928), pág. 103.

⁸¹ La forma estrófica no es la de las lirás de Garcilaso y de Fr. Luis de León, sino la de seis versos (a B a B c C) que fue la predilecta de Lope para las canciones compuestas en la época de que tratamos.

⁸² La Biblioteca Nacional posee un ejemplar de esta *Tercera Flor* (R. 9799) 1ª y 2ª parte «añadida la tercera parte por Felipe Mey» Valencia 1593. Debíó existir alguna edición anterior puesto que conocemos una «Cuarta y quinta parte» de 1592.

⁸³ OS, vol. VI, pág. 87.

poesía inicial y la unidad y brevedad apropiadas para que le pusiese tonos Palomares⁸⁴. Todavía en 1621 al publicar *La Filomena* se deleita el poeta en copiar la primera estrofa de la canción y recuerda el llanto que hicieron los pastores cuando partió desterrado por una venganza amorosa⁸⁵. Cuando estaba a punto de embarcar en Lisboa dedica un romance a la esposa abandonada inspirado en el tema clásico de las quejas de Dido, sin que haya por su parte muestra de pesar⁸⁶.

Al volver Lope de la expedición naval y tener que salir desterrado del reino de Castilla, se refugia en Valencia. Las letras florecían en la ciudad levantina protegidas por los gremios que gustaban de dar oportunidad en sus fiestas a los poetas para ejercitar su arte. Había además allí una tradi-

⁸⁴ La estrofa de despedida con la anátesis «de vos me aparto y quedo» inspiró a Lope uno de sus más famosos sonetos: «Ir y quedarse y con quedar partirse» (OS, vol. IV, pág. 219), publicada en las *Rimas* de 1602. Otra versión de un ms. de la Bibl. Nacional citada por Gallardo, *Ensayo*, vol. I, col. 1051) fue publicada en *RHi*, XVIII, pág. 534. La expresión del enamorado que al ausentarse siente los cuerpos alejados mientras permanecen unidas las almas es común a muchas obras poéticas. Faría y Sousa, con su escasa sensibilidad de poeta, se burla de ello: «Esto de ir y quedar en sus ausencias los amantes, partir y no partir y semejantes fullerías ...» (*Rimas*, pág. 276 d). Lope atinó en este soneto a dar forma adecuada al concepto y de ahí su resonancia en otras literaturas. El mismo Faría cita en otro lugar de sus *Rimas* (pág. 244 b) el primer verso del soneto sin nombrar al autor. El anónimo portugués autor de *Fénix Renascida* dice en una «Epístola a un amigo»: «Ir y quedar y con quedar partirse dise o Fénix de Hespanha que era ausencia». En el *Parnaso*, publicado en Portugal en 1880 con motivo del centenario de Camoens se incluyó como de este autor el soneto español, error que corrigió Carolina Michaélis de Vasconcellos en *RHi*, XXII, pág. 530. El insigne poeta italiano Marino, tan admirado por Lope, tradujo y publicó entre sus poesías nuestro soneto callando el original y el nombre del autor. Por último, Lope mismo lo aludió en su comedia. *El ausente en el lugar* de h. 1604 (*AcadN*, vol. XI, pág. 429 a), «Que propio es en amor, como lo cantan, / ir y quedar y con quedar, partirse». Precede en la comedia un diálogo en que se discretea con las mismas palabras: «Tanto partir y quedar / fue siempre de amor rodeos». Y como prueba de expansión duradera valga esta cita de Polo de Medina: «Cuando de Murcia partí / ¡Oh, qué bien aquí viniera / lo de quedarse y partirse, /versos de Lope de Vega!».

⁸⁵ OS, vol. VI, pág. 80.

⁸⁶ No damos aquí importancia alguna al encuentro que tuvo Lope con una mujerzuela en Lisboa la noche antes de embarcar, y que después de muchos años refirió al Duque de Sesa, su señor, que tanto gustaba de esa clase de confidencias del secretario. Ni siquiera merece el nombre de aventura amorosa.

ción: Timoneda editor y poeta, pocos años antes había remozado los viejos romances y había ensayado el teatro popular: los dos géneros en que Lope empezaba a hacerse famoso. Los autores dramáticos contaban con locales fijos para poner en escena sus obras, existían actores y un público aficionado. Rey de Artieda y Virués habían ensayado sin gran éxito la tragedia y con ella alternaban las representaciones de carácter popular. Lope llegó a punto de fundir esas dos corrientes en la nueva comedia, ejerciendo una influencia decisiva sobre la nueva generación de poetas en la que figuraban Gaspar Aguilar, Guillén de Castro, el jovenzuelo Carlos Boyl y el canónigo Tárrega, de más edad, quien ya había compuesto algunas obras dramáticas.

De las prensas de Valencia salían en abundancia pliegos sueltos, entregas y libritos que contenían romances nuevos que veían la luz sin nombre de autor y cuya identificación da hoy tanto quehacer a los eruditos, quienes van descubriendo la amplia acogida que los editores prestaban a las fáciles composiciones del poeta forastero.

Si desde el punto de vista literario se encontró Lope en un medio grato, su posición económica distaba de ser halagüeña. Vivir de la pluma es siempre difícil y más entonces: si no se tenía una base de sustentación fija, eclesiástica o castrense, había que recurrir a entrar al servicio de algún grande, y con nada de esto contaba Lope en Valencia. Sabemos que la compañía de Quirós representó allí algunas comedias del Fénix, que de diversos puntos acudían los representantes a pedirle sus obras y que tenía un contrato con Gaspar de Porres en que se comprometía a entregarle cada dos meses una comedia. Pero que esto no bastaba lo prueba que, en cuanto pasaron los dos años de destierro del reino, se trasladó a Toledo en busca de acomodo. En una epístola dirigida a Claudio Conde años más tarde reconoce la abnegada solicitud con que le acompañó doña Isabel en los penosos días que padeció a la vuelta de la Armada:

Y quién pudiera imaginar que hallara
volviendo de la guerra dulce esposa,
dulce por amorosa
y por trabajos cara⁸⁷.

⁸⁷ OS, vol. IX, pág. 357.

Sin embargo la canción que dedicó a Belisa en las playas de Valencia es más de tono burlesco que de acendrado cariño⁸⁸. La esposa, embarazada y presa de desesperación, como en el romance de Lisboa, agravada ahora por los celos, está a punto de arrojar al mar. Sale un delfín bramando, ella se asusta y abandona su propósito de suicidio⁸⁹.

Lope a poco de llegar a Toledo entró al servicio de don Francisco de Ribera, futuro 2º Marqués de Malpica. Con él debió de ir a Madrid pues en la corte firmó su comedia *El príncipe inocente* el 2 de junio de 1590⁹⁰. Desempeñaría corto tiempo su empleo, pues don Francisco andaba de pretendiente en palacio y Lope no podía prolongar mucho tiempo su estancia allí, que todavía pesaba sobre él pena de destierro.

Después el 5º duque de Alba, don Antonio de Toledo, le recibió como gentilhombre, y acompañando a éste su señor pasó Lope cinco años entre Toledo, Novés, la Abadía y por fin en Alba. Cantó los amores del Duque en multitud de obras, cuyo estudio formará capítulo aparte. Ahora sólo nos interesa averiguar cómo manifestaba sus propios sentimientos amorosos.

Ya hemos visto cuán poco calor ponía después de casado en los versos dedicados a la esposa que, fuerza es decirlo, el matrimonio le inspiraba verdadero hastío y, según su costumbre, no lo oculta: «Si es propia, es aborrecida / la más hermosa mujer», nos dice en una comedia fechada en Alba⁹¹.

En *La hermosura de Angélica* nos explica el motivo de semejante desvío:

⁸⁸ El romance que empieza «De pechos sobre una torre» ha sido estudiado y reconstruido con notable esmero y sagacidad por Arturo Zavala, comparando los diversos textos conocidos con una imitación a lo divino (*RevBN*, VI, 1945). [ZAVALA, A., «Sobre una fisonomía inicial del romance de Lope «De pechos sobre una torre», *RevBN*, VI (1945), 311-324].

⁸⁹ De esta cobardía mujeril también se mofa cuando en el romance «Contemplando estaba Filis» (*Romancero General* de 1600, fol. 21 c, y con variantes en el ms. de la Bibl. Nacional, R3915, fol. 127, fechado en 1620) supone a Filis enojada y fiera, a punto de atravesarse con un cuchillo; mas sólo por ver la sangre de un pinchazo de aguja, se turba y arroja el arma.

⁹⁰ Véase a A. G. de Amezá, *Una colección manuscrita y desconocida de comedias de Lope de Vega*. Deseamos ver pronto la anunciada edición de esa comedia desconocida.

⁹¹ *Laura perseguida*, *AcadN*, vol. VII, pág. 113.

Que vela ajeno amor y el propio duerme...
y nadie estima lo que tiene y goza:
es la propia mujer prenda segura,
y amor con miedo de perderse dura⁹².

Esto escribía en vida de doña Isabel; pero ese desprecio del vínculo legal asoma, con breves años de interregno, a lo largo de su vida o de su obra, que es lo mismo. En *La Dorotea* nos hace observar que «no quiso la lengua castellana que de *casado a cansado* hubiese más de una letra de diferencia». Y en la misma obra nos dice que «en el casamiento, la posesión acaba con el amor o con la vida»⁹³.

Todavía en otra ocasión advierte que:

Dura amor con el temor
de perder lo que se ama;
que cuando dueño se llama,
pierde las fuerzas amor⁹⁴.

Únicamente el advenimiento de los hijos justifica y alegra la vida de los desposados; «que supuesto que es lazo el matrimonio / mientras faltan los hijos falta el nudo»⁹⁵.

En un soneto de *La mocedad de Roldán*, después de enumerar los beneficios que pueden alcanzarse con el matrimonio, deduce que todo es

⁹² *La Angélica*, OS, vol. II, pág. 97.

⁹³ *La Dorotea*, I, vi, y IV, iii.

⁹⁴ *Lo fingido verdadero*, Acad. vol. IV, pág. 69 b. No incluyo entre los versos de sus amores «Sirvió Jacob los siete largos años» (OS, vol. IV, pág. 191), imitación, sólo en el comienzo, del precioso soneto de Camoens, porque juzgo que en él Lope habla en nombre de otro, como ocurre con frecuencia. Se trata de alguien no muy satisfecho de su matrimonio, pero que a diferencia de Jacob que podrá gozar su Raquel, porque en «efecto viva», él «espera a su Raquel en la otra vida». No se ajusta esa situación a ningún momento conocido de la vida de Lope. De ningún modo es, como se ha supuesto, que desease la muerte de doña Isabel, que no le estorbaba para amar a otra mujer. En *Los pastores de Belén* volvió a tratar el caso de Jacob y Raquel y termina con la deducción: «que la engañosa posesión destruye / lo que entretiene el bien en esperanza».

⁹⁵ *Los Porceles de Murcia*, Acad. vol. XI, pág. 567b.

trato incierto, gusto sin efecto;

Mas cuando con los hijos se confirma,
es entre los casados cierto el trato,
la paz segura y el amor perfecto⁹⁶.

Lope, entre sus nobles apasionamientos, tenía un profundo sentido de la paternidad con que supo esmaltar muchas composiciones aún muy anteriores a los emocionados versos que dedicó a Carlos Félix.

Algunos pasajes de la *Angélica* nos dan la sensación de estar inspirados por doña Isabel⁹⁷; pero luego en los muchos retoques que sufrió el poema, hasta que se publicó en 1602, se trasladan en honor de la bella de ojos azules. La dulce esposa fue incapaz de saciar la desbordada apetencia vital de los 40 años de aquel en tantos aspectos «Monstruo de la Naturaleza». Sólo cuando contemplaba a la desdichada joven que se extinguía, y después que estuvo muerta, sintió él un profundo y sincero arrepentimiento que tradujo en cariñosos versos (OS, vol. IV, pág. 238).

Más abundante es la producción de Lope dedicada a recordar a Elena durante el destierro. Se sentía hombre hondamente agraviado y quiere convencernos de que «yo juré que en una hora, habiendo agravio / no sólo sé olvidar, sino aborrezco»⁹⁸; pero tenemos muy averiguado que a veces le dominó el odio, pero nunca alcanzó olvido, y eso a pesar de encontrarse subyugado por el convencimiento de que los celos averiguados enfrían el amor y se convierten en agravios: «Amé con celos, mas con desengaños / no pienso que es amor, sino locura»⁹⁹.

Náufrago del amor tormentoso y cuando parecía curado de sus an-

⁹⁶ *Acad.*, vol. XIII, pág. 211 a. Supongo esta comedia, como otras carolingias, anterior a 1599, que es el término *a quo* que le señalan Morley y Bruerton basados en que hay alusión a Lucinda, pero ya veremos que es base inconsistente.

⁹⁷ Por ejemplo, cuando después de alejarse de Elena por completo (canto XIX) dice: «Y fuime a aquella / que fue para salvar mi nave, estrella».

⁹⁸ Algunos romances ocasionales he citado en *Mediterráneo*, II, 1944, y en *NRFH*, III, 1949, págs. 378-385.

⁹⁹ Soneto que intercaló en la comedia *Lo fingido verdadero*.

tiguas locuras, acude al templo del Desengaño: «Ya vengo con el voto y la cadena, / Desengaño santísimo, a tu casa».

Este soneto fue incluido en el *Galán escarmentado*¹⁰⁰ y luego, como otros muchos, pasó a las *Rimas* con ligeras variaciones para invocar el nombre de Lucinda.

A este mismo período en que le obsesiona el desengaño debe adscribirse la famosa canción «La verde primavera / de mis floridos años», una de las mejor logradas, en la que expresa cómo se entregó al loco amor, hasta que el desengaño le libertó de su cautiverio:

Con voz libre y exenta
al desengaño santo
consagro altares y alabanzas canto.

Se publicó esta canción en la Séptima parte del *Romancero General* de 1600 con el descuido frecuente en esa edición: hasta omite un verso entero. En versión más correcta se encuentra al final de la novela *Arcadia*¹⁰¹ y hay otra en un manuscrito de Nápoles de fines del siglo XVI (el Cancionero de Matias Duque de Estrada), que publicó Eugenio Mele¹⁰². Lope tenía muy presentes en la memoria los versos de esta canción; con los dos primeros ligeramente variados termina un soneto de la comedia *Arcadia*¹⁰³. Con igual modificación para convertir los dos heptasílabos en un endecasílabo los encontramos en la *Jerusalén*¹⁰⁴. Se hallan asimismo en un soneto de las *Rimas sacras* de 1614¹⁰⁵, y todavía esos dos versos los menciona en 1621 en la dedicatoria de la edición de *El domine Lucas*¹⁰⁶.

¹⁰⁰ *AcadN*, vol. I, pág. 123 b.

¹⁰¹ *OS*, vol. VI, pág. 459.

¹⁰² *BHi*, III, 1901, pág. 355.

¹⁰³ «Hijos sois de mi amor, no sois extraños, / celos, porque tenéis en fuego eterno / la verde primavera de mis años» (*Acad*, vol. V, pág. 726 a).

¹⁰⁴ *OS*, vol. XIV, pág. 415. Aquí se usan para expresar un pensamiento contrario en boca de Lucinda: «Pasé libre de amor y de sus daños / la verde primavera de mis años».

¹⁰⁵ *OS*, vol. XIII, pág. 184. «Aquí cuelgo la lira que desamo / con que canté la verde primavera / de mis floridos años».

¹⁰⁶ *AcadN*, vol. XII, pág. 60. Como verso suelto aparece en un relato de *El genovés liberal*

Sigue llamando en su ayuda al desengaño en apasionados sonetos y en tono menor en algún romance como el que lleva el belicoso estribillo:

¡Al arma, al arma, guerra, desengaños
que me lleva el amor mis tiernos años!¹⁰⁷

Pero según su temperamento, Lope se arrepiente pronto y exclama:

... ¡Oh, quién no pensara en desengaños
o se desengañase de tenellos!

y debatiéndose con más rigor:

¡Oh, siempre aborrecido desengaño
amado al procurarte, odioso al verte,
que en lugar de sanar, abres la herida!
Pluguiera a Dios durases, dulce engaño;
que si ha de dar un desengaño muerte,
mejor es un engaño que da vida.

Es en vano cuanto ha hecho por olvidar aquel tan violento amor pasado, que sigue atormentándole, y lo peor es que no sabe callarlo. Tal acongojada situación le inspira el soneto de una tersura magnífica, exento de artificio:

Pasé la mar, cuando creyó mi engaño
que en él mi antiguo fuego se templara;
mudé mi natural, porque mudara
naturaleza el uso, y curso el daño.
En otro cielo, en otro reino extraño
mis trabajos se vieron en mi cara,
hallando, aunque otra edad pasara,
incierto el bien y cierto el desengaño.

(AcadN, vol. VI, pág. 135 b).

¹⁰⁷ *Cancionero musical* de C. de la Sablonara, ed. 1918, pág. 303.

El mismo amor me abrasa y me atormenta
y de razón y libertad me priva.
¿Por qué os quejáis del alma que lo cuenta?
Que no escriba, decís; ¿o que no viva?
Haced vos con mi amor que yo no sienta,
que yo haré con mi pluma que no escriba¹⁰⁸.

Para él, vivir, amar, cantar eran realidades inseparables.

A tono con este soneto de no poder desasirse del recuerdo, encontramos otro romance muy difundido que, como el del estribillo anteriormente mencionado, cifra en 10 años el tiempo que ha estado sujeto al amor de Filis:

¡Oh memorias invencibles
que en la mía podéis tanto
que estáis agora más nuevas
que al principio de diez años!
Entre los ojos traigo
que tengo de morir enamorado¹⁰⁹.

Se ha querido ver en esta reiteración de recuerdos de Elena un mero tópico, pero lo cierto es que aquella musa sigue inspirándole sonetos, romances y canciones, lo mismo en las playas de Valencia que a orillas del Turia, del Tajo o del Tormes. Quizá la llama se reavivase cuando en 1590 Lope estuvo en Madrid¹¹⁰, o cuando ese mismo año coincidió en Toledo con la compañía del representante Jerónimo Velázquez.

He citado dos romances que dilatan a 10 años el recuerdo de Filis, y

¹⁰⁸ OS, vol. IV, págs. 270, 200, 239 y 230.

¹⁰⁹ La difusión de este romance que comienza «¡Ah gustos de amor traidores!» nos lo prueban las versiones conservadas. Desde luego se halla en el *Romancero General* de 1600, 7^a parte (fol. 221 b). Otra versión se conserva en un ms. de fines del siglo XVI de la Bibl. de Palacio (2 H 4 fol. 107 v^o). En un Romancerillo de Barcelona publicado en *RHi*, XXIX, pág. 158, puede verse otra copia. En *La Dorotea* (OS., vol. VII, pág. 155) hay cita de los cuatro primeros versos.

¹¹⁰ Nos revela esa estancia la suscripción de la comedia ya citada de *El Príncipe inocente*.

con ellos pueden agruparse otras composiciones de la misma fecha que nos llevan hacia el año 1593.¹¹¹

Los versos son a veces de reconciliación, como la canción en ágiles li-ras en que se da por contento de sufrir destierros y agravios siendo la causa de ellos tan bella. No faltaban como contraste los versos de maldecir para en ocasiones terminar en arrepentimiento; ese movimiento oscilatorio de toda la vida de Lope:

Lo escrito y mal hablado
no es mucho, ingrata Filis, que te asombre,
si, como condenado,
blasfemo algunas veces de tu nombre,
llorando el alma mía
diez años tristes sin alegre día¹¹².

En otro romance (también de los 10 años), se disculpa graciosamente con una de esas comparaciones tomadas de la vida cotidiana de que tanto jugo sabía sacar nuestro poeta:

Digo mal del bien que adoro
no más de porque me falta ...
Quien alguna cosa pierde,
cuando no espera cobralla,
con la boca la desprecia
y quíerela con el alma¹¹³.

A pesar de la insistencia del recuerdo, falta en estas últimas composiciones el ímpetu de la pasión, sea de amor o de odio, a que nos tenía

¹¹¹ El diez podemos tomarlo como número redondo y la fecha 1593 como aproximada.

¹¹² De esta canción tenemos dos versiones con pequeñas variantes: una procede de un ms. del siglo XVI que se conserva en la Bibl. Nac. y publicada por Gallardo (*Ensayo* I, col. 1201). La otra pertenece al *Laberinto amoroso* (ed. 1618) y fue transcrita por K. Völmöller (*RF*, VI, 1891). Véase J. F. Montesinos en *RFE*, XII, pág. 285.

¹¹³ *Romancero General* de 1600, fol. 44 a. Ya en *El verdadero amante* (pág. 663 b), había dicho: «El sentimiento por el bien que se pierde sólo dura hasta que es cierto su perdimiento».

acostumbrados en otro tiempo; son ahora como un eco que se aleja, unas llamaradas de un fuego que se extingue.

En *El domine Lucas*, comedia compuesta en Alba, lanza Lope la execración: «perjura, infame rama del linaje Osorio» y como para nada intervienen en la obra los Osorios, hemos de convenir que es un desahogo del poeta, que lanza a modo de una losa bajo la que quiere sepultar todo el recuerdo¹¹⁴. Pero no nos dejemos engañar, que con destellos de aquella pasión seguirá Lope iluminando sus obras posteriores. Dejando a un lado comedias llenas de alusiones y poesías menores, citaremos algunas obras entre las que el poeta creía de mayor importancia. En *La Angélica*, Lucindo, un pobre pescador, cuenta sus amores siguiendo estrechamente el patrón de los de Lope y Elena¹¹⁵. En *El Peregrino*, obra terminada en 1603, tenemos análogo relato contado por un ermitaño, con todo detalle y las circunstancias que concurrían en Elena¹¹⁶. En *La Filomena*, obra tardía (1621), valiéndose de alegorías en otras cuestiones de su vida, vuelve a contarnos la realidad de su trato con Elena. Y sobre todo tenemos *La Dorotea*, que según dice, es historia, la cual escrita en su juventud, al publicarla remozada, ya septuagenario, siente con fruición el regusto de aquel juvenil amor.

Póstuma de mis musas Dorotea
y por dicha de mí la más querida¹¹⁷.

¿La musa o la mujer?

Lope en las obras de la vejez, en que hace resumen de su vida, llega a olvidar no sólo a sus esposas, sino hasta la idolatría que profesó a Micaela, y salta de la pasión de Elena a la de doña Marta.

El eclipse total que sufrió el ya desvaído amor nos lo explica un so-

¹¹⁴ *AcadN*, vol. XII, pág. 78a. G. Northup hizo notar esta alusión en *MLN*, XXIV, 1909 [«An Allusion in Lope de Vega»], pág. 62.

¹¹⁵ *OS*, vol. II, pág. 320.

¹¹⁶ Algo mayor que el galán, «gallarda, de ingenio claro y atrevido, a quien con el buen natural había hecho diestra la experiencia. No me costó la posesión de su casa muchos pasos ni hacienda...» (*OS*, vol. V, pág. 123)

¹¹⁷ *OS*, vol. IX, pág. 367.

Lope no dejó de tener dificultades para
 dar al público sus obras. Ya hemos visto lo
 q. ocurrió con la *Dragonhea*, ms. autógrafa
 de El Príncipe despedido esta fechada en 1602
 y lleva censura de 1607.

En 1598 da poder para gestionar las licen-
 cias para imprimir la *Hermin. de Angélica* pero no
 se publica hasta 1602. En un memorial de
 Ocho. 1608 se queja de q. han mandado recoger
 una comedia q. había escrito de la conver-
 sión de San Agustín, de lo q. le había resultado
 grande nota en su honor y reputación. Pide
 q. después de borrado lo q. pareciese convenir
 se le devuelva para reescribirla y así quedará
 restituido en su honor y buena opinión. En el
 mismo escrito consta la resolución de "que no ha
 lugar". Ha de advertirse q. ya entonces era familiar
 del Sto. Oficio de la Inquisición (Rz. Marín. Nue-
 vos datos, p. 512). En carta a D. Antonio de
 Mendoza formula otra queja: "Las comedias
 de Alarcón han salido impresas; sólo para mí
 no hay licencia." La *Barbena Nueva* biografía,
 p. 654 b. La comedia de "La niñez del P. Ro-
 jas" dio ocasión a q. en Marzo de 1620 se sometiera
 a Lope a un minucioso interrogatorio acerca de lo

nota al p. 39

En carta de Mayo de 1610 se queja de que por rivalidades
 entre representantes no dan licencia para imprimir.
 En carta de 1610 se queja de que por rivalidades
 entre representantes no dan licencia para imprimir.
 En carta de 1610 se queja de que por rivalidades
 entre representantes no dan licencia para imprimir.

nota (Epistolario III p. 20)

Ms. original del trabajo de "la Celia". Archivo FRMP

neto lleno de efusión, de íntima confidencia:¹¹⁸

Marcio, yo amé y arrepentíme amando
de ver mal empleado el amor mío;
quise olvidar, y del olvido el río
huyóme, como a Tántalo, en llegando.
Remedios vanos sin cesar probando,
venció mi amor, creció mi desvarío;
dos veces por aquí pasó el estío,
y el sol nunca mis lágrimas secando.
Marcio, ausentéme, y en ausencia un día
miráronme unos ojos, y mirélos;
no sé si fue su estrella, o fue la mía.
Azules son, sin duda son dos cielos,
que han hecho lo que un cielo no podía:
vida me da su luz, su color celos¹¹⁹.

Es un soneto de admirable construcción en que los tercetos nos llevan a participar de aquel súbito arrobamiento. En un sólo verso condensa el flechazo: «miráronme unos ojos y mirélos» y en pocas palabras nos da la característica de aquellos ojos: luz y color.

Además, podemos interpretar ese *poemita* desde el punto de vista autobiográfico, con lo cual gana en concreción. Desde luego está escrito en Alba, donde lleva dos años (1591-92), sin conseguir olvidar su desvariado amor, hasta que en una ausencia, de las que hacía acompañando como gentilhombre a su señor, queda cautivo de aquellos ojos azules que logran «lo que un cielo no podía». En esta última frase creemos ver una alusión a doña Isabel cuyas amables prendas reconocía, pero que no colmaban sus deseos.

En el horizonte erótico de Lope había aparecido una nueva estrella que llevará el nombre poético de Celia. Como vemos en el soneto copiado,

¹¹⁸ OS, vol. IV, pág. 214.

¹¹⁹ Al mismo amigo había dirigido un soneto en que le habla del desengaño que le invadía (OS, vol. IV, pág. 269).

brotan la pasión como una llama pujante que amenaza un incendio de amor. Ahora, como en tantas otras ocasiones, el romancero nos va a descubrir el comienzo de esta nueva idolatría. El romance es la forma más adecuada para recoger las confidencias cotidianas, admite desde el tono más familiar al más sublime, no exige atuendo alguno, y además, merced a su connatural carácter de anonimía, corre sin que se haga notorio el autor. Así los versos del principio de estos amores fueron un enigma indescifrable:

Son latines para el vulgo
que quién es Celia no sabe

nos dice el autor en uno de los romances (que pasamos a examinar), procurando una cautela en él desusada.

En cuatro romances, que pueden formar serie, incluidos en un cartapacio manuscrito de 1590 a 1600, conservado en la Biblioteca de Palacio¹²⁰ encontramos cómo empezó el trato de Lope con Celia. No los copio íntegros porque, como se verá por las muestras, son de escaso valor literario, bastante artificiosos, abundan en antítesis, juegos de palabras y tópicos que se encuentran en la novela *Arcadia* y otras obras de Lope de su primera época.

En el primer romance, nos dice el poeta que se halla ante Celia en calidad de tercero y archivo de sus secretos; pero la bella le ha robado el alma y su situación le pone en grave aprieto: si se declara, será condenado a perpetuo destierro de su vista, que es la única gloria que remedia sus males; por otra parte

y si como es fuerza callo
y en la sentencia consiento
los estribos de paciencia
me faltan y el sufrimiento,
pues miro que de las prendas
que me tienen a mí preso
lleva con libertad otro

¹²⁰ Ms. 2, H. 4.

la victoria y el trofeo.
Sufra mi corazón, pues su consuelo
está en sufrir agravios de su cielo¹²¹.

Está perdido entre celos y desamor y no halla modo de conseguir su deseo. En el segundo romance, Belardo (ya aquí aparece el nombre) se ha decidido a poner entre las manos de Celia un papel en que declara su pasión. El castigo de su osadía es inmediato,

pues desde aquel propio día,
que fue para él noche ciega,
no sólo le niega el habla,
pero su vista le niega ...
Sólo viendo malograda
su sin segunda firmeza,
de la que es causa de todo
dice, formando mil quejas:
¡Ay Celia ingrata! bella cuanto fiera
¿por qué permites que sin verte muera?
¿En qué te ofenden mis ojos,
esclavos de tu belleza
que en sólo mirar los tuyos
se regocijan y alegran? ...

En el tercer romance habla Celia. El responder aunque sea con una negativa, es la primera brecha que se abre en el muro de defensa de una mujer solicitada. No hay, le dice, por qué la llame ingrata; ella sabe que la ama.

Pero advierte por quien eres,
si hay advertencia en amante,
que mi gusto no dormía
cuando tú le despertaste ...
Fue temprana mi afición

¹²¹ El estribillo era muy usado en los romances de esta época.

y la tuya llegó tarde,
que al primero en tiempo di
de mi libertad la llave ...

Todo ello no hace más que aumentar en Belardo el deseo y los celos. En el cuarto romance muestra su desesperación, que él entregó su alma en rehenes y sólo recibe sinrazones que le tachan de infame y traidor.

En resumen, en estos romances se trata de un tercero que aspira a ser primero en el amor de una mujer comprometida de antemano con otro. Es un tema repetido mil veces en la literatura y en la historia, mas a pesar de que sea una situación trivial, no olvidemos el detalle.

Muchos versos escribió Lope para vencer el rigor de Celia, que según parece se hizo mucho desear. No podía decir como de Elena «que fue muy blanda en el primer concierto». No faltaron tampoco ocasiones en que tuvo que acallar celos de ella y también de la desdichada esposa.

Los romances, que son hojas sueltas del libro de memorias, tienen el grave inconveniente de no estar fechados. Para poder fijar en el tiempo la aparición de Celia necesitamos un hito cierto que nos oriente en nuestra investigación. Felizmente en esta ocasión vamos a hallar la guía donde menos podía esperarse: en una comedia hagiográfica, la de *San Segundo* fechada por el mismo Lope en Alba el año 1594¹²². En esta comedia encontramos una escena en que Hermógenes, que enseña las artes mágicas a Fileto (recuérdese la afición de Lope a estos estudios), al verlo incrédulo le dice: ¿Qué quieres ver que esté ausente?; a lo que el neófito expone:

Amo a Celia eternamente
porque es en extremo hermosa

e inmediatamente se le aparece en un espejo¹²³.

¹²² Debió de escribirla Lope para la inauguración en la catedral de Ávila de la capilla de San Segundo que había sido costeada por el obispo don Jerónimo Manrique. Fue este prelado el protector del poeta en sus estudios juveniles, y Lope, que entre sus virtudes tuvo la de la gratitud, le recuerda siempre con cariño, hasta en su testamento.

¹²³ La fuente literaria de esta escena se halla en la égloga *Pharmaceutria*, imitación de la del mismo nombre de Virgilio que publicó Lope en la segunda parte de las *Rimas* (1604).

Celia no interviene para nada en la obra y esa escena está desligada del resto de la comedia. Este romper el tapiz de fondo de la acción para que entre los hilos asome un momento su amada es muy del gusto de Lope, y en este caso demuestra que la obsesión por Celia era ya incontenible para él en 1594.

En *La pastoral de Jacinto* hay también un momento en que el pastor Belardo, que pasa por mágico, se aparta a un lado para cantar de Celia.

Dadme, Musas, ahora
vuestro divino aliento, porque quiero
de Celia, a quien adora
mi alma, y de quien ser esclavo espero,
pintar en verso rudo
la perfección que tiene al cielo mudo¹²⁴.

Son versos de esperanza, no de un amor logrado. Celia no aparece tampoco en la acción y la escena es meramente un esparcimiento del poeta. Esta comedia no tiene fecha, pero debió de escribirse en Alba, pues el protagonista está ligado a la casa ducal, vive en la sierra de Béjar y a su padre le paga tributo todo el valle de Corneja (los duques de Alba eran señores de Valdecorneja). En la dedicatoria que antepuso a la comedia el

En ella se esfuerza Lope por demostrar cuán mendaces son esas artes adivinatorias. No sabemos cuándo fue escrita, pero la escena de la aparición de la amada no sólo la aprovechó en la citada comedia de 1594 sino también en la novela *Arcadia* que escribía por esos años. Esta vez hace protagonista del suceso a Anfriso (el 5º duque de Alba).

¹²⁴ *Acad*, vol. V, pág. 650 a. Tres romances de la 6ª parte del *Romancero General* de 1600 guardan relación con esta comedia: el pastor Jacinto recibe orden de partir a Extremadura con su ganado y se queja de la obligada ausencia.

Morley y Bruerton, afirman que de las 18 comedias fechables entre 1595 y 1610 donde se usa el nombre de Celia para un personaje, sólo en *La pastoral de Jacinto* existen referencias autobiográficas: «La única [referencia autobiográfica] descubierta hasta ahora está en la canción a Celia (que no figura en la comedia) en *La pastoral de Jacinto*, citada por Doña María» («Lope de Vega, Celia y Los comendadores», NRFH, VI (1952), p. 59). En una anotación, luego «desechada», indicaba María Goyri: «No veo que haya en la cita que hago de *La pastoral de Jacinto* referencia autobiográfica. Yo no cito una canción que no existe en la comedia».

autor cuando la publicó en 1623¹²⁵ dice que la escribió en su juventud y que está inspirada en lo que «por ventura pasaba en los suntuosos palacios de los príncipes»¹²⁶.

En el *Cancionero* de Matías Duque de Estrada, manuscrito del siglo XVII de la Biblioteca Nacional de Nápoles, se hallan dos romances atribuidos a Lope de Vega, inspirados por Celia¹²⁷. Son versos incoloros, unos de descripción de un jardín con abundante enumeración de plantas tan del estilo de Lope; otros están dedicados a la satisfacción de haber averiguado la falsedad de una sospecha.

De algún romance de Celia se acordó Lope en época tardía para incluirlo en sus comedias, tal el que empieza «Recordad (o Despertad) hermosa Celia» en que se queja de su crueldad. En *El saber puede dañar*¹²⁸ (de h. 1620) cantan unos músicos.

Recordad, hermosa Celia,
si por ventura dormís,
que vida que ha muerto a un hombre
no es justo que duerma así.
—Y esto ¿no es por Celia? —No
porque este romance es viejo

responde el criado a la pregunta del galán celoso. Y siguen cantando los

¹²⁵ Décima octava parte de sus comedias.

¹²⁶ Pudiera muy bien ser el protagonista don Diego de Toledo, el bastardo del Condestable de Navarra, al que el 5º duque de Alba daba lugar de hermano, y que murió trágicamente a los 20 años en los toros con que la villa de Alba festejó la absolución del proceso, absolución que permitió al duque don Antonio, al cabo de tres años de destierro, unirse definitivamente con su desposada doña Mencía de Mendoza. Si se trata efectivamente de don Diego, esta comedia nos suministraría el dato del lugar de su nacimiento, cuando dice que fue la sierra de Béjar donde nace Tormellas. Es éste un río del que nadie se acuerda sino Lope, tan conocedor de aquellas tierras y amigo de consignar detalles vivos. El nombre permaneció en su memoria, pues entre las muchas notas que puso a su *Jerusalén* en que predominan las de erudición clásica, halla cabida la cita de ese insignificante río (OS, vol. XIV, pág. 524).

¹²⁷ *Revista de Archivos*, 1902, pág. 356.

¹²⁸ *AcadN*, vol. XIII, pág. 608 a.

músicos cuatro versos más.

Este romance lo parafraseó a lo divino el mismo Lope en el auto *La locura por la honra*¹²⁹ y tuvo enorme difusión como lo prueban las múltiples versiones que han llegado a nosotros; siendo de advertir que apenas hay variantes de unas a otras; sin duda debió ir desde muy pronto acompañado de música como en la comedia citada. Se halla en la *Docena parte de romances* (1602, fol. 107), y, en los *Romanceros Generales* de 1604 (fol. 435 a) y de 1605, y por último en el *Jardín de amadores* de 1679 (fol. 17). La versión más vieja, aunque no sea tampoco la primitiva, nos la ofrece el manuscrito de fines del siglo XVI 2-H-4 que se conserva en la Biblioteca de Palacio.

Alguna composición del *Romancero General* de 1600 en que se nombra a Celia podemos atribuirle a Lope, por ejemplo la que empieza: «Frescas aguas transparentes» (fol. 332 d) con largas recapitulaciones, y el grácil romancillo hexasílabo que le sigue: «Celia de los ojos» en que juega con el nombre de la amada¹³⁰. Otro romance de la *Trecena parte del Romancero* de 1604 inspirado también por Celia contiene el concepto muy repetido en los versos del comienzo de esos amores de colocarse el poeta en un plan de humildad, merecedor del castigo cual otro Ícaro por haberse atrevido a alcanzar su divina belleza¹³¹.

A los primeros años de estos amores corresponde la canción más arrebatadora, impregnada de cálido sensualismo, dirigida a Celia, escrita en Alba en el otoño de 1595, cuando Lope no veía llegar el momento tan anhelado de dar por terminado su destierro. «Sentado en una peña» a orillas del Tormes siente soledades de Celia que está junto al Manzanares. No quiere pensar que le pueda allí coger el noviembre sin ver los ojos celestiales de su amada.

La nieve de tus pechos
es el invierno que sufrir deseo.

¹²⁹ *Acad.*, vol. II, pág. 640 b.

¹³⁰ El mismo juego se encuentra en la epístola de Belardo a Amarilis (OS, vol. I, pág. 476).

¹³¹ En el *Romancero* de 1605 hay bastantes romances dedicados a una Celia que no son de Lope sino de un poeta de las orillas del Pisuerga y estudiante en Salamanca; acaso el mismo Miguel de Madrigal, el compilador de este romancero.

Viva el rico Albano (el duque Antonio) en aquellas ásperas montañas, celebrando el nacimiento de su esperado hijo (nació en 5 de agosto de 1595) mientras él ansía verse en Madrid entre los brazos de Celia:

A vos mi patria cara
el cuerpo que me diste llevar quiero,
y a aquella fénix rara,
por cuyo amor tan justamente muero,
el alma de esta vida
al vivo fuego de su altar rendida.

Ya en esta canción el amor ha llegado a un grado excelso¹³².

Entre los sonetos de las *Rimas* publicadas en 1602 pudiéramos señalar varios, sin temor a equivocarnos, como inspirados por Celia, aunque no figure nombre alguno o conste el de Lucinda, el preferido en los momentos de publicarse. Muy especialmente los dedicados a cantar el desdén de la amada pueden corresponder al período largo en que ella ofreció resistencia a entregarse. Pero dejando aparte esos versos de fechación hipotética, atengámonos a los que nos consta que pertenecen a la época que venimos estudiando.

En el soneto «No tiene tanta miel Ática hermosa», encarece la intensidad de su amor, cuyos suspiros exceden en cantidad a cuanto hay de innumerable en el mundo¹³³. Su autor lo incluyó en *El Grao de Valencia*, comedia de fecha indecisa, pero desde luego escrita durante el destierro. Al reescribirlo para las *Rimas* y dedicarlo a Lucinda varió ligeramente los tercetos.

Otra versión del mismo soneto nos ofrece un manuscrito de la Biblioteca de Palacio en un cartapacio de J. López de Sande, fechado en 1595. Cuando los versos se copiaban en uno de esos cuadernos de aficionados hay que suponer que habían necesitado algún tiempo para hacerse famosos. De todos modos esta composición cae de lleno en los años en que

¹³² Está escrita en liras y se conserva en las *Flores de poetas ilustres* de Pedro de Espinosa (ed. 1896, pág. 154).

¹³³ Es una imitación del italiano M. Marullo (J. Millé, *RHi*, LXVIII).

Lope cantaba a Celia. Hay en las *Rimas* dos espléndidos sonetos enderezados a Lucinda y que como procedentes de la *Comedia de los Comendadores* merecen detenido estudio. Cada uno de ellos está puesto en boca de los protagonistas, don Jorge y don Fernando, en el momento en que triunfa la voluptuosidad amorosa. Apasionadamente se dirige don Fernando a doña Ana:

Deseando estar dentro de vos propia,
señora, por saber si soy querido,
miré ese rostro, que del cielo ha sido,
con estrellas y sol, retrato y copia.
Y siendo cosa a mi humildad impropia,
vime de luz y resplandor vestido
con vuestro ojos, cual Faetón rendido
cuando abrasa los campos de Etiopia,
Pues viéndome en el cielo y paraíso,
y cargado de sol, dije: Teneos,
deseos locos, que me habéis burlado.
Vos quitasteis los ojos de improviso,
y cayendo conmigo mis deseos,
fue mayor el castigo que el pecado;
pero tan obstinado
que otro Luzbel he sido
en no ver luz ni estar arrepentido.¹³⁴

Al pasarlo a las *Rimas*, introdujo algunas variaciones dejando menos terso el pensamiento, y cambió la rima de los tercetos, pasando del tipo C D E - C D E del soneto dramático al de las *Rimas* C D C - D C D. Esto podría apoyar la teoría de O. Jörder¹³⁵, según la cual el primero de esos tipos fue el preferido por Lope en su métrica temprana. Suprimió

¹³⁴ Uno de los pocos sonetos a que puso coda Lope, rasgo de su época temprana.

¹³⁵ Otto Jörder, *Das Formen des Sonnets bei Lope de Vega*, Halle, 1936. Trata de establecer cierta cronología en las obras del Fénix mediante una clasificación que hace de los sonetos según la rima. Los señores Morley y Bruerton no conceden importancia a este criterio; sin embargo son datos que, cuando vienen a corroborar otros, tienen su valor.

asimismo la coda.

El tema de elevarse audazmente para conquistar un objetivo superior a su humildad es correlativo al de los romances que hemos citado del comienzo del enamoramiento de Celia en los que la osadía del amante es castigada con que ella se aparte de su vista.

El otro soneto que don Jorge, locamente apasionado, dirige a la esposa adúltera ofrece aun mayor interés.

Ya no quiero más bien que sólo amaros
ni más vida, señora, que ofreceros
la que me dais cuando merezco veras,
ni más gusto que veros y agradaros.
Para vivir, me está bien deseáros,
para ser venturoso, conoceros,
sólo le pido a Dios para entenderos
ingenio que ocupar en alabaros.
La pluma y lengua respondiendo a coros,
quieren al cielo espléndido subiros
donde están los espíritus más puros.
Que entre vuestras riquezas y tesoros
papel y lengua, versos y suspiros
de olvido y muerte vivirán seguros.

También este soneto, al incluir el nombre de Lucinda con el que pasa a las *Rimas*, fue notablemente variado y ganó en intensidad emotiva.

Ha de observarse el virtuosismo de la rima: en los catorce versos sólo cambia la última vocal acentuada; combina las cinco vocales *-aros -eros* para los cuartetos, *-iros -oros -uros* para los tercetos. Según Otto Jörder debe colocarse este soneto de *Los Comendadores* entre los que llama de efectos acústicos, uno de los recursos poéticos inferiores de que hacía alarde Lope en su primer estilo¹³⁶. La combinación de rima de los tercetos corresponde a la misma época temprana.

¹³⁶ El recurso no fue tan frecuente en los sonetos como supone Jörder y difícilmente se hallará otro en que alcance a los catorce versos. En cambio todavía se encuentra en octavas de época tardía.

En cuanto al sentimiento que inspira a este soneto es el de un vehementemente deseo no saciado, sino que ha de contentarse con ver, admirar y alabar en sus versos a la amada, sin obtener por el momento correspondencia. Son versos codiciosos de amor, no de plena posesión. Al final de este soneto, como en múltiples ocasiones, Lope manifiesta la esperanza, muy firme en él, de que sus versos, por una u otra causa, serán inmortales. Profecía cumplida.

E. Lafuente halló una copia autógrafa de este soneto que se ha conservado adherida al reverso de un relieve en escayola de asunto religioso¹³⁷. Está dedicado a doña Antonia Trillo y sólo se distingue de la versión de las *Rimas* en que sustituye el nombre de Lucinda, sin preocuparse del hiato que resultaba al decir: «Ni más vida, Antonia, que ofreceros», ni buscó un nombre poético para la enamorada. Si no supiésemos que era un autógrafo, firmado por el autor, creeríamos que se trataba de un error de copia. El soneto estaba ya compuesto en su forma definitiva y lo traspasó al modo de «los poetas que tienen versos a dos luces¹³⁸ como los cantores villancicos, que con poco que los muden sirven a muchas fiestas»¹³⁹.

Sabíamos, por noticia del diligente investigador Pérez Pastor, que en 1596 se siguió a Lope de Vega un proceso de amancebamiento con doña Antonia Trillo. Debió de ser una aventura pasajera; acaso una encerrona preparada por la misma viudita, dueña de la casa de trucos de la calle de las Huertas, en la que se haría intervenir a los esbirros. Escenas de teatro y anécdotas históricas nos dan a conocer hechos análogos. Agradecemos de todos modos a doña Antonia el que tan religiosamente conservase el muy preciado autógrafo.

Tenemos por lo tanto tres versiones del mismo soneto: la dedicada a doña Antonia Trillo, que puede fecharse en 1596, la que lleva el nombre de Lucinda que ya estaba compuesta en esa fecha, aunque no publicada hasta

¹³⁷ Véase el sugestivo estudio, acompañado de interesantes ilustraciones gráficas, con que el señor Lafuente dio a conocer su hallazgo en *RevBN*, 1944 [E. Lafuente Ferrari, «Un curioso autógrafo de Lope de Vega», *RevBN*, V (1944), 43-62].

¹³⁸ Comparación tomada de los candiles con dos mechas que hacen a dos luces. Tirso de Molina (*BAAEE*, V, pág. 205) usa «que hacéis el llanto a dos luces / como candil de mesón».

¹³⁹ *La Dorotea* (OS, vol. VII, pág. 354).

1602, y la que apareció en *Los Comendadores*, inferior en la forma y por tanto más vieja. Interésanos conocer la fecha de la comedia.

Cuando Menéndez Pelayo en 1900 la incluyó en la monumental edición de la Academia Española del teatro de Lope de Vega, demostró que la obra estaba inspirada en un largo romance del Jurado de Córdoba Juan Rufo. La filiación de la comedia es patente: los mismos personajes con idénticos nombres y las mismas peripecias en la acción. Lope, con su maravilloso arte dramático, transformó el pesado romance (1240 versos) del cordobés en uno de los dramas de su primera época más llenos de vida, y de escenas más bellamente desarrolladas. Aprovechó también como elemento tradicional el *Cantar de los Comendadores* que en forma de zéjel, impreso en pliego suelto, recordaba el fin trágico de aquellos caballeros que había despertado el interés de los poetas desde los mismos años en que había ocurrido (1484)¹⁴⁰. Una vez descubierta la fuente, los eruditos que han tratado de esta comedia la han fechado como posterior a 1596, año de la publicación del romance de Juan Rufo, que vio la luz a modo de añadidura del libro de las *Seiscientas Apotegmas* del mismo desbaratado Jurado de Córdoba. Ha de tenerse en cuenta que Menéndez Pelayo no aventuró tal fecha para la comedia.

No tuvo Lope que esperar a esa edición para leer el romance, pues antes se publicaría en pliego suelto o en esos cuadernillos que en tanta abundancia salían de las imprentas en la última década de siglo XVI. Cuando el romance apareció en la octava parte de las *Flores* en 1596, de donde pasó al *Romancero General* de 1600¹⁴¹, había recorrido lo bastante

¹⁴⁰ Antón de Montoro escribió a raíz del suceso una composición de 17 enrevesadas octavas dedicada «A la muerte de los hermanos comendadores» (*Cancionero de Montoro*, ed. 1900, pág. 38). Muy poco después Fernando de la Torre en su *Cancionero* (ed. Dresde, 1907, pág. 132) toma esa historia para componer parte de un juego de naipes por coplas, que dedicó a la Condesa de Castañeda. La trágica muerte tuvo también su eco en un cantarillo popular que se difundió mucho y se glosó en distintas formas. Se conserva en un pliego suelto y en el Cancionero llamado *Flor de enamorados* de Juan de Linares (1573) (En la ed. de 1562 no está). Como elemento tradicional Lope aprovechó dos versos del viejo y muy difundido romance de *La Adúltera*: «Rabia le mate los perros / y aguifica el su falcón».

¹⁴¹ Fol. 263 vº.

para que ofreciese una forma más abreviada, libre de muchas citas clásicas, reflexiones morales y otros elementos eruditos con que le había exornado el autor de la *Austriada*. No puede suponerse, como creía Menéndez Pelayo, que la versión del *Romancero* pertenezca a un refundidor que mejoró el romance de Juan Rufo; cotejadas ambas versiones, no cabe duda de que se trata de un mismo romance. Ramírez de Arellano¹⁴² es de parecer que el largo romance pertenece a la primera juventud del Jurado de Córdoba (vivió de 1547 a 1620) y también indica, aunque sin decirnos de donde toma la noticia, que los versos se publicaron en tirada especial anterior a 1596. La división en cinco romances con sendos encabezamientos y remates y hasta el título destacado en forma desusada en el *Romancero General*, dan indicio de que se trata de la reproducción de un pliego suelto.

González de Amezúa en el importante estudio que acompaña a su edición de *Las Apotegmas*¹⁴³ publica una relación en prosa que forma parte de una miscelánea¹⁴⁴ de fines del siglo XVI y comienzos del XVII que él supone es la fuente inmediata de la comedia de Lope. Con esa relación coincide en los detalles en que se aparta del romance; los amantes culpables son dos parejas, más la de los criados (los antihéroes de las comedias); el esclavo denunciador está enemistado con la criada porque ella le abandona para entregarse al lacayo de los Comendadores. No falta ni el aderezar la cena y las camas para la orgía amorosa. Desde luego hay motivo para admirarse del «respeto», como dice Juliá¹⁴⁵, que el Fénix guardaba a sus fuentes. Pero al llegar al punto culminante, aquel en que el rey después de oír la disculpa del Veinticuatro a su censura por haberse desprendido del anillo, don regio, le dice a modo de sentencia: «Si a tu mujer se lo diste, que tu mujer te lo dé» nos encontramos en la relación con estos dos octosílabos que son los que escribió el autor dramático y que llegan a ser tema obsesionante para el ofendido marido, que los repite varias veces, como descubridores

¹⁴² Juan Rufo... estudio biográfico y crítico, Madrid 1912, pág. 100.

¹⁴³ Las seiscientas apotegmas de Juan Rufo, ed. Bibliófilos Españoles, 1923.

¹⁴⁴ Ms. de la Academia de la Historia, letra del siglo XVII. «Libro de cosas notables que han sucedido en la ciudad de Córdoba» recientemente publicado en Bibliófilos Españoles [Casos notables de la ciudad de Córdoba (¿1618?), ed. A. González Palencia (Madrid, 1949)]. La relación se halla en la pág. 273.

¹⁴⁵ Obras dramáticas escogidas de Lope de Vega, vol. III, pág. XXV.

de su deshonra y acicate de su venganza. El prosista resumió la comedia y al llegar el momento de patética intensidad dramática, no supo, o no quiso, desprenderse de la rima. Coincidencia análoga se halla al tratar del motivo que tuvo el Veinticuatro para matar al papagayo «pues hablaba y no me dijo mi afrenta» que se repite casi a la letra en la relación. Queda pues patente que no fue la relación prosística fuente de la comedia, sino trasunto de ella. De todos modos tampoco nos aclararía la fecha, pues la relación es posterior al romance de Juan Rufo al que cita taxativamente, alabando de *elegantes* sus versos¹⁴⁶.

El dato más firme nos lo dio el afanoso investigador Pérez Pastor publicando un documento¹⁴⁷ en que se solicita permiso para representar en Navalcarnero la comedia de *Los Comendadores* el 9 de julio de 1593. No sé por qué esta fecha no ha tenido buena acogida; seguramente que de haber estado publicado el documento cuando Menéndez Pelayo escribió su ilustrativo prólogo de la comedia no hubiese despreciado el dato.

Dan en suponer que esa comedia que se había de representar en Navalcarnero no sería la que conocemos de Lope, sino la de otro autor¹⁴⁸. Otros piensan que acaso la forma original no incluía los apasionados sonetos. Todo es posible, pero mientras no conozcamos esa hipotética obra precursora, no tenemos por qué rechazar que fuese la de Lope la solicitada en 1593, sólo en tres años anterior a la fecha hasta ahora preferentemente aceptada. En cuanto a los sonetos tendremos ocasión para suponer que fueron escritos en Alba, es decir, antes de 1596.

No se puede hablar de cronología de comedias de Lope sin acudir a los estudios esmeradísimos que los señores Morley y Bruerton¹⁴⁹ han con-

¹⁴⁶ También Gracián alabó los versos del romance de Juan Rufo tomándolos por ejemplo de exquisiteces en sus obras, *Agudeza y arte de ingenio*, ed. 1664, págs. 119 y 230 y *Discurso V*.

¹⁴⁷ *Nuevos datos acerca del histrionismo español*, pág. 36.

¹⁴⁸ En la Biblioteca Nacional hay una comedia ms. con el título de *Los comendadores de Córdoba*, posterior a la de Lope. Al parecer es una copia hecha por Claramonte de *La mayor venganza de honor* de Cubillo de Aragón.

¹⁴⁹ Estos señores han publicado en *NRFH* (volumen VI, 1952, página 57) [Morley, S. G. & C. Bruerton, «Lope de Vega, Celia, y *Los comendadores de Córdoba*», *NRFH*, VI (1952), 57-68], un comentario a algunos puntos de este artículo mío. Recogeré unas cuantas sugerencias amablemente indicadas en ese curioso trabajo en cuanto aclaran el mío, pero

A María Goyri le interesaba, y mucho, el hombre Lope de Vega; pero admiraba aún más al poeta y creador, y, sobre todo, su capacidad para transmutar vida en arte.

María Goyri en la Sierra de Guadarrama, 1897.
©Archivo fotográfico Fundación Ramón Menéndez Pidal





sagrado a ese asunto. Su última palabra¹⁵⁰ respecto a *Los Comendadores* es la fecha 1596. Apoyan su razonamiento en que el romance fuente apareció en 1596 y que el soneto autógrafo corresponde a esa misma fecha. Ya hemos visto que el romance puede afirmarse que existió antes de la edición en que hoy le conocemos y en cuanto al soneto dedicado a doña Antonia sabemos que no es la versión primitiva.

Si acudimos a los esquemas estróficos que han proporcionado tantos aciertos a los mencionados especialistas, el único tropiezo que encontramos es la introducción de la décima que no se encuentra, decían, en comedia fechada de Lope hasta 1599 en *El Argel fingido*. Hoy nos dicen que *El remedio en la desdicha* tiene décimas y está fechado en 1596¹⁵¹. Bien pudo

no me paro aquí a exponer argumentos que aburrirían al lector con números y minucias que no servirían de nada a M. B. desde el momento en que ponen en duda la existencia de Celia, pues que todos esos apasionados versos podían estar dirigidos a varias mujeres, sin inspirarse Lope en ninguna especialmente. Yo trato siempre la *Chronology* con todo el respeto que merece tan trabajada obra y me he abstenido de sacar a luz datos seguros que puedan alterar algunas fechas establecidas, porque son ligeros lunares que no influyen en la totalidad del resultado. Ahora me permití retrasar en tres años la composición de la comedia de *Los Comendadores*, sin aceptar como base la publicación primera conocida del romance de Juan Rufo. ¡Me apoyo principalmente en la cita del documento señalado por Pérez Pastor. Claro que esto no es bastante; pero no lo invalidan los versos que en el curso de la comedia alaban el apellido Trillo. En este caso M. B. nos suministran el dato de que vivía en Alba, al mismo tiempo que Lope, Marcela Trillo de Armenta y que, según se nos dice más adelante, con ella el poeta tenía varias atenciones, entre otras el recuerdo que guardó de su nombre, suponiendo que en memoria suya llamó Marcela a la última hija que le dio Micaela 10 años más tarde. A esa Trillo de Armenta pudo brindar la fineza de elogiar su apellido sin esperar a sus relaciones con doña Antonia Trillo. Por otra parte Marcela correspondía a Lope con versos laudatorios en la primera edición del *Isidro*, ampliados en la edición de 1609. En las conjeturas todo cabe. De que diese Lope a su comedia distinto título al que predominó, no merece la pena traer a colación los múltiples ejemplos que nos ofrece nuestro teatro, como también el que dos o más autores diesen igual nombre a sus respectivas comedias. [Nota añadida en 1953, *De Lope de Vega y del romancero*, p. 140].

¹⁵⁰ HR, XV, pág. 57 [Morley, S. G. & C. Bruerton, «Addenda to the Chronology of Lope de Vega's Comedias», HR, XV (1947), 49-71]. [Nota omitida en 1953, sin duda porque la «última palabra» de Morley-Bruerton era ya la del trabajo de 1952 citado en la nota anterior].

¹⁵¹ A. G. de Amezúa, *Una colección manuscrita y desconocida de comedias de Lope de Vega* [Madrid: CSIC, 1945].

Lope usarlas tres años antes en su comedia, tanto más que por entonces las prodigaba en su novela *La Arcadia*¹⁵². Además ha de observarse que se emplean esas décimas (sólo 4) en el soliloquio del Veinticuatro y cada estrofa termina a modo de estribillo con los dos versos obsesionantes «Si a tu mujer se lo diste...» Son pues unas décimas como las empleadas en las glosas. El soliloquio termina con una redondilla. No hay pues ningún inconveniente para aceptar la fecha 1593 para la composición de esta comedia.

Los investigadores que han estudiado comparativamente las poesías líricas de Lope, y en especial los sonetos, que se encuentran en las comedias y en otras obras suyas, llegan a la conclusión de que las versiones del teatro son más antiguas. Este criterio, con no pocas excepciones, es cierto, pero no lo es menos que esos versos brotaron muchas veces en un clima de intimidad pasional y que luego el autor se los prestó a las persona dramáticas, y así nos dice el mismo Lope:

... El poeta no es posible
que escriba con afecto y con blandura
sentimientos de amor, si no los tiene,
y entonces se descubren en sus versos
cuando el amor le enseña los que escribe¹⁵³.

Leyendo los dos sonetos citados de *Los Comendadores* pensamos que

¹⁵² Nuevo tropiezo involuntario con la *Chronology*. También aquí, sirviéndome de base los esquemas estróficos en que se apoyan los autores para la fechación de las comedias, osé anticipar esas cuatro décimas de los *Comendadores* (con carácter de glosa), tres años antes en esa fecha que también en tres años rebajaban la de 1599 aceptada anteriormente. Fue un abuso por no tener en cuenta que la comedia tenía *sus propias convenciones* y que Lope las tendría muy presentes para no extralimitarse en introducir un metro antes de que le llegase su turno. ¡Vaya Vd. a poner diques al mar! Sin embargo en este punto de las décimas si digo que las prodigaba en la *Arcadia* no hay contradicción con lo que dicen M. B. que no las emplea sino escasamente en sus comedias antes de 1604. Una y otra afirmación pueden ser ciertas, pues bien escasas son cuatro décimas. [Nota añadida en 1953, *De Lope de Vega y del romancero*, p. 141. Se sustituye la primitiva nota: «Lope usa el nombre décima en la novela *Arcadia* (pag. 55), y sigue empleando ese metro en las págs. 136, 214, 259, 268, 332 y 376, OS, vol. VI»].

¹⁵³ *Lo fingido verdadero*. Acad, vol. IV, pág. 58b.

no los inspiró Talía, sino la musa viva, cuya hermosura le traía por entonces enajenado sin alcanzar su posesión, a la que cantaba en sus versos con el nombre de Celia.

Esta Celia dejó también rastro en obras que Lope consideraba de más empeño que sus canciones y su producción dramática y que elaboraba con mayor esmero, sin el apremio de los representantes que le obligaban a componer sin cesar comedias nuevas o rematar precipitadamente las que tenía de largo tiempo ya proyectadas.

El año de 1598 es de capital importancia para la obra y la vida de Lope de Vega. Con motivo de la muerte de la Duquesa de Saboya, doña Catalina, hija de Felipe II, ocurrida en noviembre de 1597, se manda suspender las representaciones escénicas. Los enemigos del teatro, principalmente teólogos, aprovechando la ocasión, arrecian en sus ataques. El rey, previo un informe que pide al arzobispo de Toledo, al confesor del príncipe y a otros secuaces, dicta un decreto prohibiendo las comedias (mayo 1598). Muerto Felipe II en setiembre del mismo año, Madrid y otras ciudades suplican al nuevo monarca que permita las representaciones, y en 17 de abril de 1599 se da la orden de reposición de las comedias con ciertas restricciones.

No duró mucho la prohibición, pero Lope, que vivía de la producción escénica, sufrió duro quebranto, agravado porque en aquellos días (abril 25 de 1598) había contraído segundas nupcias con doña Juana de Guardo. Este matrimonio es uno de los enigmas en la vida de Lope y al que hasta hoy no encontramos explicación en alusiones de las obras del poeta tan aficionado a contarnos incidentes de sus amores más o menos a las claras. Únicamente en la epístola a Gregorio de Angulo de hacia 1605, en un breve resumen que en dos tercetos hace de su vida, manifiesta lo poco satisfecho que está de aquel matrimonio:

Cegome una mujer, aficioneme,
perdónesele Dios, ya soy casado;
quien tiene tanto mal, ninguno teme¹⁵⁴.

¹⁵⁴ OS, vol. I, pág. 420.

Ese *ya* tiene que referirse al momento actual. Podríamos hacer una conjetura sin base segura. Acaso Lope cortejó a doña Juana y pasó de lo permitido, como había hecho con doña Isabel y con doña Antonia; pero en esta ocasión existía un padre enérgico, un abastecedor de la villa, que no necesitó acudir a la Justicia para obligar al poeta a que cumpliera con su obligación. En compensación le ofreció una dote, que nunca pagó.

En el interregno que sufrió el teatro, se dedicó Lope a publicar obras no dramáticas, las que consideraba de mayor importancia; parecer que la posterioridad no ha compartido. La primera obra que dio a la estampa fue *La Arcadia*¹⁵⁵, novela pastoril escrita en su mayor parte en Alba, cuya artística corte ducal sirve de escenario. Nuestro poeta, para agradar a su señor el duque don Antonio, escribió durante el tiempo que estuvo a su servicio una serie de composiciones (varios romances, un poema descriptivo, una égloga y dos comedias) en las que convirtió en materia poética la extraña aventura de las dúplices bodas que fueron causa del largo proceso contra el Duque. Terminada la novela ya en Madrid, y cuando Lope decidió dedicarla al Duque de Osuna, se vio obligado a cambiar el desenlace amoroso que había dado a las otras obras inspiradas en el mismo tema, y degeneró al final en una enojosa obra didáctica.

Espera *La Arcadia* una edición esmerada que nos tiene ofrecida el insigne lopista Amezcua y bien merece un detenido estudio que ilustrará lo que ha dado en llamarse, sin analizarlo, primer estilo de Lope. Aparte de lo que representa *La Arcadia* dentro del género de la novela pastoril, tiene especial importancia el riquísimo vocabulario, las preciosas comparaciones que rara vez alcanzan el brío de la complicada metáfora, y el uso de tanta variedad de metros. Además, también vale la pena estudiar la silueta trazada con rasgos indelebles de varios personajes reunidos en aquella mansión de Alba.

Mi propósito es sólo tratar de esa novela para observar la pareja Celia-Belardo que no podía faltar entre aquellos pastores que en verso y prosa suspiran padeciendo de amor. La primera composición que encontramos dedicada a Celia es el soneto que canta el pastor Celso : «Si la gra-

¹⁵⁵ Octubre 1598. Es curioso que Lope y Cervantes estrenaran la imprenta con una novela pastoril: influjo de la moda.

na del labio Celia mueve»¹⁵⁶, en que ensalza las perfecciones de la amada. Es de los poco afortunados de la novela, con una serie de comparaciones, menos expresivas que de costumbre, y una larga recapitulación que ocupa los dos últimos versos. Este recurso poético se halla muy repetido en *La Arcadia*. El soneto tiene traza de ser interpolación tardía, pues no está ligado con lo que le precede ni con lo que le sigue, sino recitado a destiempo interrumpiendo el relato.

Belardo más adelante se representa «pastor pobre, con poca costa y mucha traza, que suele ser arbitrio de los que pueden poco». Asiste a un torneo acuático y lleva por letra: «Pobreza y alas, teneos, / que es ir al bien por rodeos», versos que nos recuerdan al «teneos deseos locos» del soneto de *Los Comendadores*. Sigue Lope, como en su primera juventud, lamentando su humilde estado. Ganó Belardo en combate con el rico Laureo un corazón de marfil con las flechas de oro y se lo dio a Celia porque «si ganara más [corazones] que tiene estrellas el cielo, sin duda se los diera todos».

La canción más importante es la que dedica Belardo agradecido al regalo que le ha hecho Celia de una higa de cristal guarnecida de oro¹⁵⁷. No hay para él nada como amar su hermosura. Confiesa a todos que es ella el solo bien que estima; en quererla ocupa todo el sentido y muere si se aparta un punto de verla. El mayor premio de sus penas será contemplar aquellos ojos celestiales; es prisionero de sus cabellos rizos, la boca que alegra, la frente de nieve... Hará inmortal su hermosura si merece la pluma levantarse hasta su gloria.

Aparte de darnos aquí un retrato de Celia, tenemos muchos conceptos iguales a los del soneto de *Los Comendadores*: «Ya no quiero más bien ... » Está todo más diluido, cual conviene a la diferencia obligada entre una larga canción en octavillas encadenadas de octosílabos pareados y la concisión propia de los 14 versos del soneto. Esta composición nos confirma que a Celia estaba dedicado al soneto de *Los Comendadores*.

Al final de la novela y a modo de colofón viene un soneto de «Celia a Belardo». Es una queja de que él acierta a pintar ajenas desventuras, y con ingratitud calla las propias. Claro que estos versos, como acontece en casos

¹⁵⁶ OS, vol VI, pág. 228.

¹⁵⁷ OS, vol. VI, pág. 273.

análogos, son del propio Lope.

En la edición de la novela¹⁵⁸ de 1602, se añade al fin un soneto del poeta valenciano Carlos Boyl, gran amigo del Fénix. Trata del rigor que Celia, «de beldad dechado», usó con Belardo «siendo un pastor sabio y gallardo»¹⁵⁹. ¿Cómo explicar que en 1602, el mismo año en que publica las *Rimas*, con los múltiples sonetos en que preside su encendida pasión por Lucinda, siga proclamando su amor a Celia? *La hermosura de Angélica* nos aclarará esta aparente incongruencia. Pero antes examinemos el sentimiento erótico de Lope a través de otras obras que aparecieron con anterioridad.

Al final del mismo año 1598 publicó Lope otra obra muy de actualidad: *La Dragonteia*, poema en 720 octavas dedicadas a cantar la última derrota y la muerte del terrible pirata inglés Francisco Draque, ocurrida el año anterior. Hoy, aunque no carece de excelentes octavas, es obra enojosa de leer, pero respondía entonces al regocijo que sintieron los españoles al ver desaparecer a aquel implacable enemigo que perseguía y robaba nuestras naves en aguas de España y de América¹⁶⁰.

¹⁵⁸ Impresa en Valencia, 1602.

¹⁵⁹ Este soneto falta en la mayor parte de las numerosas ediciones que atestiguan el éxito de la *Arcadia*. Como no se incluye en las OS, donde se utilizó la ed. de 1611, lo reproduzco aquí:

Si fuiste por tu Celia, Lope amigo
transformado en pastor dicho Belardo,
también yo de Menandra el premio aguardo,
que su Lisandro fui y su luz sigo.
No me pienso quejar si no la obligo,
pues siendo tú un pastor sabio y gallardo,
los desfavores que conmigo guardo,
no llegan al rigor que usó contigo.
Yo sé bien que Alexandro no te diera,
a ser Diógenes tú, el segundo grado,
que tu valor al suyo prefiriera.
Y sé que Celia, de beldad dechado,
conociendo su engaño, conociera
que eres tú solo de los dos traslado.

¹⁶⁰ Tan popular era el nombre de aquel corsario que las madres amenazaban a los niños

La fecha de la primera edición de esta obra aparece dudosa porque algunos críticos dijeron, sin haberla visto, que se publicó en Madrid. Dio pie a esta afirmación el que Antonio Sancha en 1776 en las *Obras Sueltas de Lope de Vega* da noticia de un manuscrito de su propiedad que tenía la aprobación de Pedro de Padilla fechada en el Monasterio del Carmen de Madrid en 9 de diciembre de 1597¹⁶¹. Sin embargo no se conoce una edición de Madrid de esa fecha, sino la de Valencia donde no apareció hasta 1598 con otras dos aprobaciones más, fechadas en el mes de abril. El asunto se aclara gracias a un memorial descubierto por Rodríguez Marín¹⁶² en el cual el cronista Antonio de Herrera advierte en 15 de febrero de 1599 que «Lope de Vega compuso *La Dragontea*: en que se contiene lo sucedido a Francisco Draque cuando fue resistido en Tierra Firme, siendo capitán don Alonso de Sotomayor, a donde cuenta aquel suceso muy en contrario de la verdad, con manifiesto agravio de las personas que allí intervinieron». No habiéndosele dado licencia en Madrid, publicó el poema en Valencia, y ahora pedía de nuevo autorización. No se le debió conceder por el momento y no conocemos nueva edición hasta 1602 que se publicó en un volumen con las *Rimas* y *La hermosura de Angélica*¹⁶³. Lleva un prólogo de don Francisco de Borja, Comendador Mayor de Montesa, en que se afirma que los diez cantos «están sacados de la relación que la Real Audiencia de Panamá hizo y autorizó con fidedignos testigos». Pero el verdadero motivo de la persecución no consistía en la falta de verdad histórica, leve tacha para una obra poética, sino en que Lope en su poema hizo héroe de la resistencia que se opuso a los ingleses a don Diego Suárez de Amaya, prefiriéndole al capitán

diciendo «que viene el Draque» como si fuese el Coco. Todavía en 1617, 20 años después de muerto el inglés, usa Lope del nombre como si fuese del demonio cuando dice al Duque de Sessa, quien no ha querido irse de veraneo por no alejarse de su amante: «No hay sino pasar lindo verano, cenar y holgarse y váyase al Escorial el Draque» (*Epistolario*, vol. III, pág. 321).

¹⁶¹ OS, vol. III, pág. ii.

¹⁶² *Nuevos datos para las biografías de cien escritores de los siglos XVI y XVII* [Madrid: Revista de Archivos, 1923], pág. 69.

¹⁶³ La bibliografía de las obras no dramáticas de Lope de Vega está por hacer y las ediciones de las *Rimas*, que fueron múltiples, se prestan a muchas confusiones porque su contenido es muy variado.

general don Alonso de Sotomayor¹⁶⁴. En consecuencia se dio la orden de que no entrasen en el Nuevo Mundo ejemplares de *La Dragontea*, con lo cual perdió el mercado de América donde se hubiera leído con el mayor interés¹⁶⁵.

El asunto de este poema y su desarrollo parecía alejarle de intromisiones eróticas; pero el poeta no puede menos de enterarnos de cuál era su estado de ánimo en aquel momento. Comienza el canto IV¹⁶⁶ con una imprecación general al Amor y tras de ella esta octava de carácter personal:

Pasó la primavera de mis años;
Lo que he dejado, miro con vergüenza,
y al blanquear los mismos desengaños
parece que otra vez tu ardor comienza.
Pero ¿dónde me llevan tus engaños?
¿Qué importa que me deje o que me venza?
No soy yo, Amor, que una mujer hermosa
está de tu mudanza querellosa.

Pero aquí no es él quien se queja, sino una mujer hermosa. No es aventurado suponer que sería la bella de ojos azules quejosa de la boda del

¹⁶⁴ En 1620 salió a luz una *Relación de los Servicios que hizo a su Majestad D. Alonso de Sotomayor*, por Francisco Caro de Torres, que fue a modo de compensación de la supuesta injusticia cometida por Lope de Vega, «el cual movido de la primera información atribuyó la gloria del suceso a quien no le tocaba, quitándola a quien de derecho se la debe». Lope, acaso por ligereza, no se dio cuenta de la importancia de Sotomayor y no le hace intervenir en la defensa de Panamá hasta los dos últimos cantos y de una manera episódica.

¹⁶⁵ La malevolencia sigue persiguiendo a *La Dragontea*; todavía en 1912 en un estudio que precede a la edición de *La Argentina* de Barco Centenera, al hablar del contento que sintieron los españoles al desaparecer aquel Dragón de los mares se lee este sañudo juicio: «En intérprete de las pasiones bajas del pueblo español se constituyó el más abundante y afamado de sus poetas escribiendo *LA DRAGONTEA*, poema repugnante por los sentimientos enconosos que respira ... ». El prologuista presta más atención a la hispanofobia que a adquirir datos históricos; involucra los hechos, ignora la cronología y hasta equivoca la fecha de la derrota de la Invencible, que tanto goce le produce.

¹⁶⁶ OS, vol. III, pág. 244.

poeta que apartó, aunque por poco tiempo, a los dos amantes.

Al final del canto VIII, después de colmar de elogios a personajes, casi todos de la nobleza, que cultivaban las letras, nos encontramos con una octava que no tiene hilación con lo que precede:

Y si de aquel mi peregrino objeto
recogiere algún tiempo la gran suma,
que dirigida al celestial sujeto
no es justo que el olvido la consuma,
de su hermosura y mi amoroso efeto
cuanto cantado hubiera lira y pluma
ha de venir donde el amor me dice
que su nombre y mi fe se inmortalice¹⁶⁷.

Un tanto oscuro es el pasaje, pero descubrimos aquí el propósito de recoger la gran cantidad de versos que había dirigido a su amada, para que la fe de él y la hermosura de ella fuesen inmortales. Los tres conceptos perennes que guían su obra: Amor, Belleza y Fama. La recopilación de aquellos versos constituye la parte más apasionante de las *Rimas* donde tantos sonetos de amor han alcanzado la inmortalidad de que tan seguro se mostró siempre el poeta.

Pocos meses después de imprimir *La Dragontea*, publicó Lope a comienzos de 1599 *El Isidro*, poema que comenta la vida y milagros del bienaventurado labrador a quien Madrid veneraba por santo mucho antes de su canonización¹⁶⁸. Según sabemos por carta de Fray Domingo de Men-

¹⁶⁷ *La Dragontea*, OS, vol. III, pág. 337. Cuando escribí estas notas ocasionales sobre *La Dragontea* no tuve en cuenta, por ignorancia injustificada, el notable artículo del profesor de la Universidad de Londres A. K. Jameson, acerca de las fuentes de ese poema en que allega nutridos datos expuestos con gran claridad [JAMESON, A. K., «Lope de Vega's *LA DRAGONTEA*: Historical and Literary Sources», *HR*, VI (1938), 104-119]. Sin embargo, para mi objeto, habiendo seguido distinto camino creo que llegamos al mismo fin. Como ligera observación al artículo inglés habrá que tener en cuenta que Lope sirvió a D. Francisco de Ribera, luego Marqués de Malpica, en 1590. [Nota añadida, salvo la cita de OS, en 1953, *De Lope de Vega y del romancero*, p. 150].

¹⁶⁸ Fue beatificado en 1620 y canonizado en 1622.

doza¹⁶⁹, Lope había ofrecido empezar a escribir este poema en el verano de 1596 «y que pensaba guardar en su composición la gravedad, gusto y preñez de nuestras castellanas y dulces redondillas». En el prólogo hace su autor el elogio de los versos cortos castellanos, comparándolos con los metros italianos «más largos y licenciosos» y añade: «yo sé que algunos italianos envidian la gracia, dificultad y sonido de nuestras redondillas»¹⁷⁰. Al comienzo del poema se justifica de usar los versos humildes castellanos y termina declarando que ha tenido gran trabajo «en proseguir historia en verso que ha de tener los consonantes y la sentencia tan juntos que mil veces me viera arrepentido». Efectivamente, se nota en algunas estrofas el esfuerzo de sacar a luz la preñez de esas coplas, la dificultad de encerrar los conceptos en breves versos con rima obligada.

Ha de observarse que no se usa aquí el nombre de quintilla, que es el que damos a esas estrofas de 5 versos octosílabos, ni lo nombra Lope en el *Arte nuevo* (1609) ni en la *Justa Poética* de la beatificación de San Isidro (1620) ni en otras ocasiones en que enumera diversas clases de metros¹⁷¹.

En este largo poema en que abundan las digresiones, no podía faltar

¹⁶⁹ Este dominico tenía reunidas las probanzas para la beatificación del Santo y se las comunicó a Lope. OS, vol. XI, pág. xxi.

¹⁷⁰ Este elogio de los metros castellanos lo repite a lo largo de su obra, tanto más cuanto arrecia su censura al culteranismo. En *El Laurel de Apolo* (1629) escribe:

Aquí las redondillas admiradas
de Italia, nuestra lengua ennoblecieron
que, como castellanas, no sufrieron
ser de phrasi extranjera adulteradas:
éstas, como doncellas recatadas,
huyen culteranismos,
porque sólo permiten hispanismos
y acabar por contrarios,
si bien términos varios,
como vemos que suena
bien, mal; amor, olvido; gloria y pena (OS, vol. I, pág. 213).

¹⁷¹ Rengifo en su *Arte poética española* (dedicatoria al Conde de Monterrey en 1592) tampoco usa la voz quintilla, y define la redondilla como copla que se compone de 5 versos; luego habla de otra redondilla que consta de 4 versos. Tampoco en Cervantes se halla la palabra quintilla. (Véase *Quijote* ed. de Rodríguez Marín de 1928, vol. IV, pág. 118 n.). Covarrubias en su diccionario trae; «Quintillas, coplas redondilla de 5 pies, cinco versos».

espacio para manifestar su íntimo estado pasional. El canto VII comienza con unas quejas al amor

Amor, ¿quién te trujo aquí,
cuando más lejos, tirano,
estaba mi pluma y mano
de mezclar aquí por ti
lo divino a lo profano ...
Duro hado, estrella fiera,
más que influencia, castigo;
¿que es esto, enemigo fiero,
que de cualquiera manera
tenga de encontrar contigo?
¿Qué fuerza, qué industria y arte
podrá librarme de darte
este tributo algún día?
¡Que no ha de haber cosa mía
en que tú no tengas parte!
Déjame en este sagrado,
que goce se me conceda
que de ti librarme pueda:
basta lo que te has llevado,
no vuelvas por lo que queda.
Al principio prometí
cantar, fiero amor, sin ti¹⁷²;
déjame seguir mi estilo
y no me rompas el hilo
con que de Creta salí...
Nací amando, y cuantas veces
el día infausto me ofrece,
vuelve aquella ardiente furia,
y para mayor injuria

¹⁷² A pesar del propósito de no hablar de amores, ya había insertado (pág. 183) un trozo de égloga en que intervienen los mismos personajes que en otras composiciones pastoriles suyas: Silvia, Jacinto, Tirsi, Menalca.

mi vida mengua y tú creces¹⁷³.

Esto lo escribía el año 1598, pero no sería inspirado por su mujer legítima, sino por un amor furtivo que le inquietaba y era causa de amargos desengaños. Algo aclaran los versos siguientes; que inspirados, según dice, en León Hebreo, los aplica a sí mismo:

De amor y apetito odioso
deleite es el fin que veo,
mas difieren en deseo,
que amor lo tiene en lo hermoso
y el apetito en lo feo¹⁷⁴.

El relato que un soldado menesteroso hace a Isidro de las desdichas amorosas que le habían acaecido nos parece a primera vista un trozo autobiográfico de las primeras aventuras del propio Lope, pero una quintilla con la curiosa alusión a los romances moriscos escritos entre 1583 a 1588 nos hace pensar en que el narrador representa a alguno de los contrincantes de nuestro poeta:

Quitóme otro amor los bríos
después de mil desafíos,
trofeos verdes y azules
de Zaides y de Gazules,
moros enemigos míos¹⁷⁵.

No hay que perder de vista que Lope no sólo literaliza su propia vida, sino también la de las gentes que le rodeaban, desde Melchor de Prado, Vargas Manrique, Liñán de Riaza, compañeros de aventuras en su mocedad, hasta su señor el Duque de Alba y don Diego de Toledo y otros, respecto a los cuales descubrimos noticias literario-biográficas a medida que

¹⁷³ OS, vol. XI, pág. 193.

¹⁷⁴ Esta misma idea, ampliada, la desarrolla más tarde en una escena de *La doncella Teodor* en que cita a Aristóteles (*Acad*, vol. XIV, pág. 138).

¹⁷⁵ OS, vol. XI; pág. 171. Zaide y Gazul se llamó Lope en los primeros romances moriscos que escribió en su juventud.

vamos conociendo sus vidas efectivas. Claro que sólo se apoya en algunos datos más o menos reales y luego su poderosa fuerza imaginativa los eleva hasta la creación de la obra poética.

En el mismo año de 1599 publica Lope las *Fiestas de Denia*, larga relación de las que el Duque brindó al rey Felipe III y a la princesa Isabel Clara Eugenia cuando se dirigen a Valencia para recibir a sus respectivos prometidos, Margarita de Austria y el príncipe Alberto. Consta la obra de 192 octavas y está dedicada a la ausente Condesa de Lemos virreina de Nápoles, hermana del Duque de Denia y madre del Marqués de Sarriá en cuyo servicio había ido Lope.

No parece que nuestro poeta asistió contento a los festejos porque se ausentaba celoso de su cuidado. Por dos veces alude a su disgusto:

No me permite Amor, que fue castigo
del cielo en mí desde mis años tiernos,
y sin remedio ha de vivir conmigo,
después de muerto yo años eternos,
hablar mucho de Marte su enemigo,
cuando sus celos son, o mis infiernos,
por quien en tantas fiestas como canto
nube me vuelve junto al mar mi llanto.

Y termina repitiéndose víctima del amor:

Señora, perdonad si no he pintado
con más sutil pincel tan ricas fiestas
que este mi dulce e inmortal cuidado
me tiene vida y alma descompuestas;
para un celoso ausente y olvidado
las mejores del mundo son molestias,
que a donde todo el mundo alegre vino,
yo sólo fui llorando peregrino¹⁷⁶.

La hermosura de Angélica es la obra capital de las terminadas por

¹⁷⁶ OS, vol. III, págs. 403 y 428.

Lope en aquel fin de siglo¹⁷⁷. En el prólogo nos dice el autor que escribió este poema entre jarcias del galeón San Juan «en una jornada de mar donde con pocos años iba a ejercitar las armas». Aunque entre aquí por mucho su jactanciosa fantasía, bien puede admitirse el año 1588 en que se embarcó en la gran Armada contra Inglaterra como fecha en que comenzó el poema. En octubre de 1598 lo daba por acabado cuando otorgó poder al impresor Várez de Castro para que obtuviese las licencias de publicación.

Desde luego *La Angélica* revela una larga elaboración y cuando la publicó en 1602, las variaciones que había introducido no se limitaron a «la última lima» como nos dice el poeta, sino a muchos lugares de la composición. Una parte de la obra la escribió indudablemente en Alba como lo prueban unos versos en que se dirige al Duque don Antonio, llamándole «Señor mío— y «mi dueño», lo que no haría si ya hubiese dejado su servicio¹⁷⁸.

Lope, según su costumbre, intercala en el complicado relato porción de alusiones autobiográficas, como hemos indicado al tratar de la supervivencia del recuerdo de Elena¹⁷⁹. No faltan algunos versos de emoción inspirados por Isabel, aunque luego aplicados a distinto sujeto. De Celia nos proporciona un retrato en dos octavas al final del libro III.

Celia, reina de Córdoba famosa,
como el aurora se mostró serena,
cándida, fresca, limpia y olorosa
más que el jazmín, mosqueta y azucena;
con vivos ojos, cuya luz hermosa
fue para tantas almas gloria y pena,
graciosa boca, dientes, habla y risa,
garganta al torno, blanca, altiva y lisa.
Diferente en el traje de Nicandra,

¹⁷⁷ OS, vol. III, pág. xiii.

¹⁷⁸ OS, vol. III, pág. 235.

¹⁷⁹ Observaré aquí de pasada que los versos iniciales del poema están dedicados a Elena, y no a Lucinda como algunos han sospechado, pues sólo a aquella amada de quien acaba de apartarse puede decir el alma «de quien *fuiste* dueño», «aquel humilde ingenio que os *consagré* desde mis tiernos años» y llamarla «causa fatal de mis dichosos años».

los pechos descubrió, que siendo nieve
pudieran abrasar la salamandra
que entre las llamas a vivir se atreve;
ron un alma tan rica y alejandra
que de mi voto el precio se le debe;
y si hablara, sin duda se le diera.
que hablando más que Angélica lo fuera¹⁸⁰.

Tenemos aquí los mismos rasgos con que el poeta nos había antes descrito a Celia en *La Arcadia* y en los sonetos y canciones: vivos ojos, graciosa boca pechos de nieve, habla encantadora¹⁸¹ de tal modo que por su voto se le debía dar el premio de la hermosura, sin esperar a Angélica.

En el canto V nos presenta un doble de este retrato. El relato se interrumpe en el momento en que le fue discernido el premio a Angélica para advertirnos que de haber sido su contemporánea Lucinda, ésta hubiese resultado vencedora:

Si en aquella famosa edad vivieras,
hermosura inmortal, bella Lucinda,
¿quién duda que de Angélica vencieras
la que hoy con el tercer planeta alinda?
Tú sola el justo premio merecieras,
y aun es razón que su laurel te rinda
conociendo que haberle merecido
fue por no haber tu oriente amanecido.
Que si mostraras esos ojos bellos,
azules como el cielo y los zafiros,
de donde amor, aunque se abrasa en ellos,

¹⁸⁰ OS, vol. II, pág. 48.

¹⁸¹ No convence a M.B. el retrato de Celia, ni hay motivo para lo contrario, sobre todo cuando acaban por fijarse sólo en el «pecho de nieve». Esto lo aprovechan para instruirnos en que otras poesías que no se refieren a Celia alaban esa perfección femenina. No cabe duda; pero advertiremos que Lope retrata a sus amadas con más precisión, de tal modo que no confundimos unas con otras. Sin que signifique fuese necesario al poeta tener delante un modelo vivo para crear los millares de caracteres femeninos de sus comedias. [Nota añadida en 1953, *De Lope de Vega y del romancero*, p. 157].

hace a las almas amorosos tiros:
si mostraras la red de tus cabellos,
dulcísima prisión de mis suspiros,
que los excedo, si en amarme calmas,
y ojalá que suspiros fueran almas.
Si mostraras la boca envuelta en risa,
la blanca mano y el nevado pecho
basa de la columna tersa y lisa
en que se afirma aquel divino techo;
sospecho que bajaran tan aprisa
almas como laureles, a despecho
de tantos pretendientes; pero ignoro
quién fuera de tus méritos Medoro¹⁸².

Una vez más nos encontramos con la bella de ojos celestiales, de boca risueña y de nevado pecho, retratada ahora en versos más vehementes y acendrados, y a la que el poeta otorgaría asimismo el premio.

La conformidad de los retratos y el considerar el poeta merecedoras del premio a la par a Celia y a Lucinda nos hace sospechar que se trata de la misma persona, aquella que en la realidad era Micaela de Luján. Insisto en dar importancia a la similitud de los retratos porque Lope nos ha dejado sendas pinturas de sus amadas con rasgos tan precisos que nunca se confunden unas con otras¹⁸³. Entre los versos preliminares a *La Angélica* se encuentran dos redondillas a nombre de Lucinda, la que expone sus quejas

¹⁸² Loc. cit., pág. 65.

¹⁸³ Lope caracterizó la figura de Elena en multitud de obras y muy especialmente en *La Dorotea*: ojos verdes y pintados (con pintas, ojos de malaquita) algo desvergonzados, que antes que los enviden, quieren, cejas y pestañas negras, la boca risueña, aunque no le dan causa, la tez trigueña clara, el talle esbelto y la mano larga. Este fue durante bastantes años el ideal del tipo femenino y con estos rasgos nos presenta en un soneto la perfección con que salió Eva de manos del Creador, y en otro soneto la humanal belleza de María Virgen. La hermosura de Micaela es bien distinta, toda para saciar los sentidos, espléndida de formas, ojos azules como el cielo, cabellos rizados, tez blanca y rosada, pecho de nieve, voz angelical. Doña Marta tiene ojos verdes esmeraldinos, no los de Elena, de mirar honesto, cabellos rubios y la mano no larga, las dotes intelectuales muy superiores a las de anteriores amadas y capaces de mayor atractivo para el poeta en edad ya muy madura.

al poeta, como había hecho Celia en el soneto que se le atribuye al final de *La Arcadia*. Otro rasgo común a las dos representaciones de una misma amada¹⁸⁴.

El cambio de nombre no es óbice para la identificación de una misma persona, puesto que es corriente que los poetas llamen a sus amadas de varias maneras. No sabemos cuándo Lope dejó de usar el nombre de Celia; seguramente coexistiría algún tiempo con el de Camila, anagrama casi perfecto de Micaela, y el de Camila Lucinda y por fin acabó por predominar el segundo elemento.

No es mi objeto tratar aquí de los innumerables versos que dedicó Lope a ensalzar a Lucinda, pues bien conocidos, y en buena parte estudiados, están los bellísimos sonetos de las *Rimas* y la canción «Serrana hermosa...» en la que descubre lo más íntimo de su sensibilidad, haciéndonos acompañarle paso a paso en el desgarramiento de su corazón según va dejándose atrás las luces de la ciudad, el rumor del río... ¡Qué lejos estamos de aquella retórica despedida «de vos me aparto y quedo»!

Nada de esto nos sirve para aclarar del todo el enigma de Celia, aunque hemos señalado algunos sonetos anteriores en que no figuraba el nombre de Lucinda hasta ser impresos en las *Rimas* en 1602. *La Jerusalén* nos dará mayor luz.

Este largo poema de *La Jerusalén* conquistada fue compuesto lentamente durante siete años. En el prólogo de las *Rimas* de 1602 dice Lope al lector «Presto (si Dios quiere) tendrás los XVI libros de mi *Jerusalén*». Luego el número de libros ascendió a 20 y en 1605 daba Lope por terminada la obra, y a su satisfacción, según carta que el 6 de setiembre escribe al Duque de Sessa: «Mi *Jerusalén* envié a Valladolid para que el Consejo me diese licencia; imprimiréla muy aprisa ... Es cosa que he escrito en mi mejor edad y con estudio diferente que otras de mi juventud donde tiene más poder el apetito que la razón»¹⁸⁵.

La impresión no se hizo tan aprisa, pues no obtuvo licencia hasta 1608 y al publicarse en 1609 explica Lope en el prólogo al Conde de Sal-

¹⁸⁴ OS, vol. II, pág. xxi.

¹⁸⁵ *Epistolario*, vol. III, pág. 6.

daña el retraso: «Tarde y esperada sale a luz, que por ocasión de algunos libros sin doctrina, substancia y ingenio escritos para el vulgo, se prohibieron todos»¹⁸⁶.

Al parecer no se añadieron episodios después del año 1605. Anteriores a esa fecha podemos señalar unos versos de desahogo contra el Amor muy análogos a los que hemos citado de *La Dragonteia* y *El Isidro* y que revelan una depresión de ánimo¹⁸⁷. Si tomamos al pie de la letra la indicación cronológica que contiene, debió de escribirse ese trozo hacia 1600, cuando Lope tenía 38 años, por lo tanto casi al mismo tiempo que esos otros dos poemas.

Aquí si la trompeta belicosa
que de Belén sobre los campos miro,
diera lugar o fuera mi argumento
cantara yo de Amor el instrumento.

¹⁸⁶ Lope no dejó de tener dificultades para dar al público sus obras. Ya hemos visto lo que ocurrió con *La Dragonteia*. En 1598 da poder para gestionar las licencias a fin de imprimir *La hermosura de Angélica*, pero no se publica hasta 1602. —El ms. autógrafo de *El príncipe despeñado* está fechado en 1602 y lleva censura de 1607. —En un memorial de octubre de 1608 se queja de que han mandado recoger una comedia que había escrito de la conversión de San Agustín, de lo que le había resultado grande nota en su honor y reputación. «Pide que después de borrado lo que pareciese convenir, se le devuelva para reescribirla y así quedaría restituído en su honor y buena opinión». En el mismo escrito consta la resolución de «que no ha lugar». Ha de advertirse que ya entonces era familiar del Santo Oficio de la Inquisición (Rodríguez Marín, *NUEVOS DATOS...*, pág. 512). —En carta a don Antonio de Mendoza formula otra queja: «Las comedias de Alarcón han salido impresas; sólo para mí no hay licencia» (La Barrera, *NUEVA BIOGRAFÍA*, pág. 654 b.). —En carta de mayo de 1610 se queja de que por rivalidades entre representantes no den licencia para una comedia suya que estudiaba Riquelme. Pide la intercesión del Duque (*EPISTOLARIO*, vol. III, pág. 20). —La comedia de *LA NIÑEZ DEL PADRE ROJAS* dio ocasión a que en marzo de 1620 se sometiese a Lope a un minucioso interrogatorio acerca de lo que sabía de la vida del Padre Rojas. Sin duda al tribunal eclesiástico le pareció que se había excedido el autor en el panegírico que hacía de aquel insigne varón que todos habían conocido. Así, cuando la comedia se imprimió en 1625, dice Vargas Machuca en la aprobación: «Piadosamente se cree algo de lo que aquí escribe Lope de Vega».

¹⁸⁷ OS, vol. XIV, pág. xiv. En las notas a *LA JERUSALEN*, Lope da como fuente de este trozo a Tíbulo (OS, vol. XIV, pág. 518).

Perdona niño, más que el tiempo cano,
que me han cansado ya tus desvaríos;
templando voy aquel Argel tirano,
oscura cárcel de los años míos;
ya en el tusón de Hermengildo hispano
y en los dioses que echándose a los ríos
del temor de Titán, se hicieron peces,
al sol he visto treinta y ocho veces¹⁸⁸.

Vemos que entre el caos de hazañas y batallas y en la maraña de digresiones que dedica ora a hacer un resumen general de la historia de España, ora a elogiar a los escritores sus contemporáneos, no le falta ocasión para dar cabida a su ideas amorosas más íntimas.

Cuando escribía este poema, aprovechando la situación del rey don Alfonso subyugado por la hebrea Raquel, quiere justificar el predominio que sobre él ejerce el amor ilícito, muy superior al impuesto por los lazos conyugales.

Confieso, trato, que el amor acendras,
mas cuando todo fácil se descubre,
¡oh, qué tibieza, posesión, engendras!

.....

Amor ha de ser miedo, amor recato,
amor fruta cercada de altos muros,
amor ha de tener algo de ingrato;
no son bienes de amor si están seguros;
fúndese amor, cuanto quisiere, en trato,
como piensan amantes epicuros,
que no siendo amor Tántalo, no creo
que tenga vivas fuerzas el deseo¹⁸⁹.

Hállase en este poema el trozo biográfico tan conocido e impor-

¹⁸⁸ OS, vol. XV, pág. 229. Nótese el modo de indicar el año por medio de metáfora y de Aries o Piscis a que tan aficionado era el poeta.

¹⁸⁹ OS, vol. XV, pág. 291.

tante en que presenta a Lucinda acompañada de cinco hijos. Ella cuenta a Ismenia el comienzo de sus amores. Un príncipe, codicioso de gozar su hermosura, envía a Marcelo (Lope), un labrador de «altos pensamientos», portador de ricos dones para conquistarla; pero ella despreció el oro y dio preferencia al emisario, cuyo talle y discreción la cautivaron:

No andaba amor entonces descuidado,
que bien nos concertó los pensamientos,
el interés del príncipe mudado
en los que llama amor merecimientos:
yo pienso que primero concertado
fue de los celestiales movimientos,
que no es posible que tan presto agrade
lo que el cielo no influye y persuade.
Puso los ojos, y aun el alma puso,
él me decía que en mis ojos bellos
en muchos versos que a su honor compuso,
llamando sol azul la color dellos¹⁹⁰.

Esta situación nos recuerda aquellos primeros romances en que aprendimos cómo Belardo se presenta ante Celia en calidad de tercero y pasa a ser su enamorado. El influjo de los astros para concertar a los amantes lo aludió en el soneto a Marcio¹⁹¹. La circunstancia de que el nuevo amor le sacó del alma las memorias de Elena nos la refiere más adelante cuando para aplacar los celos de Lucinda, después de confesarle aquel amor primero tan persistente, le dice:

No hay hierba o piedra que el amor resista
como otro amor (advierte las historias
humanas y divinas) ni pudiera
vencer amor quien más amor no fuera.

¹⁹⁰ OS, vol. XV, pág. 186.

¹⁹¹ Véase más atrás, pág. 160.

Lucinda ya convencida, se entregó, y fruto del amor a que por largo tiempo ha vivido sujeta con estrechos lazos son cinco niños que esmaltan el prado. El escenario en que se desarrolla este episodio semeja evocación de un delicioso cuadro veneciano: con un fondo de tranquilo paisaje, sentadas en un prado junto a un arroyuelo que formaba mil caracolas, las dos bellas platican de sus amores. En segundo término, en sustitución de alados Cupidos convencionales, aparecen tres niñas en actitud reposada y dos rapacillos travesando, entregados a juegos propios de sus tiernos años. Escena de un realismo vivo, contemplado a través de la sensibilidad del profundo amor paternal que atesoraba el alma de Lope:

Volvió Ismenia los ojos y en el prado
vio tres hermosas niñas divertidas,
la mayor devanando un pardo hilado,
las otras dos de la cestilla asidas,
y a Lauro, ya rapaz, sobre un cayado,
con dos cuerdas de lana mal torcidas
haciéndole caballo, y el ameno
prado midiendo, por quebrarse, el freno.
El más tierno, desnudo le seguía,
y con alegre risa le animaba
con una vara, y el cayado hería
lo que por las espaldas le sobraba.
Asido a un hilo por el pie tenía
también un pajarillo que volaba,
pero por ayudar al otro hermano,
por el aire trocó la débil mano.

Conocemos los nombres de esos cinco niños por un documento de 1604¹⁹² en que se enumeran siete hijos de Micaela Luján y de su marido Diego Díaz cuando muerto éste, pide ella la tutela de los menores. En este caso la maledicencia está más cerca de la verdad que el documento judi-

¹⁹² Fue hallado por Rodríguez Marín, *BAE*. [RODRÍGUEZ MARÍN, F., «Lope de Vega y Camila Lucinda. Conferencia», *BRAE*, I (1914), 249-290 (280-285)].

cial y atribuye a Lope la paternidad de cinco de los siete hijos que allí se nombran: Mariana, Jacinta, Ángela, Juan y Félix; este último bautizado en Sevilla a 15 de octubre de 1603 como hijo de Diego Díaz después de muerto éste en Cartagena de Indias en enero del mismo año.

La mayor dificultad con que tropezamos para identificar a Celia con Lucinda estriba en que hasta ahora se ha sostenido que las relaciones de Lope con Micaela no habían empezado hasta 1599. Veamos en qué se funda tal afirmación. Rodríguez Marín descubrió en unos documentos sevillanos de 1603 y 1604 que Lope anteponía a su firma una M, que era la inicial de Micaela, quien por entonces le traía embelesado; corresponde a ¹⁹³. Esa M la encontró Américo Castro en comedias autógrafas fechadas entre 1602 y 1608, y no sólo va la inicial antepuesta a la firma, sino enlazada en varias rúbricas, señales de que Micaela era una obsesión. En un poder otorgado en octubre de 1598 la firma de Lope va precedida de las iniciales J. G. que corresponden a Juana de Guardo con quien en abril había contraído segundas nupcias. Pareció que esta unión excluía el trato con Micaela; como si Lope hubiera escrupulizado el asistir a dos mujeres a un tiempo. Igualmente en un documento notarial de 1594 firmaba anteponiendo la inicial de su mujer Isabel, cuando ya estaba perdidamente enamorado de Celia. De todos modos se tomó la fecha del citado poder como base para decir que hasta después de 1598 no se enamoró Lope de Micaela¹⁹⁴.

El mismo Américo Castro enumera hasta otra docena de comedias en que se desliza más o menos furtivamente el nombre de Lucinda, solo o acompañado del de Belardo, alusión indudable a Micaela. Esas comedias no llevan fecha, pero como según Castro el trato amoroso de Lope con Micaela fue a partir de 1599, ninguna de esas comedias, se dijo, puede ser anterior. Tal afirmación se basaba en una hipótesis, pero hizo fortuna y

¹⁹³ BAE, I, pág. [2]72 [RODRÍGUEZ MARÍN, F., «Lope de Vega y Camila Lucinda...», 272]. Lope alude a esa costumbre en la comedia *El domine Lucas* de 1593 (*AcadN*, vol. XII, pág. 75 a). También menciona ese uso en una carta al Duque de Sessa: «A mí me sucede lo que a los que firman con el nombre de lo que aman en la primera letra» (*Epistolario*, vol. IV, pág. 10).

¹⁹⁴ [CASTRO, A., «Alusiones a Micaela Luján en las obras de Lope de Vega», *RFE*, V (1918), 256-292].

ha sido aceptada por cuantos han tratado este asunto. El ilustre lopista Courtney Bruerton, que ha añadido a la lista de Castro algunas comedias más del tipo Belardo- Lucinda, llega a la conclusión de que cualquier obra en que haya clara referencia a Micaela no es anterior a 1599. Ninguna obra fechable antes de 1599 contiene ese personaje¹⁹⁵. Naturalmente, como que a cuanta comedia contiene el nombre de Lucinda se le asigna desde luego el año 1599 como término a *quo*. Y lo más curioso es que el mismo Bruerton y su colaborador Morley, al tratar de esas comedias, llegan a prescindir del criterio cronológico que tan minuciosamente han establecido basados en la métrica, y admiten el año 1599 como punto de partida para la fechación.

Veamos otros datos más precisos. G. de Amezúa ha dado a conocer *Una colección manuscrita de comedias de Lope de Vega* copiadas de los originales en 1762 por Ignacio Gálvez con «escrúpulo y fidelidad», descubrimiento muy importante en datos seguros para la vida y la obra del Fénix. Algunas de esas comedias incluyen la M que precede a la firma de Lope, y en tres de ellas, por lo menos, la fecha es anterior a la señalada por Américo Castro: *El amor desatinado* (inédita) de 4 de junio de 1597, *La bella malmaridada* de 17 de diciembre de 1596 y *El caballero del Milagro* con dos fechas distintas: en la cubierta dice «En Alba a 10 de noviembre de 1593», y al final «a 30 de diciembre de 1593», y todavía se repite en una nota del mismo, autor. El año queda bien asegurado. Pero al llegar aquí, a Amezúa le parece que la M inicial ha sido «puesta caprichosamente» por el copista «a imitación de otras anteriores». ¿Por qué esta duda, siendo Gálvez un copista tan escrupuloso?¹⁹⁶ Creo que tenemos que aceptar este testimonio y retrotraer a 1593

¹⁹⁵ HR, V, pág. 312 [BRUERTON, C., «Lope's Belardo-Lucinda Plays», *Hispanic Review*, V (1937), 309-315].

¹⁹⁶ A partir de la comedia *El cordobés valeroso* no vuelve Amezúa en el «Análisis bibliográfico alfabético» a consignar la M en cuestión, a pesar de que sabemos por posteriores autógrafos que se encuentra en otras varias. Supongo que Gálvez, que no las copiaba por orden alfabético, no dejaría de anteponer la M a la firma donde la hubiese. [Claro está que M. B. niegan que toda M. antepuesta a las firmas de Lope en comedias fechadas antes de 1599 se refiera a Micaela, sino a cualquiera que tuviera esa inicial en su nombre y sacan a relucir a Marcela Trillo de Armenta. Hay tantos nombres de mujer que empiezan por M. que pueda referirse ... Pero si admitimos una duda en las comedias fechadas antes de 1599, podríamos dudar que esa inicial descubierta en las obras a partir de esa fecha

el despertar del amor de Micaela en el corazón de Lope, esto es, el mismo año que nos sugirieron las manifestaciones literarias en que aparece Celia.

Este retroceder en unos años la intimidad del poeta con Micaela nos permite colocar con cierta amplitud la aparición de tantos hijos, fruto de aquellos amores. Se ha convenido en que la hermosa tardó bastante en entregarse y aun se dice que por lo menos se resistió hasta 1600. Esta esquivéz inspiró numerosos versos dirigidos a nombre de Celia y a veces de Lucinda. No se ha reparado en el absurdo que resulta de acumular los nacimientos de los cinco hijos, que figuran en *La Jerusalén* y en el documento de tutoría de Micaela, en los años comprendidos entre 1600 y 1603 fecha del bautismo de Félix, el menor de aquellos niños. Muy fecunda era Micaela, pero no tanto¹⁹⁷.

se refiera siempre a Micaela y no a Marfisa, Marta, María o a cualquiera otra enamorada de turno. Puestos a dudar hay que decir con Fray Antonio de Guevara «no haga hincapié en historias gentiles y profanas, pues no tenemos más certinidad que digan verdad unos que otros» [*Entre corchetes lo añadido por MG en 1953 a la primitiva nota, en De Lope de Vega y del romancero, p. 168*].

¹⁹⁷ Conocemos las partidas de bautismo de Félix y de otros dos hijos de Micaela y Lope nacidos después: en 1605 Marcela, en 1607 Lope. [Como muestra del esmero con que comentan M.B. mi estudio señalaré el párrafo que dedican a esclarecer esta duda mía, echando cuentas de que hubo bastantes meses para la posibilidad de que pareciesen esos cinco hijos. Quedo convencida, pero me atrevo a hacer otras sugerencias muy posibles: alguno de esos niños podría ser sietemesino con lo que ganaríamos un par de meses, y aún más si había gemelos. Y no habría así necesidad para mantener la fecha tope de 1599, suponer que en enero de ese año ya estaba totalmente entregada la bella. Yo había espaciado los años para aliviar un poco de trabajo a la pobre Micaela] [*Entre corchetes lo añadido, con no velado humor, por MG en 1953 a la primitiva nota, en De Lope de Vega y del romancero, pp. 168-169*].

[*En una nota redactada dos veces, luego desechada, para la reedición del artículo en De Lope de Vega y del romancero, María Goyri, insistía, en la parte final, en las mismas ideas que había manifestado en cartas a Amado Alonso y Mercedes Gaibrois (v. Introducción)*].

Tenemos por último que agradecer a M.B. una fe de erratas que hemos aprovechado en parte al reproducir el artículo, y no las he admitido todas porque algunas merecen más estudio y no es esta ocasión de discutir. Para mí estos estudios de erudición son un juego en que aprovechamos las obras de creadores de literatura; un juego al que hay que acudir con espíritu deportivo, jugar limpio y no preocuparse del resultado, que unos juzgarán blanco y otros negro. Todo será agradable a menos que los contendientes se den de patadas].

Para apreciar en el tiempo la producción literaria también favorece esa ampliación de fechas que evita amontonar tantas comedias fechables en 1599, supuesta aparición de Micaela, y 1603, primera lista de *El Peregrino*; no porque Lope no fuese capaz de escribirlas con tal rapidez, sino porque es extraño que se hayan conservado tantas obras probables de esos años, en contraste con la escasez de las que se aceptan de los años 1595, 96 y 97.

La intimidad del Fénix con Micaela podemos seguirla hasta 1607, nacimiento de Lope Félix de Vega y Luján, y prolongarla hasta 1608 en que, al firmar la comedia *La batalla del honor*, antepuso el autor a su firma la M denunciadora. A partir de esa fecha no volvemos a saber de Micaela; un olvido eterno la oculta. No acertamos a descubrir en los versos posteriores del poeta rastro de cómo acabó tan dilatado amor. Es más, cuando en obras tardías hace un resumen de su vida, pasa del enloquecimiento por Filis y sus desengaños, al amor torturado de doña Marta.

Una expresión dolorosa creemos descubrir en la epístola de 1620¹⁹⁸, contestación a Amarilis. Esta poetisa peruana¹⁹⁹ había oído lejanamente de

En la otra redacción:

Tengo por último que agradecer a los señores M. B. la corrección de algunas erratas que me advierten y que he aprovechado en parte. Algunas no son tales, sino cambios de parecer y esto exigiría mayor estudio y acabaríamos por repetir cada uno lo ya dicho, con hastío del lector. Para mí estos estudios de erudición a que nos entregamos sobre obras que han creado otros autores me parecen un juego al que hay que llevar un sentido deportivo. Jugar limpio y no molestarse por lo que hagan los contrincantes.

¹⁹⁸ La fecha se confirma en la misma epístola: «Marcela con tres lustros ya me obliga a ofrecérsela a Dios».

¹⁹⁹ La existencia de esta poetisa huanuqueña no hay por qué ponerla en duda como hicieron Asenjo Barbieri, Rennert y Castro y J. Millé; la sinceridad de la epístola afirma su autenticidad. Los historiadores difieren en cuanto al apellido de la poetisa: Mendiburu (*Diccionario Histórico-biográfico del Perú*) la supone hermana de una doña Isabel Figueroa, casada ésta con un rico hacendado de Huánuco. J. Toribio Medina (Prólogo y notas a la ed. de *Arauco Domado* de Pedro de Oña, pág. 11) dice acaso sea hija del poeta peruano Francisco de Figueroa. Menéndez Pelayo (*Antología de poetas hispanoamericanos*, vol. III, pág. clxix) elogia sobremanera la epístola y piensa que la autora, que se precia de ilustre abolengo, llevaría el apellido del capitán don Gómez de Alvarado, fundador de la ciudad de León de Huánuco. C. Oyuela abunda en la misma opinión. Sorprende que una mujer que habitaba a principios del siglo XVII en tan apartada región peruana, frontera de indios, tuviese noticia, no sólo de la obra del Fénix, sino de sus amores. Acaso la siguien-

Celia, amada de Lope, y a ella alude sabiendo que el poeta había celebrado «en persona de Angélica sus trenzas de oro, cejas y ojos bellos». Otra identificación más de Celia con Lucinda. Lope, que era a la sazón sacerdote, se desentiende diciendo:

Celias de solo el cielo me entretienen,
no las temáis, que Celias de la tierra
a ser infiernos de las almas vienen²⁰⁰.

Mal recuerdo conserva de la que durante tanto tiempo había sido su ídolo.

En la comedia *La cortesía de España* de h. 1609 hay incluido un curioso soneto muy significativo:

Quien no sabe del bien del casamiento
no diga que en la tierra hay gloria alguna,
que la mujer más necia e importuna
la vence el buen estilo y tratamiento.
Trasladar a los brazos soñoliento
un hijo en bendición desde la cuna
es la más rica y próspera fortuna
que puede descansar el pensamiento.
Necedad es sembrar tierras ajenas:
conoce el pajarillo el huevo extraño,

te sugestión podrá explicar el caso. Fray Diego de Hojeda, sevillano, autor del poema religioso la *Cristiada*, fue amigo de Lope de Vega como lo atestiguan unas quintillas de éste que figuran en los preliminares de aquella obra. Hojeda desempeñó importantes cargos en el convento de dominicos de Lima, pero luego fue perseguido por sus mismos compañeros de religión y enviado, a modo de destierro, al convento dominicano de Huánuco, donde según F. Meléndez, cronista de la orden, «murió en 1615 con fama de santo, consumido de trabajos que sufrió con admirable paciencia». Seguramente que en tan apartada región trabaría amistad el desterrado con aquella aficionada a la poesía, consagrada a Dios en «virginal estado» pero no monja, y hablarían de escritores y del mayor poeta que había entonces en lengua española. No sabemos la fecha de la epístola de Amarilis, pero desde luego estaba atrasada en punto a amores de Lope.

²⁰⁰ OS, vol. I, pág. 476.

y el amante engañado el hijo apenas.
Óigame aquel que se llamare a engaño:
los hombres hacen las mujeres buenas,
y sólo por su culpa viene el daño²⁰¹.

A primera vista este soneto parece algo caótico, y sólo cobra unidad encuadrado en un momento de reflexión en que experimenta el poeta un cambio en su sensibilidad erótica. Destaquemos el segundo cuarteto en el que triunfa una vez más su amor paternal cuando expresa tan llana y hondamente el placer que le inunda al coger en sus brazos desde la cuna al niño apenas despierto. Observemos que cuida de decimos que es un hijo «en bendición», lo que nos prueba que se trata de Carlos Félix.

El resto del soneto está dedicado a ensalzar el matrimonio, el vínculo que hasta entonces había considerado un yugo insoportable «cárcel de la libertad y abreviatura de la vida»²⁰². En *La Jerusalén*, que por rara casualidad salía a luz en aquellos días, había proclamado las excelencias del amor libre, del amor furtivo; ahora le parece necedad sujeta a engaño.

Conoce el pajarillo el huevo extraño
y el amante engañado el hijo apenas.

¿Le dio motivo Micaela para dudar que fuesen suyos todos los hijos cuya paternidad le atribuía en secreto, mientras que oficialmente eran inscritos con el apellido de Diego Díaz, el marido legítimo? Aquellos «dulces pajarillos» de que se apartaba con tanta pena al abandonar el nido sevillano, celoso de que otro pudiera disfrutarlo ¿es que no acertaba a discernir si eran suyos? Lo cierto es que tampoco de ellos volvemos a saber²⁰³.

Desaparecida Micaela, se opera en Lope un cambio de vida que no han tenido en cuenta sus biógrafos más atentos a los escándalos que a los hechos virtuosos; es el momento de cordura en que vuelve los ojos a su ho-

²⁰¹ *AcadN*, vol. IV, pág. 338a.

²⁰² *Epistolario*, vol. III, pág. 5.

²⁰³ Cuando Lope enviudó, y acaso ya muerta Micaela, se llevó a vivir con él a los dos hijos últimamente nacidos: Marcela y Lope.

gar legítimo y busca la tranquilidad de conciencia. El soneto transcrito es una prueba de ello, y otra más clara, por estar exenta de todo artificio nos la proporcionan las cartas al Duque de Sessa durante ese período. En ellas aparece con frecuencia el nombre de doña Juana «de quien ya la vejez me ha hecho galán» dice en una carta; la pobre está siempre achacosa; a su lado pasa él insufribles noches, pero todo lo lleva con paciencia a que le obliga «su mucha virtud y bondad», y si tiene que acceder a algún capricho, nos dirá: «todo lo sufro desde que me ha hecho padre». El hijo que había traído al mundo fue el encanto del padre y fuerte lazo que durante su corta vida retuvo al poeta sujeto a la vida familiar. También al Duque le cuenta una y otra vez las gracias de Carlitos. Todas esas intimidades prueban cuáles eran las preocupaciones familiares de Lope, que seguramente interesaría muy poco a su señor, más atento a las procacidades que para animarle en sus melancolías de perversión insatisfecha le escribía el complaciente secretario, dándole cínicos consejos en relación a los trapicheos del Duque con Floras, Jacintas y otras mujeres de toda laya.

Pero no hemos de seguir a Lope, que pronto vería deshecho su hogar por muerte de sus dos seres queridos, y cerramos el período de Celia-Lucinda²⁰⁴.

Queda sentado que el deleite sensual de la posesión de Micaela se prolongó en Lope de los 31 años a los 46, lo más granado de su virilidad. No habrá quien le tache de inconstante: diez años le duró el regusto de Elena, quince la plenitud gozosa de Micaela, y luego dieciséis el ensimismamiento y la solitud hacia doña Marta²⁰⁵.

El mal estuvo en que concurrieran paralelamente a estas pasiones siete años de cariñosa unión, nunca renunciada, con doña Isabel, quince

²⁰⁴ A ese período de asesamiento entre 1609-1612, pertenece una densa producción literaria con manifestaciones de arrepentimiento y mayor intensidad religiosa: *Los cuatro soliloquios* (1610), *Los Pastores de Belén*, especie de *Arcadia* vuelta a lo divino; y en el teatro *El caballero del Sacramento*, *La bella Ester*, *La buena guarda* y *Cardenal de Belén*.

²⁰⁵ Prescindo de otros amoríos de Lope, que serían muchos (tal catador era de deleites carnales), pero que no constituyeron verdadera pasión; así el amancebamiento con doña Antonia Trillo, el frenesí pasajero por Lucía de Salcedo y los ratos alegres que pasó con la generosa Jerónima de Burgos de la que nunca estuvo enamorado. Nada de esto trascendió a su obra literaria, y por lo tanto no nos interesa.

atendiendo con más o menos constancia a la achacosa doña Juana y finalmente veintiún años de sacerdocio agitado por remordimientos, desmayos e ímpetus divino. Y lo peor de todo para su fama es que lo contaba claramente, sin celar nada²⁰⁶.

Sin embargo no hay por qué rasgarse las vestiduras, que no es Lope de Vega un caso insólito, pues en todos los tiempos hay hombres mal avenidos con la monogamia, y la sociedad ha perdonado (en el sexo fuerte, se entiende) los «yerros por amores»²⁰⁷. Como en una ocasión escribió Menéndez Pelayo: «a los poetas, seres leves y alados, no hay que pedirles tanta cuenta de sus asuntos como de sus versos». Así entreguémonos al placer de paladear la dulzura con que nos regala Lope al convertir en maravillosas poesías los apasionados momentos de su vida.

En cuanto al hombre, pensemos piadosamente que obtendría el perdón de sus pecados, pues no le faltó en muchas ocasiones sincero arrepentimiento, y en los últimos años se entregó a la penitencia, sufrió con resignación las penas que le conturbaron como expiación de sus culpas, y en muchas ocasiones ungió los pies del Redentor con el bálsamo precioso de sus versos sacros.

²⁰⁶ Ya decía Quevedo: «Locos son estos hombres que se confiesan a voces».

²⁰⁷ No es necesario aducir pruebas, que llenas están las historias de nombres bastardos, hijos de católicos reyes, de ilustres príncipes de la Iglesia, de nobles y de varones de todas las clases sociales.

El Duque de Alba en el *Romancero* de Lope de Vega²⁰⁸

En el año 1590 Lope de Vega está en Toledo de vuelta de Valencia, después de haber cumplido los dos años del destierro del reino de Castilla a que había sido condenado por el proceso que se le siguió a causa de los libelos que había escrito contra la familia de su amada Elena Osorio²⁰⁹.

Andaba el poeta, como tal, escaso de recursos; largos años durante su juventud la obsesión de la pobreza se refleja en sus versos. Un testigo declara en el proceso que Lope no tenía «comodidad, ni oficio, ni trato ninguno de que sustentarse». En esa misma ocasión dice él que no trata en comedias pero que por su «entretenimiento las hace» e insiste «que no las da por interés» sino que las hace por su gusto a ratos ociosos. Sin embargo sabemos que de los escasos ducados que le producía la venta de esas obras a los autores de comedias, o sea directores de compañía, tenía Lope que sustentar su casa. Al llegar a Toledo tuvo que buscar acomodo, y, como ni en lo castrense ni en lo eclesiástico tenía cabida, hubo de acudir a servir a un señor.

No era ese oficio muy de su agrado; años adelante, en una de las ocasiones en que se sentía libre de servidumbre, escribe:

El vos con la ración adjetivado
súfralo un turco; mi razón no quiere
que la vuelva ración ningún ducado²¹⁰.

²⁰⁸ *Filología*, Buenos Aires, III (1951), pp. 185-200. Reed., con correcciones, en *De Lope de Vega y del Romancero* (1953), pp. 175-194.

²⁰⁹ Ese género de sátiras no debía de ser caso insólito, pues como aludiese Cervantes a Lope de Vega cuando al final del capítulo 1.º de la 2ª parte del *Quijote* dice: «Bien creo yo que si Sacripante o Roldán fueran poetas, que ya me hubieran jabonado a la doncella [Angélica], porque es propio y natural de los poetas desdeñados y no admitidos de sus damas... a quien ellos escogieron por señoras de sus pensamientos vengarse con sátiras y libelos; venganza, por cierto, indigna de pechos generosos». En *Las Zahurdas de Plutón* dice Quevedo por boca de un diablo hablando de los poetas: «Si las quieren a sus damas, lo más que les dan es un soneto o unas octavas, y si las aborrecen o las dejan, lo menos que les dejan es una sátira» (Clás. Cast., XXXI, pág. 150).

²¹⁰ «Epístola a Gregorio de Angulo». *Obras sueltas*, ed. de A. Sancha, tomo I, pág. 419.

De Lope de Vega y del Romancero

MARÍA GOYRI DE MENÉNDEZ PIDAL

EL DUQUE DE ALBA
EN EL ROMANCERO DE LOPE DE VEGA

DE FILOLOGÍA, AÑO III, NÚM. 3

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

INSTITUTO DE FILOLOGÍA ROMÁNICA

BUENOS AIRES

1951

Desdichadamente el Titán de las letras de nuestro período más brillante pasó casi toda su vida sometido a algún grande: primero al obispo don Jerónimo Manrique, a cuya protección renunció, y sucesivamente al marqués de las Navas, al de Malpica, al duque de Alba, al conde de Lemos y por último al duque de Sessa, que fue la colocación más duradera y de mayor subordinación.

Al poco tiempo de llegar a Toledo, por entonces antesala de la corte, en la que durante ocho años le estaba prohibido residir, entró a servir al caballero don Francisco de Ribera, el que luego sería segundo marqués de Malpica, al morir en 1601 su padre para el que había sido creado el título dos años antes. Asistió Lope a don Francisco mientras residió en Toledo o en el palacio que poseía en la próxima población de Malpica, solar de donde tomó nombre el marquesado. Seguramente acompañó también a su señor en viajes a la corte, pues allí fechó en 2 de junio de 1590 la comedia *El príncipe inocente*²¹¹.

No debió Lope durar mucho en el servicio de don Francisco de Ribera, porque éste se estableció en la corte como pretendiente y llegó a ser nombrado, algún tiempo después, gentilhombre de Felipe II. Como se ha dicho, Lope, por su situación de desterrado, no podía permanecer en Madrid.

En julio de 1590 nuestro poeta en compañía de su mujer se establece de asiento en Toledo, donde alquiló por un año una casa en la calle de la Sierpe. En el contrato de inquilinato consta que en esa fecha seguía al servicio de don Francisco²¹². Pocos días después toma Lope como criado por seis años, mediante contrato en toda regla, al niño de ocho años Francisco, hijo de Luisa de Vega, sobrina de Lope. No comprendemos qué servicio podía prestar en tan tierna edad: haría compañía a doña Isabel e iría a recados con la aceitera y el jarro cantando por las calles de Toledo «La estre-

²¹¹ Esta obra permanece inédita en la copia hecha en el siglo XVIII, por Ignacio de Gálvez sobre manuscritos de Lope, colección de que nos ha dado noticia el insigne erudito A. G. de Amezúa [*Una colección manuscrita y desconocida de comedias de Lope de Vega* (Madrid: CSIC, 1945)].

²¹² Francisco de B. San Román, *Lope de Vega, los cómicos toledanos y el poeta sastre* (Madrid: Góngora, 1935), pág. 6.

lla de Venus» o cualquiera de aquellos romances que se oían a todas horas. Del niño Francisco no hemos vuelto a saber nada. De su madre, Luisa de Vega, se acordó muchos años después (1613) doña Juana de Guardo, dejándole en su testamento unos chapines con virillas de plata, lo que prueba que habían perdurado las relaciones familiares.

Ya en el verano de 1590, encontró Lope en el mismo Toledo nuevo señor, en cuyo servicio había de estar más de cuatro años: era el joven don Antonio, quinto duque de Alba. Como es personaje que figura mucho en varias obras que el poeta escribió en aquellos años, daremos algunas noticias de su vida juvenil.

Don Antonio Álvarez de Toledo era hijo de don Diego de Toledo, condestable de Navarra por su casamiento con doña Brianda de Beaumont, condesa de Lerín. Murió don Diego en 1583, cuando su hijo tenía 15 años. Estando éste abocado a heredar el ducado de Alba, porque su tío don Fadrique, el 4º duque, había visto morir a su hijo único, creyó doña Brianda provechoso enviar al adolescente desde la residencia condal, a educarse en la corte bajo la vigilancia de su tío, el Prior de San Juan, don Hernando de Toledo (hijo bastardo del Gran Duque don Fernando), de quien podría aprender virtud y esfuerzo militar.

Encontróse muy a gusto el forastero entre aquella bullanguera juventud madrileña que tanta preocupación causaba al rey Prudente, y contra la que nada aprovechaban las sanciones de prisión y destierro que con frecuencia se imponían.

Don Hernando, que con el nombre había heredado el férreo carácter de su padre, intentó enderezar los pasos de su pupilo, el cual llevaba, según decía, «vida harto libre». Nada consiguió el Prior, sino que aprendiese disimulo e hipocresía, que es el resultado de enfrentarse un educador inflexible con un educando tímido y flaco de voluntad.

Por aquello de «casarás y amansarás» trató don Hernando de buscarle un buen partido, cual convenía al esclarecido linaje de Alba. Fijose en doña Catalina Cortés de Ribera, hija del viejo duque de Alcalá, que residía en Sevilla, la cual a su lozana juventud de 17 años unía una dote considerable. D. Antonio, que era «blando de condición» y que, según sus palabras, sentía por su tío «un miedo reverencial», se sometió a lo dispuesto y otorgó

un poder en mayo de 1589 para que se celebrase su enlace en Sevilla. La boda se retrasó y quizá influyó en ello el caso que cuenta Juan Rufo en una de sus apotegmas: «Túvose por cierto que un gran señor trataba de casar la heredera de su casa con el duque de Alba don Antonio, y que la mayor dificultad que en tan gran casamiento, por todas partes se ofrecía, era que el otro quería que el duque firmase su título y luego duque de Alba. Oído lo cual dijo: «eso fuera hacerse el alba puesta de sol»»²¹³.

Don Antonio aprovechó la ocasión y en 5 de diciembre revocó el poder a espaldas de su tío. Sabedor éste de tal desacato, amenazó al sobrino con echarle de su casa y obligarle a residir en Alba, que era el castigo que más temía.

Intentó don Hernando buscar otra novia; entre las que podían convenirle se encontraba doña Mencía de Mendoza, hija del duque del Infantado. Hacía tiempo había propuesto este enlace el almirante de Aragón don Francisco de Mendoza, tío de la novia; pero habiéndola conocido don Antonio durante las fiestas que se celebraron en Toledo con motivo del traslado del cuerpo de Santa Leocadia en 1587, no fue de su agrado. Por ello el duque del Infantado dijo a su hermano que cesasen aquellas pláticas.

Don Hernando, después de pasar revista a varias posibles novias, insistió en la conveniencia de la boda con doña Catalina, la sevillana, y forzó a su sobrino a otorgar nuevo poder en enero de 1590 para que en representación suya se casase el Asistente de Sevilla. No sabemos por qué este poder no se envió hasta el 9 de julio, ni nos explicamos cuál era el motivo para que la boda se hiciese por poder. ¿Exigencias del inflexible Prior? Lo cierto es que, precipitadamente, dispensadas las amonestaciones, el 18 de julio a las 2 de tarde se realizó en Sevilla con toda solemnidad el enlace del duque de Alba representado por el Asistente de Sevilla don Francisco de Carvajal.

Entre tanto don Antonio manifestaba su descontento, diciendo que antes de casarse con doña Catalina, se iría a Flandes a que le diesen un arcabuzazo o se tiraría a un pozo. Aprovechando semejante estado de desesperación en que se hallaba el de Alba, el Almirante de Aragón, volviendo a su antigua idea, arregló la boda con su sobrina doña Mencía, que fue esta

²¹³ Juan Rufo, *Las seiscientas apotegmas*. Ed. *Bibliófilos españoles*, pág. 41.

vez aceptada por don Antonio, quien dejándose llevar, como de costumbre, de consejo ajeno, volvió a revocar el 18 de julio, a las cuatro de la tarde, el poder en virtud del cual se había casado dos horas antes. Ahora todas las negociaciones se llevaron a cabo con toda diligencia: el día 20 se aceptó la condición de que la dote se entregase a plazos (uno de los principales impedimentos alegados por don Hernando, además de parecerle exigua la suma). El día 23, acompañado del Almirante de Aragón, del de Castilla, del duque de Pastrana y de su hermanastro, el joven don Diego de Toledo, se dirigió don Antonio a Guadalajara donde en el suntuoso palacio ducal se celebró la boda, y aun dicen que se consumó el matrimonio.

La noticia del casamiento en Sevilla y la de Guadalajara llegaron a la corte casi a un tiempo: el escándalo fue enorme, la cólera del pundonoroso Prior incontenible. El rey Felipe II tomó cartas en el asunto: mandó que el duque de Alba fuese encerrado en el castillo de la Mota de Medina, y cuantos habían tomado parte en aquel negocio fueron llevados presos a distintos lugares²¹⁴. El duque del Infantado tuvo por prisión su propia casa en la que había de custodiar a la recién casada²¹⁵.

El bígamo delincuente salió pronto de Medina, pero quedó confinado a vivir en determinadas residencias de su propiedad y sujeto a un largo proceso que duró cuatro años.

Tales eran las circunstancias del señor al cual hacia fines del verano de 1590 entró a servir Lope de Vega, quien con su exuberante imaginación, infundiendo calor pasional, había de convertir en materia poética unos sucesos que no pasaban de ser una insensatez.

Es corriente decir que Lope sirvió al duque de Alba de secretario, pero los documentos que hasta ahora conocemos no le llaman sino gentil-hombre y con ese título figura como padrino de un niño bautizado en Alba a principios del año 1595, meses antes de abandonar aquella ciudad. Sólo

²¹⁴ Don Diego de Toledo no fue castigado, sin duda por su corta edad: sólo tenía 17 años. En cambio Don Francisco de Mendoza, como principal instigador sufrió prolongada prisión, durante la cual perdió la hacienda y la salud y dio comienzo a los sinsabores de su larga y azarandada vida.

²¹⁵ Los datos de las bodas los tomo de una copia del proceso existente en la Biblioteca Escorialense N. 1. 4. En el archivo de la casa de Alba habrá seguramente más noticias.

Pacheco en la suscripción del retrato le llama «gentilhombre y secretario». El primero de esos cargos era de categoría inferior, según se desprende de una carta de Lope al duque de Sessa cuando llevaba 25 años sirviéndole de secretario²¹⁶. De ella se deduce también que el secretariado no recibía un sueldo fijo, sino mercedes del señor, y aunque como en el citado caso de Lope, eran a veces incontables, la irregularidad con que se otorgaban las hacía ineficaces. Lope cobró siempre salario de la casa de Alba según acreditan un recibo que se refiere al año 1591 publicado por Américo Castro²¹⁷, y el poder otorgado en Alba en 1595 para que Antonio de la Fuente cobrase los salarios que le adeudaba el duque²¹⁸.

Durante el tiempo que Lope sirvió en la casa de Alba, era secretario Jerónimo de Alceo o Arceo, quien como tal figura en el citado proceso de las dúplices bodas y en la Elegía a la muerte del malogrado don Diego de Toledo²¹⁹.

En cuanto Lope fue acogido por el duque de Alba, empezó a escribir obras a devoción de su señor. De ellas se conserva la égloga *Albanio*, la comedia *Los amores de Albano y Ismenia*, ampliación del asunto de la égloga, un poema descriptivo de *La Abadía*, la novela pastoril *Arcadia* y la comedia del mismo nombre (estas dos últimas terminadas después de cesar sus servicios en Alba), y variedad de sonetos, canciones y romances.

Entre todas esas obras ahora sólo atenderé a los romances. Envueltos éstos en la anonimia es siempre aventurado el atribuirlos a determinado

²¹⁶ En carta del año 1630 pide Lope al Duque que le señale «algún moderado salario, que con la pensión que tengo ayude a pasar esto poco que me puede quedar de vida... La dificultad no lo es, pues con pasarme de la *merced* al *vos* [recuérdese el *vos* de la epístola a Angulo] y escribirme en los libros está vencida. Las que Vex^a me hace todos los años mayores son que lo que puede señalarme; luego comodidad será reducirlo a número determinado». (*Epistolario* de Lope de Vega, publicado por A. G. de Amezúa, IV, pág. 144).

²¹⁷ *RFE*, t. V, pág. 403 [CASTRO, A., «Alusiones a Micaela Luján en las obras de Lope de Vega», *RFE*, V (1918), 256-292].

²¹⁸ *RFE*, t. XXV, pág. 504 [SALAZAR, M^a de la C., «Nuevos documentos sobre Lope de Vega», *RFE*, XXV (1941), 478-506].

²¹⁹ Jerónimo de Arceo o Alceo está representado en la novela *Arcadia* (OS, VI) con el nombre de Alcino: «el más amigo pastor y fiel secretario, y por más deudo y obligación de cuantos en todo el valle comunicaba con Anfriso» (pág. 7). Lope le pinta de bastante edad (pág. 96), poco aficionado a músicas ni a escuchar poesías (págs. 108-110).

autor. El estilo es norma vaga, pues es difícil distinguir entre varios autores de la misma época que siguen una moda y tratan iguales asuntos en composiciones sencillas. El nombre de Albanio que se da al protagonista en algunos romances no era privativo del duque don Antonio, sino común a otros antecesores suyos, por ser el que se les otorgó entre los árcades en las solemnidades literarias que se celebraban en ciertas ocasiones en la magnífica residencia ducal de la Abadía²²⁰. Hay también que proceder con cautela para seleccionar los romances en que Albanio aparece preso y perseguido a causa de una mujer despechada por haber sido desdenada, pues el 4º duque, don Fadrique de Toledo, tío de don Antonio, se había visto en trabajo análogo²²¹. Me limitaré a señalar como romances alusivos al 5º duque los que encuentre apoyados en otras obras de Lope de Vega, aprovechando también nombres y rasgos descriptivos.

²²⁰ La Abadía, «la mejor huerta de España» según don Luis Zapata, era una magnífica posesión situada en los límites de Extremadura, minuciosamente descrita por Lope de Vega en un poema de 55 macizas octavas. El palacio se hallaba rodeado de muy ornados jardines que le daban el aspecto de una «villa» italiana del Renacimiento. Alojó a personas reales, entre ellas al rey Católico que estuvo allí para distraer con la caza las penalidades de su última enfermedad. Más tarde la reina viuda doña Juana se retiró a esa finca para descansar de los trabajos de la regencia que le encomendó Carlos V durante su ausencia.

²²¹ Doña Magdalena de Guzmán, dama de la reina Isabel de Valois, reclamó contra don Fadrique de Toledo, alegando que le había dado palabra de casamiento. Negó el acusado; se querelló la desdenada dama estruendosamente, alborotando palacio y hubo de intervenir Felipe II, mandando a don Fadrique que se casase. Ante la desobediencia del caballero, fue aprisionado. Sintiose ofendido su padre el Gran Duque de Alba; se retiró de la corte y para quitar toda posibilidad de que su hijo fuese obligado a contraer matrimonio con quien no le igualaba en jerarquía, arregló sacarle una noche de la prisión, llevarle a Alba, donde todo estaba preparado, y le casó con doña María de Mendoza. Al amanecer el día volvió don Fadrique a su prisión. Como resultado de esta hazaña se redoblaron los castigos del rebelde y el padre fue llevado preso a Uceda, de donde no salió hasta que el rey le necesitó para que dirigiese la guerra de sucesión en Portugal, a la que llevó, según el mismo duque decía, «arrastrando cadenas». Varios romances, y no de Lope, hacen referencia a estos sucesos, entre otros el que empieza: «Con la luz del alba hermosa» que refleja los momentos en que el recién desposado, después de la noche de bodas, tiene que dejar los regalos de la novia *por largas prisiones*.

ROMANCE 1º. *Sobre unas tajadas rocas*

En estilo alegórico, poco usado por el poeta en esta clase de composiciones, representa la generosa acogida que le dispensó el duque de Alba cuando se hallaba en situación angustiosa, perseguido por sus enemigos, sin haber podido obtener indulto de su destierro.

Una águila fiera, en lo más alto de las peñas, tiene entre sus garras un tierno cordero al que destroza cruelmente.

Ya le esconda el corvo pico
entre la lana y las venas,
y por el aire medrosas
las blancas vedijas vuelan.

Albanio que andaba de caza y apartado de los suyos en persecución de un cerdoso jabalí, asoma cabalgando en un bayo a la jineta. Alza los ojos y al contemplar la crueldad del águila, dispara contra ella y la mata. Cae balaando el cordero, Albanio le estrecha contra su pecho y compara su pena con la propia:

Iguales somos, le dice,
en la fortuna y en penas.
De otras uñas me escapé
que vida y alma penetran...
Tirse me rompió mi alma
con pico y crueldad inmensa,
siendo cordero en la culpa;
malgrado a tanta paciencia.

Mucho halagaba a Lope esta paridad de situaciones que le parecía disculpar la suya: ambos estaban desterrados por sendas mujeres ofendidas.

Tras esto Albanio le brinda su protección:

Ven conmigo, prenda cara,

dueño cobras, padre heredas;
desde hoy te ofrezco regalo
que basta a tu herida tierna...
mas ofrézcote la yerba
de mis jardines y huertas,
el amparo de sus sombras,
la piedad de quien te lleva.
Daréte yo el pan de leche
de mi mano y de mi mesa.

La protección del duque duró más de cuatro años.

Para la identificación del romance, aparte del asunto, tenemos algunos detalles: la adjetivación, la descripción de «las rocas cubiertas de ovas, peinadas» recuerda «los riscos cubiertos de moho» de la *Arcadia*²²², el nombre del protagonista, el de Tirse que como poderoso perseguidor de Albanio aparece en varias obras manifiestamente dedicadas al duque.

El romance debió de escribirse (invierno de 1591) a poco de entrar Lope al servicio del duque y como muestra de agradecimiento. Se publicó en la Sexta parte de *Flor de romances* de la que se conserva edición de 1593. Pasó luego al *Romancero General* de 1600 (f^o 186) y a otros *Romanceros* del siglo XVII. Durán lo incluyó en su *Romancero* de 1829 (t. II, pág. 165) y luego en 1861 en la *Bib. Aut. Esp.*, IX. Hoy puede leerse en la edición del *Romancero General* de 1600 hecha por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas en 1947 (n^o 442).

Se conserva otra versión vieja, que ofrece pocas variantes, en el cartapacio de Mateo Rosas de Oquendo (Ms. n^o 19.387) de nuestra Biblioteca Nacional.²²³

²²² OS, VI, pág. 118.

²²³ Sacándolo de la anonimia lo publiqué en *Correo erudito*, 1943, III, pág. 193.

[Ya impreso este artículo, llega a mis manos el libro de J. F. Montesinos, *Estudios sobre Lope* (El Colegio de México, 1951), reimpresión de los importantes y sugestivos estudios que había publicado en diversas ocasiones sobre este autor. En un *post scriptum* (pág. 275) copia los versos de *La Abadía* como aclaratorios de los romances de Albanio, invitando a que dé más explicaciones quien disponga de más datos sobre la vida del duque de Alba. En las adiciones que pone al final del libro considera poco segura la interpretación aque

ROMANCE 2º. *Vestido un gabán leonado.*

El color leonado era alegoría de tristeza, y vestido de este color retrata Lope de pastor a su dueño en varias de las obras en que aparece ausente de su amada, preso y perseguido.

¿Quién pensara, *claros ojos*,
que tantos pasados gustos,
sin acabarse la vida
los acabase *quien pudo*?

Encontramos en esos versos la alusión a los *claros ojos*, epíteto con que distingue a Doña Mencía en diversas ocasiones. Sabido es que los ojos son para Lope el rasgo distintivo en los retratos que nos ha dejado de mujeres de la realidad. Otra alusión es a ese poderoso que puede imponer su voluntad para que Albanio siga ausente de su amada.

Si ella no hace mudanza todo acabará bien.

Que a la mayor tempestad
sale el sol más claro y rubio;
ni hay guerra de quien no tenga
la paz coronados triunfos.

Entre tanto le brinda una de esas espléndidas «ofrendas de enamorado», tema renacentista, derrochado por Lope en tantos versos. Tras de

doy al romance «Sobre unas tajadas rocas» (pág. 225). Igual incredulidad muestra sobre otras atribuciones hechas por distintos estudiosos de Lope. Ciertamente es siempre aventurado sacar poesías del anonimato; pero ya en 1935 decía yo: «Estando los romances en la categoría de bienes *nullius*, no pecamos gravemente en atribuirlos al autor que nos parece que posee títulos para ello. Si luego otro investigador encuentra algún poeta con mejor derecho, nada se habrá perdido, que es una propiedad que no prescribe» (*Esta nota figuraba como adición final en la edición de 1951. En 1953, al remitir a J. M. Blecua una separata corregida para su publicación en «De Lope de Vega y del Romancero», MG indicaba que debía trasladarse a este lugar. Sin embargo, ignoramos por qué razones, la nota fue omitida.*)

los ricos dones orientales²²⁴ se enumeran los rústicos, con el gusto de lo concreto tan propio de Lope:

Tormes te dará sus peces
en cestas de mimbre y juncos,
y sus novillos el Tajo
antes del hierro y el yugo;
el aire los ruisiñores
y los árboles su fruto.
Abril sus flores y rosas
y sus blancas mieses Julio.
Ya sabes, zagala hermosa,
que puedo más que presumo
y que no tengo temor
de competidor ninguno.
Con infinito ganado
del Tormes la orilla cubro
y los montes de Navarra
que a mis padres dan tributo...

Este alarde tiene la justificación de que en Don Antonio se acumulaban la gran hacienda del ducado de Alba y la del condado de Lerín, propio de los condestables de Navarra.

Este romance se publicó en la séptima parte del *Romancero General* de 1600 (núm. 569 de la edición de 1947). En la novena parte (núm. 165) se repite el romance con notables variantes.

ROMANCE 3^o. *Bajo las escasas sombras.*

²²⁴ Gerardo Diego, en el estudio de la *Elegía a la muerte de Doña Isabel de Urbina*, compuesta por Pedro de Medina Medinilla [Égloga en la muerte de Doña Isabel de Urbina, ed. y pról. Gerardo Diego (Santander, 1924)] piensa que a ese poeta pudiera pertenecer el romance de que tratamos por la enumeración de dones orientales a que era aficionado; pero no excluye la posibilidad de que sea del Fénix, y ciertamente más pruebas tenemos de esas riquezas orientales en las enumeraciones lopianas.

Consta de dos partes: en la primera, la más extensa (52 versos) de tono lírico, lamenta Albanio su triste suerte; la segunda (22 versos) cuenta un suceso hazañoso del mismo Albanio.

Sitúa la escena en un sobrio cuadro de paisaje agostizo en el que reconocemos los lejos de la villa de Alba. Aquí el poeta no se inspira, como lo hará otras muchas veces, en las frondosas alamedas que bordean el Tormes, y en sus islas de arena, sino que, recién venido, se sintió impresionado ante el agreste panorama que se alcanza a descubrir desde la colina donde se alzaba el suntuoso palacio ducal: al frente de la sierra, que con viva imaginación la pinta como guarida de leones y otros animales salvajes, y más cerca los montes que limitan el feraz valle y que se yerguen a modo de guardianes del desterrado Albanio.

Entre metáforas y reticencias nos da a conocer la íntima situación de Don Antonio, al que asaltan

vivas memorias de Ismenia
que como son prendas nobles
con más vigor le atormentan.

Sabemos por el proceso antes citado el motivo histórico de la persecución; pero Lope conoce que la verdadera causa del insólito delito estribaba en la condición irresoluta del Duque, en la falta de voluntad, y nos lo expresa en estos cuatro versos de estilo enfadoso jugando con el vocablo, estilo que estuvo de moda en un momento del romancero nuevo:

No me culpes de mi culpa,
si es culpa por alma ajena
engañar mi voluntad,
que a voluntad se hace fuerza.

Y sigue aludiendo a las incertidumbres por que pasó durante tanto tiempo:

Mas gracias al cielo justo
que de aquel mar de sospechas

salí mirando tu luz,
cortando sus olas fieras;
y del agua que en olvido
me anegaba, saqué afuera
de mi barquilla medrosa
el agua que me la anega.

Tenemos aquí usado por primera vez el tema de la barquilla, del que tanto partido sacó Lope.

En la segunda parte del romance, Albanio hace frente a un espantoso león que llegado de la sierra, irrumpe en palacio. La fiera, siguiendo el instinto, que tradicionalmente se le atribuye, de respetar al noble, se humilla a los pies de Albanio. Éste observa que a poco recobra el león su bravura, y viendo acercarse a Belardo, le hace señas para que se aleje, librándole así del peligro. El relato puede serlo de un sucedido, y el león no necesitaba venir de la fantaseada sierra, sino de la colección de fieras que, como toda mansión señorial, sabemos por documentos publicados que se mantenía en la nobiliaria posesión²²⁵.

Lope no olvidó el susto, y años más tarde rememoró el suceso en la comedia *Arcadia*. Cardenio, apellidado el Rústico pero de grande ingenio (= Lope), agradece a Anfriso (= el Duque) haberle defendido:

Que me ha enternecido Anfriso
y le tengo obligación
pues diera pasto a un león
un día en Valdenarciso,
si él con su honda y su cayado
no le aventara de allí.
Agradecido nací,
a Anfriso estoy obligado²²⁶.

Creemos ver una representación gráfica del episodio del león en un ingenuo dibujo antiguo publicado por Xristina Arteaga en el *Diario del*

²²⁵ Sobre esta anécdota y otras de leones domésticos publiqué unas noticias en el n.º 9 de *Clavileño* (1951) [«Leones domésticos», *Clavileño*, II (1951), núm. 9 (mayo-junio)].

²²⁶ *Obras de Lope de Vega*, AcadN., V, pág. 715.

viaje a Alemania del venerable don Juan Palafox. Es un retrato del duque Don Antonio con un león echado a par de él. El señor hace señas con una mano a alguien que no se ve y con la otra apunta a la fiera²²⁷. ¿Será dibujo del propio Lope? Según nos dice en una ocasión, aprendió a pintar con su padre, y sabemos que fue muy aficionado a esbozar dibujos en sus manuscritos. Al frente de la primera edición de la *Jerusalem* (Madrid, 1609) insertó el retrato de Alfonso VIII de cuerpo entero con la inscripción: «Lope de Vega Carpio d[elineavit]».

El romance fue publicado en la Novena parte del *Romancero* de 1600. En la edición de 1947 lleva el número 749. Ya Gallardo se lo atribuyó a Lope de Vega en las anotaciones que puso al ejemplar del *Romancero General* de 1604 que fue de su propiedad y hoy se conserva en nuestra Biblioteca Nacional (U. 1302).

ROMANCE 4^o. *Mirando un corriente río.*

Pertenece como los dos anteriores al ciclo que podemos llamar de Albanio e Ismenia, estrechamente relacionado con la égloga y la comedia en que los protagonistas llevan esos mismos nombres.

Albanio ya libre de prisión se despide para ir a ver a Ismenia.

Adiós, adiós claro río
buen testigo de mis ansias,
que ausente Ismenia me dieron
celos, que sospechas bastan;
ya puedo partir a vella,
y de una prisión tan larga
ofrecerle las cadenas
como a templo de mi alma ...
Esperadme, claros ojos ...
Dejo a Tormes invidioso,
parto a Henares que me llama.

²²⁷ El retrato lo reproduce en el citado artículo del n.º 9 de *Clavileño*.

Siempre alentó a Albanio la esperanza, como expresó en el romance 2º y ahora confirma en el estribillo de éste:

Que si así el tiempo pasa
ni el mal puede durar,
ni el bien se tarda.

Análogos conceptos encontramos en la *Descripción de la Abadía* donde Albanio, «joven y tierno», padece de mal de ausencia:

Estoy ausente, preso y desterrado,
envidioso de Henares que te tiene,
aunque de mis tristezas consolado,
que después de las nubes, el sol viene²²⁸.

Podríamos fechar este romance en 1593, año en que el largo proceso entablado por el duque de Alcalá se falló en favor de Don Antonio y pudo reunirse con doña Mencía²²⁹.

Se imprimió este 4º romance muy pronto, pues se halla en el *Romancero de Barcelona* y en un romancerillo impreso en Valencia en 1593²³⁰. Está en el *Romancero* de 1600 (núm. 557 de la ed. de 1947). Montesinos lo estudió en *RFE*, 1926, XIII, págs. 139-176. Gallardo fue el primero en atribuirlo a Lope en las anotaciones de su ejemplar del *Romancero* de 1604.

ROMANCE 4º. *Albanio un pastor de Tirse*.

La amada de Albanio se llama aquí Cardenia. El cambio de nombre significa poco, pues acaso figurase originalmente el de Ismenia, sustituido luego en transmisiones sucesivas. De todos modos se aparta poco de los

²²⁸ *Obras sueltas*, IV, pág. 357.

²²⁹ Para entonces ya había muerto el Prior de San Juan y doña Catalina de Ribera se había casado con el que andando el tiempo fue el Gran Duque de Osuna, pero que a la sazón era un mozo jaranero.

²³⁰ Véase *RHi*, XXIX y XLV [FOULCHÉ-DELBOSC, R., ed., «Romancero de Barcelona», *RHi*, XXIX (1913), 121-194; y FOULCHÉ-DELBOSC, R., ed., «Les Romancerillos de la bibliothèque ambrosienne», *RHi*, XLV (1919), 510-624].

anteriores romances. Se reduce a quejas del enamorado al ver que no acude su pastora porque la apartan de sus ojos. Ahora, para mayor desdicha, llega un mensajero con una triste nueva:

Partirte mandan, Albanio,
le dice, de aqueste valle;
Tirse lo manda, que puede,
mas no me dice a qué parte.

Idéntica situación se repite en la *Arcadia* y en los *Amores de Albanio y Ismenia*.

Abundan los versos líricos ingenuos:

De tropel las ovejuelas
unas beben y otras pacen...
Albanio, viéndose solo
dice y mira a todas partes...
—Paced la menuda yerba
mientras que su prado esmalte
y bebed del agua fría
que del alta sierra nace,
y a mí sin ver a Cardenia
sustento y vida me falte.

Este romance se publicó en la parte sexta del *Romancero* de 1600. En la edición de 1947 tiene el número 441.

Desde luego, otros romances se podrían encontrar en la obra de Lope que se refieran al duque de Alba Don Antonio, pero sin alusiones biográficas; tal ocurre con el que en la *Arcadia* (22) pone en boca de Anfri-so, «Amada pastora mía», largo romance (102 versos) de tono puramente lírico y artístico con enumeraciones y recapitulaciones, que podría referirse a cualquier enamorado sin la atribución que tiene en la novela²³¹.

²³¹ *Obras sueltas*, IV, pág. 371.

MARIA GOYRI DE MENÉNDEZ PIDAL

LOS ROMANCES DE GAZUL

De la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, año VII, 1953, núms. 3-4
(Homenaje a Amado Alonso, tomo segundo)

EL COLEGIO DE MÉXICO
M É X I C O , D . F .

HARVARD UNIVERSITY
CAMBRIDGE, MASS.

Los romances de Gazul²³²

En los dos últimos decenios del siglo XVI el Romancero adquiere nueva vitalidad merced al gusto que se despierta por el cultivo del romance en los poetas jóvenes que habían de elevar a la mayor altura nuestras letras. Siguen escribiendo romances sobre personajes históricos y asuntos legendarios españoles y extranjeros (el rey Rodrigo, los condes de Carrión, el Cid, Carlomagno, Eneas), pero aparecen nuevos asuntos: de cautivos, forzados, capitanes africanos, y especialmente el género morisco que durante unos pocos años tuvo exuberante proliferación.

Es corriente considerar los romances moriscos como una variación de los fronterizos, y acaso contribuyó a esta confusión Ginés Pérez de Hita, que en las *Guerras civiles de Granada* (1595)²³³ mezcló los dos géneros para ilustrar su obra, sin hacer distinción entre los romances viejos tradicionales y los recién compuestos (a veces llama viejos a estos últimos), alterándolos o imitándolos a su albedrío. A poco que nos fijemos, hallaremos cuán diferente es la inspiración de unos y la de otros, hasta el punto de que realmente no tienen de común sino algunos nombres más o menos arabizados de personajes y de costumbres. En los romances fronterizos se relata brevemente una acción bélica ocurrida en la frontera (de ahí su denominación) o el efecto por ella producido entre los dos pueblos contendientes. Son verdaderos noticiarios de sucesos, siendo éstos a veces de tan escasa importancia que los cronistas contemporáneos no los mencionan. En los romances moriscos hay también disputas entre rivales, pero no se trata de conquistar o defender fortalezas, sino damas; el móvil suele ser los celos o los desdenes. Los protagonistas se comportan como caballeros enamorados que se desafían de palabra. En muy pocas ocasiones llegan a combatir. La descripción de fiestas, la enumeración de vestiduras con alarde de nombres árabes (albornoces, almaizares, marlotas, jacerinas, alquiceles), los ricos jaeces, las medallas, los motes y las empresas dan brillantez y un tono jovial a los relatos.

²³² Nueva Revista de Filología Hispánica, VII (1953), pp. 403-416.

²³³ Citaré siempre esta obra por la edición de Paula Blanchard-Demouge, Madrid [Centro de Estudios Históricos], 1913[-1915].

Los poetas no tenían que inventar todo este ambiente festivo, ni buscarlo en la tradición mora. Hacía tiempo que los cristianos, aun antes que hubiesen terminado la Reconquista, habían adoptado trajes e imitado festejos de los musulmanes. Los juegos de cañas, que vinieron a sustituir al romper lanzas en los torneos, fueron número obligado en todos los festejos públicos durante muchos años, y en ellos los caballeros montaban a la jineta y calzaban borceguíes con acicate. El albornoz era vestidura obligada de sus cuadrillas. Las vestiduras moriscas se pusieron de moda; no sólo el degenerado Enrique IV se ataviaba con prendas moras, sino que documentan ese uso estatuas yacentes de sepulcros de ilustres personajes, tal la que representa a Gómez Manrique tocado con turbante, que puede verse en el Museo de Burgos. En la detallista *Crónica del condestable Miguel Lucas de Iranzo* hay multitud de datos sobre esas fiestas y vestiduras moras adoptadas por los caballeros de Jaén. El mismo Condestable en día de regocijo iba recorriendo las calles de la ciudad cabalgando a la jineta y ataviado con una aljuba morisca de seda de muchos colores, y daba como premio a los caballeros que se distinguían en los juegos «camisas moriscas, e tocas tune-cís, e gentiles almaizares o capirotos moriscos»²³⁴. No es de extrañar que los poetas se inspirasen poco más tarde en esas costumbres para dar colorido a sus romances, y que éstos fuesen bien recibidos.

La *Flor de romances* recopilada por Andrés de Villalta, con licencia fechada en 1588, es la primera colección conocida en que aparecen romances propiamente moriscos. No existen en los *Cancioneros* ni en las *Silvas* de mediados del siglo XVI, ni en las *Rosas de Timoneda* de 1573, ni menos en el *Romancero* de Pedro de Padilla de 1583.

Las *Flores* propagaron el *Romancero Nuevo*, recogiendo los pliegos sueltos y los cuadernos en que debieron publicarse de primera intención los romances que se iban componiendo. Así lo habían hecho los compiladores del *Cancionero de romances*. La publicación de las *Flores* fue un éxito editorial; las partes se sucedían unas a otras sin cesar, y en distintas poblaciones; su pequeño formato de doce por seis centímetros (contenían poco más de medio centenar de versiones) facilitaba su manejo; las doncellas

²³⁴ Edición de J. de Mata Carriazo [*Hechos del condestable Don Miguel Lucas de Iranzo* (Madrid: Espasa-Calpe, 1940)], pág. 117.

podían ocultarlas en sus mangas y los donceles en sus esqueros. El estudio de las *Flores* está por hacer; los ejemplares conservados son pocos y están esparcidos por diversas bibliotecas del mundo. Desde luego, los primeros editores se apropiaban las colecciones de los otros, introduciendo algunas variaciones, especialmente en los prólogos.

En 1600 se publicó el *Romancero general* dividido en nueve partes que vienen a reproducir sobre poco más o menos nueve *Flores* y en 1604 el *Romancero* recoge otras cuatro *Flores*. La correspondencia de las trece partes del *Romancero general* no es exacta con las trece *Flores*, porque algunos romances faltan y se añaden otros. La *Flor* de 1588 manifiesta el auge que habían alcanzado los romances moriscos, ya que ocupan más de la tercera parte del libro. La moda no duró mucho, pues a medida que pasamos revista a los años de publicación de las *Flores*, vemos que disminuyen los romances moriscos y aumentan las sátiras contra ellos. En las cuatro últimas partes que añadió el *Romancero* de 1604 sólo hay un romance morisco.

Cuando a principios del siglo XIX los románticos ingleses y alemanes hicieron el descubrimiento del nuestro *Romancero*, que nosotros teníamos arrinconado, se sintieron deslumbrados por la brillantez de los romances moriscos, que conocieron en su mayor parte a través de las *Gueras civiles*, y los consideraron como supervivientes de la historia del pueblo árabe, que convivió tantos años con el español cristiano. Es verdad que esos relatos están inspirados en sucesos vividos, pero nada tienen de historia nacional, sino que contienen datos autobiográficos transfigurados por la imaginación de sus mismos autores, que manifestaban en ellos sus pasiones y escarceos amorosos.

Los romances moriscos forman ciclos agrupándose alrededor de un protagonista. El ciclo de Gazul es uno de los primeros que aparecen y es de los más prolíferos y difundidos. No dudamos en prohibir a Lope los principales, pues sabemos que se había alzado con el cetro del *Romancero* antes de alzarse con la monarquía cómica.

Siempre gustó nuestro poeta de que su vida íntima asomase en sus obras; sobre todo en su primera juventud parece que no puede desasirse totalmente de la realidad que le rodea, y, empapada en ella, su imaginación crea y recrea mil situaciones, análogas en el fondo, pero siempre dispares en la forma. De esas múltiples proyecciones y algunos datos históricos, sa-

caremos un esquema que es como un cañamazo en que veremos representados los más diversos cuadros.

Lope de Vega se encontraba estudiando en Alcalá –según parece, no en la Universidad, sino en algún colegio– bajo la protección del obispo don Jerónimo Manrique. Llega un momento en que el escolar, sintiendo que no es aquélla su vocación, ahorca los hábitos (ca. 1580) y empieza la ocupación amorosa que, hermanada con el cultivo de las letras, le durará toda su larga y fecunda vida. La primera novia (la llamaremos Marfisa, tomando el nombre que lleva en la *Dorotea*) fue una vecinita más joven que él: la novia de la adolescencia, la mujer indiferenciada, la que se puso a tiro, «sin más gracias que desearlas», como nos dirá en una ocasión; amores lánguidos, que se prolongaban sin que se viese el término.

En 1583 ocurre un suceso nacional que conmueve a la juventud; ésta siente llegado el momento de acudir con las armas a la empresa que habrá de dar fin a la resistencia de los portugueses, apoyados por los franceses, para que en Felipe II queden unidos los dos reinos peninsulares. Lope embarca en Lisboa el 23 de junio de 1583 en la armada que parte a las Islas Terceras bajo el mando del egregio Marqués de Santa Cruz. Pasados tres meses escasos desembarca en Cádiz, y con la alegría de la victoria llega a Madrid, donde encuentra a Marfisa a punto de casarse. Primer fracaso amoroso; algo le consuela el saber que la amada ha tenido que doblegarse a la voluntad de sus deudos, los cuales han aprovechado la ausencia de ese joven sin oficio ni beneficio, para desposarla con un hombre rico, aunque viejo. Desde este momento la pobreza empieza a ser una obsesión de Lope: de ella nos hablará muchas veces en sus obras juveniles.

El marido de Marfisa, siguiendo la suerte de muchos viejos casados con moza, se olvidó de sus años y agotó pronto su vida. La viudita volvió a su casa sin gran pena, porque casó sin gusto, y faltó tiempo para que el trato engendrara cariño. Además, abrigaba la esperanza de empalmar su primer amor. Pero Lope se había consolado rápidamente del desvío sufrido, porque «como no fue amor de peso, púdolo el viento llevar», y sobre todo porque al momento, halló doblado consuelo, enredándose en los lazos avasalladores de Elena Osorio y dando comienzo a una pasión que dejó en su corazón huellas indelebles. Sin embargo, siguió algún tiempo el trato de Marfisa, como recurso reparador de las veleidades de Elena.

Estas primeras experiencias amorosas, como luego la tempestuosa temporada de la pasión por Elena, sirvieron de inspiración a multitud de versos y relatos del poeta que se hallan esparcidos por sus obras. El mismo tema lo encontramos tratado por extenso en dos tempranas comedias pastoriles: *El verdadero amante* y *Belardo el furioso* y en el primer acto de *El galán escarmentado*. No es mi propósito analizar ahora esas comedias juveniles, sino sólo recordarlas, así como también *La Dorotea* (una de las primeras y de las últimas obras de Lope), porque ilustran los romances que voy a estudiar²³⁵.

El ciclo de Gazul está formado por una serie de cuadritos lírico-dramáticos en que interviene el protagonista de Sidonia (=Lope de Vega) y Zaida de Jerez (=Marfisa), Celindra de Sanlúcar (=Elena) y Albenzaide, marido de Marfisa.

Hasta veinte romances de Gazul incluye Durán en su *Romancero* (BAAEE, vol. X, págs. 12-23), y aún tengo copiados algunos más procedentes de manuscritos del siglo XVI y otros recogidos de la tradición oral. Desde luego no todos son de Lope; le prohijaremos sólo los que se puedan apoyar en datos que el poeta nos proporciona en otras obras suyas. Pueden dividirse en dos grupos. El primero tiene por núcleo la defección de Zaida y la pronta muerte del marido, seguida de las maldiciones de la viuda. El segundo comprende el comienzo de los amores con la Osorio, celos de las dos mujeres, riñas y reconciliaciones. Dan unidad al conjunto los preparativos para un juego de cañas en que Gazul hace alarde de gallardía y obtiene brillantes éxitos.

ROMANCE I. *Si tan bien arrojas lanzas*.—Invectiva de Gazul contra su rival, tildándole de cobarde: no ha de preciarse de su oro, que las armas

²³⁵ Respecto a *El verdadero amante*, no se da crédito alguno a la indicación que hace su autor en el prólogo que puso al publicar la comedia en 1619, de la que se desprende que la escribió a los 12 años. Más que un alarde de precocidad es una de tantas confusiones en que incurría Lope siempre que manejaba números. Esta comedia no puede ser anterior al comienzo del trato con Elena (1583). En cuanto a *El galán escarmentado* hay que observar que el primer acto debemos estudiarlo aparte de los otros dos, tanto por la forma como por el contenido. Es una de tantas comedias que el Fénix no escribió de un tirón: no todas «en horas veinticuatro / pasaron de las Musas al teatro».

dan más honra que el dinero. Es una especie de monólogo, al final del cual se declara el nombre del protagonista; esta forma estuvo de moda algún tiempo en el Romancero Nuevo.

Esto decía Gazul,
el que la fama pregoná,
puesto en olvido por pobre
de la bella Zaida mora²³⁶.

ROMANCE II. *Cuando de los enemigos*.—Se dirige contra la ingrata, que, mientras él, vistiendo malla sangrienta, defendía las riberas atacadas por los enemigos, se abandonó en brazos ajenos. Pero no tardará en hallar su castigo:

¡qué contento será verte
cuando llegues a abrazallo,
mezcladas tus trenzas rubias
entre su copete blanco!

Pronto ella echará de menos el tiempo pasado y de nada le servirá alegar que dio el sí forzada, «que donde amor se atraviesa / no hay padres reverenciados». Es un monólogo que hace pareja con el anterior romance.

ROMANCE III. *Límpiame la jacerina*.—Gazul pide que le preparen vestidos y arreos que pongan de manifiesto su pesar por el abandono de Zaida: negras han de ser las plumas de su bonete, los diamantes del albornoz amarillo serán sustituidos por azabaches, el alfanje ha de ir en negra vaina y tinta negra cubrirá los esmaltes de los acicates. Armado con la lanza de dos hierros va en busca de su rival, porque le han dicho que

se casa su bella mora
con su enemigo Albenzaide,
moro rico de nación,

²³⁶ Impreso en la cuarta parte del *Romancero* de 1600.

aunque de torpe linaje;
pero venció la riqueza
a tres años de amistades.

Los cuatro últimos versos enlazan este romance con el núm. IV:

La primera señal de Venus
mostrando su estrella sale,
cuando sale de Sidonia
y para Jerez se parte.

El haberse publicado en la parte 6ª del *Romancero* de 1600, que debe proceder de la 6ª Flor que lleva la fecha de 1593, nos hace sospechar que se escribió más tarde que el IV.

ROMANCE IV. *Sale la estrella de Venus*.—Es el principal de la serie y el de mayor fama y difusión. Escrito con brío, manifiesta el furor de Gazul, que se venga de la ingratitud de Zaida dando muerte a su rival en plena fiesta de la noche de la boda. En las dos comedias pastoriles castigan injustamente al protagonista por la sospecha de que ha sido causa de la muerte del recién desposado.

Aunque por su asunto los tres primeros romances pueden considerarse como preliminares, no necesariamente se escribieron antes del núm. IV; acaso fueron consecuencia de la fama adquirida por *La estrella de Venus*. Copio a continuación el romance, porque tendré que hacer referencia a varios versos²³⁷.

Sale la estrella de Venus
al tiempo que el sol se pone,
y la enemiga del día

²³⁷ *Romancero general* de 1600, primera parte. Procede de la primera *Flor* de 1588. Otra versión con pocas variantes se encuentra en el ms. 3168 de la B. N. M. (años 1582 a 1600). En la 1ª parte del *Jardín de amadores* de 1679 hay una versión con bastantes variantes, que en nada mejora el texto viejo.

su negro manto descoge;
y con ella un fuerte moro
semejante a Rodamonte
sale de Sidonia airado,
de Jerez la vega corre,
por donde entra Guadalete
al mar de España, y por donde
Santa María del Puerto
recibe famoso nombre.
Desesperado camina,
que siendo en linaje noble,
le deja su dama ingrata
porque se suena que es pobre,
y aquella noche se casa
con un moro feo y torpe,
porque es alcaide en Sevilla
del alcázar y la torre,
quejándose tiernamente
de un agravio tan enorme,
y a sus palabras la vega
con dulces ecos responde:
«Zaida, dice, más airada
que el mar que las naves sorbe,
más dura e inexorable
que las entrañas de un monte,
¿Cómo permites, cruel,
después de tantos favores,
que de prendas de mi alma
ajena mano se adorne?
¿Es posible que te abracés
a las cortezas de un roble
y dejes el árbol tuyo
desnudo de fruto y flores?
Dejas tu amado Gazul,
dejas tres años de amores,
y das la mano a Albenzaide,

que aun apenas le conoces;
Dejas un pobre muy rico,
y un rico muy pobre escoges,
pues las riquezas del cuerpo
a las del alma antepones.
Alá, permita, enemiga,
que te aborrezca y le adores,
y que por celos suspires,
y por ausencia le llores;
y que de noche no duermas,
y de día no reposes,
y en la cama le fastidies,
y que en la mesa le enojés;
y en las fiestas, en las zambras
no se vista tus colores,
ni aun para verlas permita
que a la ventana te asomes;
y menosprecie en las cañas
(para que más te alborotes)
el almaizar que le labres
y la manga que le bordes,
y se ponga el de su amiga
con la cifra de su nombre,
a quien le dé los cautivos
cuando de la guerra torne;
y en batalla de cristianos
de verlo muerto te asombres;
y plegue a Alá que suceda,
cuando la mano le tomes,
que si le has de aborrecer,
que largos años le goces,
que es la mayor maldición
que pueden darte los hombres».
Con esto llegó a Jerez
a la mitad de la noche;
halló el palacio cubierto

de luminarias y voces,
y los moros fronterizos
que por todas partes corren,
con sus hachas encendidas,
y con libreas conformes.
Delante del desposado
en los estribos alzóse;
arrojóle una lanzada,
de parte a parte pasóle.
Alborotóse la plaza,
desnudó el moro un estoque,
y por mitad de la gente
hacia Sidonia volvióse.

ROMANCE V. *La bella Zaida Cegri*.—Quejas de la esposa y viuda en un punto, y llanto sobre el cuerpo de Albenzaide. Maldice a Gazul deseándole todo género de desdichas, más que apenada, celosa de la amada que él tiene en Sanlúcar. Entre las maldiciones figura una alusión muy velada a un enemigo de Gazul:

y que en medio del camino,
cuando tú a Sidonia vayas,
encuentres (aunque sea solo)
a Garcipérez de Vargas,
y que en viéndole te turbes...

Se trata del hombre que a la sazón ocupaba el primer lugar entre los adoradores de Elena y a quien ella abandonó por preferir a Lope. Es personaje que figura destacadamente en las dos comedias pastoriles y en *La Dorothea*. *Sólo un estudio cuidadoso de romances y otras obras nos deja entrever a este rival, que fue tratado muchas veces con cauteloso miramiento por nuestro poeta.*

ROMANCE VI. *Del perezoso Morfeo*.—Los maldicientes han dicho a Zaida que Gazul intenta matarla. Huye despavorida a caballo, vestida de hombre, y se refugia en Sevilla hasta que se convence de que la noticia es

falsa. Es romance tardío, con estribillo, y parece apartarse del tema central. Algunos versos, especialmente los que se refieren a los temores que asaltan por la noche a la fugitiva, son afortunados²³⁸.

ROMANCE VII. *Por la plaza de Sanlúcar*.—Es el principal romance de la 2ª serie; alrededor de él se pueden agrupar los demás, y es acaso el mejor de los moriscos que escribió Lope. Presenta a Gazul gentilmente ataviado para ir a jugar cañas en unas fiestas que se celebran en Gelves. Para despedirse de Celinda ronda su casa impaciente a caballo, hasta que al fin ella se asoma a la ventana. Gazul hace extremos de acatamiento:

y arremetiendo el caballo
por ver el sol que amanece,
haciendo que se arrodille
y el suelo en su nombre bese.

A las amorosas palabras de Gazul, Celinda responde desabrida, mostrándose celosa porque le han dicho que él vuelve a querer a Zaida la de Jerez. Es inútil que Gazul se justifique:

Mi alma aborrece a Zaida
y de su amor se arrepiente,
que su desdén y tu amor
han hecho su fuego nieve.
Malditos sean tres años
que la serví por mi suerte,
y me dejó por un moro
más rico de pobres bienes.

En lugar de aplacarse, Celinda se irrita más, y maldiciendo al galán, deseándole mala suerte en las cañas, le cierra de golpe la ventana, sin escu-

²³⁸ [En algún momento, María Goyri tuvo una opinión menos favorable sobre este romance: «Si es de Lope, es de los malos»; anotación en sus fichas sobre los romances del ciclo].

char más. La desesperación de Gazul da asunto a otros romances, pero la insistencia no nos inclina a sospechar que sean de otro autor, pues sabemos que cuando a Lope le obsesiona una idea, escribe multitud de versos sobre ella, sin repetirse nunca en la forma.

ROMANCE VIII. *Cual bravo toro vencido*.—Con vestiduras de colores que demuestran su pesar, sin lanza porque la hizo pedazos contra la pared cuando Celinda le cerró la ventana, Gazul sale airado de Sanlúcar. Entra en Gelves tan desesperado que todos le huyen y queda solo en la plaza (Romancero general de 1600, 7ª parte, fol. 244c).

ROMANCE IX. *A media legua de Gelves*.— Otro romance en que Gazul, desesperado por las maldiciones de Zaida y de Celinda, comete mil locuras: rompe la lanza (aquí contra un roble), destroza los adornos que lleva, da rienda suelta a su caballo, «y él prosigue su camino / a pie, sin yelmo y sin lanza». No añade este romance (Romancero general de 1600, 6ª parte, fol. 176c) nada nuevo al asunto de los anteriores, pero tampoco los contradice.

ROMANCE X. *En el tiempo que Celinda*.—Se arrepiente la mora del desprecio que hizo a Gazul:

por verle y desagruarle
el corazón se le abrasa,
que en el villano de amor²³⁹
es muy cierta esta mudanza,
y le danzan muchas veces
los que de veras aman.

Celinda supo que el moro había mudado su traje por otro de tristes colores y hecho muchos extremos de pesar. Al tener noticia que el juego de cañas se había aplazado, se apresuró a prepararle vistosos atavíos. Con

²³⁹ Alusión al baile del *villano*, en uso en aquella época.

este motivo tenemos una exposición del simbolismo de los colores alegres, como se había hecho de los tristes en romances anteriores. Envía Celinda un paje a llamar a su amado. Éste acude lleno de júbilo a la cita, y encuentra a la mora en el jardín; el poeta aprovecha el escenario para hacer una de esas enumeraciones de flores a que tan aficionado era. Tras de esto, el largo romance termina con la reconciliación de los amantes; él se parte muy alegre a Gelves, vestido con las preesas que le puso Celinda²⁴⁰.

ROMANCE XI. *De los trofeos de amor*.—Descripción de galas y fiestas. Entre damas que contemplan a Gazul victorioso está Zaida que se conmueve recordando su antiguo amor, perdido por culpa suya. Otra mora amiga trata de confortarla, sin lograrlo. El bullicio del juego pone fin al diálogo²⁴¹.

ROMANCE XII. *Después que el fuerte Gazul*.—Al llegar el moro triunfante a Sanlúcar, sale a recibirle amorosamente Celinda, segura de que él ya ha olvidado a Zaida. Con este romance queda terminado el ciclo de Gazul, Zaida y Celinda. Sin embargo, como el nombre de Gazul figura en otro cuyo autor es indudablemente Lope, lo comento a continuación. Es de los más tempranos, pues ya se recogió en la primera Flor.

ROMANCE XIII. *Estando toda la corte*.—Descripción de una fiesta en que Gazul, con gran destreza, rejonea un toro. Es un cuadrito plástico que entra por los ojos y que se sigue con interés. El encuentro del toro con el caballo está vivamente descrito:

del toro el aliento frío
el rostro al caballo espanta,
y la espuma del caballo

²⁴⁰ El romance se publicó ya en la primera *Flor* de 1588. Hay otra versión con variantes y acortada (acaso para que fuese cantada) en el cartapacio de Jacinto López, músico de Su Majestad (Madrid, 1620); se conserva en el ms. 1915 de la B.N.M.

²⁴¹ En la primera *Flor* y en el *Romancero* de 1600 se llama «Celinda» a la dama por errata, pues en el mismo texto se la apellida «la de Jerez».

al toro ofende la cara...

Sigue luego el retrato acabado de un toro bravo:

famoso entre la manada...,
bayo, el color encendido,
los ojos como la brasa,
arrugado el corto cuello,
la frente vellosa y ancha,
poco distantes los cuernos,
corta pierna y flaca el anca,
espacioso el fuerte pecho
a quien se junta la barba,
todos los extremos negros,
la cola revuelta y larga,
lomo duro y pelo crespo,
la piel sembrada de manchas.

El Gazul de esta composición no representa a Lope, sino a un hijo del Marqués de Algaba que, según sabemos por los historiadores, era famoso rejoneador. Al comienzo se cita a Gazul como descendiente del alcaide del Algaba; termina con estos versos:

porque otra cosa no escucha
por andamios y ventanas
sino que fue grande suerte
del famoso del Algaba²⁴².

Hay varios otros romances en que figura como protagonista Gazul y como sucesos sus amores con Zaida o Celinda, pero que no pertenecen al ciclo estudiado; por ejemplo, Guillén de Castro leyó en la Academia de los Nocturnos de Valencia un romance [*Poco después que el aurora*] en que

²⁴² Además de la versión de la primera *Flor*, que pasó al *Romancero* de 1600, se conserva otra en el ms. de Jacinto López de 1620 y otra en un ms. de la Biblioteca de Palacio, de 1590 a 1600 (2-H-4); ambas ofrecen algunas variantes aceptables.

Gazul, enojado con la infiel Zaida, desafía a su rival y a cuantos le han ofendido²⁴³.

Otro romance, publicado en la primera *Flor*, trata de cómo al volver Gazul de la guerra contra Zulema, encuentra a su esposa triste y enojada porque él, durante su ausencia, no le ha escrito. Después de oír la disculpa se reconcilian [*Al tiempo que el sol esconde*]. Este romance se relaciona con el anterior de Castro por introducir el nombre de Zulema, que no se encuentra en las composiciones de Lope, y por tener a Granada por escenario²⁴⁴.

Ginés Pérez de Hita contribuyó mucho a la difusión de los romances del ciclo de Gazul con su novela *Guerras civiles de Granada*. Entre la turbamulta de sucesos, cuenta los amores de Gazul y Lindaraja, nombre éste que viene a sustituir al de Zaida. Incluye varios romances que se habían publicado en la primera parte de las *Flores*, y según su costumbre, unos van copiados casi a la letra y otros sustituidos por versos suyos adaptados al asunto. Los romances que en la obra de Pérez de Hita adornan la historia de Gazul, desarrollada en varios capítulos sucesivos, son los siguientes:

1) *Por la plaza de Sanlúcar*.—Es, con muy ligeras variantes, el mismo de Lope de Vega, como ya lo indica la identidad del primer verso.

2) *Adornado de preseas*.—Trata el mismo asunto del romance XI de Lope, pero sin tomar de él ningún verso. Es notable que Vicuña Cifuentes haya encontrado en una aldea de Chile una versión oral, muy estropeada, del romance de Pérez de Hita; conserva fielmente un trozo de siete versos. Aprendido quizá de algún ejemplar de las *Guerras civiles*, posiblemente se transmitió después por vía oral²⁴⁵. Góngora conocía éste u otro romance de

²⁴³ El romance fue publicado por Salvá en su *Catálogo*, vol. I, pág. 68b; Salvá lo tomó de la *Academia de los Nocturnos*, ms. que era de su propiedad.

²⁴⁴ Además de la versión que recogió el *Romancero* de 1600, puede leerse este romance en el citado ms. 2-H-4 de la Biblioteca de Palacio.

²⁴⁵ Julio Vicuña Cifuentes, *Romancero popular y vulgar chileno*, Santiago de Chile, 1912, pág. 541. [*Versión recitada por Manuel Armijo, de 45 años, que lo aprendió en Canquenes. María Goyri conservaba un texto ms. de Vicuña Cifuentes, anterior a la edición, en el que anotó al margen: «Es un fragmento mal recordado de Las Guerras. Los versos subrayados son del romance; los otros son torpes repeticiones; los dos primeros son ajenos»*].

las *Guerras civiles*, porque cita a la pareja Lindaraja-Gazul²⁴⁶.

3) *De honor y trofeos llenos*.—Vuelve Gazul triunfante de Gelbes, y Lindaraja le acoge en su jardín y le corona con una guirnalda. La enumeración de flores ha sido sugerida por el romance X de Lope.

4) *Sale la estrella Venus*.—Pérez de Hita, después de dar fin a la historia de los amores de Gazul con la celebración de las bodas convertidos los dos esposos al cristianismo, se arrepintió de no haber incluido el romance que estaba más en boga; dice que «por no ser bueno, ni haberlo entendido el autor que le hizo, no le puso en su lugar». Se decide a copiarlo al final, y después de hacerlo, con bastante fidelidad, insiste en que el romance da «muy fuera del blanco de la historia, y aunque tiene buenos conceptos, son algo fríos, y su tonada no es nada gustosa respecto de la intrincación que lleva, y también porque a los fines viene a declararse la historia suya. Agora, salva paz de su autor, va algo enmendado». Pérez de Hita acusa al autor de haber incurrido en anacronismos: ¿como si las *Guerras civiles* fueran una historia verdadera!

5) *No de tal braveza lleno*.—Es una mala imitación del tan criticado romance de Lope *Sale la estrella de Venus*.

6) *Estando toda la corte*.—Como dejamos dicho, es ajeno a los amores de Gazul. Es inferior al modelo, y no hace alusión al famoso rejoneador de la casa del Algaba.

La estrella de Venus fue indudablemente la composición del Romancero Nuevo que adquirió mayor fama. Escrita hacia 1583, la encontramos en la primera *Flor* de 1588 y un año después aparece copiada en el *Cancionero Classense* de Ravena. También de 1589 es el ms. 3168 de la B. N. M., donde hay otra versión. La atribución de este romance a Lope de Vega se encuentra ya en un soneto de su coetáneo y enemigo Góngora, que satiriza un buen número de las obras de aquél:

Aquí del Conde Claros, dijo, y luego
se agregaron a Lope sus secuaces;

²⁴⁶ *El Doctor Carlino*, comedia de 1613. *Obras poéticas* de Góngora, ed. Foulché-Delbosc, vol. II, pág. 142.

con la Estrella de Venus cien rapaces
y con mil soliloquios sólo un ciego.

En varios romances, unos de Lope y otros ajenos, insertos en el *Romancero* de 1600, se alude a *La estrella de Venus*, y en la parte 6ª hay una glosa de los cuarenta primeros versos. Un lector del siglo XVII puso notas marginales a un ejemplar del *Romancero general* de 1604, que se conserva en la B. N. M. (R-2171); al final del romance *Mirando está Lisardo* añadió unos versos según los cuales Lope hizo creer falsamente a Elena que había escrito *La estrella de Venus* inspirado por ella:

Aquella estrella de Venus
compuse por cierto eclipse,
y después para engañarla
que fue [por su] causa dije²⁴⁷.

Lope sentía predilección por este romance; no sólo aludió a él en otros de su clase, sino también en comedias de su época juvenil. En *El sol parado*, obra tan rica en elementos tradicionales, Zaida y Gazul forman la pareja secundaria y representan con todo detalle la acción el romance: mientras Gazul está en la guerra, Zaida se casa con Abenzaide, obligada por su codicioso padre. Y luego sigue, acompañando a la acción una larga glosa del romance, ligeramente abreviado. Al publicar Lope esta comedia en 1621, dice en la dedicatoria: «parece que ando ahora a recoger las flores que se perdieron en mi juventud, en los mayores años». En *Las ferias de Madrid*, fechada en 1589, incluye Lope los versos 41 y 42 de este romance. También hay alusión a él en *La Dorotea*.

La estrella de Venus no sólo estuvo de moda entre los rapaces que dijo Góngora, sino que muchos escritores alabaron alguno de sus versos o hicieron referencia a ellos. En *La famosa toledana* (de hacia 1591), Juan de Quirós da testimonio de la popularidad del romance, diciendo: «No

²⁴⁷ Estos versos, algo cambiados, están en el *Ramillete de flores* (Lisboa, Antonio Álvarez, 1593), como puede verse en el artículo de José F. Montesinos sobre esta compilación (*NRFH*, VI, 1952, pág. 364, núm. 29). [Nota de la Redacción (de la *NRFH*)].

queda venta ni monte / do no se cierre este moro». El negro Luis de *El celoso extremeño* (1613), de «romances, sólo éste sabía cantar». También en el *Quijote de Avellaneda* (1614) se incluyen los dos primeros versos del romance. En sus *Conceptos espirituales* (1600) Alonso de Ledesma hizo una glosa a lo divino, de las más hábiles en su género, sin irreverencias ni retorcimientos de adaptación, tal que sin conocer la versión profana, pudiera pasar bien por original. En el Baile del ¡Ay, ay, ay! y *el Sotillo*, publicado en la *Quinta parte de comedias de diferentes autores* (1616), un lacayo canta al son de su guitarrilla ocho versos del romance y dos fregonas van comentándole en burla uno a uno. Luis Quiñones de Benavente, en el entremés cantado de *Los planetas* (ca. 1631), saca a escena la *Estrella de Venus* introduciéndola con los tan repetidos primeros dos versos.

También en el entremés de Don Gaiferos Quiñones cita esos versos en una especie de ensalada de romances. Salas Barbadillo, en *El cortesano descortés* (1621), lo tiene por un romanzón comido de roña y polilla. Se encuentra asimismo citado en *El donado hablador* de Alcalá Yáñez (2ª parte, de 1626); Quevedo lo recuerda en *La hora de todos* (1635); Calderón glosa los cuatro primeros versos al final de su zarzuela *La púrpura de la rosa* (1665), y unos años más tarde (1665) Miguel de Barrios introduce por dos veces versos del mismo romance en las *Poesías famosas y comedias*. Más de tres cuartos de siglo se mantuvo la *Estrella de Venus* lanzando destellos en nuestra literatura. Y todavía, a fines del siglo XVIII, cuando nuestro Romancero estaba despreciado, resuena un eco lejano de la Estrella en *El Barón* (1787) de Nicolás Fernández de Moratín. Después de pasado el furor del romanticismo, Antonio de Mendoza repite los primeros versos en su comedia *La Maya*, estrenada en 1869.

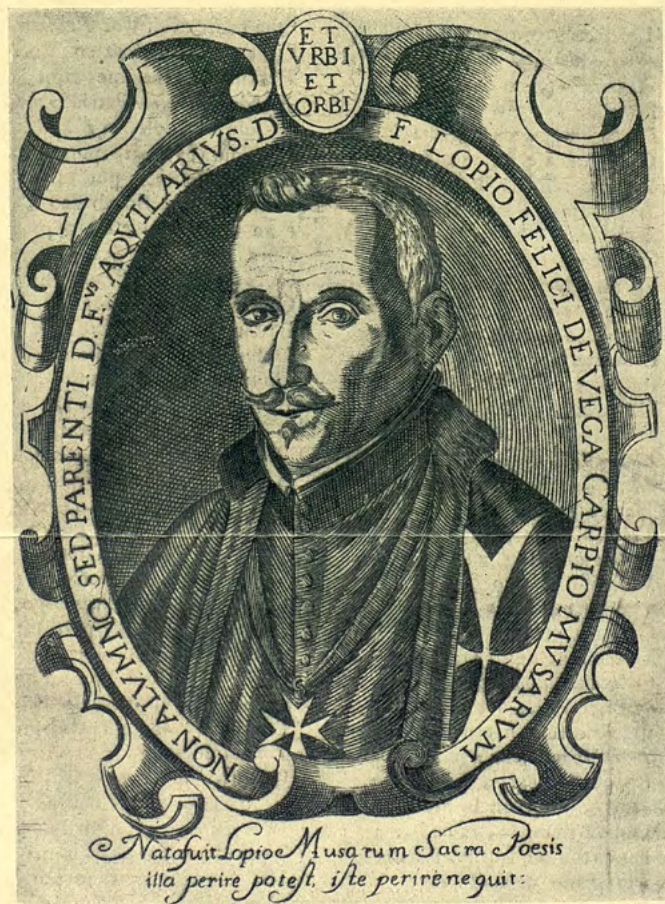
También el romance *Por la plaza de Sanlúcar* tuvo repercusión en otras composiciones del Romancero de 1600. Lope lo recordó tardíamente, haciendo cantar dieciséis versos suyos en su comedia *El Marqués de las Navas* (1624). José F. Montesinos, al publicar el autógrafo de esa comedia en Teatro Antiguo Español, vol. VI, copia en nota el romance de las *Guerras civiles* y las variantes del Romancero general, sospechando que pueda ser de Lope de Vega y que se refiera a sucesos amorosos de su juventud. El querer identificar aquí a Zaida con Elena Osorio, como ocurre en otro ciclo de

romances moriscos, le desvía de la recta interpretación²⁴⁸. Este romance fue muy alabado por Gracián, quien por tres veces cita versos de él como modelo de bien decir.²⁴⁹

El olvidar estos primeros amores de Lope para no tomar en cuenta más que la pasión por Elena ha hecho que varios críticos no dieran la debida interpretación a obras en que descubrían rasgos biográficos, empezando con *El verdadero amante*.

²⁴⁸ En una redacción previa, María Goyri escribía: Montesinos al publicar *El Marqués de las Navas* [Madrid: Centro de Estudios Históricos, 1925; «Teatro Antiguo Español», vol. VI], en n. p. 188, insinúa que este romance puede ser de Lope, y cita versos que cree se refieren a la época en que se publicaban las *Guerras Civiles*, en que Lope al decir «Mi alma aborrece Zaida...» aludía a la situación que le afligía. Cree que se trata de los celos de Elena. Es inútil citar las *Guerras Civiles*, publicada en 1595, cuando el romance se halla en la *Primera Flor* (1588), Zaida aquí es Marfisa. En una redacción de letra posterior: Montesinos publicó la comedia según el original de 1624. Pone en n. 281 unos versos según la versión de las *Guerras Civiles* (Nótese el nombre Lindaraja). Señala las variantes del *Romancero General*. Sospecha que el romance refleja amores de Lope. Le despista el creer que Zaida es aquí Elena.

²⁴⁹ *Agudeza y arte de ingenio*, ed. De Madrid, 1664, págs. 33, 111 y 163.



1635

1935

III

Otros estudios sobre Lope de Vega

JUAN DE COURBES: Lope de Vega.
Laurel de Apolo, Juan González. Madrid
(1630). Biblioteca Lázaro Galdiano

“Los amores de Lope y de Elena cruzan
a través de todo el Romancero, cantados
unas veces en romances moriscos, otras
en pastoriles, ya delicadamente tiernos,
ya vehementemente apasionados, ora
burlescos o difamatorios, según el estado
de ánimo del poeta. Pero en las páginas del
Romancero encontraremos otros amores
del hombre que más amó en el mundo.”
María Goyri

Para el Romancero de Lope de Vega
(«Sobre unas tajadas rocas»)¹

No se ha prestado al romancero de Lope de Vega la atención que merece y todavía continúa en parte inédito o anónimo. Aventurado es pretender poner un nombre a los romances que en cartapacios manuscritos y romanceros se conservan como hijos de nadie, pero debe publicarse cuanto ofrezca verosimilitud de pertenecer a determinado autor, aceptando siempre la posibilidad de adjudicar la obra al que presente mejores títulos de propiedad.

Con tal criterio publiqué en *Fénix* una serie de romances anacreónticos que atribuí a Lope, y en *Mediterráneo*, uno pastoril dedicado a Doña Isabel. Voy ahora a recabar para el Fénix el romance «Sobre unas tajadas rocas ... cubiertas de ovas peinadas». En lo más alto, un águila destroza entre sus uñas un tierno cordero. Llega galopando el valiente Albanio, apartado le sus gentes por dar caza a un cerdoso jabalí, y al contemplar la escena cruel, dispara su escopeta, cae muerta el águila y entre sus uñas el cordero aún con vida.

Tomóle Albanio en sus manos
y al noble pecho le allega ...
«Iguales somos —le dice—
en la fortuna y en penas ...

De otras uñas me escapé ²
que vida y alma penetra ...
Ven conmigo, prenda cara,
dueño cobras, padre heredas ...

Desde hoy te ofrezco la grama³
de mis jardines y huertas ...
Daréte yo el pan de leche

¹ *Correo Erudito*, III (1943), entrega 25-26, pp. 193-195.

² *De otra águila fui yo preso*, dice el ms.

³ *Mas ofrézcate la grama*, dice el *Romancero* de 1600.

de mi mano y de mi mesa.»

Tras esto, Albanio, con el nuevo hallado, dio la vuelta a Alba.⁴ Tal es el resumen de los 88 versos de que consta el romance. El estilo no nos ofrece bastante asidero para atribuirlo a Lope; tampoco hay en él nada que no pueda ser suyo: la adjetivación, la descripción del paisaje,⁵ la ternura de Albanio, están dentro de su sistema. Pero como este romance no es de alta calidad poética, ni el asunto se prestaba a ello y peca de verboso, bien se pudiera atribuir a otro cualquiera de los romancistas de fines del siglo XVI. Gerardo Diego sospechó que pudiera ser de Pedro de Medina Medinilla, pero admite la posibilidad de que sea de Lope⁶. A este último podremos adscribirlo si tenemos en cuenta la situación especial que le dio asunto.

En 1590, Lope, cumplidos los dos años de destierro del reino, se establece con su mujer, doña Isabel, en Toledo; alquila una humilde casa y toma como servidor al niño Francisco, de ocho (!) años, hijo de su sobrina Luisa de Vega. Todo revela una condición modesta. Él entra como gentilhombre al servicio de don Francisco de Ribera, de la Cámara real y futuro marqués de Malpica. De poca utilidad le sería a don Francisco su gentilhombre, quien no podía acompañarle a la corte, donde todavía en seis años le era vedado entrar.

En ese mismo año de 1590 estaba también en Toledo, con su compañía el representante Jerónimo Velázquez. Es de presumir que Lope, quien ya desde Valencia, por distintos caminos, había pretendido obtener el perdón de su perseguidor, lo solicitaría también al encontrarlo en la imperial ciudad. Para congraciarse con la agraviada familia escribiría los romances compuestos a orillas del Tajo, en los que parece que el apa-

⁴ El *Romancero General* dice *alma* por *alua*, error de grafía fácil de explicar y del que podría citar otros ejemplos. El ms. dice *aldea*.

⁵ Las rocas «cubiertas de ovas peinadas» recuerdan «los riscos cubiertos de moho verde» de la *Arcadia*, ed. de Sancha, pág. 118. El cerdoso jabalí se repite en varias obras. La valentía del Duque es objeto de múltiples elogios por parte de Lope.

⁶ [MEDINA MEDINILLA, Pedro de, *Égloga en la muerte de Doña Isabel de Urbina*, ed. y pról. Gerardo Diego (Santander: La Atalaya, 1924), pp. 106-107].

gado amor, como la vela en el humo, se encendió de nuevo con la luz de Elena (según la metáfora en diversas formas repetida por el Fénix); pero todo fue inútil: el destierro sigue en pie.

En este momento Lope encuentra al Duque de Alba, don Antonio Álvarez de Toledo. Acaso ya se conocían desde Madrid, donde don Antonio gustaba mezclarse con la juventud bullanguera de la corte, dando con ello disgusto a su tío y tutor, el inflexible prior de San Juan don Hernando de Toledo. El Duque, siguiendo la tradición de mecenazgo que existía en la casa ducal, tenía en su palacio de Alba una especie de corte de artistas: músicos y poetas; y allí acogió a Lope en calidad de gentilhomme. Durante su estancia en Alba escribió nuestro poeta diversas obras a devoción del Duque, y este romance será el primero de la serie en que, a la par que agradece la generosa protección, se complace en equiparar sus propias penas a las del Duque, ambos sufriendo destierro por una mujer agraviada.

Lope debió encontrarse muy en su centro en aquel ambiente literario y cortesano, donde le serían fácilmente perdonados sus yerros por amores, que no constituían una excepción. El cordero había cobrado buen dueño y durante cuatro años comió el pan de su mesa y gozó de la grama de sus huertas y jardines, donde brotaron tantos de los conceptos que aparecen en los versos que Lope escribió a orillas del Tormes.

El romance se escribiría a fines del año 1591, en agradecimiento a la buena acogida; apareció impreso en la *Sexta parte de Flor de romances*, reeditada varias veces, y de la que se conservan ediciones de 1593. Pasó luego al *Romancero General* de 1600 (folio 186) y a otros Romanceros del siglo XVII. Durán lo incluyó en su *Romancero* de 1829, t. II, pág. 165, y luego, en 1861, en la Biblioteca de Autores Españoles, t. IX.

Se conserva otra versión en el Cartapacio del siglo XVII de Mateo Rosas de Oquendo, Ms. Bibl. Nac. 19.387. Ofrece ligeras variantes.



Última fotografía de María Goyri, 1954.
©Archivo fotográfico Fundación Ramón Menéndez Pidal

Leones domésticos⁷

Durante siglos, y en diversos países, hubo la costumbre de mantener fieras, más o menos domésticas, en mansiones y parques particulares para recreo de sus señores, al modo que hoy se tienen perros y gatos.

No sabemos a cuándo se remonta en España esa, para nosotros, extraña moda, pero ya en el primer monumento de nuestra literatura nos encontramos con un suceso provocado por una de esas fieras palaciegas. Cuenta el *Cantar de Mío Cid*, con su brevedad característica, cómo un león que se había escapado de su red o jaula irrumpió en la sala donde el Campeador se estaba sobre su escaño. Los caballeros rodearon a su señor para defenderle, mientras que sus yernos, los Infantes de Carrión, huyeron despavoridos. Despierta el Cid, va hacia el león, que se le humilla en reconocimiento de su señorío, y, asido por el cuello, le lleva a la leonera. Aunque este lance influye en la marcha de los acontecimientos del poema por la cobardía de que dieron muestra los Infantes, el hecho de que la aparición de un león en medio del palacio no merezca el menor comentario, prueba que no se trataba de un caso insólito.

El relato del cantar pasó al Romancero, no sabemos si al viejo, pues la versión más antigua conservada procede de la *Rosa Española* de Juan de Timoneda (año 1573), acaso basada en otra más antigua, acaso de la propia minerva del editor romancista.

Otro romance posterior (1595) del mismo asunto se halla en la séptima parte del *Romancero General* de 1600, de donde la tomó Escobar (1612). Está escrito en fabla, según la moda que empezaba entonces, para dar un tinte arcaico a los romances de historias viejas. Cuando ya se había perdido el respeto a los relatos heroicos, Quevedo escribió un desenfadado romance burlesco al mismo asunto del león y la pavora de los Infantes.

En tiempo de Alfonso X sabemos que se tenían fieras encerradas en aposentos particulares, como lo atestigua la Partida séptima, en la que se dispones que «león, oso, o onza, o lobo cervical, o geneta, o serpiente o

⁷ Clavileño, II (1951), núm. 9 (mayo-junio), pp. 16-18.

otras bestias que son bravas por natura, teniendo algún home en su casa, débela guardar et tener presa de manera que non faga daño a ninguno». Como se ve, un verdadero muestrario de la selva estaba distribuido en las casas; y que no se trataba de algo esporádico lo prueba el que se especifican detalladamente las penas en que incurrían los dueños negligentes según el daño producido por la bestia.

El Rey de Aragón Jaime II era aficionado a la cría de osos y otros animales salvajes; sobre todo, los leones le solazaban grandemente. Por documentos fidedignos sabemos que mantenía leones en el Real de Valencia y en la Aljafería de Zaragoza. Cuando se hospedaba en esas ciudades la familia real, se divertía, en compañía de los cortesanos, contemplando, desde las terrazas y galerías, cómo los leones despedazaban caballos y otros animales que les arrojaban para su comida. Es bien extraño ese capricho de conservar fieras, que forzosamente habían de tener residencias fijas, en un Rey viajero constante, y cuya corte, como la de todos los monarcas de su tiempo, cambiaba constantemente de lugar.

En los *Hechos del Condestable Miguel Lucas de Iranzo*, rico arsenal para conocer prolijamente la vida de un señor de mediados del siglo XV, se habla en diversas ocasiones de las fieras que mantenía en una esquina de su palacio de Jaén, y en un parque anejo, al que llevó una conducción especial de agua para que sus salvajes habitantes pudiesen abrevarse. Regalaron en cierta ocasión una onza al Condestable, quien, a su vez, se la presentó a su señor, el Rey Enrique IV. Este monarca la envió a Segovia, donde, según el historiador Alonso de Palencia, tenía en las selvas vecinas colecciones escogidas de animales traídos de muy diversos lugares, y hombres apropiados, «rudos y feroces», para cuidarlos y alejar a las gentes. Incurría en graves penas el que se atrevía a coger leña en aquellos bosques, perturbando a las fieras.

En las descripciones de las soberbias comidas campestres que daba el Condestable, a las que eran pródigamente invitados desde las más altas dignidades hasta los más humildes de la ciudad, nos cuenta su crónica que solía dar orden de que soltasen un oso, que huía a los cerros, acosado por los perros, organizándose una montería; espectáculo recibido por los circunstantes con gran regocijo.

Entre las invenciones con que se festejó el nacimiento del hijo del

Condestable, una diversión consistió en montar un lobo en una acémila y seguirla con la jauría dando gritos. Alguna vez, la intervención de las fieras en los regocijos producía graves sustos, como una enorme leona que soltaron, por orden del Condestable, en medio de una fiesta en que estaban corriendo toros. *La Crónica* nos tranquiliza diciendo que no hubo víctimas y que el leonero volvió la fiera a su cava.

Las crónicas del Rey de Castilla Juan II citan, en varias ocasiones, que mantenía fieras a su servicio. Unos embajadores de Túnez le trajeron en 1432, como regalo de su Rey, dos leones y un gato de algalia. Con motivo de agasajar a la Infanta doña Leonor, que pasaba a Portugal a casarse con el Príncipe Don Duarte, se celebraron en Valladolid (1428) suntuosas fiestas. En una de ellas, salió el Rey con doce caballeros, ataviados todos como monteros. Llevaban delante un león muy grande y un oso, atados con cadenas, y seguidos de treinta monteros con sendos lebreles atraillados que atronaban el espacio con sus ladridos.

El gusto de coleccionar animales exóticos era muy corriente entre los magnates, y podríamos citar muchos ejemplos históricos; así, fray Prudencio de Sandoval refiere que el Infante don Fernando, hermano del Emperador, cuando estaba en Castilla, «holgaba de ver y tener aves diversas y animales fieros».

Esa moda de mantener fieras como animales de placer debió ser de origen oriental, y en los países mediterráneos, especialmente aficionados a ello, procedía, sin duda, de la influencia africana. Tenemos noticia de los frecuentes regalos de leones que los Reyes de Berbería hacían a señores europeos. Es curioso, por ejemplo, que cuando Barbarroja acude muy solícito al llamamiento del gran turco Solimán, lo primero que embarca en sus naves es un magnífico regalo de tigres y leones. El mismo poderoso corsario había enviado a Francisco I de Francia un enorme león, que el Rey traspasó a Hipólito de Médicis.

Más sorprendente que esa afición coleccionista es el placer que algunos personajes tenían de andar acompañados de un león, que, según parece, se comportaba tan fiel y obediente como el perro más leal. Del mismo Juan II de Castilla cuenta su crónica del Halconero que, estando en Madrid, recibió una embajada del Rey de Francia con toda solemnidad en un aposento ricamente engalanado. Sentado en un alto estrado,

tenía a sus pies un león manso con un collar de brocado. Quedaron muy maravillados, y no era para menos, los embajadores; uno de ellos, el obispo de Tolosa, no se atrevía a acercarse hasta que el Rey le tranquilizó.

De este raro acompañante de don Juan II nos habla también Pero Mexía en su *Silva de varia lección*, y en la misma obra relata como testigo de vista el caso de fray Diego de Deza, arzobispo de Sevilla, quien, como San Jerónimo, iba a todas partes acompañado de un león domesticado. Gonzalo Fernández de Oviedo refiere que el arzobispo ponía los pies sobre el león, echado ante él, porque había la creencia de que eso constituía un alivio para el mal de la gota, que aquejaba a fray Diego. Nos imaginamos el recelo con que los fieles le verían entrar en la iglesia Mayor en tal compañía, que, según dicen, ahorraba trabajo al perrero, pues no había can que se atreviese a asomar por las puertas. El histórico león de que más noticias tenemos es el que acompañó algún tiempo al vencedor de Lepanto. Según se cuenta, había pertenecido al Rey de Túnez, destronado cuando los españoles conquistaron aquella ciudad. La bestia, al desaparecer su amo, manifestó profunda tristeza, hasta que un día, huyendo de su guardián, penetró donde se hallaban los victoriosos españoles, y, con gran asombro de todos, fue a humillarse a los pies de don Juan de Austria, quien le acogió gustoso, y de su propio sobrenombre le llamó «Austria».

Don Juan, durante su estancia en Nápoles, estaba constantemente acompañado del león; si salía a pie, le llevaba detrás como paje; si cabalgaba, marchaba al lado como un lacayo. Recibía las visitas con su inseparable compañero, echado a sus pies, y acariciándole la melena mientras conversaba. Los que no conocían la mansedumbre de la fiera no se sentían muy seguros ante ella. Cuenta un autor que cuando don Juan salió precipitadamente de Nápoles, para acudir a la llamada del Rey, que con urgencia le enviaba, para su desgracia, a regir los Países Bajos, el león quedó abandonado, y, volviendo a dar muestras de su sensibilidad, acabó por morir de pena. Muy patético es este final, pero hay motivo para no creerlo. Según me informa el docto diplomático Gómez Ocerín, muy versado en los historiadores italianos del Renacimiento, el famoso león no quedó abandonado en Nápoles, ya que en la *Vita di don Giovanni d'Austria*, por Ferrante Caracciolo —que se conserva manuscrita en la

Biblioteca Nacional de Nápoles—, se le menciona detalladamente, tomando parte en el cortejo fúnebre de don Juan en Bruselas.

Lope de Vega, en la inmensidad de su obra, dedica un recuerdo al león del invicto hijo de Carlos V en unos versos de *La hermosura de Angélica*, y alude a cómo el fiero animal se convierte en humano y doméstico cuando reconoce el valor de un noble.

Ante esta facilidad de adaptación a vivir en compañía del hombre, bien pudo decirse «que no es tan fiero el león como lo pintan», y dar origen a la creencia que apunta Lope de Vega, y que andaba muy extendida, de que el rey de la selva depone su braveza y se humilla ante el gran señor. A confirmar esta opinión concurren varios relatos más o menos históricos. Cuentan del Infante don Enrique el Serrador, el revoltoso hermano de Alfonso X, que, al cabo de estar refugiado en Túnez más de cuatro años, cayó en desgracia del Rey, el cual, por algunas sospechas, para deshacerse de él, le preparó una encerrona con dos leones. El Infante salió ileso del apurado trance.

La leyenda universal *El guante en la leonera* se desarrolla en nuestra literatura en un ambiente análogo al que rodea a otras anécdotas históricas españolas. Se trata de unos leones africanos regalados a la Reina Católica, y cuya vista recrea a las damas, que los contemplan desde un corredor. El caballero don Manuel, incitado por una insensatez de su dama, que deja caer un guante, penetra en el patio de los leones para rescatar la prenda, y las fieras le respetan. La hazaña le valió el sobrenombre de «León».

La abigarrada *Miscelánea* de don Luis Zapata, donde encontramos detalles de la fidelidad y obediencia del león de don Juan de Austria, nos refiere también un suceso ocurrido en el palacio del Infantado de Guadalajara. Al volver un día a su casa el cuarto Duque, don Íñigo de Mendoza, halló toda su gente alborotada en la plaza: un gran león, burlando la vigilancia de su guardián, había entrado en el palacio y nadie se atrevía a hacerle frente, atemorizados al oír sus rugidos. Manda el Duque abrir las puertas, vase tranquilamente en busca del león, llevando tras sí al amedrentado leonero, y, al enfrentarse con la embravecida fiera, ésta reconoce al señor y le espera coleando. Cógela el Duque por el cerro, pónela en una trailla que pide al guardián y, como si se tratase de un manso

lebrél, la lleva a la leonera.

Entre los varios romances que compuso Lope de Vega a devoción de su señor don Antonio Álvarez de Toledo, quinto Duque de Alba, se cuenta uno que puede fecharse en el otoño de 1591, cuando el poeta acababa de llegar a la ciudad ducal. Comienza: «Bajo las escasas sombras», y fue publicado en la novena *Flor de romances*, de donde pasó al *Romancero General* de 1600.

Consta de dos partes: en la primera describe la impresión que recibe el poeta al contemplar, desde el espléndido palacio de los Diques, la sierra, magnificada por su imaginación como albergue de leones y tigres; asimismo trata del estado de abatimiento en que se encuentra el Duque por causas bien conocidas del autor y ahora también de nosotros. En la segunda parte, uno de los leones, supuesto habitante de la sierra, se presenta ante Albanio (el Duque don Antonio), quien le espera prevenido. El animal, guiado por su instinto, se humilla ante el noble y se echa a sus pies. A poco nota Albanio que el león se embravece y ve acercarse a Belardo (Lope), al cual hace señas para que huya, librándole del peligro. El hecho puede ser histórico, y el león no necesitaba venir de la fantaseada sierra, sino de la colección de fieras que sabemos, por documentos publicados, se mantenía como ornato imprescindible en la nobiliaria posesión.

Lope no olvidó la hazaña y, además del romance, años más tarde la aludió en la comedia *Arcadia*, manifestando, por boca del rústico Cardenio, su gratitud a Anfriso (el Duque) por haberle salvado de que un león le devorase.

Queremos reconocer una representación gráfica de este suceso en un viejo e ingenuo dibujo publicado por Xristina de Arteaga en el *Diario del viaje a Alemania* del venerable don Juan de Palafox. Es un retrato del Duque don Antonio con un león echado a par de él, mientras el señor hace señas con una mano a alguien que no se ve y con la otra aparta al león. ¿Será acaso este dibujo del mismo Lope? Sabemos que aprendió a pintar con su padre, y que, aparte de algunos rasguños y esbozos religiosos, con que gustaba adornar sus manuscritos, hizo un dibujo para La Dorotea y se lanzó a delinear el retrato de Alfonso VIII que se publicó en la primera edición de *La Jerusalén conquistada*.

Cervantes, con su penetrante ironía, puso por medio de la más



D. Antonio Álvarez de Toledo, V Duque de Alba, según un grabado antiguo.

estupenda aventura de Don Quijote un precioso broche final a aquellas alabadas hazañas de nobles que se enfrentaban con leones y al tradicional respeto de tan bravos animales. No se trataba en aquella ocasión, como advertía Sancho, de combatir con enemigo imaginario, sino con unas fieras de verdad que iban regaladas al Rey español por el general de Orán. El caballero andante, con maravilloso denuedo, esperó él solo, a pie firme, al temible león; pero éste, más comedido que arrogante, ni le acomete ni se le humilla, sino que con tranquilo desprecio le vuelve las espaldas y se tumba en su jaula. A pesar del fracaso, esta hazaña le valió al héroe que se adjudicase el nombre de «El caballero de los Leones».

Dos sonetos de Lope de Vega⁸

Sabido es que Lope de Vega dio cabida en las *Rimas* a varias composiciones escritas anteriormente para sus comedias (véase en esta misma *Revista*, XI, 298, *el artículo del Sr. Montesinos*)⁹, y es muy interesante el estudio de las modificaciones que en ellas hizo el poeta.

El siguiente soneto se halla en la comedia *El dómine Lucas* (Nueva edic. Acad., XII, 80b), escrita en Alba, según declara su autor en la dedicatoria que antepuso al imprimirla en 1621. Podríamos fechar esta obra hacia 1595.

Si alguno justamente quejas forma
de su contraria estrella y de los cielos,
consuélnense los suyos con mis duelos
y no se queje mientras no se informa.
Ya Circe de hombre en piedra me transforma
y aun fuera bien, por no sentir mis celos,
que, en efeto, presentes sufrirélos
y no en la ausencia, que el morir conforma.
Bien puede ser de un hombre resistido
un contrario cruel y su dolencia;
mas no cuando a traición, como éste, embiste.
Los celos por los ojos me han venido,
pero por las espaldas el ausencia,
y lo que no se ve no se resiste.

El soneto está perfectamente encajado en la acción de tal modo que, desgajado de la comedia, no queda claro el concepto de los celos difíciles de combatir en la ausencia.

Al publicarlo en las *Rimas* unos años más tarde, Lope no conservó intactos más que los cuatro últimos versos y modificó todo el resto;

⁸ *RFE*, XXII (1935), pp. 415-416.

⁹ MONTESINOS, J. F., «Contribución al estudio de la lírica de Lope de Vega», *RFE*, XI (1924), 298-311; incl. en *Estudios sobre Lope* (ed. 1967), 109-127;

indudablemente, le era más fácil rehacer que copiar. Desechó el primer cuarteto, que ciertamente es flojo; el segundo pasó a ser primero, muy mejorado:

Circe de hombre en piedra me transforma
quiere, o lo quieren los contrarios cielos,
que viva ausente sin matarme celos,
cosa imposible, si de amor se informa.

El segundo cuarteto es nuevo e intensifica la expresión del dolor de ausencia:

Tanto el temor con el amor conforma,
que era pedir centellas a los hielos,
estar ausente y no tener recelos
aun de la sombra que el pensarlos forma.

El primer terceto conserva la idea, pero cambia algo la forma.

Es curioso que habiendo mejorado tanto este soneto para publicarlo en 1602 no se preocupó de sustituir con éste el de la comedia al darla a la estampa en la Parte XVII. Se hace aquí patente el descuido con que procedía Lope en la publicación de sus comedias, que contrasta con el esmero que ponía en la corrección de sus obras no dramáticas.

De los seis sonetos de Lope de Vega, que Pedro de Espinosa incluyó en las *Flores de poetas ilustres* (1605), tres habían sido señalados por el Sr. Montesinos como procedentes de comedias; ahora podemos añadir el que empieza «Con el tiempo el villano a la melena», que se halla en *El soldado amante*. Figura este título en la primera edición de *El Peregrino* (1604), aunque la obra no se publicó hasta 1621. Ha sido reimpresa en la nueva edición de la Academia, tomo IX. El soneto (pág. 571) está equivocadamente puesto en boca del conde; pero corresponde a Ginebra, dama desdeñada.

La versión de las *Flores* ofrece ligeras variantes que mejoran el texto algo estragado de la comedia. El Sr. Rodríguez Marín, editor de las *Flores*, publica en notas el original italiano de Pánfilo de Sasso, que imitó Lope, y del que se apartó al final con poca fortuna.

El acero de Madrid

Nota enviada
a Morley en
Mayo 1946.

Sr. D. Ramón Menéndez Pidal

Contestó en Nov. diciendo q^e sigue sin haber datos de q^e esas aguas de Madrid se recetan a las opiladas. No se ha enterado q^e la clorosis es análoga a la opilación. Como buen yanqui no ve más allá de su especialización q^e consiste en tener por guía de la cronología de las comedias la estadística métrica.

Una de las anotaciones críticas sobre S.G. Morley.

Sobre *El acero de Madrid*¹⁰

La costumbre de curar en el siglo XVII las opilaciones por medio del agua de hierro queda muy bien documentada con datos literarios y citas de tratados médicos con que el señor S. G. Morley ilustra la comedia de Lope de Vega *El acero de Madrid*¹¹.

En el siglo XVIII, el procedimiento curativo debió haber pasado de moda, pues no hay rastro de él en las obras de los costumbristas de esa época.

Sin embargo, a fines del siglo XIX el tomar el acero vuelve a estar en uso. Aduciré un recuerdo personal confirmado por algunos viejos habitantes de Madrid.

Hacia 1880 los médicos recetaban la bebida de agua ferruginosa para curar la clorosis, enfermedad muy extendida, sobre todo en las jóvenes, después del uso de sangrías y del abuso de beber vinagre para conservar la tez pálida, según fue moda a partir del Romanticismo.

El medicamento se preparaba fácilmente en casa. En una jarra llena de agua se echaban limaduras, clavos, u otros hierros, que cuando se cubrían de herrumbre, podía beberse el agua, cuidando de no revolverla. Del mismo modo que la recetaba el fingido doctor a la protagonista de la comedia de Lope. No se practicaba el ir después de paseo.

De esta agua había siempre provisión en las casas y se propinaba a niños y jóvenes como reconstituyente. Siguiendo la comparación que sugiere el Sr. Morley, puede decirse que se tenía entonces tanta fe en el hierro como hoy en las vitaminas.

Había otra medicación más saludable, que consistía en ir a beber por la mañanita en ayunas el agua de una fuente ferruginosa que brotaba en la Casa de Campo, para lo cual facilitaba permiso el Real Patrimonio. Años después, por la mucha gente que acudía, hubieron de sacar un caño exterior, a la izquierda de la puerta de entrada, para evitar el acceso a la real posesión.

¹⁰ [Inédito, 1946. Anotaciones a lápiz, al dorso de una galerada, cortada en dos, del Diccionario de la RAE, letra T].

¹¹ [MORLEY, S. G., «*El acero de Madrid*», *HR*, XIII (1945), 166-169].

El paseito natural de ida y vuelta a pie contribuía más que el agua a devolver el color a las jovencitas cloróticas que habitaban el poco ventilado casco urbano de Madrid.

Madoz en su *Diccionario Geográfico* (t. X, pág. 911) da noticia de la existencia de fuentes ferruginosas en la casa de Campo. La más rica era la llamada especialmente «mineral», próxima al estanque grande.

Lo cierto es que en los textos del siglo XVII no se encuentran noticias de que se utilizara fuente alguna curativa, a pesar de que en *El acero de Madrid* se cita la Casa de Campo entre los lugares a que iban a pasear las agüistas.

Ricardo del Arco (*La sociedad española en las obras dramáticas de Lope de Vega*, pág. 555) cita en tiempo de Lope la existencia en Madrid de un buen manantial de agua ferruginosa. Esto hizo dudar al Sr. Morley si sería lo que habría dado ocasión al título de *El acero de Madrid*, pero al fin sugiere acertadamente que se dijo de Madrid por ser éste el lugar donde tomar el acero era cosa más trascendental que beber el agua de una fuente determinada.¹²

¹² [MG, en el sobre donde se conserva el original, anotó: «Nota enviada a Morley en Mayo 1946. Contestó en Noviembre diciendo que sigue sin haber datos de que esas aguas de Madrid se recetasen a las opiladas. No se ha enterado que la clorosis es análoga a la opilación. Como buen yanqui no ve más allá de su especialización, que consiste en tener por guía de la cronología de las comedias la estadística métrica». En efecto, en carta a R. Menéndez Pidal, fechada en Berkeley, 20-XI-1946, Morley escribía «Recibí [...] también la nota de su señora sobre «El acero de Madrid», que me interesó mucho. No sabía que existiese una fuente de aguas minerales cerca de Madrid; pero es evidente que las opiladas no bebieron aquellas, ni hay indicación alguna de que los médicos las recetaron para curar dicha enfermedad». En su original MG añade en letra posterior: «Este final lo suprimiré» refiriéndose al último párrafo].

Reseñas

Delano, Lucile K., «The Relation of Lope de Vega's separate Sonnets to those in his Comedias», *Hispania*, X (1927), 307-320¹³.

Es lástima que ofreciendo Lope de Vega tan vasto campo de estudio vayan a coincidir dos investigadores en, el mismo punto. Tal ha sucedido con los quince sonetos que Miss Delano publica reunidos, por ofrecer la particularidad de encontrarse a la vez en una comedia y en otra obra no teatral de Lope de Vega. Catorce de estos sonetos, juntamente con otros, habían sido estudiados ya en el mismo aspecto por el Sr. Montesinos (*RFE*, 1924, XI, 298-311, y 1925, XII, 284); trabajo que no conocía Miss D. al publicar el suyo.

Los dos articulistas se hacen la misma pregunta: ¿Escribió Lope de Vega originariamente esos sonetos para las comedias, o aprovechó en ellas algunos que tenía ya compuestos? Las respuestas no pueden ser más divergentes. Miss D. supone que Lope tenía acaso cierta preferencia por algunos sonetos que había escrito en diferentes ocasiones, y que los destacó en sus comedias para llamar sobre ellos la atención, El Sr. Montesinos, por el contrario, cree que en la mayoría de los casos esos sonetos se escribieron para las comedias en que aparecen, y que Lope los exhumó en otros libros para salvarlos del olvido.

Esta última afirmación me parece más aceptable, pues Lope de Vega consideró siempre como inferior su producción dramática, mientras que sus colecciones de poesías líricas tienen el carácter de selección, y, por lo tanto, constituyen lugar más propio para destacar obras preferidas. Por otra parte, no es fácil que Lope, puesto a escribir los tres mil versos de una comedia, se parase a copiar un soneto escrito anteriormente; él, que nunca copiaba versos de una comedia en otra, aunque tratarse el mismo tema, como ocurre con el tan repetido del *Beatus ille*, y muy especialmente con las fábulas esópicas. El apólogo de *La gata mujer*, por ejemplo, lo intercaló en tres obras dramáticas y en las *Rimas de Burguillos*, sin que esas cuatro

¹³ *RFE*, XV (1928), pp. 78-79.

versiones guarden entre sí ninguna semejanza, aparte del asunto.

Para asegurar la prioridad de la versión de un soneto no nos puede prestar ayuda la todavía escasa cronología que existe de las obras de Lope. No queda más camino que, como hace el Sr. Montesinos, estudiar esos sonetos en relación con el estado pasional que los dictó.

Según Miss D. en una escena de *La Moza de cántaro*, en que cualquier soneto cuadraba bien, Lope intercaló uno que, por no tener enlace con la acción, podemos suponer escrito con otro intento. Bien pudiera ser; pero Lope se dejaba dominar de tal modo por la impresión del momento, que no sería extraño que expresase la admiración que le había producido la fácil victoria española de 1625 sobre la poderosa flota británica, escribiendo ese soneto para la obra dramática que estuviese componiendo a la sazón. Luego lo imprimió en 1627 a continuación de la *Corona trágica*, entre otras poesías varias, sin duda para completar pliego.

De todos modos este soneto puede servir para fechar *La Moza de cántaro* en el año 1625 o muy poco después, porque una vez que el suceso que ensalza hubiese perdido su actualidad, no habría razón para exponérselo al público del teatro, que apenas lo hubiera entendido.

Fénix. Revista del tricentenario de Lope de Vega. Núm. 1. Febrero, 1935¹⁴.

Esta Revista, que ha de constar sólo de seis números, aspira a ser una crónica del Centenario, y a la vez presentará en monografías distintos aspectos de la vida y de la obra del Fénix. Nada más apropiado para honrar la memoria del excelso poeta, y todos los esfuerzos hechos en ese sentido merecen el elogio de los amantes de Lope.

En este primer número, el Sr. Herrero García, lector asiduo de nuestros clásicos, siempre alerta para recoger y compaginar datos acerca de cualquier tema especial, publica un estudio sobre *La fauna en Lope de Vega*, copioso arsenal de citas, hábilmente expuestas y cuidadosamente anotadas.

El Sr. Entrambasaguas, rápido y afortunado investigador, saca de

¹⁴ RFE, XXII (1935), pp. 198-199.

Ramón Gómez de la Serna escribe
 en "Revista" un artículo sobre "el último
 amor de Lope de Vega". Parece que quie-
 riendo amenizar describe la fiesta en q.
 los dos amantes se conocieron como si
 se acabase de verificar en un patio de
 Valladolid, de ahora. No le preocupa am-
 biantar la escena con rasgos del conuente
 del s. 17. Marica llega inspirada
 y al otro...
 el v. 7. es. que van heridos de un
 amor hasta la muerte. Cuanto mejor haber
 seguido ese enamoramiento en los escritos
 de Lope en los que primero elta des-
 pierta la admiración de una obra be-
 lla del Creador para ir luego sobrepo-
 niéndose lo material a lo espiritual, dan-
 dose de ello cuenta al poeta, entonces
 sacerdote que llega a exclamar: "Mal haya
 amor q. se quiere oponer al cielo" y por

Autógrafo del comentario de María Goyri a un artículo de Gómez de la Serna.

la anonimia en que se encuentran en la *Segunda parte del Romancero General* de 1605 varios romances y una canción que acertadamente atribuye al Fénix.

La canción, en versión más completa y más correcta, había sido publicada por E. Mele en el *Bulletin Hispanique*, 1901, III, 361, tomándola de un manuscrito de comienzos del siglo XVII, debido a Matías Duque de Estrada, quien la copió como de Lope de Vega. Sin duda, el Sr. E. no la identificó con la que él publica, porque en el *Romancero* falta la primera estrofa. Él cree esta poesía escrita a devoción de D.^a Isabel de Urbina después de su muerte, fundándose en el segundo verso, que por cierto no se halla bien reproducido en la confusión que ha introducido la imprenta; ha de leerse: de dos albas, aludiendo al Alba del Duque y al alba del sol, juego de palabras muy repetido por Lope en los romances de su señor. Pero hemos de observar que en el manuscrito de Duque de Estrada lleva como epígrafe: *Canción de un galán ausente*, y, sin duda ninguna, está compuesta para el Duque de Alba, cuando, desterrado con motivo del escándalo de sus dobles bodas, ansía por largo tiempo su unión definitiva con D.^a Mencía de Mendoza. Pero aunque faltaran estas claras alusiones, quedarían las expresiones del galán de la canción que espera ver el día en que la amada vaya a coronar el alba de aquellos montes. Es un bien que huye; mas, aunque tarde, tiene esperanza de alcanzarlo. Son conceptos nada propios en boca de aquel a quien la muerte le privó de su compañera.

Del mismo *Romancero* de 1605 está tomada una epístola escrita al Presidente de Indias por *un hombre estando desterrado en Valencia por una sátira que hizo*, obra de capital interés para descubrir el estado de ánimo de Lope en aquellas circunstancias. Deseando que la oportuna publicación del Sr. E. tenga toda la utilidad que merece en el estudio de nuestro poeta, indicaré aquí las principales correcciones a la reimpresión moderna, las cuales restauran el texto antiguo, único hasta hoy conocido, y que en parte aclaran algunos pasajes y en parte reflejan formas del lenguaje originario. Léase en la página 98, l. 15, *lavays*, en lugar de *sonays*; l. 20, *las*; l. 33, *perlas*. Pág. 99, l. 14, *preostos*, en lugar de *puestos*; l. 16, *pesar*; l. 26, *favor de*; l. 31, *la ala*; l. 34, *al rayo*. Pág. 100, l. 22, *el mundo Magno*; l. 32, *un diamante*; l. 34, *parando*. Pág. 101, l. 4, *calienta*; l. 35, *por el hilo*. Pág. 102, l. 8, *opimos*; l. 9, *viven*, en lugar de *vienen*; l. 28, *del nudo* y no *mundo*;

l. 36, y *via*; l. 39, y *essa*. Pág. 103, l. 29, *entricada*. Pág. 104, l. 3, *calentarame*; l. 5, *trocarase*.

Prescindo de la ortografía, unas veces respetada y otras modernizada, de la puntuación, que podrá rectificar el lector atento, y de las enmiendas que está pidiendo el viejo texto.

La publicación con un prefacio por el mismo Sr. E. de la *Elegía de Lope de Vega en la muerte de Jerónimo de Villaizán*, impresa en edición rarísima de 1633, y un ameno itinerario acompañado de un mapa de la España que recorrió Lope de Vega, completan la parte más importante de los artículos que integran el primer número de *Fénix*.

José María Viqueira Barrero, *El lusitanismo de Lope de Vega y su comedia «El Brasil restituído»*. Estudio bio-bibliográfico, notas y comentarios, Coimbra, 1950. 425 págs¹⁵.

Como el título indica, el principal objetivo de este libro es darnos a conocer los sentimientos de Lope de Vega respecto al hermano pueblo portugués, unido con el castellano como una sola nación cuando el poeta escribía la mayor y mejor parte de sus obras. La fruición con que saboreaba esa unidad peninsular, ensalzando las grandes dotes de portugueses al igual de las castellanas, queda bien patente en las abundantes citas que diligentemente ha extraído Viqueira de multitud de escritos del poeta.

Como una de las muestras en que mejor aparece la confraternidad de los dos pueblos vecinos, publica Viqueira *El Brasil restituído*, obra que acabó de escribir Lope de Vega cuando apenas habían pasado seis meses de ocurrida la hazaña en que portugueses y españoles, dando de lado sus rencillas, se unieron en un común afán, coronado por la victoria.

¹⁵ NRFH, IV (1950), pp. 412-413. En carta a Amado Alonso, María Goyri indicaba, remitiendo este escrito: «Ahora envió a V. una reseña del libro de J. M^a Viqueira. Es breve, porque cuando la obra tiene infinitos errores no se le debe dar demasiada importancia. Aquí se acaba de publicar en *El Correo Literario* una reseña resumen del libro, por un menos enterado del asunto que Viqueira. No puede uno dejar de indignarse de que se trate a Lope de Vega con tanto descuido».

La comedia es de las más flojas del Fénix, escrita indudablemente sin más objeto que ilustrar al público sobre la rápida reconquista de San Salvador de Bahía, ocupado alevosamente pocos meses antes por los holandeses, ayudados por los judíos residentes en el país. Lope se deleita en nombrar y elogiar sin distinción a cuantos españoles y portugueses tomaron parte en aquella empresa.

La edición actual deja mucho que desear. El autógrafo, que se halla en la Biblioteca de Nueva York, había sido ya publicado con esmero en 1929 por G. de Solenni¹⁶. Viqueira, ignorando esa edición, se ha atenido a la de la Real Academia Española, que publicó Menéndez Pelayo en 1902, basada en una copia de Agustín Durán, tan mendaz como todas las de aquella época. Y lo triste es que la nueva edición sale con mayores yerros que la académica. Abundan los versos con sílabas de más o de menos. Por evitar prolijidad citaré como ejemplo sólo algunos de la tercera jornada: 168, 185, 237, 259, 299, 314, 335, 395, 432, 688. El falso octosílabo 218 de la primera jornada: «de tantos lienzos adornados» se repite con el mismo error en la página 245 del estudio, citado como ejemplo entre los versos «perfectamente contruidos».

Faltan los versos que debían ocupar los números 107 y 225 en la tercera jornada. No vale la pena hablar de la mala puntuación, ni de las erratas menores de que está plagado el libro, algunas graves como *veces* por *vidas*, pág. 257, y *vengativas* por *vegetativas*, pág. 310. Lope de Vega sigue siendo desafortunado en la edición de sus obras.

El señor Viqueira, con objeto de dar a conocer a portugueses y brasileños la figura agregia del Fénix español, traza una breve biografía; pero le ha faltado crítica para seleccionar datos y ha admitido, entre otros varios erróneos, el tan desprestigiado de la identificación de la incógnita Marfisa de *La Dorotea* con una María de Aragón; error que rectificó ha mucho el mismo sagaz erudito que por esa vez se había desorientado. Cerca de medio siglo después que H. A. Rennert publicó su importante biografía de Lope de Vega y con los numerosos estudios que desde entonces se han dedicado al asunto, hubiera sido de desear un resumen más esmerado.

¹⁶ [*El Brasil restituído*, ed., «Together with a Study of Patriotism in his [Lope de Vega's] Theater», ed. G. de Solenni, Diss., Columbia Univ. (N. York: Inst. de las Españas, 1929)].

Dos notas críticas

I. Mentirillas de Lope¹⁷

Astrana Marín publica un documento notarial de Lope¹⁸ y aunque de él no se desprende nada censurable más que se le dice cronista de su majestad sin serlo [no podemos asegurarlo], aprovecha, como siempre, para hablar de Lope no solo como vanidoso, sino que si el papa Urbano VIII hubiese sabido la vida escandalosa que llevaba, no le hubiera concedido la orden de Malta, y continúa con su tema de atacar a Lope, como si fuera el primer mujeriego en la corte de Felipe IV, y antes y después *per secula seculorum*. Felipe IV tuvo una multitud de hijos naturales, y se dice que por tacha de inmoral negó a Lope ser cronista.

II. El último amor de Lope¹⁹

Ramón Gómez de la Serna escribe en *Revista* un artículo sobre «El último amor de Lope de Vega»²⁰. Pase que queriendo amenizar describa la fiesta en que los dos amantes se conocieron como si se acabase de verificar en un patio de vecindad de ahora. No le preocupa ambientar la escena con rasgos de comienzos del s. XVII. Marta llega disfrazada de ramilletera, y al cruzar la mirada con la de Lope quedan heridos de un amor hasta la muerte.

¹⁷ Original ms., junio de 1952, en letra temblorosa, escrito al dorso de una tarjeta de invitación (FRMP, 18-F, Caja 1).

¹⁸ Luis Astrana Marín, Luis, «Un documento inédito del “Fénix”. Mentirillas de Lope de Vega», *ABC* (Madrid), 26 de junio de 1952, p. 3.

¹⁹ Original ms., marzo de 1954, en letra temblorosa, y transcripción mecanografiada (FRMP, 18-F, Caja 1).

²⁰ Ramón Gómez de la Serna, Ramón, «El último amor de Lope de Vega», *Revista. Semanario de información, artes y letras*, Barcelona, III (1954) núm. 99 (4-10 de marzo), p. 7.

Cuánto mejor haber seguido ese enamoramiento en los escritos de Lope, en los que primero ella despierta la admiración de una obra bella del Creador para ir luego sobreponiéndose lo material a lo espiritual, dándose de ello cuenta el poeta, entonces sacerdote, que llega a exclamar: «¡Malhaya amor que se quiere oponer al cielo!» Y por fin declara a su señor el Duque de Sesa, para el cual no oculta secretos: «Yo estoy perdido, si en mi vida lo estuve por alma y cuerpo de mujer».

Verdad que ese amor era muy intenso, pero iba acompañado de profundo arrepentimiento, y a ese periodo pertenecen muchas poesías sagradas en que el poeta se debate entre el amor y la culpa.

Los datos que parecen en el artículo tener carácter histórico son en su mayoría falsos y el soneto con que acaba, en que hace el retrato de la Virgen, supone el articulista que pinta a D^a Marta, es retrato de Elena Osorio. Ambas tenían los ojos verdes, pero Lope distingue muy bien entre las nias de color «verde y rojo» de los ojos de Elena y las claras esmeraldas de D^a Marta. La mano larga con que distinguía a la Osorio tiene buen cuidado en negarla a Marta.

Es más fácil dejar volar la imaginación que repasar los versos del poeta, pero hay que convenir en que esto último resulta al fin más bello.

Romancero de 1600 - 3ª parte 1591

Romances que pudieran ser de Lope.

Este traidor instrumento - Seis años hace q^{ta} canta
a Filis y la ha hecho célebre diciendo mal de ella
no debe pues quejarse, sino decirle q^{ta} vuelva. f. 44

Así no marchite el tiempo - Debe de haber aquí
dos romances sin separar en la impresión;
uno en q^{ta} [Abenámar] pregunta a Garfe donde
podrá ver a Zaida, recién casada; otro en q^{ta} Ada
liza se queja a Garfe del desamor de Abenámar

Llenos de lagrimas tristes - Belardo jura a la celo-
sa Belisa q^{ta} aborrece a Filis. Alusión a las tor-
tolillas? fol 47, b.

Mi años ha q^{ta} no canto - Desterrado - Se queja de
los q^{ta} dan en llamarse Belardos, revocan su tes-
tamento. Con su nombre cantan pensamientos de
otros - Tres años hace q^{ta} no nombra a Filis. Escribe
de agenos gustos algunos versos quejados y
se los achacan a alusiones de Filis. Mal hayan
las tortolillas. ... Lisardo, antes de ir a la gue-
rra dijo bien esto del olmo. Riselo maldecía
de la Vega por barbechar sus nortijos fol. 47

Una rubia pastoreilla - Va a quemar unas cartas
Riselo la detiene.

En el más soberbio monte - Abenámar desterrado
se queja de q^{ta} le hagan callar. Mordaza me pone
de vulgo.

Filis, las desdichas mías - Ella viene desterrándole
pero supone q^{ta} no está desterrado de su pecho
Ayuda al veneno q^{ta} ella tomó - Se destierra por otra
que se sin él. Cumplirá los diez años de destierro
consolado de verse libre de ella

IV

Lope de Vega y el *Romancero General* de 1600 Materiales inéditos

Antes de 1936 María Goyri proyectó una edición de los romances de Lope, y concedió especial importancia a los textos publicados en el *Romancero General*, además de explorar largamente las colecciones manuscritas de la Biblioteca Nacional y la de Palacio, y otras fuentes.

En algún momento —antes, al parecer, de concebir la edición plenaria del romancero lopiano— tuvo el plan de publicar una selección de romances atribuidos a Lope, exponiendo sus razones y dudas para atribuírselos. De ese plan se conservan unos apuntes sueltos sobre problemas generales de atribución en el *Romancero General* de 1600 y unas listas donde anota los romances de cada una de las nueve partes de la compilación que consideraba posible atribuir al Fénix. Son apuntes rápidos que resumen el contenido y señalan los rasgos que podrían sustentar la atribución: alterónimos poéticos (pastoriles o moriscos) o peripecias que podrían remitir a la biografía amorosa del poeta. Más que afirmaciones categóricas, en esas listas se exponen simplemente indicios de que determinados romances «pudieran ser» de Lope de Vega, y varias veces se apuntan razones que invalidan esos indicios.

Publicamos aquí, las anotaciones generales y, como muestra, tres de las listas de romances atribuibles, las correspondientes a las partes tercera, cuarta y quinta. Se trata de anotaciones no dispuestas para una edición inmediata, sin sintaxis trabada y con indicaciones explícitas de que faltaban datos para una redacción definitiva.

Estos apuntes, que mantienen una esencial validez, tienen un valor histórico, dada su fecha (anterior a 1936 según indicábamos), para los estudios sobre la poesía de Lope de Vega. Mucho se ha investigado desde entonces sobre la obra del poeta, y para cotejar los juicios de doña María con los de la erudición posterior remitimos a las muy completas y actualizadas anotaciones sobre ediciones, variantes textuales y atribuciones que ha incluido Antonio Carreira en la edición facsímil del *Romancero general* remozado de 1604¹.

Muy al final de su vida María Goyri conoció el volumen de *Estudios sobre Lope* de José F. Montesinos (México, 1951) que recopilaba estudios antiguos, con rectificaciones y adiciones. Ya hemos aludido en la introducción a discrepancias varias entre Montesinos y Goyri. Nos ha parecido oportuno incluir las notas de lectura últimas de D^a María, la última, de 1953 en letra muy temblorosa, donde refleja lo que mas le interesaba y apreciaba de los trabajos del insigne lopista, o bien pone reparos a algunas de sus afirmaciones, sobre todo en lo que se refería a ella misma.

¹ *Romancero General, en que se contienen todos los Romances que andan impressos. Ahora nuevamente añadido y enmendado. Madrid: Iuan de la Cuesta, año 1604*, estudio de Antonio Carreira (México: Frente de Afirmacion Hispanista, 2018).

I. Atribuciones²

Difícil es de la ingente masa del *Romancero* de 1600 ir apartando algunas obras para darles nombre de autor; pero es trabajo tentador porque sabemos que allí están expósitos los primeros frutos literarios de ingenios cuyos nombres (Cervantes, Góngora, Lope de Vega, por no citar más que los principales) bastan para dar subido interés a cualquier escrito que de por sí no lo tenga. Pero además muchos de esos romances tienen por sí verdadero valor artístico, y aunque para algunos la tradición popular o el estudio literario les han sido favorables, otros muchos yacen indiferenciados en la masa anónima y descuidada; anonimia y abandono característicos de nuestro *Romancero*.

Voy aquí a destacar unos cuantos romances que creo poder adscribir a Lope. No se me ocultan los inconvenientes que se ofrecen para esa clase de atribuciones, y no es la menor que, cuando uno se polariza en la lectura de un autor, se adquiere una sensibilidad especial para percibir las características suyas, pero se deja de percibir lo que hay en él de común con sus contemporáneos. [Insistir. Propensión]

Por eso conviene que el estudioso de un determinado escritor (del *Romancero*) señale las obras que cree pertenecer a un determinado autor [*Tachado*]

El *Romancero* son bienes *nullius*; que cada uno atribuya cada obra a quien lealmente crea que pertenece, aduciendo las razones que para ello tiene, que como esa propiedad no prescribe, luego puede venir otro que alegue mejores derechos en favor de otro autor. Lo que importa en fin de cuentas es remover esos materiales.

Con ese criterio publico estos deliciosos romances, exponiendo por qué los atribuyo a Lope, unos con razones a mi parecer bastantes y otros

² Anotaciones a lápiz, al dorso de una galerada, cortada en dos, del Diccionario de la RAE, letra B; id. al dorso de tres galeradas del Diccionario de la RAE, letra R].

con muchas dudas.

Se recomienda copiar una tabla y sobre ella reemplazar el romance. Otra forma de trabajar es escribir el romance, en estilo 'Romance - Texto', convertirlo a tabla y añadir finalmente una columna a la izquierda, para los números, alineados a la derecha).

[...] A estos nombres podemos añadir otros que conocemos gracias al ejemplar del Romancero de 1604, que con el número [R-2171] se conserva en nuestra Biblioteca Nacional y del que tendremos que echar mano muchas veces.

En este libro muy curioso de la época, que estaba muy bien enterado de los secretos del mundo literario, va señalando en notas marginales los nombres de los autores y algún otro dato que es para nosotros de inapreciable valor. Y gracias a esta curiosidad conocemos los romances de Juan de Salinas canónigo de Segovia y uno de doña Catalina Zamudio, la amiga del Hércules de Felipe Arias.

Los más nombrados son siempre Lisardo, Riselo y Belardo, o sea Lope.

Es muy difícil poder hoy señalar autor a los romances. En los pastoriles es donde podemos tener alguna seguridad para atribuirlos a Lope, a Liñán o a don Luis de Vargas, porque conocemos sus nombres bucólicos, Belardo, Riselo y Lisardo respectivamente, pero hay siempre que proceder con cautela, porque nadie impedía a un poeta cambiar de nombre fingido. Cuando leemos los romances de Elicio y Galatea, nos sentimos tentados a atribuírselos a Cervantes, que en su novela pastoril empleó esos nombres para encubrirse él y su amada, pero sabemos, por las notas del romance 17, que son de Juan de Salinas.

II. Lope y sus amores en el *Romancero general*³

Varias veces había hojeado el *Romancero General* de 1600 merced a la espléndida reproducción de Mr H[untington] y nunca había encontrado interés en su lectura; pero últimamente, para identificar un romance, repasé de nuevo sus folios y entre ellos vi destacarse la abundante inspiración de Lope que aquí, como en el teatro, se presenta avasalladora. Reconocí a Elena Osorio con sus ojos verdes y cejas negras y sus cabellos rubios (según creo enrubiados). Con despierto interés recorrí las nueve partes del *Romancero*, y cada día hallaba nuevos personajes que prestaban realce al cuadro de época que se iba descubriendo a mi vista. Los amores de Lope y de Elena cruzan a través de todo el *Romancero*, cantados unas veces en romances moriscos, otras en pastoriles, ya delicadamente tiernos, ya vehementemente apasionados, ora burlescos o difamatorios, según el estado de ánimo del poeta.

Pero en las páginas del *Romancero* encontraremos otros amores del hombre que más amó en el mundo, y trabaremos conocimiento con la Marfisa de *La Dorotea*, aquella jovencita que trajo a Lope sorbido el seso cuando tenía sólo 17 años y que, después de muchos suspiros y citas amorosas al pie de la reja, se casó con otro, y luego de viuda reanudaron sus amores. Asistiremos también al rapto de doña Isabel, volviéndose Lope con un movimiento de rebeldía cuando va camino del destierro, exponiéndose a los rigores de la justicia y zanjando la condena que se le venía encima casándose y embarcándose en la *Invencible* ya que, por haber contravenido lo dispuesto en la sentencia, le correspondía ir a remar a galeras. Acompañaremos en su dolor a la desposada doña Isabel viendo marchar a su amado, y dispuesta a tomar venganza en el fruto que aguarda de aquellos amores. Veremos a Lope volver salvo del desastre naval, seguir en tierra toledana escribiendo de amor y celos de Elena, y apartarse del reino. Habitar en

³ Anotaciones a lápiz, al dorso de tres galeradas del Diccionario de la RAE, letra T].

Valencia contento de estar lejos de la corte; visitaremos con él Sagunto, y le celebraremos feliz a orillas del Tormes; pero seguiremos escuchando su pasión amorosa por Elena hasta el punto de que, cuando nos cuenta su tranquila vida al lado de su solícita compañera, empezará un romance ensalzando a doña Isabel para acabar confundiéndola con Elena. ¡Extraña mezcla de afectos los que agitaban aquella alma! Se necesita que pasen bastantes años para que Lope, ya después de perdida a su mujer y a dos hijas, se sienta desengañado y se libre para siempre de los hechizos de Elena y, entonces, el sarcasmo brotará de su pluma.

Todos estos amores se desarrollan en forma más dramática que lírica. Lope se encargará de que dialoguen en los romances todos los personajes que en ellos intervienen, y escribirá no sólo sus sentimientos, sino los de sus amadas y los de sus rivales. Y en las páginas de este *Romancero* podremos conocer al que enamoraba a Elena cuando la conoció Lope, el príncipe que cuenta en *La Dorotea* que le dejó el puesto libre cuando tuvo que irse con un cargo oficial, y que quiso llevarse al mismo Lope de secretario. No era príncipe, ni extranjero, pero sí noble; era Lisardo, o sea don Luis [de Vargas] Manrique, hijo de [D. Diego de Vargas].

Aparte de los romances escritos por Lope, y completando el mundo en que él se movía, hallaremos en esta rica colección a Riselo—Pedro Liñán de Riaza, amigo de Lope, aunque su amistad sufrió algún eclipse, enamorado y quejoso de que su dama le dejó por otro más joven. Sus romances simbólicos de la vaca, el novillo y el toro fueron en los círculos literarios tan comentados como el de las tórtolas de Lope. Y el canónigo de Segovia don Juan Salinas, y Pedro de Osuna y el picante Góngora nos completarán en el *Romancero* aquella sociedad pletórica de vida literaria. Y todavía adivinamos a Lope escribiendo en múltiples romances los amores de su señor el duque de Alba, que en esto se resolverían los trabajos del secretario, de modo análogo a como, pasando los años, desempeñará igual cargo junto al duque de Sesa.

Y si algo nos faltaba tenemos las notas marginales que un autor de

la época puso al ejemplar del *Romancero* de 1604 conservado en nuestra Biblioteca Nacional con el número R-2171, ya aprovechado en parte por Pérez Pastor y Rennert.

Con tanta riqueza de datos, nos parece asistir a las animadas conversaciones de la casa de trucos de la plaza de Matute, o a los corrillos que, mientras empezaba la representación, se formaban en el corral de la Cruz por los últimos días del año 1587, cuando prendieron a Lope de Vega. Y, por cierto, que bien severa anduvo la justicia en aquella ocasión para defender la fama de una mujer, y pocas veces se había castigado con tan larga condena la difamación. Ello nos prueba que andaba interesado en el asunto persona de alta influencia.

La biografía de la juventud de Lope tiene como principal fuente *La Dorotea*, obra que si tuvo siempre mucha importancia, la ha adquirido mayor a la luz del proceso.

El romancero tiene para la biografía de Lope mayor valor, más realidad que *La Dorotea*. Esta última fue redactada definitivamente al declinar la vida del poeta, es un recuerdo que se va tiñendo con todos los matices de la existencia tumultuosa de su autor, y doña Marta Nevares prestó mucho de sus rasgos a Elena Osorio. Así los dos amores más duraderos de Lope se entremezclan y es difícil desenlazarlos. En cambio, los romances los iba escribiendo Lope al día y dejaba en ellos la impresión vuelva confundidas a Belisa y a Filis, representando indistintamente a Elena y a doña Isabel, es porque en aquel momento las dos mujeres se repartían el corazón del poeta, llevando siempre, eso sí, la mejor parte la mujer ajena que la propia.

III. El Romancero nuevo y sus ediciones⁴

El *Romancero* de 1600 es una compilación de nueve partes de romances que, con los nombres de *Flor de varios y nuevos romances*, *Ramillete de flores* y *Flores del Parnaso* se publicaron en 1588 a 1597. El librero Luis Sánchez de Madrid reunió en un solo tomo los ocho ejemplares de romances ya publicados. Se diferencia este romancero de las grandes colecciones de mediados del siglo XVI, el *Cancionero de Amberes* y las *Silvas*, en que casi todos los romances en él contenidos son de nuevo cuño, recién compuestos, pero, a pesar de esto, todos ellos aparecen anónimos. Es la anonimidad carácter inherente a las colecciones de romances. Mientras Pedro de Espinosa preparaba y daba a luz sus *Flores de poetas ilustres* donde cada poesía (con pocas excepciones) va acompañada del nombre de su autor, se publicaban las *Flores de romances* y los *Romanceros Generales* sin nombrar a un solo autor. Y es que, como declara Lope, disculpándose de publicar entre sus *Rimas* los romances, «algunos quieren que sean la cartilla de los poetas».

Respecto al modo de publicarse las «*Flores de Romances*», tenemos un valioso testimonio de un autor quejoso de haber visto composiciones suyas incluidas en alguna de esas colecciones, no sólo sin su consentimiento, sino introduciendo cambios que estropeaban la obra.

Lasso de la Vega en la Primera parte del *Manojuelo de romances* dice:

Han dado en recopilar
ciertos curiosos autores,
y en coger sudor ajeno
para vender a impresores,
y dan un libro compuesto
de la mañana a la noche
que llaman *Flor de romances*,
y es porque lo traen por flores
[...]

⁴ Anotaciones a lápiz, al dorso de una galerada, cortada en dos, del Diccionario de la RAE, letra V].

Sé decir de mis romances,
 en punto bueno se nombre,
 que cuando a mis manos vuelven
 no hay diablo que los soporte:
 unos vienen patituertos,
 otros tirando mil coces,
 a unos faltan seis conceptos,
 a otros les sobran doce;
 otros vienen sin sentidos,
 que casi no me conocen,
 que se los mudaron todos
 como guardas de algún cofre.
 El músico los cercena,
 el que traslada compone,
 el que recopila enmienda,
 el impresor antepone,
 el censor les da un mordisco
 cuando referir los oye.
 Todos dan en los cuitados,
 bien o mal, a troche moche;
 unos dicen «largo ese éste»,
 otros, «bien será se acorte»,
 otros, «con diez versos menos
 será al tablado conforme»;
 de suerte que a cualquier tonto
 y a sus torpes correcciones
 salen los versos sujetos:
 florido tiempo les coge.

Los editores trabajaban a destajo y apenas aparecía una de esas colecciones, por ejemplo en Valencia aparecía otra de distinto impresor que en Huesca o en Alcalá que vuelva a los mismos romances sin variar el orden y hasta con idénticas erratas y con iguales errores siguieron imprimiéndose los Romanceros Generales en el mismo Romancero de Durán. La demanda de romanceros debía de ser grande; en las ediciones conservadas podemos ver como año por año se iban sucediendo sin interrupción una parte a otra. La Parte Primera lleva la licencia fechada en Valencia a 2 de agosto de 1588. La Segunda Parte es de 1589; la Tercera es de 1591. En 1592 se publican la

Segunda y Quinta, en 1593 ya las partes llegaban a seis. La Séptima lleva fecha de 1595, y en los siguientes años se publicaron la Octava y Novena.

Veamos ahora quiénes eran los principales autores que llenaban las hojas de aquellos libritos publicados en tamaño apropiado para que las damas pudiesen traerlos en la manga y los caballeros en la faltriquera.

En el proceso sobre Lope de Vega publicado en 1901 por los señores Tomillo y Pérez Pastor hallamos citados cinco de los principales romancistas de aquellos días. Un testigo declara haber oído a don Luis de Vargas Manrique que el romance infamatorio origen del proceso pudiera ser o del propio Vargas o de Cervantes de Liñán, de Vivar o de Lope de Vega. Pedro Flores, editor de la 6ª parte de *Flor de romances* (Toledo 1594), al describir la colección nos dice «Junté en nombre de Riselo....».

En la 9ª parte de las Flores vuelven a aparecer los tres nombres de Belardo, Riselo y Liseo (=Lisardo) unidos al de Góngora: «Aquestos tres de la fama / que tantos versos escriben» [...]

IV. Atribuciones posibles⁵

Romancero de 1600. 3ª parte

Romances que pudieran ser de Lope

«Este traidor instrumento». Seis años hace que canta a Filis y la ha hecho célebre diciendo mal de ella; no debe, pues, quejarse, sino decirle que vuelva. f. 44.

«Así no marchite el tiempo». Debe de haber aquí dos romances sin separar en la impresión; uno en que [Abenámar] pregunta a Tarfe dónde podrá ver a Zaida recién casada; otro en que Adalifa se queja a Tarfe del desamor de Abenámar. [f. 46v] [Cf. Carreira, p. 1177].

«Llenos de lágrimas tristes». Belardo jura a la celosa Belisa que aborrece a Filis, Alusión a las tortolillas? fol. 47 [Cf. Carreira, 1288].

«Mil años ha que no canto». Desterrado. Se queja de los que dan en llamarse Belardos, revocan su testamento, con su nombre cantan pensamientos de otros. Tres años hace que no nombra a Filis. Escribe de ajenos gustos algunos versos quejosos y se los achacan a alusiones de Filis. Mal hayan las tortolillas... Lisardo, .

antes de ir a la guerra dijo bien esto del olmo, Riselo maldecía de la Vega por barbechar sus rastrojos. fol. 47b [Cf. Carreira, 1297].

«Una rubia pastorilla». Va a quemar unas cartas. Riselo la detiene. [f. 48] [Cf. Carreira, 1365].

«En el más soberbio monte». Abenámar desterrado se queja de que le hagan callar. Mordaza me pone el vulgo. [f. 48b] [Cf. Carreira, 1247].

«Filis, las desdichas mías». Ella venció desterrándole, pero supone que no está desterrado de su pecho. Alude al veneno que ella tomó. Le destierra por que otra quede sin él. Cumplirá los diez años de destierro consolado de verse libre de ella. [f. 53] [Cf. Carreira, 1247].

«Agora vuelvo a templaros». El destierro le ha hecho contemplar desde lejos la corte y conocer sus engaños. Es una sátira; queden agravios pro-

⁵ Anotaciones manuscritas de María Goyri.

pios, sepultados en silencio [f. 54v] [Cf. Carreira, 1160].

«Por los chismes de Chamorro». Simocho, el pastor de Albano, va desterrado porque Chamorro les dijo que hizo coplas a Juana. Su suegra le dijo que ganará con la pica lo que perdió por el pico. Burlesco. fol. 65v. [Cf. Carreira, 1323].

«Oh dura y terrible ausencia». Se queja de que Belisa no vaya a su cabaña como le prometió. fol. 67v [Cf. Carreira, 1312].

«Al camino de Toledo». Zaida suspira por Adulce ausente y él se atormenta por ella [f. 68v] [Cf. Carreira, 1164].

«Donde mi esperanza vive». Glosa a Filis? [f. 69v] [Cf. Carreira, 1231].

«Con semblante desdenoso». Zaida desea acabar con Celindos. Algo confuso todo. [f. 70].

«Dime, Bencerraje amigo». Se queja de Zaida que hace cara a todos. A un huésped recién venido le dio el alma, y cuando este se vaya, le buscará a él [f. 72] [Cf. Carreira, 1228].

«Al pie de una seca encina». Desterrado, no puede vivir sin ver a su pastora (no es expresivo) [f. 72v] [Cf. Carreira, 1166].

«Azarque, moro valiente». Contra Azarque, que ha ofendido a uno en ausencia, achacándole que le ha puesto a mal con la reina. Le reta. fol. 73. [Cf. Carreira, 1182].

«Di, Zaida, de qué me avisas». Si fuera mudo dice Zaida que sería adorable. Tarfe le ha descubierto secretos [f. 72] [Cf. Carreira, 1226].

«Fuego echando por los ojos». Almoralife era desterrado de Baeza por el rey por amor de Felisalva. «Yo mándole que en Baeza no entre sin mi mandado». Él se queja de haber sido desterrado sin motivo y se niega a obedecer. Da vuelta a su caballo y se entra en Baeza. f. 74v [Cf. Carreira, 1267].

«El bizarro Almoralife». Lleno de juegos de palabras de un perverso gusto muy en boga en el Rom. de 1600. Entra en Baeza, Felisalva porque la ha de recibir por esposa, huye con él a Granada (Será D^a Isabel) [ed. 1600, f. 75; omitido en 1604].

«En una pobre cabaña». Belisa (de ojos negros) y Delio se requiebran (?) [f. 75v] [Cf. Carreira, 1256].

«Bravonel de Zaragoza y ese moro de Villalba». Se disputan a la mora

Zaida. Bravonel se aparta de la demanda mas no de rendir el alma a Celinda [f. 77v].

«Mira, Tarfe, que a Daraja no me la mires ni hables». Almoradí la sirve hace 6 años. Tarfe le contesta motejándole de cobarde. No se entiende el cambio de interlocutor [f. 79] [Cf. Carreira, 1298].

«Ligado en el duro yugo». En el mal estilo de juego de vocablos y pespunte. Belardo triste por Guadala, que tarda en cumplirle la promesa. A quien piensa pagar pechos toda su vida. f. 82v (D^a Isabel) [Cf. Carreira, 1298].

«El valiente moro Azarque». Entra en Toledo preso. Deja a cargo de la fama darle eterna vida. Zelindaja le contempla desde el balcón. Él la echa en cara su olvido. La furia popular liberta a Azarque y este se va a Olías. [f. 83]. [Cf. Carreira, 1244].

Romancero general de 1600. 4^a parte

Romances que pudieran ser de Lope

«Cuando yo peno de veras»... «Destierran a los poetas... Llamábame yo Belardo». f. 87v. [Cf. Carreira, 1206].

«Si tan bien arrojas lanzas»... «Esto decía Gazul» olvidado por pobre de la bella Zaida [f. 62v] [Cf. Carreira, 1350].

«Memoria del bien pasado»... Esto dijo el moro Zaide [f. 89v] [Cf. Carreira, 1295].

«Zaide esparce por el viento». Solo el nombre. Quéjase de su mudable dueño. Quema cartas [f. 89v] [Cf. Carreira, 1376].

«Cuando de los enemigos». Es flaca disculpa decir que tu padre te obligó a dar el sí. Te verás entregada a un viejo [f. 92v] [Cf. Carreira, 1200].

«Apártaste, ingrata Filis». Le deja por otro [f. 96v] [Cf. Carreira, 1172].

«Su remedio en el ausencia». Abenámar se queja de Zaida porque se entregó a un advenedizo moro disforme. Parte para el destierro [f. 97] [Cf. Carreira, 1355].

«Cuando entendí que tenía». Belisa y Celindo [f. 98] [Cf. Carreira, 1202].

«Recoge la rienda un poco». Zaida a Azarque [f. 98v] [Cf. Carreira, 1335].

«Así Riselo cantaba». Un señor de cruz bermeja le promete montes de

oro [f. 113v] [Cf. Carreira, 1178].

«Adonde el Tajo parece». Riselo va a la Naval [f. 112] [Cf. Carreira, 1159].

«Mirando estaba Lisardo al pastor que fue de Filis», que llora su destierro. Las tortolillas que me achacan, no las maté [f. 106] [Cf. Carreira, 1301].

«Mirando está las cenizas». Belardo contempla las ruinas de Sagunto. Soy un desterrado [f. 105v] [Cf. Carreira, 1301].

«Al lado de Sarracina». Xarife se queja de Zaida y de la traición de Muley [f. 104v].

«No la reina de las aves». Daraja pide a Xarife celos de Zaida [f. 104].

«Ardiendo se está Xarife ». Celos de Xarife porque Muley la ha quirado el amor de Daraja [f. 103v.]

Quinta parte del Romancero general de 1600.

Romances que pudieran ser de Lope

«Los que mis culpas oístes». Poeta desde que andaba a la escuela. Amó a una doncella tres años. Luego fue con otros participante con una casada. Luego anduvo con gente baja. Escribió muchos romances moriscos [f. 117v] [Cf. Carreira, 1290].

«Sembradas de medias lunas». Mostafá y Zaida. No hay más indicio que el nombre de Zaida [f. 118] [Cf. Carreira, 1344].

«De su querida Amarilis». Brasildo a orillas del Tajo llora la infidelidad de Amarilis que en los campos de Manzanares ama a otro [f. 119] [Cf. Carreira, 1217].

«Hería el sol a las cumbres». Codicilo del pastor Belardo. Quejoso de Filis. Este es el que rechaza Lope [f. 120v] [Cf. Carreira, 1273].

«Sobre el azerado hierro». Muza sale desterrado [f. 122] [Cf. Carreira, 1351].

«Después que acabó Belardo». Confirma su testamento y Filis se entornece [f. 123] [Cf. Carreira, 1223].

«Zaide ha prometido fiestas. Solo hay los nombres de Zaide y Zaida [f. 124v] [Cf. Carreira, 1376].

«Cuando los campos se visten». Burlesco. «En unos me finjo Zaide,

en otros Celin Gazul». No me parece, a pesar de eso, de Lope [f. 125] [Cf. Carreira, 1205].

«Ventanazo para mí». Satírico. Pudiera referirse a Ana Velázquez, sin que sea de Lope, sino de algún amigo o hecho por Lope en su nombre. Guadiana. Prima. No quiero ser vuestro Paris ni que vos seáis mi Elena [f. 125v] [Cf. Carreira, 1368].

«Solos aquí en confesión». Burlesco. Aludido en el romance «Oydme, señor Belardo» [f. 126v] [Cf. Carreira, 1354].

«En un balcón de su casa». Azarque premiado por Zelinda la discreta. No se entiende [f. 135v] [Cf. Carreira, 1254].

«De verde y color rosado». No pretendáis desterrarme. Zaida y Celinda amadas de Amete [f. 136].

«Del perezoso Morfeo». Zaida sale disfrazada de Xerez por temor a Gazul [f. 137v] [Cf. Carreira, 1221].

«El Alcaide de Molina». Celinda se queja de que el moro prefiera la guerra [f. 140].

«Pues V. merced se casa». Satírico contra una que se casó con un viejo. El yerro de ella durará más que mi pena [f. 140v] [Cf. Carreira, 1328].

«En [-Entre] estas solas paredes». Bebí los aires por una doncella Circe, más de seis años. Por lo grave se gobierna, dejóme a mí por humilde. Una alta como lanza con chapines ? [f. 100v; otra versión en parte 6^a, f. 191] [Cf. Carreira, 1250 y 1259].

«Dueña, si avedes honor». En fabla, burlesco. Después de seis años, mientras él ausente, ella se casa y echa la culpa a su padre [f. 102v] [Cf. Carreira, 1232].

V. Anotaciones sobre trabajos lopistas de José F. Montesinos

- A) Estudios sobre Lope de Vega por J. F. Montesinos - Colegio de México 1951.
No cree que *El galán escarmentado* sea de Lope, p. 314, nota a la pág. 113.
La pasión que palpita en los romances de Lope es lo que los salva, p. 132.
Lope rara vez rellenó una escena con materiales que ya tenía a mano, p. 224.
La fecha de la publicación de las *Rimas* no presupone como cree Montesinos que las composiciones que incluyen sean de fecha poco anterior, p. 222.

Romances que cita Montesinos:

Al humilde Manzanares, p. 238 y 320.
Segunda vez desterrado, id. y 320.
Sentado en la seca hierba, p. 241.
Mirando el corriente río, p. 249.
Otras veces me habéis visto, p. 250 y 325.
Puestos en Tormes los ojos, p. 252 y 322.
El sol que al dorado toro, id.
Ardiéndose estaba Troya, p. 253.
A las temerosas voces, p. 254.
Oh, gustos de amor, traidores, id.
Peñas del Tajo, deshechas, p. 256
A los hierros de una reja, id.
Del Romancero de Barcelona.

- B) Estudios sobre Lope de Vega por J. F. Montesinos — Colegio de México 1951.

Admite la fecha que doy para el romance «Cuando las secas encinas», p. 314.

Montesinos cita constantemente a Bal para las músicas. Se ve que se ha quedado en el año 35.

Da noticia de la publicación de un ms. De la Bib. Nac. por John M. Hill, *Poesías barias y recreación de buenos ingenios*, Bloomington 1923 (Indiana University Studies XI) [B. N. E., 17-756]. Parece muy importante para Lope. Tiene los libelos, p. 316 y 324.

La canción «En esta larga ausencia» fue publicada por Entrambasaguas después de que había aparecido impresa ya tres veces. Cree que se refiere a

Filis. Cita mi atribución a la ausencia de la amada del Duque, p. 316.

Alberto Tauro, *Amarilis indiana*, Lima 1945, resume todo lo publicado sobre ese asunto. Montesinos no cree que existió y que la epístola parece obra de hombre, pero de seguro no es de Lope, p. 318.

C) Estudios sobre Lope de Vega por Montesinos

p. 318. El soneto «Yo no quiero más bien que solo amores». 2ª versión la dedicada a Antonia Trillo «hecha con premura», pues el 2º verso no consta.

El soneto «No tiene tanta miel»... imitado de Marullo, varios se han ocupado de él., p. 319.

Las atribuciones de los romances hechas por el anotador del ejemplar del Romancero de 1604 no son siempre exactas, p. 320.

Sobre el estribillo: muy blanda..., p. 320.

Contra Astrana Marín, p. 321.

Cree que el sistema de fechas por la métrica no puede invalidar otros indicios, p. 331.

El Romancero de Barcelona anterior al de 1600, p. 321.

Sobre «Dejo un tesoro escondido» en desacuerdo conmigo, p. 322 y 325.

Sobre el romance «Por la tarde salió Inés», p. 323.

D) *Primera Flor de Romances*

Estudio de un ejemplar de 1589 compilado por Pedro de Moncayo existente en la Hispanic Society. Lo considera Montesinos como ejemplar único y publica muchas notas y compara con otras ediciones de *Primera Flor*.

Hay que tomar en consideración este artículo publicado en *Bull. Hisp.*, tomo LIV (1952).

Insiste en el estudio de las primeras *Flores*. Combate el afán de asignar autor a los anónimos romances del Romancero nuevo.

En P. S. dice que llega a su conocimiento el ejemplar que hay en nuestra Bibl. Nac. recopilado por Andrés Villalta con licencia en Valencia 1588. Como esto quita prioridad a la *Primera Flor* de Pedro de Moncayo 1589 que él se precia de ser descubridor, quita esa importancia suponiendo falsa la fecha de Villalta. *Romance Philology*, VI-4, mayo 1953. Homenaje a Morley.

JOSÉ MANUEL BLECUA

SANTA TERESA, 37

ZARAGOZA - 5 de julio de 1951

Sra. D.^a María Goyri de M. Pidal
Madrid

Mi distinguido y admirada amiga:
Mecluímo le por medio el afectuoso envío de sus
s de la SVRFH. que acabo de devorar de un tirón
además Lope es una de mis pasiones. La identi-
Celia es perfecta, pero el trabajo está lleno de sup-
se trata sólo de esa identificación
y felices estudios que con-
constituyen
principios
nuevos
ira de
ien la t
le usda
ción de
times
sino p
sobre
que lo
de vip
% fan

J. M. Blecua

En paqueta certificado envío a V^{ma} mis
cinco artículos ^{de} sobre Lope de Vega. Estoy
terminando otro sobre los romances de
Garcilaso y podrá añadirse como inédito
Pienso q^e mientras componen esos q^e
~~impresos~~ ^{están} ~~acabando~~ ^{acabando} acabará el nuevo, y ya
esta me verá obligada a ello y a
no, corra el peligro de dormir
me en la suante. Esto no
lo ~~comprenderá~~ ^{comprenderá} ~~o~~ ^o

V

Correspondencia entre María Goyri y José Manuel Blecua (1941-1953)

A la iniciativa de José Manuel Blecua se debió la publicación, en 1953, del único libro que María Goyri llegó a ver impreso de sus trabajos sobre Lope de Vega. Blecua creó en Zaragoza una colección, la «Biblioteca del hispanista», que inauguró con la reedición de los trabajos que hemos incluido en la sección II de este libro, con la excepción del dedicado a «La difunta pleiteada», ajeno propiamente a Lope. La publicación del volumen dio lugar a un intercambio epistolar, que creemos de interés reproducir. Incluimos unas cartas anteriores, que reflejan bien el estado de la erudición hispánica en la inmediata postguerra, escritas con motivo del envío de publicaciones sobre Lope y Don Juan Manuel, autores en que confluían los intereses de ambos estudiosos.

[1]

[Cuartilla]

Zaragoza, 23-III-1941

Sra. Doña María Goyri de M. Pidal

Muy Sra. mía:

Con gran alegría recibí su cariñosa del 17 que agradezco vivamente. Todas las observaciones que usted me hace son muy interesantes, y desde luego, si alguna vez se reimprime la comedia las tendré presentes y se corregirán.

«Moscatel» tiene, en efecto, la significación que Vd. le da. Todavía por algún pueblecito aragonés se suele oír también con ese significado. La fecha de la comedia se adelanta mucho y con exactitud, gracias a su papeleta.

Con trabajar aquí, aislado y solo, aunque esto sea una falsa disculpa, no pude leer el trabajo de Morley. Estamos francamente mal de libros (la Biblioteca de Letras no posee *aún* las publicaciones de la *R.F.E.*). Trabajar, aun sin rigor, es una labor ímproba. Enseguida tropezamos con la falta de bibliografía, y esto hace que muchos jóvenes nos desanimemos algo. A nadie le podemos tampoco preguntar nada, ni creo que sirviese para mucho. ¡Lo que yo hubiese dado por ser discípulo de don Ramón!

Encontré en un pequeño manuscrito de la catedral de Lérida una colección de *Miracles* -36 – del siglo XIV. Uno de ellos se refiere a un juglar, que condenado por el rey de Castilla, por haber cantado contra él, fue libertado por la Virgen. El *miracle* no dice cómo se llamaba el rey, ni tampoco el nombre del juglar. Está escrito en catalán, y si le interesa se lo enviaré. Es muy breve.

Muchos amigos me preguntan siempre dónde podrán encontrar *El idioma español* que publicó *Voluntad* en 1927. Debe estar muy agotado. ¿Por qué no lo reimprimen en la colección *Austral*? Tendría un éxito excepcional, ya que es uno de los libros más bellos que ha escrito don Ramón.

Saludos cariñosos para doña Jimena y don Ramón.

Dándole nuevamente las gracias, e.s.m.s.a

JM Blecua

 Los primeros párrafos se refieren a la edición de la comedia *El caballero de Olmedo* de Lope, publicada por J. M. Blecua en 1941 (Zaragoza, Editorial Ebro). María Goyri hizo algunas observaciones, de las que se hace eco Blecua, y que en efecto tuvo en cuenta para la segunda edición de la comedia, en 1943. En «moscatel» (v. 561) JMB anotaba en 1941: «*hombre pesado e importuno*, según el Dicc. de la Academia», acepción errónea que modificó en 1943: *incauto, bobalicón, bisoño*, de acuerdo con lo indicado por MG¹.

El trabajo de Morley mencionado que JMB aún no conocía es la obra de S. G. Morley y C. Bruerton, *The Chronology of Lope de Vega's Comedias. With a Discussion of Doubtful Attributions, the Whole Based on a Study of His Strophic Versification* (N. York-London: Modern Language Association of America, 1940). En su primera edición, Blecua había fechado *El Caballero de Olmedo* en 1625-1632; Morley-Bruerton, con su método del análisis métrico, la fijaban en 1615-1625; y MG, que, casi como voz única, planteó objeciones puntuales y fundadas a los estudiosos norteamericanos, precisaba que la comedia era anterior a 1622. En su segunda edición (p. 23) Blecua recogía estas nuevas informaciones y reconocía su deuda y gratitud a MG.

El libro de R. Menéndez Pidal, *El idioma español en sus primeros tiempos*, de 1927, resumen de *Orígenes del español* (1926), se reeditó, en efecto, en la colección «Austral» (Buenos Aires, 1942), como deseaba Blecua.

¹ La nota de MG remitida a JMB debía ser similar a la ficha siguiente conservada entre sus papeles: «*Moscatel* según el Dicc. Ac. es 'hombre pesado e inoportuno', y considera el vocablo derivado de *mosca* en la acepción de 'persona molesta, impertinente y pesada'. El *Diccionario de Autoridades* dice que *moscatel* 'llaman al hombre que fastidia por su falta de noticias e ignorancia', interpretando un poco arbitrariamente el ejemplo que aduce (Moreto). Ni pesado o inoportuno, ni fastidioso e ignorante, sino cándido e inocente, bisoño o inexperto, bobo, incauto, es el significado de *moscatel* como se desprende de los siguientes ejemplos [...]». En efecto, MG había emprendido un amplio estudio sobre el campo semántico de la 'candidez', a partir de los sufijos anómalos en 'mozalbillo' y 'mozalbetes', y reunió varias decenas de citas literarias (en buena parte de Lope de Vega) de esos términos y otros como *boquirrubio*, *barbiponiente*, *bozal*, *boquimuelle*, etc. Los materiales allegados sobre *moscatel* son considerablemente más amplios que los utilizados por C. E. Anibal en un artículo, en línea similar al de MG, que ella unió a su documentación («*Moscatel*», *Hispania*, XVII, 1934, pp. 3-18).

[2]

[Cuartilla con membrete]

INSTITUTO «GOYA.

CÁTEDRA DE LITERATURA.

ZARAGOZA

Zaragoza, 22-XII-1943

Sra. Doña María Goyri de Menéndez Pidal

Mi distinguida amiga:

Siempre tendré que agradecerle la bondad con que lee mis pobres trabajos. Y créame que no sabe usted cuánto bien nos hace su voz amiga y lo que nos anima a seguir trabajando. Y sobre todo le agradezco mucho no haber perdido su estimación y mi crédito minúsculo por el librín de los *Pájaros*, que, claro está, carece de trascendencia. Espero enviarles las *Flores* el mes que viene.

Efectivamente, EBRO ha llenado un hueco, y además con dignidad. Yo concebí la colección todavía más completa y más a la francesa, pero tuve que ceder. Comprendo que bastante hace ese editor. Por lo demás, los profesores le agradecemos mucho su labor, ya que la colección nos viene muy bien en las clases. Y sobre todo, a muchos alumnos les despierta la afición y se compran tomos sólo por el gusto de traerlos a clase cuando yo tengo que explicar un autor determinado.

Estos días he terminado de copiar a máquina el *Libro de los Estados*. Convencí a Lapesa para que preparase conmigo esta edición y creo que nos saldrá bastante correcta, y, desde luego, mucho mejor que las dos del siglo pasado. Cuando aparezcan, el primer ejemplar será para ustedes.

Supimos que don Ramón había sido operado con felicidad, y nos alegramos mucho. Por esto, y por su nombramiento de doctor *honoris causa*, reciban todos ustedes nuestra felicitación más cariñosa.

Que pasen ustedes unas felices, felicísimas vacaciones navideñas, y

que el año nuevo les colme de dichas y prosperidades. A ver si tenemos la suerte de que lo corone la paz, y podamos leer otras cosas que no sean comunicados oficiales de guerra y estúpidas y terribles destrucciones.

Le quedo siempre muy agradecido. Muy cordialmente b.s.m.sh.a.

JM Blecua

El retraso en darle las gracias ha sido debido a que el editor no me mandó su carta hasta hoy.

s/c Cavia, 4, 1º

El «librín de los Pájaros» y el de las Flores son las antologías *Los pájaros en la poesía española*, y *Las flores en la poesía española*, con selección de J. M. Blecua y publicadas con cuidada estética en 1943 y 1944 (Madrid: Ed. Hispánica). De ambas se conservan los ejemplares dedicados por Blecua a MG. Hubo aún una tercera antología: *El mar en la poesía española*, sel. J. M. Blecua (Madrid: Ed. Hispánica, 1945).

La Biblioteca Clásica Ebro, dirigida por J. M. Blecua, publicaba ediciones escolares de clásicos españoles. En 1943, fecha de esta carta, había editado ya su volumen núm. 51.

El proyecto de editar *El libro de los Estados* junto con R. Lapesa no se llevó a término. J. M. Blecua lo publicaría muchos años después, en el volumen I de unas *Obras completas* de Don Juan Manuel (Madrid: Gredos, 1981).

El doctorado *honoris causa* de R. Menéndez Pidal a que se alude es el otorgado por la Universidad de Bonn en 1943 (con acto público celebrado en la embajada alemana en Madrid en junio de 1944).

[3]

[Cuartilla con membrete]

JOSÉ MANUEL BLECUA

Santa Teresa, 37 / Zaragoza

Zaragoza, 5 de julio de 1951

Sra. Doña María Goyri de Menéndez Pidal

Mi distinguida y admirada amiga:

Muchísimo le agradezco el afectuoso envío de sus separatas de la *NRFH*, que acabo de devorar de un tirón, ya que además Lope es una de mis pasiones. La identificación de Celia es perfecta, pero el trabajo está lleno de sugerencias muy felices, ya que no se trata sólo de esa identificación, sino que constituye uno de los más certeros estudios que conozco sobre las primeras pasiones del Fénix. Y más original. Lo mismo que los nuevos datos sobre la muerte de Belisa (La edición de Viqueira de *El Brasil restituído* es sencillamente lamentable. Yo también la tengo, Viqueira es buen chico, pero no sabe nada de nada).

Muchas veces he pensado lo muy útil que nos sería a todos el que usted recogiese en un volumen todos los estudios sueltos y notas que ha ido publicando sobre Lope de Vega, ya que algunas revistas no se encuentran por ninguna parte. Por ejemplo, *Fénix*, que no se halla ni siquiera en la Nacional. Podría salir un buen tomo y supongo que no faltarían editores. Anímese y reúna todas las monografías, hasta las recensiones de libros (recuerdo ahora mismo algunas muy buenas) y publíquelas.

Yo sigo encariñado con la poesía de los siglos XVI y XVII. Estoy ahora preparando varias cosas, entre ellas la edición íntegra de Herrera, prosa y verso. Veremos qué logro hacer.

Estando por casualidad en la Facultad de Letras, vi exponer la tesis doctoral a su nieto. Me llevé una gran alegría. A él le pregunté por todos

ustedes, y si no fui a saludarles fue porque tuve la mala suerte de que se rompiese un cordón de mi aparato Sonotone. En el próximo viaje, no faltaré.

Con mi mejor agradecimiento y enhorabuena y afectuosos recuerdos para todos ustedes, le saluda su admirador y amigo.

Blecua

Las separatas de la *NRFH* correspondían a los trabajos «Con motivo del reajuste de unas fechas. La muerte de doña Isabel de Urbina», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, III (1949), pp. 378-385, y «La Celia de Lope de Vega», *ibid.*, IV (1950), pp. 347-390, y a la reseña al libro de J. M. Viqueira, *El lusitanismo de Lope de Vega y su comedia El Brasil restituído*, *ibid.*, IV (1950), pp. 412-413; todos ellos reimpresos en el presente volumen, secciones II y III, y los dos primeros ya antes por el propio Blecua en su colección «Biblioteca del hispanista», en 1953.

Blecua publicó las *Rimas inéditas* de Herrera en 1948 (Madrid, CSIC). Su edición completa de la *Obra poética* se hizo esperar hasta 1975 (Madrid, RAE).

La tesis doctoral de Diego Catalán, nieto de R. Menéndez Pidal y MG, *Crónica de Alfonso XI. Una redacción amplia desconocida*, a cuya defensa pública asistió Blecua, fue defendida en junio de 1951.

[4]
[Cuartilla con membrete]
JOSÉ MANUEL BLECUA
SANTA TERESA, 37 / ZARAGOZA

7-IV-1952

Sra. Doña María Goyri de Menéndez Pidal
Madrid

Mi distinguida y admirada amiga:

Perdóneme usted, se lo suplico, la poca diligencia en darle las gracias por el obsequio de su separata, trabajo que ya había leído en la revista y que he vuelto a leer con el provecho y la admiración de siempre. Tanto usted como don Ramón nos están dando a todos la más noble lección que conoce la cultura española.

He convencido a un editor de aquí para hacer una «Biblioteca del hispanista» que reúna estudios originales, traducciones y reediciones de tipo erudito. Mi intención es ver si conseguimos poner al alcance de estudiosos jóvenes y de bibliotecas ciertas obras de difícil adquisición, por estar ya agotadas o ser de difícil compra. El proyecto es hacer libros en 8º y en 4º, y yo he pensado que aquel proyecto que le sugerí de reunir sus estudios sueltos sobre Lope de Vega podría muy bien encajar en esa pretendida colección. Si V. piensa también que la idea es sugestiva y quiere mandarme sus separatas, ese volumen podría ser uno de los primeros. El editor piensa hacer una tirada de 500 ejemplares y pagaría el 10% por ejemplar vendido, lo que a mí me parece muy poco, pero él no confía mucho en la erudición como negocio (y yo creo que tiene algo de razón, aunque no toda).

Están tirando ya la reedición del *Libro infinito* de don Juan Manuel, que le enviaré en cuanto aparezca. Estoy muy contento de haber podido salvar bastantes más errores y erratas de las que creía.

Muchísimas gracias de nuevo.

Con afectuosos recuerdos para todos le saluda muy cordialmente su
admirador y amigo
JM Blecua

La separata aludida es la de «El Duque de Alba en el *Romancero* de Lope de Vega», trabajo publicado en la revista *Filología*, de Buenos Aires, III (1951), pp. 185-200.

La «Biblioteca del hispanista», creada por Blecua, se inauguró con el libro que en esta carta proponía a MG. Se publicaron otros cuatro volúmenes (con obras de Ángel del Río, José F. Montesinos, Otis H. Green, entre 1953 y 1955, y el último, de Agapito Rey, ya en 1962).

[5]

[Borrador, a lápiz]

[abril/mayo 1952]

Sr. D. Manuel Blecua

Mi distinguido amigo:

Recibí el *Libro infinito*, leí su prólogo completado con nuevos datos que dejan muchos puntos definitivamente esclarecidos. El texto lleva, según he observado, muchas notas esclarecedoras y oportunas. La edición está presentada con dignidad. He recordado el entusiasmo con que recibí en 1938 la primera edición de su obra cuando estábamos en Segovia en un verdadero desierto literario, aumentado aquel año al llegar la nueva bibliotecaria municipal, que para ahorrarse preocupaciones cerró la biblioteca.

Respecto a lo que me dice en su amable carta de reunir en un tomo mis aportaciones al romancero de Lope, me parece bien porque, si a alguien se le ocurre citarlos, no tiene medio para ello. Tan escasos son los ejemplares de algún artículo que tendrá que sacar copia de la Revista en que se publicaron. Podré añadir otra contribución sobre más romances que tengo casi terminada.

Esto si no se demora mucho la publicación, pues de lo contrario lo enviaría a *Austral*, [tachado].

Sobre el tanto por ciento no vale la pena hablar, pues creo que los trabajos de investigación tendrán pronto que ser costeados por sus autores.

Esperando su contestación para ponerme a preparar el original si se va a proceder a pronta publicación, quedo de usted afma. amiga

[María Goyri]

La primera edición de el *Libro infinito* fue un sobretiro del texto publicado en *Universidad*, Zaragoza, XV (1938), pp. 3-28, 165-205. MG acusa en esta carta el recibo de la nueva edición: *Libro infinito y Tractado de la Asunción*, ed. J. M. Blecua (Granada: Universidad, 1952).

[6]
[Cuartilla con membrete]
JOSÉ MANUEL BLECUA
SANTA TERESA, 37 / ZARAGOZA

4-Mayo-1952

Sra. Doña María Goyri de Menéndez Pidal,
Madrid

Mi distinguida y admirada amiga:

Muchísimo le agradezco esa cariñosa acogida que ha dispensado al *Infinido*. Yo también recuerdo perfectamente la gran alegría que me dio recibir carta suya en el 38. La guardo muy bien y puedo asegurarle que significó muchísimo para mí.

He mostrado sus líneas al editor y está muy contento con poder comenzar esa *Biblioteca del Hispanista* con un volumen de V. Si me manda las separatas y me indica las revistas en que aparecieron otros trabajos de los que no tenga tirada aparte, los mandaremos copiar inmediatamente. (No me atreví a decirle nada a don Ramón, pero nos gustaría muchísimo poder reeditar algunos de sus trabajos que han aparecido en revistas u «homenajes» de muy difícil hallazgo. ¿Cree usted que accederá? No me atreví porque las condiciones económicas me parecen muy pobres).

Recibo ahora mismo carta de una señora alemana –Brigitte Benz –a quien conoció Gonzalo de soltera como Brigitte von Boxberger, en la que me dice lo siguiente: «El editor de Munich Hermann Rinn, que también ha editado libros de mi marido y que editó el *Olivares* de Marañón, y varios otros libros españoles, me ha preguntado si me sería posible preguntar a don Gonzalo Menéndez Pidal por la Introducción a la gran *Historia de España* de don Ramón, que quería editar. Si usted me hace el gran favor de preguntar a don Gonzalo si puede mandarme a mí el texto de la Introducción mencionada, o directamente a la editorial, le quedaría muy agradecida. Las señas del editor son las siguientes:

Verlag Hermann Rinn
Wittelsbacherplatz 2
München (Deutschland)».

Por lo que añade parece referirse al libro con los dos prólogos, traducido al inglés: «Espasa Calpe no le ha mandado el texto (que también existe como separado (sic) en inglés) que el señor Rinn había pedido».

Y yo le transmito con mucho placer ese encargo.

Con muchos recuerdos para los suyos, le saluda muy cordialmente su devoto admirador y amigo

La petición de Birgitte Benz, por cuenta del editor Hermann Rinn, que transmite Blecua, se refería al ensayo de R. Menéndez Pidal «Los españoles en la Historia. Cimas y depresiones en la curva de su vida política», publicado como prólogo del volumen I de la *Historia de España* (Madrid: Espasa-Calpe, 1947), pp. i-ciii, y reeditado como libro *Los españoles en la Historia y en la Literatura* (Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1951), conjuntamente con otro ensayo de 1950, «Caracteres primordiales de la literatura española». Hubo, en efecto, una versión inglesa previa, debida a W. Starkie, *The Spaniards in their History* (London: Hollis & Carter, 1950). Probablemente debido a la gestión de Blecua, acabó publicándose, tres años después, la versión alemana: *Die Spanier in der Geschichte* (München: Hermann Rinn, 1955), con prólogo de Hermann J. Hüffer, y traducción de K. A. Horst.

[7]
[Borrador, a lápiz]

[Mayo 1952]

J. M. Blecua

En paquete certificado envío a usted mis cinco artículos sobre Lope de Vega. Estoy terminando otro sobre los romances de Gazul que podrá añadirse como inédito. Pienso que mientras componen esos que están impresos acabaré el nuevo, y así me veré obligada a ello, pues si no, corro el peligro de dormirme en la suerte. Esto no lo comprenderá la prodigiosa actividad de usted.

Ramón dice que pueden seleccionar y comunicarle lo que quieran de sus obras para formar ese tomito que proponen, [*tachado*]

Tendrán que copiar el artículo de *Fénix* porque no poseo más que ese ejemplar ni posibilidad de adqui[rir] [otro].

Con todo afecto queda de V. vieja amiga

[María Goyri]

8]
[Cuartilla con membrete]
JOSÉ MANUEL BLECUA
SANTA TERESA, 37 / ZARAGOZA

30 de mayo de 1952

Sra. María Goyri de Menéndez Pidal,
Madrid

Mi distinguida y admirada amiga:

Tardo unos días en contestarle por dos razones: primera, porque su envío tardó bastante en llegar, y segunda, porque el editor estaba ausente. Perdóneme.

Ya está copiado el trabajo de *Fénix* y no sé si remitirle a usted el número de correo o llevárselo yo personalmente, ya que creo iré dentro de un par de semanas. Me parece mejor que confiarlo a correos.

He vuelto a leer sus trabajos y pienso que saldrá un volumen bonito. El editor quiere imprimirlo pronto. Ya verá usted por las pruebas que el tipo de letra es muy agradable.

Acabo de enterarme de la muerte de Amado y lo siento profundamente. Yo le quería y admiraba muchísimo y pasé en su casa de Arlington días muy agradables.

Hasta pronto, pues. Confío en llevarle ya más pruebas.

Con recuerdos muy afectuosos para todos, le saluda cordialmente su viejo admirador y amigo

JM Blecuá

Amado [Alonso] murió en Arlington el 26 de mayo de 1952.

[9]
[Cuartilla con membrete]
JOSÉ MANUEL BLECUA
SANTA TERESA, 37 / ZARAGOZA

2-II-1953

Sra. Doña María Goyri de M. Pidal,
Madrid

Mi querida y admirada amiga:

Acaba de llegar hace un rato su envío, que llevaré mañana mismo a la imprenta. Procuraré que compongan lo nuevo rápidamente. Esa inclusión de «La difunta pleiteda» me parece una gran idea y saldrá un bonito vol. Ahora habrá que buscarle un título genérico «propio y significativo» (He leído sus notas nuevas y con alguna he gozado de lo lindo).

He recibido también unos folios que me mandó —supongo— Diego, que me impresionaron hondamente, ya que nada sabía y aquí tampoco estaba enterado nadie (Lacarra tiene ahora esas hojas y también lo ignoraba). Me ha causado verdadera indignación, ya que el hecho es incalificable. ¿Cómo es posible que haya personas con una ética tan singular? Créame V. si le digo que me siento avergonzado como español y universitario y que no encuentro palabras para decirle cuánto lo siento. Supongo el profundo disgusto que les habrá causado, pero supongo también que el suceso habrá servido para demostrarles una vez más la gran admiración y el gran efecto de todos los amigos, entre los que quisiera contarse, y con mayor devoción que nunca su viejo y af^{te} amigo

JMBlecu

La segunda parte de la carta se refiere al «affaire» del cuento publicado por J. de Entrambasaguas. Cf. supra p. 27.

[10]

[Borrador, a lápiz, tachado]

Chamartín, [abril 1953]

Querido Blecua:

Recibo 10 ejemplares del Lope de Vega y del Romancero y una vez más le doy las gracias por el interés que ha puesto usted en la edición del librito.

Con el deseo de que la Biblioteca tenga buen éxito queda de usted siempre afma. amiga

[María Goyri]

[11]
[Cuartilla con membrete]
JOSÉ MANUEL BLECUA
SANTA TERESA, 37
ZARAGOZA
[mecanografiada]

24-IV-1953

Sra. Doña María Goyri de Menéndez Pidal,
Madrid

Mi distinguida amiga:

Celebro muchísimo le haya gustado la presentación del volumen, pero ¡ay! me ha llegado al alma lo de las muchas erratas, ya que por no molestarla a usted (y también porque los impresores necesitaban urgentemente fundir el libro) corregí yo las segundas y las terceras pruebas y además las volvió a corregir una amiga de casa. No sabe usted cuánto lo siento, porque sé muy bien cuánto desmerece una impresión, aunque el papel y la portada sean agradables. Sólo encuentro una solución: que usted me envíe las erratas de más bulto y hacer una fe. Como el libro no se ha distribuido aún, será muy fácil arreglarlo.

Le enviarán hasta veinte ejemplares más –creo – para que usted los regale. Nuestra intención es que se distribuya juntamente con otro de A. del Río por ser la tirada muy corta. Queremos que coincida con una reunión de hispanistas proyectada para fines de mayo.

¿Quiere decir a Gonzalo que no eche en olvido lo de Pedro Marcuello? Lo harán muy bien en otra imprenta y conviene que vaya tomando su turno correspondiente.

Con muchos afectos para los suyos le saluda muy cordialmente su viejo admirador y amigo

JM. Blecua

Desconocemos cuál era el encargo a Gonzalo Menéndez Pidal sobre el Cancionero de Pedro Marcuello. J. M. Blecua publicó, muchos años después de esta carta, su edición del mismo: *Pedro Marcuello. Cancionero*, ed. J. M. Blecua (Zaragoza: Inst. Fernando el Católico, 1987).

[12]

[Borrador, a lápiz]

Chamartín, 28 abril 1953

Querido amigo Blecua:

Siento mucho el disgusto que le proporcioné hablándole de las erratas que no tienen importancia, ni son muchas. Da la casualidad que al recibir el libro lo abrí por una página en que había una pequeña errata; lo abrí por otra y encontré un siglo XVIII por un XVII. Sin mirar más, escribí a usted y le hice juzgar que necesitaría fe de erratas. Nada de eso, pues acaso no haya más que esas dos. Manifiesto a V. una vez más mi agradecimiento al saber que se ha tomado el ingrato trabajo de corregir las segundas y terceras pruebas¹.

Además, las erratas son el castigo de la soberbia del escritor para humillarle si aspira a la perfección. Sirva de ejemplo los dos libros que hace poco publicó la Academia Española reproducidos en facsímil para evitar errores de copistas e impresores y al fin se cometió una grave errata en sendos colofones en que se atribuye la obra a Diego de San Pedro, quien no tuvo que ver nada en ello.

Me dice V. que cree me mandarían 20 ejemplares; a mí me sobran con 10. Los otros que los distribuya el editor a revistas extranjeras que publican reseñas (ej. *Mar del Sur*, de Lima) y servirá dar ¿anuncio, [?] la Biblioteca, a la que deseo buena suerte.

Ya recordé a Gonzalo el Pedro Marcuello.

De usted siempre afma. y vieja amiga

[María Goyri]

¹ A pesar de la benevolente atenuación de MG, lo cierto es que en la edición de *De Lope de Vega y del Romancero* las erratas son abundantes, en buena parte herencia de las publicaciones originales remitidas a Blecua.



María Goyri.

©Archivo fotográfico Fundación Ramón Menéndez Pidal

“Por la misma culta señora, dotada como está
de perspicacia crítica, avezada a la investigación erudita
y disciplinada en el severo método,
como casi nadie en su país”.
Henri Mérimée

María Goyri, destacada filóloga e investigadora, dedicó gran parte de su vida al estudio del Romancero y a la obra de Lope de Vega, su proyecto más personal. Aunque comenzó su investigación en 1928, su interés por el autor se remonta a años anteriores, cuando empezó a estudiar los romances del Fénix y las circunstancias en que se originaron. Su ambicioso proyecto original fue la edición completa del Romancero de Lope, a partir de todas las versiones disponibles y de la propuesta de atribución de varios textos transmitidos como anónimos o adjudicados a otros poetas. Muy pronto la edición derivó en el estudio literario de los romances de mayor relevancia y en la elaboración de una biografía de la juventud de Lope, entre sus 17 y 33 años (desde 1579 a 1595), tal como se reflejaba en los romances, y entendida no como mera biografía «externa», sino como explicación solidaria de una vida inseparable de la obra.

Además de reeditar ahora el libro inédito *La juventud de Lope de Vega*, se publican en este volumen todos los trabajos lopianos de doña María aparecidos en revistas hoy de difícil acceso, y algunos otros que permanecían inéditos.

En los estudios de María Goyri encontramos algo de lo que no van muy sobrados el lopismo y el hispanismo aurisecular; es decir una perspectiva omnicomprendiva y no atomizada, sensibilidad y entusiasmo no acrítico, discreción, buen sentido, sobriedad y claridad expositiva. En suma, erudición útil, sin exhibicionismos innecesarios, y que en verdad ayude a leer y a apreciar a un autor genial; a comprender su personalidad fascinante como ser humano.